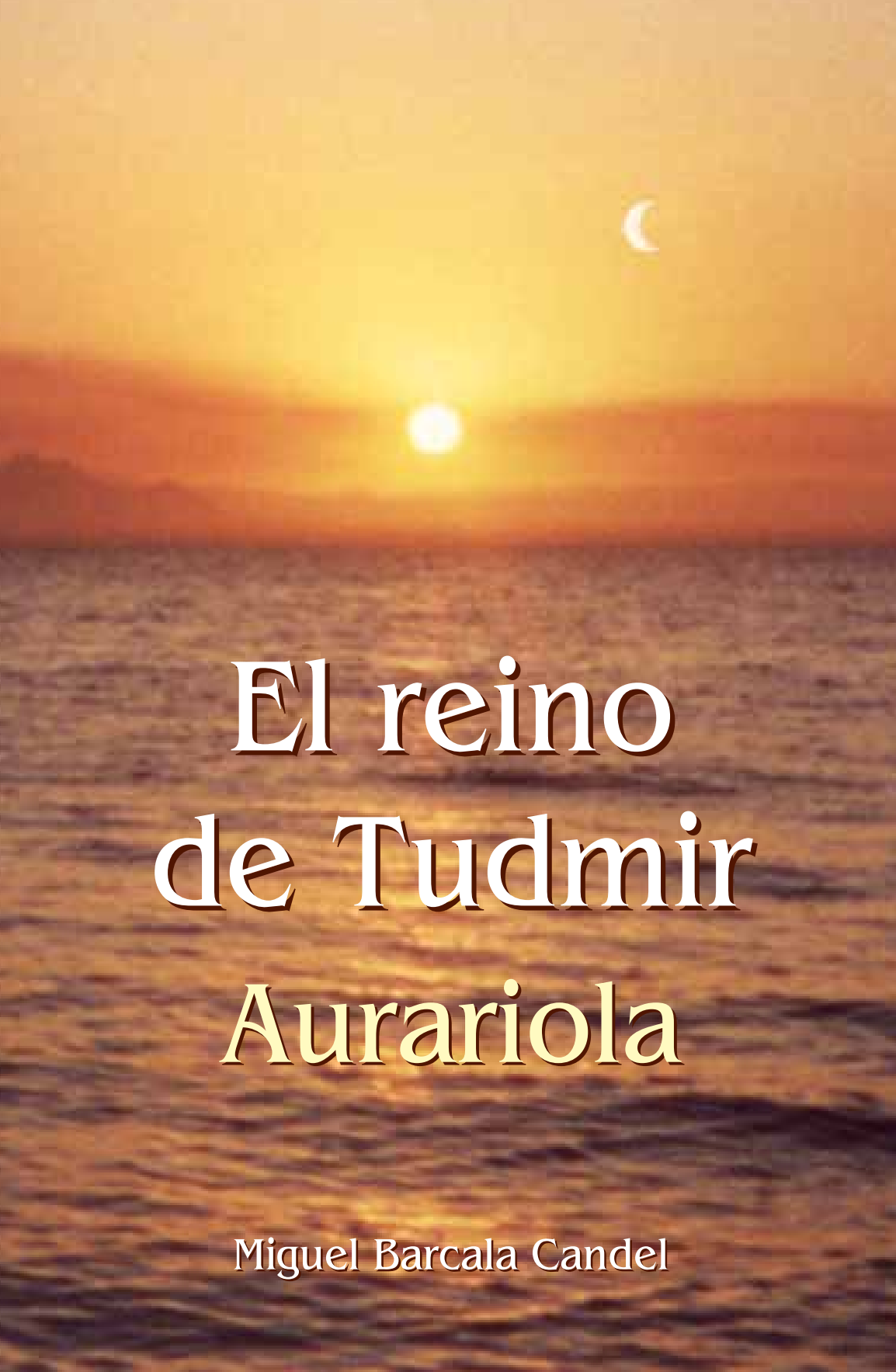

El reino de Tudmir Aurariola

Miguel Barcala Candel

El reino de Tudmir
Aurariola

Primera edición: octubre, 2001
Segunda edición: noviembre, 2002

© Miguel Barcala Candel, 2001

Impresión: A.G. Luis Pérez S.A.

ISBN: 84-607-2630-4
Depósito legal:

Impreso en España
Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

El reino de Tudmir Aurariola

Miguel Barcala Candel

A mi esposa, María Luisa
López Lizón, por su amor,
comprensión y paciencia

0 10 20 30 40 50 Kms.

Escala gráfica

TERRITORIO CAPITULADO CON TEODOMIRO

– – – Límites aproximados del territorio.

○ Plazas mencionadas en las diferentes versiones del Pacto.

■ Poblaciones coetáneas no mencionadas en el Pacto.

Nací a cien metros del Mediterráneo. En aquel tiempo, Palangre se encontraba en el término municipal de Orihuela. Fui bautizado e inscrito en Torrevieja, por comodidad de mis padres. Durante los dos últimos siglos, mi familia paterna intervino en los eventos y política de Orihuela. Mi esposa y mis dos hijos mayores nacieron en Orihuela ciudad. Mi madre nació en Santomera, lugar a doce kilómetros de Aurariola y que, en los tiempos de la historia, también se encontraba en la Civitate.

Por todo lo anterior, y por cariño, ofrezco este pequeño homenaje a la tierra en que nací.

Madrid, junio de 2001

El autor

I

El año 669 de la era del Señor y dieciséis del reinado de Receswinto, se estaba mostrando generoso con Aurariola, y en especial, con la familia de los Gabdus; por una parte la victoria naval de la flota del emperador Constantino IV sobre las fuerzas del sultán Muhawiya I en aguas de Chipre, había abierto de nuevo las rutas comerciales con Constantinopla, lo que auguraba un aumento del precio del trigo y sobre todo del esparto, del cual se sabía estaban muy necesitados los bizantinos para equipar sus naves. Cuando el arconte Régulo llegó de Portus Ilicitanus[1] con la buena nueva de la victoria, todos se peleaban por escuchar de sus labios los detalles de la batalla. Con todo, cuando el arconte dio detalles pormenorizados de la victoria, y se supo que ésta, en parte, se había logrado gracias a un líquido milagroso que ardía sobre el agua y nada era capaz de apagarlo, y al cual los bizantinos llamaban «fuego griego», un cierto temor se extendió entre la población, al pensar si, con este poderoso medio, los bizantinos no intentarían de nuevo apoderarse de Carthago Spartaria, pese a que allí, sólo existían ruinas, desde que al recuperarla Sisebuto, la mandó demoler por completo a fin de que los bizantinos no la volviesen a tomar por mar. Mientras los godos e hispano-romanos temían tal posibilidad, pues no en vano padecieron los estragos de la guerra durante sesenta años, los muchos griegos que procedentes de las Themass habían quedado en la región, gracias a la magnanimidad de Sisebuto, quien los rescató de su propio peculio cuando ya habían sido repartidos como esclavos, se alegraron ante la posibilidad que los otros temían, sintiéndose orgullosos, además, de que fuese un griego, el arquitecto Calínico, quien hubiese descubierto un líquido tan maravilloso.

1 Portus Ilicitanus: Santa Pola.

En segundo lugar, aquel año había deparado la dicha que, los obispos de Elota[1]-Ilici[2] y de Begastri[3], ambos aliados de los nobles tiufados[4] contra el poder central del monarca de Toletum, hubiesen acordado una tregua con el rey.

A todas estas venturas se había sumado el tiempo, con mansas y copiosas lluvias caídas en el momento propicio. Las mieses abundantes se pudieron recoger en paz, y el fantasma del hambre desapareció. Llegado septiembre, las tan temidas y periódicas inundaciones producidas por el río Thader[5] no se produjeron, y en cambio, Dios bendijo las tierras con suaves lluvias que mulleron los barbechos y auguraban un feliz año. El fango no cubrió las tierras de labor ni los canales de riego se cegaron con él; el duro trabajo de limpieza, que agotaba a las gentes y producía enfermedades, no tendría que hacerse aquel año; se podrían desecar nuevos marjales y el próximo cultivo sería más abundante; los árboles frutales no serían atacados por la goma y la prosperidad retornaría de nuevo.

Para los Gabdus, todo había sido venturas aquel año. Las tres naves de la familia habían regresado de oriente cargadas de mercancías de gran valor; las tierras dieron óptimos frutos, y, por fin, lo que ya parecía imposible se había producido; tras quince años de matrimonio, Ana, la esposa de Gabdus, había dado a luz un niño.

Como siempre sucede, el hombre es incapaz de ser feliz; no sabe gozar la dicha; mira tanto al pasado y al futuro, que la felicidad presente se le escapa de las manos casi sin gozarla, y así, tan pronto la madre se encontró bien, se entabló una enconada discusión a causa del nombre que se impondría al recién nacido. El padre, descendiente de una de las familias nobles «contestanas», reclamaba para su hijo un nombre acorde con su condición; la madre, de pura raza goda, aparte de su deseo personal, aducía y no sin razón, la conveniencia de un nombre que le facilitase alcanzar puestos relevantes entre los dominadores godos, y por fin la abuela, griega de nacimiento, exigía que el nombre fuese griego, pues no en balde fue gracias a ella que la familia era rica, pues su padre le dio como dote, el barco que había sido la base de la presente flota de los Gabdus.

Fue en aquella ocasión, cuando tuve la suerte de ganarme la primera estima de la familia. Yo había entrado al servicio de los Gabdus, como escriba, hacía sólo dos meses. Era un joven avispado según el decir de las gentes, bastante inteligente aunque más dado a juegos y francachelas que a los estudios. Sólo a fuerza de palos y castigos, mi padre había logrado que terminase mi formación, y no es que no me

---

1 Elota: Elda. 2 Ilici: Elche. 3 Begastri: Cehegín.
4 Tiufado: Noble godo exento de tributar al erario público. 5 Thader: Segura.

gustasen los estudios, sino que, a aquella pronta edad, prefería con mucho los juegos y aventuras. Por suerte, en mi caso, mi padre al morir se llevó la llave de la despensa, tal como suele suceder en muchas familias, y fueron tantas las calamidades y tanta el hambre por la que pasé, que esta lección no se me olvidó nunca, y lo que no pudieron conseguir las recomendaciones, golpes y castigos que mi padre me aplicó, lo consiguió fácilmente el hambre y la miseria. Desde entonces la cordura entró en mi cabeza, y espero que con la voluntad de Dios, no me abandone hasta mi muerte, que pluga al Señor, cuanto más tarde mejor.

Como iba diciendo, al encontrarme en medio de la discusión familiar, tal vez llevado por mi inexperiencia, me atreví a intervenir:

—Señor, si se me permite, yo creo que puedo resolver en parte el problema.

El silencio que se produjo, contrastaba tanto con la anterior algarabía, que cuando Gabdus me dio el permiso solicitado, estuve un rato sin poder articular una palabra, tal era mi nerviosismo.

—Mi señor, está claro que tres nombres diferentes no pueden darse al niño, pese a que así quedarían todos complacidos, pero estimo existe un nombre, que por lo menos, podría ajustarse a dos de los deseos...

—Habla de una vez, ¡condenado escriba!, ya que te has atrevido a inmiscuirte en lo que nada te atañe —me interrumpió Gabdus, visiblemente irritado.

—Señor —me apresuré a responder—, Theodimer es un nombre godo que latinizado se convierte en Theodomirus, el cual a su vez se parece mucho al nombre griego Teodomiro; si se escoge este nombre, cada cual puede nombrarle como guste, sin que por esto se produzca una gran confusión. Tiene, además la ventaja que, el niño más tarde, podrá escoger uno u otro según le convenga en el futuro.

Aunque a mi amo no le gustó mucho la solución, las dos mujeres lograron convencerle, y así fue como la paz y la alegría volvió a la casa, y como a mí, me cupo la honra de escoger el nombre de mi señor.

—Cástulo, avisa al Comes que el judío Isaac desea verle urgentemente.

El jefe de la guardia había entrado bruscamente en la estancia donde se encontraba Cástulo escribiendo, y que hacía de antesala a las dependencias personales de Teodomiro.

Cástulo conocía que el judío Isaac era la persona que la comunidad israelita había designado para informar de cuantas noticias de interés llegasen a su conocimiento, y por ello, Teodomiro había ordenado, que siempre que se presentase en palacio, fuese introducido sin demora a su presencia.

Desde el primer momento que Teodomiro fue nombrado Comes de la Civitate de Aurariola, habiendo sido siempre contrario, a las persecuciones y leyes que contra los judíos se habían dictado, por considerarlas perjudiciales para el país, ya que en manos de estos se encontraban la mayoría de los oficios, así como el comercio, había reunido a los notables judíos de la ciudad haciendo un pacto secreto con ellos, por el cual, Teodomiro se comprometía a no aplicar lo dispuesto contra los judíos, si bien cubriendo las apariencias, mientras que estos debían poner todo su esfuerzo en bien de la provincia de Aurariola, y, sobre todo, de informar personalmente al Comes, de cuanta noticia importante llegase a su conocimiento. Consideraba Teodomiro, que la información era vital para una buena gobernación, y que disponer de la red de información judía, junto a la suya propia, le permitiría con toda seguridad anticiparse a los acontecimientos.

Cuando Cástulo acompañando a Isaac entró en la estancia, Teodomiro se encontraba mirando el valle regado por el Thader, a través de un vitral. Contaba a la sazón 26 años, siendo de alta estatura; desde lejos no se adivinaba su recia osamenta dado el perfecto equilibrio entre todos sus miembros; su cabellera castaña y cuidada barba, enmarcaban un rostro donde la nariz un poco aguileña y los ojos de un intenso azul, destacaban sobre su piel de un suave bronceado propio de los hombres de mar; sus manos grandes y curtidas, que en aquel momento apoyaba sobre el alfeizar de la ventana, parecían tener vida propia pese al estado de reposo en que se encontraban; bajo los amplios pliegues de las mangas de su túnica, se adivinaba una fuerte musculatura desarrollada por el ejercicio y el esfuerzo de las armas, en cuyo manejo sobresalía por su destreza en todo el reino.

Volvióse lentamente al escuchar el ruido que produjo la puerta al cerrarse, y con voz profunda y armoniosa preguntó.

—¿Y bien, Isaac, qué nuevas tan urgentes me traes, que te presentas a hora tan inoportuna?

—Mi señor, por las noticias que escucharás, tú mismo juzgarás de la importancia y urgencia de las mismas, a la vez que comprobarás lo fieles y útiles que los judíos somos para contigo, y esperamos una vez más, que intercedas cerca de nuestro buen rey Égica a fin de que suavice las condiciones de vida de nuestros hermanos en las otras provincias del reino, tal como tú, en tu bondad, haces en Aurariola.

—Bien sabes que, en cuantas ocasiones me comunico con el rey, intercedo por vosotros, y que, no es tanto la voluntad del rey sino la de los nobles tiufados, así como de los obispos, la que está en contra de vosotros. Tú mismo conoces cuántas son las quejas que los obispos de Elota y Begastri, hacen llegar al rey por mi trato con vosotros.

—Conocemos de tu magnanimidad y es por ello que te servimos fielmente. Tan sólo hace unas horas que nuestro hermano Simón ha llegado de Carthago, y me ha faltado el tiempo para informarte de cuanto sé. Según nuestros informes, el pasado mes de enero se reunió el Basileus Justiniano II con su consejo y llegaron a la conclusión de que la única forma de defender Carthago contra el empuje de los muslimes, es conseguir una base próxima que les permita abastecer Carthago por mar, ya que sus bases en Itálica están muy alejadas para poder ser eficaces sobre todo en invierno. Conocen que el sultán Abd al Malik ha dado la orden a Musa ibn Nusayr, de no volver a atacar Carthago, en tanto no someta por completo a los bereberes en su retaguardia; y en Constantinopla estiman que esto les llevará más de un año, tiempo que consideran suficiente para apoderarse de Carthago Spartaria, fortificarla y consolidar su base de apoyo a Carthago. Además, estiman que al apoderarse de las minas de plata, la campaña y posterior abastecimiento de Carthago les saldrá casi gratis, hecho éste muy importante, puesto que las arcas del Basileus no se encuentran sobradas de oro.

—Tu relato, Isaac, aunque muy pormenorizado, no me parece que pueda ser cierto. Yo estimo en mucho la inteligencia de los griegos, para aceptar que éstos se decidan a tener dos enemigos a la vez, con lo que tendrían que dividir sus fuerzas, aparte que las obras que se verían forzados a realizar en Carthago Spartaria para fortificarla apropiadamente, caso que nos venciesen inicialmente, no podrían estar terminadas en un año.

—Comes, te ruego disculpes cuanto voy a decir, pues en realidad no seré yo quien hable, sino que mi boca sólo hará repetir cuanto en Carthago y Bizancio se dice sobre el reino godo —Isaac aguardó un gesto de aquiescencia de Teodomiro y prosiguió—: En la corte de Constantinopla se piensa, que lo que existe en Hispania es prácticamente una guerra civil; que una vez que Ervigio aceptó en el concilio Toletanus XIV la derogación de la ley militar de Wamba, ningún noble ni obispo acudirá al llamamiento del rey, en caso de ataque, y que incluso, el mismo rey no vendrá a ayudarte, por miedo a que en su ausencia, los nobles partidarios de la casa de Chindaswinto, nombren un nuevo rey derrocando a la casa de Receswinto, y que, por tanto, las únicas fuerzas que se opondrán a su establecimiento, serán las que tú Comes de Aurariola, puedas enfrentarles. Además, confían que la numerosa colonia griega repartida por toda Aurariola, se les una tan pronto hayan logrado apoderarse de Carthago Spartaria.

—¡Maldito judío! ¡Niega que toda esa preciosa información no ha sido suministrada a los bizantinos por tus hermanos de raza! —explotó

Teodomiro, quien tuvo que hacer un prodigioso esfuerzo para no golpear al judío y volver a controlarse—. Puesto que tu información es tan completa, te exijo me digas en qué fecha piensan los griegos atacar, y cuáles son los efectivos de que dispondrán.

—Señor, te ruego que no pagues con tu enojo mi servicio —respondió Isaac sin inmutarse—. Los judíos que permanecemos en Hispania, nada tenemos que ver con la posible información que reciban los bizantinos.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Reconozco que mi ira no estaba justificada en vuestro caso —le interrumpió Teodomiro—, pero responde a mi pregunta.

—Al parecer los bizantinos intentan conseguir veinte barcos de guerra y cuarenta de carga. Parte de la flota se hará a la mar primero para abastecer Carthago, y luego se reuniría con el grueso de la flota en Rávena. Todos los preparativos parecen indicar, que la expedición se hará a la mar, tan pronto los tiempos bonancibles de la primavera lo permitan.

—Te doy las gracias por tu información, y espero que me tengas al corriente de cuanto detalle llegue desde Carthago —y luego dirigiéndose a Cástulo añadió—: Acompaña a Isaac a la puerta y haz que se envíe una azumbre de vino a su casa. Tan pronto hayas terminado, vuelve, pues preciso escribir a Toletum.

Cuando Cástulo entró de nuevo en los aposentos de Teodomiro, encontró a este completamente ensimismado, hasta el punto, que ni el ruido de la puerta pareció hacerle volver de sus pensamientos. Cuando por fin se dio por enterado de su presencia, comenzó a hablar como si lo hiciese consigo mismo.

—Cástulo, temo que el judío tenga razón, y lo temo tanto si llegado el momento los bizantinos nos vencen y se establecen en Carthago Spartaria, como si por el contrario somos nosotros los vencedores. Tú conoces, por nuestra estancia en oriente, el ardor y fiereza con que los muslimes van a la batalla, están conquistando el mundo y tan pronto venzan el baluarte de Carthago los tendremos en la península, y, o mucho me equivoco, o seremos vencidos por los muslimes, pues el pueblo está divorciado de las clases dirigentes, y éstos a su vez del monarca. Tiene razón el judío cuando afirma que Hispania está prácticamente en guerra civil, aun peor, es un país sin fe ni esperanza. Todas mis acciones de reforma chocan con la incomprensión de los tiufados, quienes sólo han asimilado las costumbres romanas que llevaron al imperio a la ruina, y no las virtudes que hicieron grande a Roma. El rey mismo sólo piensa en no perder la corona y que su hijo pueda sucederle, y a ese objetivo, sacrifica todos los intereses de la nación. Si

en este momento yo fuese rey, pactaría con los bizantinos concediéndoles una plaza en Hispania que les permitiese abastecer en hombres y vituallas a Carthago, e incluso, si fuese necesario, ayudaríamos a los bizantinos contra el sultán.

—¿Señor, por qué no vais personalmente a Toletum y a la vez que informáis a su Majestad de las nuevas, intentáis convencerle de la conveniencia de un acuerdo con los griegos? Creo que aún habría tiempo de enviar una embajada a Constantinopla.

—Conozco suficientemente bien a Égica, para estar seguro que mi desplazamiento a Toletum sería completamente inútil, pues su aversión a los griegos, tras el levantamiento del Comes Paulus, raya en lo patológico, y a los árabes los considera unos salvajes de los que nada se ha de temer. Tú sabes los esfuerzos que me costó convencerlo para formar la pobre flota que tenemos, y sin la cual, ninguna esperanza quedaría de producirse el ataque anunciado. Por otra parte, si la información del judío es cierta, y yo me inclino por admitirla como tal, es indispensable que nos apresuremos a construir más barcos de guerra, para lo que mi presencia aquí resulta completamente indispensable. Toma oficio de escribir, pues debo informar al rey de cuanto se nos ha comunicado. Le expondré mis ideas sobre la posible colaboración con Bizancio, pese a que estoy seguro que las rechazará.

Antes de salir del zaguán del Palacio de Teodomiro, Isaac se asomó con cautela, ya que no deseaba que nadie le viese salir. Su misma indumentaria pretendía que nadie se fijase en él. Aún recordaba el tiempo en que pudo lucir sus largos tirabuzones, de los que su madre se sentía tan orgullosa. ¡Aquellos eran otros tiempos! Las leyes godas se habían ido endureciendo hasta llegar a límites insospechados, y lo prudente era no hacerse notar como judío, evitando las iras del populacho. Apresuró el paso pues faltaba poco para que se iluminaran las tres estrellas anunciadoras del comienzo del *sabbath*[1]. Aquella noche, además, esperaba conseguir *Minyan*[2] en su casa al terminar la cena.

Fue su mujer Raquel quien le abrió la puerta y vio que su hijo ya se encontraba en casa cumpliendo su promesa de olvidarse de sus enfermos por aquella noche.

—¿Qué tal la entrevista con el Comes? —Le preguntaron al unísono su hijo Zaquén y su mujer. Por su acento y tono, se notaba que se encontraban nerviosos por la reacción que la noticia podría haber causado en el

1 *Sabbath:* Sábado.

2 *Minyan:* Quórum de diez judíos o más, necesarios para que se pueda rezar una oración pública.

Comes; de ello dependía que su pueblo sufriese o no, nuevas penalidades.

—En principio reaccionó con rabia hacia nosotros, acusándonos de ser informadores de los helenos, y si bien lo negué, él es lo suficientemente inteligente para comprender que la opresión goda es tan dura que no puede esperar que los judíos sintamos simpatías por ellos, pero pronto se dio cuenta de que la información que le transmitía era muy importante para él, y que los judíos de Aurariola cumplimos lo prometido al Comes desde que volvió de Toletum en su nueva dignidad. Me hizo prometer que le tendría informado de cuanta noticia llegue a nuestro conocimiento.

—¿Te preguntó por mí? —volvió a inquirir Zaquén.

—No, la noticia le preocupó tanto, que incluso de ti se olvidó.

La respuesta de Isaac le hizo comprender a Zaquén, lo importante que Teodomiro consideraba tanto la expansión del Islam como la acción que los helenos se proponían ejecutar para ayudar a la ciudad de Carthago; puesto que Teodomiro era amigo suyo desde la infancia y no se interesó por él.

Entre tanto, Raquel no había cesado de preparar la mesa para celebrar la cena del *sabbath*. Ya había encendido las tres luces de aceite, puesto que la oscuridad estaba a punto de invadirlo todo, mientras comenzaba un bamboleo casi imperceptible a la vez que murmuraba entre labios las primeras oraciones.

Se sentaron los tres a la mesa, e Isaac entonó las primeras oraciones del *Berachot*[1], mientras partía la hogaza de pan y la distribuía, tras de lo cual tomó un sorbo de vino y lo pasó a Zaquén quien, a su vez, comenzó a rezar su acción de gracias.

Raquel pasó el pollo cocido con verduras, acompañado con un pudín de arroz con pasas y azafrán.

La luz seguía encendida en el alféizar de la ventana llamando al *Minyan*. No habían terminado aún de cenar cuando los primeros convocados por la luz de la ventana se fueron presentando. Todos venían con los trajes de ceremonia propios de la celebración del *sabbath*.

Abierta la Torá[2], el rabino Zabulón empezó a leerla, aunque bien se notaba que el pasaje que leía se lo sabía de memoria y no hubiese necesitado los rollos de la Torá. Todos se unieron a su recital finalizando la celebración entonando el canto sin palabras, conocido como el *Niggun*.

Acabada que fue la celebración Isaac se reunió en un rincón con tres de los más principales e intercambiaron noticias sobre cuanto estaba aconteciendo, tanto en Hispania como en el norte de Ifriqiya[3] y Bizancio.

---

1 *Berachot:* Oraciones que se dicen para bendecir los alimentos y el vino y dar gracias a Dios, por ellos.

2 Torá: Pentateuco de la Biblia.

3 Ifriqiya: África.

Unos fuertes golpes se dejaron sentir en la puerta a la vez que una voz femenina acongojada gritaba solicitando la ayuda del médico. Zaquén se escondió a la vez que decía a todos que informasen a la mujer, de que él no se encontraba en la casa. Se sintió profundamente apesadumbrado por no acompañar a la mujer que entre llantos pedía su ayuda mas no quería avergonzar a su padre ante la comunidad judía, rompiendo el precepto de no trabajar en *sabbath*. En otras ocasiones lo había hecho, dando motivos a que sus padres le reconvinieran duramente, pero en todas estas ocasiones, había procurado que sus correligionarios no se enterasen de su acción, pese a no sentir que transgrediese el mandato de Jehová. A su mente vino la ocasión en que Jesucristo curó a un enfermo en *sabbath*, y se preguntó, por qué, él no tenía el valor de defender lo que su corazón sentía con tanta intensidad. Sin transición alguna su mente voló a las veces que en compañía de su maestro Octavio, habían abierto cadáveres para estudiar sus órganos internos y como se unían unos huesos con otros. Resultaba curioso cómo tanto el Cristianismo como el Judaísmo, y según tenía entendido el Islam, prohibían efectuar estas prácticas bajo pena de muerte. ¿Cómo podía un médico curar lo que desconocía? Aquella noche, Zaquén ben Isaac, el físico, no durmió tranquilo.

El sábado por la noche, poco después de la caída del sol, una vez pasado el *sabbath*, Zaquén se presentó en casa de la mujer que con tanta premura y dolor le había buscado el viernes por la noche. Se excusó por no haber podido ir antes, ya que se encontraba fuera de la ciudad y preguntó por el enfermo. Fue introducido en un lóbrego dormitorio sin ventilación, y en un jergón en el suelo, vio un hombre tendido con aspecto de tener alta temperatura.

—Mujer, trae cuantas luces tengas en casa, ya que tengo que explorar al enfermo— le tomó el pulso agitado, tocó sus mejillas ardientes y vio el amarillento del blanco de los ojos.

—Médico —dijo el enfermo—. ¿Podrías curarme?

—Cuéntame antes qué te sucede —respondió Zaquén.

—El viernes me sentí muy mal y me subió mucho el calor, de forma que, me asfixiaba a la vez que sudaba mucho y me sentía muy débil, pero esta mañana comenzó a bajarme el calor aunque no se me ha quitado del todo.

—¿Te había dado esta fiebre antes? —volvía a preguntar Zaquén.

—Sí, el miércoles me dio fiebre muy baja, pero se me quitó enseguida.

—Todo parece indicar que tu marido tiene unas fiebres tercianas. Toma estos pocos polvos de Triaca[1] y dale una pizca al amanecer y al

1 Triaca: Medicina compuesta por 60 o más ingredientes de floristería.

atardecer, hasta que termine por quitársele la fiebre definitivamente. Si se te acaba la Triaca, ve a comprar más al herbolario de la subida al castillo.

Tan pronto volvió a casa, su madre le dio el recado de que el obispo de Elota había enviado un emisario pidiendo se desplazase urgentemente a casa de su padre, que vivía en las inmediaciones de los marjales del Thader inferior, ya que éste se encontraba muy enfermo.

—Madre —respondió Zaquén—. Es noche cerrada y el camino largo y peligroso. Mañana con el alba partiré, así que me voy a dormir.

Como había prometido, las primeras luces del alba le encontraron subido en su mula, ya que por la clase de terreno a atravesar, la prefería al caballo. Había una zona que era necesario atravesar, si no se quería dar un largo rodeo, donde el agua llegaba a los corvejones de las bestias, a la vez que, el fondo era fangoso, todo lo cual requería un esfuerzo extraordinario de las monturas. Según la hora en que se atravesase y la dirección del viento, grandes enjambres de mosquitos atacaban o no el atrevido viajero que lo intentase. A Dios gracias, aquel día soplaba un fuerte Levante, y los mosquitos habían desaparecido. Tan pronto surgía un promontorio, se veían sobre él construidas las pobres cabañas de las gentes que vivían de arrancar juncos y pescar peces de agua dulce. Su vida era dura y corta, pues las miasmas de las aguas estancadas se cebaban en estos desgraciados, que para protegerse de los mosquitos se embadurnaban de un pestilente musgo que crecía en algunos lugares.

Cuando Zaquén llegó a la vivienda del padre del obispo de Elota, quien pese al encumbramiento de su hijo, siempre se había negado a abandonar la casa en que nació, éste se encontraba sentado en una butaca con la pierna extendida apoyada en un escabel; se respiraba un olor fétido en la habitación pese a tener abierta una ventana, y los quejidos débiles y continuados del enfermo, que intentaba por todos los medios reprimirlos, presagiaban la gravedad del caso.

—Saltó del carro a su edad como si fuese un joven y chocó con una piedra. ¡A quién se le ocurre! —exclamó una mujer también entrada en años.

Le habían entablillado la pierna para luego enrollarle un lienzo sobre las tablillas. Zaquén quitó cuanto cubría el miembro y pudo comprobar la carne ennegrecida y purulenta hasta cerca de la rodilla. A todas luces, el hueso se había astillado y la afilada punta desgarró el músculo hasta casi asomar por encima de la piel.

—El enfermo está muy grave. Es necesario amputar la pierna por encima de la rodilla y sus posibilidades de sobrevivir son muy remotas —anunció Zaquén, quien nunca había efectuado aquella operación y

tan sólo una vez la había visto ejecutar a su maestro Octavio, mientras él le asistía como ayudante.

—¿Podréis hacerlo vos mismo? —preguntó la mujer entre lágrimas.

—Podría intentarlo, mas necesito alguien que me ayude. ¿Quién en esta aldea puede ayudarme? —preguntó Zaquén.

—Aquí la única que sabe de estas cosas es Teodosia la partera, pero hace una hora salió para el pueblo vecino a ayudar a una mujer a traer un niño al mundo.

Zaquén ben Isaac permaneció un rato indeciso. Por una parte su alma de médico le incitaba a hacer la difícil operación, por otra, su sentido común le decía que era una locura intentarlo sin ninguna ayuda. Tanto en un caso como en el otro, su situación ante el obispo de Elota quedaría muy dañada, lo que no estaba exento de peligro. Fue entonces cuando el enfermo habló por primera vez.

—Buen médico. Sé que estoy condenado a morir y que nada puede ayudarme, sólo le pido que, si tienes algún remedio que me quite estos terribles sufrimientos, me lo apliques, pues estoy seguro que el señor premiará tu buena acción. Además, querría pedirte que escribas una nota a mi hijo el obispo, que yo firmaré, que es lo único que sé hacer. Zaquén tomó recado de escribir y transcribió el dictado del anciano, quien tras despedirse de su hijo, encomió los esfuerzos del médico por ayudarle a morir sin dolor.

Hizo que le trajesen un mortero en el que picó abundantes simientes de adormidera a la que unió belladona, y esta pasta la diluyó en vino blanco que mandó traer. Administró una generosa ración al enfermo quien al poco tiempo pareció perder el conocimiento y dijo a la mujer.

—Yo nada más puedo hacer por tu amo. Aquí te dejo esta calabaza llena de este líquido. Cada vez que el enfermo se despierte, agítala fuertemente y dale de beber hasta que vuelva a dormirse.

Se despidió de la mujer y los vecinos que se habían congregado a la puerta de la casa y, montando en su mula, la aguijoneó para que partiese en dirección a los marjales, pensando en atravesarlos rápidamente para llegar a Aurariola a la caída del día.

El viento que poco después de llegar a casa del enfermo había caído, comenzó a soplar del sur no bien estuvo dentro de las aguas estancadas, y como si aquello fuese un aviso, un suave zumbido se escuchó aproximándose hacia él. Nunca lo había vivido, pero en numerosas ocasiones había escuchado el relato de la terrible llegada de enjambres de miles de mosquitos que enloquecían a los hombres y a los animales. Llevaba consigo aceite del árbol del ricino, que por precaución había metido en sus alforjas, así que desmontando lo aplicó en torno a los ojos de la mula y en el morro, tras lo cual, se dio él mismo en las

manos, cara, ojos, labios y en cuantos lugares su piel quedaba al descubierto. Se cubrió con una manta la cabeza atando fuertemente el sombrero sobre ella. Montó de nuevo la cabalgadura y esperó. De pronto, su visión se nubló y pese a sus precauciones, los mosquitos parecían que se le colaban a través de la ropa. Cerró los ojos a la vez que sostenía fuertemente las riendas de la mula, que empezó a hacer corcovas que amenazaban con dar con sus huesos en el suelo. Un instante después, el ataque pareció disminuir y se atrevió a mirar entornando los ojos, pareciéndole distinguir en un montículo próximo una cabaña. Azuzó a la mula y ésta le obedeció. Sin saber cómo, tras un tiempo que se le antojó una eternidad, se encontró a la puerta de la cabaña. De nuevo parecía que un gran zumbido volvía a aproximarse a él, y empavorecido, descabalgó y se puso a golpear con fuerza la puerta de la cabaña, esta se entreabrió y una cara ennegrecida apareció ante él.

—¡Dejadme entrar, por caridad! —gritó Zaquén fuera de sí. En un principio pareció que el dueño de la vivienda no le había entendido, pero terminó por abrir la puerta y hacerle señas de que entrase. Zaquén traspasó el dintel de la puerta, dejando a la mula fuera, mas el hombre le gritó.

—La mula también, o se volverá loca —y sin esperar respuesta cogió el ronzal y la introdujo en la cabaña.

Un ambiente lleno de humo cegó los ojos de Zaquén y le produjo una violenta tos. Sus ojos sólo distinguían una rojiza claridad como de fuego, pero eran incapaces de diferenciar objetos.

—El humo es lo único que de verdad los contiene a los muy malditos —informó el dueño de la cabaña a su gesto interrogante —Quítese abrigo o sudará.

La cabaña era amplia. Estaba dividida en dos espacios. En uno de ellos había un asno de muy poca alzada, un cerdo, dos cabras y varias gallinas; todo ello separado del otro espacio donde sentados en un banco y acodados en una mesa de pino, se encontraba una mujer y un niño de unos ocho años. Vestían andrajos y sus caras estaban sucias y ennegrecidas como la del hombre.

—¿Cómo se atrevió a atravesar el marjal en esta época y con viento de leveche? —Preguntó el hombre asombrado de la ignorancia de aquel huésped vestido con ricas telas, a todas luces, un rico personaje para la humildad de quienes le acogían. Y sin esperar respuesta y a la vista de la tos persistente ordenó—: Mujer, trae vino al señor y echa más ramas verdes al fuego, pues el humo se está disipando y pueden entrar los mosquitos.

Para Zaquén el ambiente resultaba casi irrespirable. La atmósfera era caliente y húmeda, el olor del humo se mezclaba con el del estiércol, la

gallinaza y el purín del cerdo y todo producía una fetidez que hasta la mula, que había sido puesta junto al asno, parecía rechazar; pese a todo, tanto el animal como su dueño, agradecían aquel cobijo que les había salvado de la locura de los enjambres de mosquitos.

El vino era fuerte y áspero, pero tuvo la virtud de detener su tos y permitirle hablar, ante la expectante mirada de la mujer y el niño.

—Buen hombre, mi nombre es Zaquén ben Isaac, médico y físico de Aurariola, y agradezco profundamente el haberme acogido en tu casa. Tenía prisa e ignoraba el peligro, por eso estaba atravesando los marjales. Te aseguro que nunca más lo intentaré —y añadió—: ¡Me pregunto como puedes vivir en un lugar así!

—Malamente señor, pero por lo menos somos libres y tenemos un trozo de terreno que es nuestro. Pescamos y recolectamos juncos y mimbres, aparte del poco esparto que crece por aquí.

Cuando por fin el zumbido de los mosquitos cesó al haber cambiado el viento, ya la noche había caído y no resultaba prudente seguir el camino. Aceptó Zaquén la frugal cena que le ofreció Viriato, pues aparte de unas gachas de harina de almortas con guisantes machacados acompañado por pescado dulce secado a la sal, le ofreció como un lujo especial un trozo de queso de cabra curado en vino.

A la mañana siguiente, cuando Zaquén se despedía de su huésped, al darle la mano, se fijó en una herida ulcerada que tenía en la muñeca que presentaba un abollamiento; con curiosidad preguntó a Viriato:

—¿Cómo te hiciste esta herida?

—No es una herida. Un día amanecí con una ampolla como las que salen cuando uno se quema, pero poco después se reventó y luego me quedó esa señal.

—¿No tuviste náuseas acompañadas de fiebre y escozores? —siguió preguntando Zaquén.

—Sí, hará un mes o así, pero yo creí que era enfriamiento. ¿No será nada malo? Dime tú que eres médico y debes saberlo.

—Si es lo que supongo, no será nada grave. ¿Tienes un palo redondo? —preguntó Zaquén.

Cuando Viriato le entregó el bastón redondo, Zaquén le hizo poner el brazo sobre la mesa y poniendo el bastón sobre la herida lo hizo rodar entre el pulgar y el índice y, al poco, horrorizados, Viriato, su mujer y el niño vieron cómo por la úlcera salía la punta de un filamento que en realidad, era la punta de un gusano.

—¿Qué es ese animal? —preguntó horrorizado Viriato.

—Un gusano, como ves.

—¿Pero cómo se ha metido en mi cuerpo, sin que yo lo notara siendo tan largo como mi brazo?

—Tú trabajas metido en las aguas del marjal. Seguro que alguna vez, tuviste sed y bebiste agua. Este gusano nace en el agua, le llaman la Filaria de los pantanos. Cuando nacen, se meten dentro de diminutos crustáceos y al beber el agua se introducen en tu cuerpo, donde se desarrollan para luego causar las úlceras como la que tenías. ¿No tendrás ninguna otra ulceración igual en el cuerpo? —al negar Viriato, Zaquén terminó—. En ese caso ya estás curado. Procura en lo sucesivo beber sólo en aguas limpias, a ser posible, corrientes.

Cuando Zaquén estuvo montado en su mula, agradeció a Viriato su hospitalidad, a lo que éste respondió:

—Gracias a ti, médico, yo soy quien está en deuda contigo. Que Dios te bendiga.

Toda la ciudad presentaba un aspecto insólito con aquella inusitada actividad; el andar pausado de las gentes, tan propio de las zonas meridionales, se había trocado en un apresuramiento que delataba un gran nerviosismo. La calle de los cordeleros era la que presentaba mayor actividad, pues la orden cursada por el Comes, de fabricar grandes resmas de cabos navales utilizando el mejor esparto de la región, había movilizado una gran cantidad de trabajadores. La calle de la Herrería se encontraba también a pleno rendimiento, y las fraguas despedían un denso humo que era empujado fuera de la ciudad por una suave brisa de poniente. Largas reatas de mulas y hombres hacían remontar las barcazas por el río Thader, mientras estas se cruzaban con las que arrastradas por la corriente, descendían en dirección al mar.

Probablemente nadie había informado al pueblo de la noticia del próximo ataque bizantino, ya que el Comes había ordenado el más estricto secreto, en tanto no se recibiese la respuesta de Toletum, pero tan pronto se dieron las primeras órdenes de fabricación, por toda la ciudad se extendió el rumor de un próximo ataque griego, no en balde aún existía vivo en el recuerdo de las gentes, las calamidades sin número que sesenta años de lucha contra los bizantinos habían ocasionado.

La respuesta del rey no se hizo esperar, y tal como Teodomiro temía, rechazaba de plano la propuesta del Comes, y únicamente aceptaba, que todas las rentas e impuestos reales, fuesen utilizados para habilitar la flota, mas, advirtiendo que Teodomiro no debía contar con ninguna ayuda en dinero ni en hombres enviada desde Toletum.

La información que iba llegando entretanto desde Carthago e Itálica confirmaba que los preparativos bizantinos se encontraban muy adelantados, por lo que había que temer, que la expedición griega se adelantase a lo previsto.

Al recibir las órdenes reales, la actividad se aumentó al máximo. La tala de árboles escogidos para la construcción de navíos se intensificó, y el Comes hizo saber oficialmente la noticia. Por paradójico que parezca, la confirmación oficial de los rumores que corrían, calmó los ánimos y el trabajo se hizo mucho más efectivo.

Las conversaciones que Teodomiro sostuvo por separado con los obispos de Elota-Ilici y de Begastri, terminaron en un completo fracaso, pues ni aceptaron poner sus gentes a las órdenes del Comes, ni estuvieron dispuestos a contribuir a los gastos que los preparativos de defensa ocasionaban. Tras estas conversaciones el humor del Comes se agrió, y más de un clérigo fue expulsado con cajas destempladas de palacio.

El objetivo que Teodomiro se había marcado, se cifraba en construir once rápidas birremes, que sumadas a las diez inicialmente existentes, permitiese atacar a la vez a todos los buques de guerra bizantinos, mientras la nave capitana permanecía de reserva a la vez que dirigía el combate. Se hacía necesario atacar a la flota enemiga a gran distancia de Carthago Spartaria, con el fin de que las naves de transporte, no tuviesen tiempo de llegar a puerto y desembarcar, durante el transcurso del combate, y pudiesen ser alcanzadas antes de llegar a su objetivo; todo, claro es, en el caso de que las naves godas resultasen victoriosas.

Teodomiro conocía perfectamente, que los navíos bizantinos eran mucho más potentes, que los que él podía enfrentarles. Lo normal era que los griegos saliesen victoriosos, eso sin contar con el «fuego griego» arma temible en un combate naval, pero por extraño que parezca, Teodomiro contaba con esa arma enemiga para vencer.

Tanto Teodomiro, como Cástulo y el arconte Sabinio, conocían perfectamente como los griegos utilizaban su fuego. Tan pronto los barcos griegos se aproximaban a las naves enemigas, mediante unos largos tubos arrojaban su fuego sembrando el pánico en las naves atacadas, y sólo a continuación, mientras los tripulantes intentaban inútilmente apagar el fuego, se acercaban de nuevo arrojando sus ganchos de abordaje, a la vez que asaeteaban la cubierta enemiga.

Teodomiro había ideado instalar en sus barcos dos altos palos abatibles que soportaban en su parte superior una pértiga horizontal, de la cual a su vez, pendía una tupida red; esta red estaba fijada en su parte inferior a tres pértigas transversales al navío, las cuales, en el momento de aproximación de la nave enemiga, se hacían sobresalir por el costado; en el momento en que el fuego prendiese en la red, las pértigas verticales se hacían pivotar de forma que todo el artilugio incendiado cayese sobre la nave enemiga. Poco antes de iniciar el ataque, la cubierta de las naves se recubría con arena mojada, a la vez que las velas se humedecían al máximo posible.

Todo el anterior artilugio tenía varios inconvenientes graves, como pudo demostrarse en los primeros ensayos. La primera vez que se intentó la maniobra, los arqueros situados junto a la banda de abordaje, estuvieron a punto de hacer zozobrar la embarcación al sumarse a su peso el del artilugio pivotante, los remos se partieron al choque con el agua o en la ensalada de remos que se produjo. Sólo después de muchos ensayos se logró hacer la maniobra correctamente. Cuando se logró efectuar la maniobra con perfección, se acondicionó una barcaza con unos tablones que alcanzasen la altura de las trirremes bizantinas, se impregnó la red de aceite y se le pegó fuego. El ataque se simuló por sotavento, y si bien el artilugio funcionó a la perfección, fue tal la humareda que se formó sobre la nave propia, que imposibilitó todo simulacro de ataque, estando a punto de incendiarse la nave.

Todas las experiencias habían demostrado que si en el ataque se perdía el barlovento, la derrota sería segura. Se hacía necesario, por consiguiente, que una rápida nave apostada en las inmediaciones de Rávena espiase la flota bizantina y pudiese, con suficiente antelación, avisar a la flota, la cual debería estar fondeada en Dianium[1].

Se escogió a las mejores fuerzas para embarcarlas y hacer ejercicios diarios. Las veintiuna tripulaciones se iban rotando en los barcos existentes a fin de que adquiriesen la máxima pericia marinera, y todos los buques salían a la mar a diario, fuese cual fuese el tiempo reinante. Esto produjo la pérdida de una de las naves, cuando la flota retornaba un día a Portus Ilicitanus y fue alcanzada por un fuerte temporal de levante, próximo ya a la entrada del puerto.

A mediados de mayo, las veintiuna naves estuvieron equipadas y listas para zarpar, por lo que todas las tripulaciones con Teodomiro al frente, se dirigieron a la iglesia de la Virgen del Mar, para implorar la ayuda de la madre del Redentor. Tras de lo cual, la flota se hizo a la mar con destino a Dianium.

Tanto Oriola como las demás fortalezas de la Civitate, habían quedado guardadas por el mínimo necesario de fuerzas, puesto que las que no se habían embarcado, se encontraban guardando las ruinas de Carthago Spartaria, para oponerse al desembarco de los griegos, caso de que éstos saliesen victoriosos en el mar.

Se conocía que la flota de avituallamiento bizantina había llegado a Carthago, por lo que se estimaba que la salida de los griegos de Rávena se produciría en unos quince días. La nave de guardia frente a las costas de Itálica se encontraba en su puesto desde principios de mayo siendo reavituallada por otra nave cada semana, de forma que se evitase cualquier sorpresa.

---

1 Dianium: Denia.

El dos de junio del año del Señor del 695, la nave de vigilancia llegó a Dianium, informando que precedía a la flota bizantina en cerca de una jornada. Inmediatamente se aprestó la flota y se hizo a la mar rumbo a Ebussus[1] en las islas Pitiussas[2]; soplaba viento del sur con lo que rápidamente se pudo alcanzar mar abierta alejándose de la costa a buena marcha; se destacaron las dos naves más rápidas con que se contaba a fin de localizar a la flota enemiga. A media noche el viento giró al nordeste por lo que se dio la orden de mantenerse al pairo, guardando posiciones a remo, pero con orden tajante de no fatigar a los remeros y de alimentarlos al máximo, así como al resto de las tripulaciones. Al amanecer se avistaron las dos naves destacadas, las cuales informaron que la flota enemiga se había ceñido a la costa, por lo que Teodomiro ordenó tomar rumbo este de interceptación. Dos horas después se avistó la flota bizantina, formada por catorce trirremes, cuatro birremes y cuarenta transportes. Se tomó rumbo sudoeste de convergencia y poco después de la salida del sol y a la altura de Lucentum[3] se efectuó el primer contacto.

Se había dado la orden tajante de que ninguna nave se adelantase en el ataque, pues la artimaña tan cuidadosamente ensayada podría ser descubierta por el enemigo, permitiendo al resto de las naves bizantinas eludir la trampa.

La nave del arconte Sabinio, por su posición, así como por ser una de las más ligeras, fue la que primero tomó contacto. Sabinio, hombre valeroso y de una gran disciplina, no hizo actuar su artilugio, ya que las demás naves no se encontraban en posición, y así estas, vieron como la red que podía protegerle se convertía en una antorcha y favorecía el incendio total de su buque, y como los arqueros y bucelarios se tiraban por la borda huyendo del fuego. Fue un momento crucial de la batalla pues el temor inicial fue prontamente vencido en las naves godas gracias a la recia disciplina impuesta durante los ejercicios largos y agotadores, mientras que los bizantinos se confiaron vista la facilidad con que el primer navío había sido destruido. El resto de las naves tomaron contacto casi al mismo tiempo, y salvo en tres casos en que el artilugio no fue eficaz, por encontrarse la nave enemiga muy separada y caer la red incendiada al agua, en el resto de los casos resultó efectivo. Entonces se produjo un espectáculo alucinante, la mayor parte de las naves griegas estaban en llamas mientras el rojo sol naciente alumbraba en el horizonte.

Los griegos cogidos por sorpresa y espantados al ver como eran sus naves las que se incendiaban en lugar de las enemigas, no reaccionaron con suficiente rapidez en combatir el fuego, que rápidamente prendió en el velamen convirtiendo sus buques en antorchas, sobre las que

1 Ebussus: Ibiza. 2 Pitiussas: Baleares. 3 Lucentum: Alicante.

caían una nube de flechas godas, produciendo una horrible matanza entre sus tripulaciones; al no poderse separar los buques por impedirlo las pértigas pivotantes, los costados de las naves chocaban violentamente, partiendo los remos y dañando e hiriendo a los remeros. Un griterío ensordecedor se imponía sobre todos los demás ruidos, y el mar se cubrió con el horror del hombre y su saña destructora.

Sólo cinco naves bizantinas lograron huir y seis buques godos se hundieron completamente destrozados.

Teodomiro ordenó que cuatro naves que se encontraban averiadas quedasen para recoger los náufragos y guardar las tres trirremes griegas que habían capturado, mientras que las once restantes salían en persecución de las naves de transporte griegas a las cuales se habían unido los cinco navíos de guerra que habían huido.

Durante las tres siguientes horas se efectuó una terrible persecución. Las manos de los remeros sangraban por el esfuerzo que les imponían los cómitres, marcando un ritmo despiadado; la débil brisa se aprovechaba al máximo izando velas de emergencia con cualquier tejido que se encontraba a bordo. Poco a poco, la distancia fue disminuyendo entre las dos escuadras, por lo que todo hacía prever que, hacia las doce, se alcanzaría la retaguardia de la flota bizantina, donde se habían situado las cinco trirremes de guerra. Se veía muy próximo el cabo de Palos, cuando la brisa cayó por completo y la calma chicha se adueñó de la mar. La distancia continuó disminuyendo pero ahora con mayor lentitud. Teodomiro ordenó que parte de los bucelarios bajasen a las calas para ayudar en la boga a los exhaustos remeros, mas, dada la impericia de los bucelarios en estos menesteres, se ganó muy poco en velocidad. A medio día se levantó una fuerte brisa de leveche que hizo completamente imposible que la flota bizantina pudiera alcanzar Carthago Spartaria, por lo que ésta viró tomando rumbo hacia Carthago, con lo que el intento de desembarco fracasó por completo.

Tres pesados transporte griegos no pudieron seguir el ritmo de la huida y se retrasaron de su flota, siendo rodeados por la flota goda a la que se rindieron sin oponer resistencia. Tras esta captura, Teodomiro dio la orden de interrumpir la persecución y con sus nuevas presas emprendió el retorno a Portus Ilicitanus.

Cuando la flota goda entró en Portus Ilicitanus, una ingente multitud les aguardaba en la playa aclamando a la escuadra vencedora. La muchedumbre se había engalanado con guirnaldas de flores silvestres y cantando el himno del regocijo vadeó las poco profundas aguas y arrastraron la nave de Teodomiro hasta la playa; levantaron al Comes en volandas y lo subieron a un carro adornado con flores y pintado de púrpura, arrastrado por dos bueyes blancos uncidos con jaeces negros, lle-

vándolo a tierra entre el estruendo de la música y el coro de las gentes, que bailando en derredor le ofrecían el rico mosto de la tierra, tan rubio como una espiga en sazón. Un nutrido grupo de bailarinas adornadas con flores y luciendo sus mejores galas le esperaban al comienzo de la colina, danzando el rito de la victoria al son de címbalos y flautas. Al aire sus finos y largos cabellos que flotaban sobre sus espaldas siguiendo la brisa del mar que se extendía a sus pies, se ofrecían al héroe vencedor. Pronto el carro de la victoria estuvo lleno de bellas vírgenes que ofrecían de beber alternativamente al Comes, aguamiel y vino, y que pronto acuciado por sus años, el vino y el gozo, se sintió ebrio de gozo y amor.

El gentío comenzó a subir la suave pendiente de la colina, verde y cuajada de amapolas, en seguimiento del carro del triunfo, mientras Teodomiro, cada vez más identificado con la fiesta, pues, esa es la gracia del Dios Marte con los triunfadores, gozaba del dulce atardecer contemplando el espectáculo entre continuas libaciones de vino, con lo que el frenesí de la multitud se le contagió. El carro se detuvo en la cima y allí, el Dios Heros arrebató las últimas fuerzas que a Teodomiro le restaban, entre brezos y tomillos.

Aquella noche, siguiendo el milagro de la vida, los muertos fueron olvidados y la siembra de la nueva semilla fue pródiga.

Mientras se construía la flota, Teodomiro mandó llamar a Zaquén, ya que estaba muy preocupado por la gran mortandad que a no dudar, el enfrentamiento con los Helenos, habría de producir.

—Querido Zaquén, te creo informado del acontecimiento que se avecina, y presiento que tus servicios nos van a ser muy necesarios. Dime ¿con cuántos médicos y físicos contamos para atender a los posibles heridos? Cuenta con que se van a enfrentar unas tropas que no bajarán mucho de dos mil hombres.

—Mira Teodomiro, en toda la comarca bajo tu mando, el número de médicos no será superior a siete, si contamos los aprendices. Los físicos, dado su menor grado de preparación y conocimientos deben de ser unos doce. ¿Cuáles son tus planes?, pues pienso que embarcarnos en tus naves, dado el reducido número que somos, sería un grave error. Yo por de pronto, si me obligas a embarcarme, no sirvo para nada, pues tan pronto pongo el pie en una cubierta, me mareo de una forma vergonzosa.

—Tú, desde que éramos chicos, siempre supiste guardar un secreto y cumplir tu palabra, así que, si cuento con que cuanto te informe no saldrá de tu boca, te diré cuáles son mis planes —y entonces Teodomiro relató pormenorizadamente cuál sería su táctica.

—Creo que sólo deben embarcarse seis físicos para coser las heridas

menos importantes y aliviar los dolores de los moribundos con jugo de adormidera. Los más graves, si bien con heridas que sepamos curar, deberán esperar a ser desembarcados para recibir auxilio. Los físicos embarcados así como los médicos en tierra, deberán ser provistos de gran cantidad de vinagre para limpiar heridas, alheña por sus grandes virtudes cicatrizantes; leche de burra para aplicar a los quemados después de lavar con agua y vinagre; igualmente, grandes cantidades de semillas de adormidera machacadas y maceradas en vino blanco, para mitigar los dolores.

En tierra, tanto en Portus Ilicitanus como en la aldea de Carthago Spartaria, los médicos, además de todo lo anterior, deberán contar con gran cantidad de hilas y lienzos, hilos de pitera o de palma para coser las heridas, tablillas y cuerdas para reducir las fracturas, y sobre todo, muchas mujeres que les ayuden y sepan consolar a los heridos.

—Todo cuanto has indicado será puesto a tu disposición, pero cuando has dicho el número de médicos, realmente me ha preocupado. ¿Cómo podremos hacer en el futuro, suponiendo que salgamos con bien de ésta, para aumentar el número de médicos? —preguntó Teodomiro.

—Por lo que me han contado viajeros del mundo, el sistema que los islamitas han creado se me antoja muy acertado; se trata de hacer en Aurariola, una gran casa de salud, que ellos llaman *madrasa* y otros *maristan,* donde se acoge a los pobres y desvalidos. En este lugar trabajan muchos estudiantes bajo la dirección de los mejores médicos, que los instruyen y enseñan, no sólo en curar los cuerpos, sino también, en distintas ciencias como la filosofía, las matemáticas y la astronomía. A mi parecer, esto es lo que deberías hacer tú si Jahvé te concede la victoria. ¡Perdona!, en tu caso debí decir si Jesucristo así lo quiere.

—¡Entre nosotros déjate de historias! Si únicamente existe un Dios, y yo así lo creo, tú también, e incluso los islamitas; forzosamente tiene que ser el mismo. Tienes mi palabra, que si el Altísimo nos premia con la Victoria, tal como me has aconsejado se hará, y tú serás su Maestro, o como diablos se diga entre los médicos.

Esto recordaba Zaquén mientras rendido de cansancio, cubierto de sangre y rodeado de hombres dolientes, unos ya agonizantes, otros con quejidos que casi eran alaridos y, otros también, llorando suavemente, fuertemente asidos a la mano de una de las mujeres que les ayudaban, confundían a éstas con sus madres, sus esposas o sus hijas. Todo herido que presentaba una flecha en el tronco, que sus compañeros habían quebrado para evitar enganches, recibía generosas raciones de adormidera o belladona, hasta que sus almas escapaban hacia el Salvador. Si la flecha le entraba superficialmente se la empujaba hasta que la punta salía al exterior y se le quitaba; luego la herida era tratada con un cau-

terio al rojo, se cosía con fibra de palmera y se cubría con los polvos amarillos de la alheña y un lienzo.

Zaquén tenía anterior experiencia, cuando un miembro había sido amputado, de que después de cauterizar los vasos, para interrumpir la hemorragia, era mucho más efectivo el lavar abundantemente con vinagre y después echar alheña encima y cubrir con un trapo limpio. Las veces que siguiendo consejos de sus maestros, había cubierto la herida con grasa, se había producido una gran infección; incluso era preferible un emplasto de arcilla o cenizas de romero, a la grasa.

Cuando pasó al siguiente montón de paja sobre el que se ponía a los heridos, lo primero que vio fue, unos ojos negrísimos que le observaban con mirada preñada de odio. Se palpaba la maldad en aquellos ojos y Zaquén, recordó los años de su juventud. Siempre aquellos ojos le habían hecho huir. Cuantas veces había corrido a esconderse en un zaguán, o en una calleja, evitando el cruzarse con Marcelo, el hijo mayor del herbolario del puente, hombre bueno y amable, perteneciente a una casa de prosapia romana, la de los Lucus, y que en el devenir de los tiempos había perdido su riqueza; era un ser rastrero y repulsivo. Gozaba con el dolor de los demás, a quienes achacaba en su fuero interno el que su familia hubiese dejado de ser importante. En especial, odiaba profundamente a Zaquén el Judío a quien no dejaba de vejar en el trato social y agredir en el trato físico. Resultaba curioso; Zaquén fuerte y alto, siempre había huido de Marcelo bajo y de constitución endeble; y cuando era agredido, soportaba estoicamente el castigo, aun a sabiendas de que podía vencerle; pero sus ojos siempre le habían aterrado paralizando sus movimientos, cuando se encontraban muy próximos. En esta ocasión, inicialmente se quedó paralizado y sólo reaccionó cuando escuchó a Marcelo decir:

—¡Hola Medicucho! Ahora tienes la ocasión de vengarte, puesto que no puedo defenderme. ¿Acaso no hay ningún otro médico que pueda atenderme, sino este repugnante judío?

Zaquén ignoró sus palabras, y su profesión se impuso a cualquier otra consideración. A simple vista se veía que tenía una fuerte luxación en el hombro. El hueso del brazo se había salido de su alojamiento y dado el tiempo transcurrido, la inflamación era considerable. Si hubiera sido sólo aquello, está claro que Marcelo no se habría encontrado allí, por lo que siguió explorando su cuerpo hasta que vio el fuerte torniquete que tenía a media pantorrilla. Una gran astilla de madera le había atravesado el músculo y cuando él mismo se la sacó, un fuerte caño de sangre brotó de la herida. El pie ya mostraba muy mal color, por lo que ignorando el alarido que dio Marcelo, soltó el torniquete a la vez que taponaba la herida por ambas partes con unas hilas. Había

recordado las indicaciones de su maestro Octavio cuando le decía: «La sangre transporta todos los buenos humores, y si estos no llegan a un miembro en mucho tiempo, éste termina por morir». Era preciso que de nuevo la sangre corriese por el pie. ¿Pero qué hacer después? Si no reparaba la tubería (el vaso decía su maestro) la sangre se secaría y dejaría de irrigar el pie.

Pese a las protestas e insultos de Marcelo, le hizo tragar una buena dosis de adormidera, y cuando vio que sus músculos se relajaban, volvió a poner el torniquete y descarnando la herida, encontró los dos extremos del vaso cortado. Doblando un extremo sobre sí mismo, acercó el otro y al desdoblar el dobladillo, consiguió que un extremo se sobrepusiese al otro. Aflojó un poco el torniquete manteniéndolo así un rato y cuando vio que no salía sangre, fue aflojando lentamente el torniquete, tras de lo cual, cosió por fuera la herida con hilo de palmera, puso alheña encima y cubrió con un trapo.

Después de lo anterior, tras suministrarle a Marcelo más adormidera pidió a dos hombres que inmovilizaran al enfermo y dando un fuerte tirón del brazo a la vez que oprimía por la espalda, el hueso volvió a su posición con un desagradable chasquido.

Había pedido que hirviesen hojas de salix y dejó a una mujer al cuidado del enfermo, ordenándole darle de vez en cuando la infusión de salix y pequeños tragos de adormidera para mitigar el dolor, únicamente entonces se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba y que una gran debilidad se apoderaba de él. Se acercó a un montón de paja y cayó como si de un fardo se tratase.

Fue a la salida del Tedeum de gracias oficiado en la iglesia del Salvador, cuando Teodomiro vio por primera vez a Eguilona. Sabía que nunca antes la había visto y, sin embargo, su cara le era profundamente familiar. Se detuvo, y con él, el cortejo que le seguía. La joven al verse observada por tantas personas, enrojeció vivamente, con lo que el Comes la encontró aún mucho más bella.

—¿Cómo te llamas hermosa joven? —preguntó Teodomiro.

En lugar de ella, fue un anciano que se encontraba a su lado quien respondió.

—Teodomiro, es mi nieta Eguilona, quien ha querido como todos, sumarse a las gracias que el pueblo te da, por habernos librado de los horrores de una guerra contra Bizancio. Mi nombre es Eurico de Orchello —terminó el anciano a la vez que le hacía una cortés inclinación.

—Espero Eurico, que tú y tu nieta me honréis esta noche asistiendo al baile que me ofrece la ciudad.

—No faltaremos Comes, tenlo por seguro.

El cortejo prosiguió su camino entre las prietas filas que la multitud formaba a ambos lados de la calle, que no dejaba de aclamar al Comes de la ciudad, mientras desde las terrazas una lluvia de pétalos era arrojada a su paso.

Tan pronto quedó solo Teodomiro en sus habitaciones, mandó llamar a Cástulo a quien pidió información de la joven. Su abuelo era un noble godo de segunda clase que vivía en su pequeña propiedad junto al cabezo de Orchello[1], de ahí, que para identificarse tomaba siempre el nombre de su lugar. Los padres de la joven habían muerto hacía unos años, cuando la gran riada los cogió trasladándose de Oriola a Orchello; desde entonces, la joven vivía al cuidado de su abuelo, quien se veía en grandes dificultades para espantar a los muchos jóvenes que la rondaban, ya que la fama de su belleza se había extendido por toda la vega del Thader.

La mayor preocupación del viejo eran los hijos de los nobles tiufados, ya que estaba firmemente convencido de que la cortejaban con malas intenciones, puesto que toda la juventud de la época, prefería la riqueza a la virtud y belleza.

—Por lo que veo, esa joven te ha causado una fuerte impresión, pues observo que tienes el ánimo conturbado —no pudo por menos de decir Cástulo.

—¡Oh Cástulo, Cástulo! Cuando ella me miró, el tiempo se detuvo en su camino, el pasado se fundió con el presente; me vi transportado a otra vida no vivida por mí, mas tan real, que no sé discernir si la he vivido. Fue su arrebol lo que me hizo volver en mí y en el presente; sin ello, hubiese permanecido en éxtasis, no sé por cuanto tiempo. No fueron sus bellos ojos de un límpido azul turquesa que las mismas gemas envidiarían, ni su pelo de arroz maduro donde el sol brillaba refulgiendo, ni su tez tan fina que aun un niño ansiara, fue un halo, un no sé qué, que me hizo temblar como tiembla un guerrero ante la muerte, como debe temblar el hombre si Dios se le aparece, con temor pero sin miedo, gratamente.

—¡Oh mi señor, me causa pena verte en ese estado! Ni siquiera has hablado con la joven y ya tu imaginación vuela loca y sin sentido; reflexiona que acaso en ese bello cuerpo se acaban sus virtudes y sus gracias, pues cuantas necias yo conozco que al verlas nadie puede imaginarlo, mas al abrir la boca se adivina el poco seso y el corazón amargo. Espera al menos a la noche y así podrás juzgar sin desvarío; no adornes a la joven en tu mente con virtudes que acaso no posea, pues es prudente y sabio comprobarlo y evitar más tarde el amargo desencanto.

—A tu edad en amor es fácil aconsejar prudencia, pues menguado

1 Orchello: Hurchillo.

se tiene el apetito, mas en ese caso no me hallo y mi sangre hierve incontenible, y mi corazón me dice, que no es pasión sino amor lo que en mí esta mañana ha nacido. No me amargues el tiempo que me falta para encontrar aquella a la que amo. No me digas que es necia la que aguardo, cuando sabes que de la necedad maldigo. Si yo, por no conocerla, con virtudes inexistentes la imagino, no más yerro que tú, que sin conocerla tampoco, lo contrario a la misma le atribuyes.

—Líbreme el cielo de atribuir defectos a una joven a quien a conocer no alcanzó, ni inmiscuirme en amores, pues conozco que siempre se sale trasquilado; lo único que digo y te aconsejo, es que descubras sus virtudes en su persona y no en tu imaginación, pues es bien sabido, que si mucho te alaban una cosa, aun siendo justa la alabanza, al conocerla pierde sobre lo que uno hubiese pensado al descubrirla por sí mismo.

Para Eurico y su nieta, si al principio la invitación pública del Comes, les llenó de orgullo y satisfacción, pronto ésta se convirtió en un grave problema. Su fortuna no les permitía hacer una vida social acorde con su nobleza, por lo que rara vez iban a Oriola, a no ser, que necesitasen comprar alguna cosa. Si bien la joven y el abuelo tenían trajes dignos y aun lujosos para el círculo en que se desenvolvían, la ocasión de la fiesta ofrecida por los nobles de la ciudad al Comes, requería otros trajes, a menos que estuviesen dispuestos a presentarse como los parientes pobres; y para ello, era demasiado orgulloso el noble godo.

Cástulo, que además de prudente era un consumado político, tras su conversación con Teodomiro comprendió lo importante que podía ser para él y su familia, ganarse el afecto de la joven, por lo que envió a su mujer a casa de los parientes donde Eurico se hospedaba, con la orden de ponerse completamente a su disposición y facilitarles todos los medios que necesitasen.

Por otra parte Cástulo no ignoraba los problemas que sin lugar a dudas se presentarían con el súbito enamoramiento del Comes de una noble de segundo rango, puesto que todas las familias nobles de la Civitate, con hijas en edad casadera, esperaban que Teodomiro se decidiese por su hija, y con toda seguridad, una elección así, le acarrearía la malquerencia de todas estas familias.

Cuando Teodomiro fue nombrado Comes de Aurariola, tal nombramiento fue tomado muy a mal por la nobleza local, y sobre todo por los partidarios de la casa de Chindaswinto; sólo con mucho tacto y energía y sobre todo, porque su apuesta figura causó una grata impresión entre las mujeres de la nobleza, había logrado ser aceptado por ellos. Ahora, si el Comes se decidía por una noble de segunda clase, un gran número de

familias se sentirían defraudadas en sus aspiraciones y a no dudarlo, de nuevo el ambiente hostil se levantaría en torno a él, si bien, tras la victoria obtenida, el parecer de la nobleza había perdido valor, puesto que tanto el pueblo como la corona le apoyaban incondicionalmente.

El problema verdaderamente grave estaba representado por Eufrosia, mujer del jefe de la facción de Chindaswinto, y el más poderoso y rico tiufado de la ciudad. Mujer bella y bastante más joven que su marido, tan pronto Teodomiro llegó a la ciudad investido con su nueva dignidad, se enamoró locamente del joven, luchando cuanto pudo para normalizar las frías relaciones entre el Comes y la nobleza; y fue gracias a su intervención, que fue finalmente aceptado con más facilidad de la que cabía esperar. Cástulo, que al principio había animado a su señor a frecuentar las fiestas y reuniones de Esmagio, pronto se dio cuenta del peligro que se cernía, mas ya fue demasiado tarde.

Todo sucedió con suma sencillez. Teodomiro había ido a los baños begastrensis, así llamados popularmente porque el arquitecto que los construyó era natural de Begastri, ciudad situada al noroeste de la Civitate y sede episcopal. Allí coincidió con Eufrosia que durante los veranos habitaba una villa cercana a los baños, a los que acudía a diario. El Comes fue invitado a cenar a la villa, y dado que Esmagio se encontraba de viaje hacia Lûrqa[1], lo que tenía que suceder sucedió, y así fue cómo Teodomiro se convirtió en el amante de Eufrosia.

No fue fácil convencer a Teodomiro de que no sentase a su lado a Eguilona durante el banquete que precedía al baile; fue necesaria toda la dialéctica y poder de persuasión de Cástulo, para hacerle comprender los problemas que se derivarían de no sentar a Eufrosia a su izquierda, puesto que su derecha estaba reservada a la mujer del Vicari, y sólo a regañadientes y tras prometerle que sería sentada en un lugar próximo y de fácil visión, accedió a ello.

La sala de banquetes refulgía alumbrada por más de mil bujías, a cuyo resplandor toda la nobleza de Oriola, Ilici, Lucentum, Lûrqa, Balantala[2], Mûla e Iyyu[3], así como los obispos de Elota-Ilici y Begastri, lucían sus más ricos atuendos y joyas más preciadas.

La entrada de Teodomiro fue saludada por el maestresala con un:

—¡Salve Teodomiro, vencedor de Bizancio! —que fue respondido a coro por todos los presentes.

—¡Salve Teodomiro, vencedor de Bizancio! ¡Dios te guarde!

Teodomiro avanzó entre las dos filas que se habían formado; y llegado a su sitial, tomó la copa, y volviéndose a los nobles, la alzó a la vez que decía:

—Antes de dar las gracias por este homenaje, brindemos todos por

1 Lûrqa: Lorca. 2 Balantala: Villena. 3 Iyyu: Hellín.

Requiario, Capo, Antulio y tantos otros que debían estar aquí y no han podido, pues Neptuno los acogió en su seno después de luchar como valientes; brindo también por el arconte Sabinio, que con su valor y disciplina, hizo posible nuestra victoria, y brindo por último por vuestros esposos e hijos aquí presentes, que tanta bravura demostraron en la batalla.

Una vez más Teodomiro, con un gesto imprevisto y unas palabras improvisadas, rompía el protocolo y se ganaba el afecto de la concurrencia. Desde ese momento todos consideraban que aquella era su fiesta y no sólo la del Comes, y la envidia dejaba paso al orgullo de sentirse agasajados.

Al pasar junto a los obispos, a los que conscientemente había situado en los últimos puestos de la presidencia, a fin de humillarlos, les dijo procurando que nadie más le oyese:

—¿También sus eminencias han venido a reclamar una parte de la gloria? —y sin esperar la respuesta prosiguió hasta su asiento.

Si poco antes había sido Teodomiro quien dirigió una frase hiriente a los obispos, no bien se hubo sentado fue Eufrosia quien le acogió con la hiel en los labios.

—Te doy las gracias al haberme sentado a tu lado ¡Oh magnánimo Comes! Pues, después de lo que me contaron que hiciste esta mañana, suponía que este puesto lo tenías destinado a esa burda rusticana.

—Pronto te llegan las noticias ¡Oh bella Eufrosia! —dijo Teodomiro remedando el tono de su voz, y sin mirarla, ya que sus ojos seguían la fila de comensales, intentando localizar a Eguilona.

Vestía ésta manto azul con fimbria de oro, que hacía resaltar sus bellos cabellos, y bajo el mismo, túnica blanca con cinturón recamado, brazaletes de rica hechura y del más precioso metal. Llamaba tanto la atención por su belleza, que todas las miradas se encontraban fijas en ella. No bien su mirada se cruzó con la del Comes, bajó su vista y un fuerte arrebol cubrió sus mejillas.

Fue sólo durante la danza que siguió al banquete, cuando Teodomiro tuvo ocasión de hablar por primera vez con Eguilona. Al comienzo danzaron callados observándose mutuamente.

—Entre todas las damas esta noche resplandecéis con fuerza propia; diríase que un lirio se vistió con manto de azucena, y que la luz de vuestros ojos eclipsó la belleza de las otras.

—Mi señor, son tantas las mercedes con que nos habéis abrumado, que mi torpe lengua no acierta a agradeceros. Perdonar que no sepa estar a vuestra altura.

Era la primera vez que Teodomiro escuchaba su voz, y su timbre, armonioso y cálido, le causó una honda impresión. De pronto, todas

las demás personas dejaron de existir y sólo ellos, uno junto al otro, escuchando lejana la música y transmitiéndose infinitas promesas sin que sus labios dijesen una sola palabra.

—Yo os amo, Eguilona, desde mucho antes de conoceros. Cuando os vi esta mañana no fue la primera vez, pues en mis sueños, os había visto y hablado; todo en vos es idéntico a como lo soñaba. Sois para mí la reencarnación de algo ya vivido.

—Que puedo responder yo al hombre admirado por todas las mujeres de esta tierra, por su apostura, valor e inteligencia; al hombre con el que todas las mujeres sueñan. No sé que sentimientos hacéis nacer en mí, tan sólo sé, que si me miráis, mi cuerpo tiembla y, nerviosa, no sé que responderos; sólo sé que el contacto de vuestra mano parece que me quema. Decís que me amáis, pero si así fuera, tan sólo a mi cuerpo y mi figura amaríais, y no a mi alma que es lo que yo considero más preciado. Yo al menos, conozco de vos cuanto se dice y se comenta, a más de vuestros hechos; pero vos de mí, sois por completo un ignorante, pues nada conocéis de mi persona.

—Decís bien, y prudentes y sabias encuentro vuestras palabras; acepto la lección que me brindáis, más ya con ellas empiezo a conoceros y me agrada. La pasión que siento, se acrecienta al descubrir un poco vuestra alma.

La danza había terminado, y mientras la acompañaba a su asiento añadió:

—A conoceros bien, aspiro, y por ello, necesito vuestro permiso para visitaros.

—Tanto el Comes Teodomiro como el hombre, siempre serán bien recibidos en casa de mi abuelo Eurico.

Eufrosia que no había dejado de observar a Teodomiro durante toda la danza, comprendió rápidamente que Eguilona resultaba una seria rival y que la invitación hecha por aquel aquella mañana a la joven, no se trataba de un capricho pasajero, por lo que cambiando de táctica, tan pronto se sentó a su lado le dijo:

—La próxima semana, mi marido tiene que desplazarse a Mûla y estará varios días ausente. Espero que me visitarás en las termas.

—Yo bien quisiera, mi encantadora Eufrosia, mas en la sierra de Thiar[1] ha aparecido un enorme jabalí hembra que tiene atemorizado a los lugareños, y se ha organizado una partida en la cual tengo que tomar parte.

La caza del jabalí era el deporte favorito de los godos, y entre la nobleza, había ocasionado más muertes que todas las guerras juntas de

1 Thiar: Zeneta.

los últimos cien años. Se le cazaba las más de las veces a pie, mediante lanza corta, ayudándose de perros y de redes.

Hacía años que una enorme hembra de jabalí causaba grandes estragos en los cultivos de la zona de Thiar. Hasta entonces había matado tres hombres e innumerables perros, hasta el punto que se la había bautizado con el nombre de la fiera de Thiar. Según quienes la habían visto, no pesaría menos de treinta arrobas y sus navajas medían cerca de dos palmos. En diferentes ocasiones había sido herida, pero su coraza tenía tal espesor, que las lanzas apenas penetraban en ella. Uno de los muertos intentó cazarla aguantando lanza en ristre, tal como se hacía con los jabalíes de tamaño pequeño, pero la lanza saltó hecha astillas a la vez que era arrollado y luego descuartizado por la fiera.

Últimamente un pastor había localizado la guarida donde criaba no menos de siete jabatos, y conocedor de que Teodomiro había expresado en una ocasión, su deseo de darle caza, avisó en palacio de su descubrimiento.

Teodomiro acompañado por diez tiufados jóvenes, salió mucho antes del amanecer, a fin de encontrase en el lugar a los primeros rayos del sol. El pastor les esperaba en la falda del monte, ya que los caballos no podían subir por la escarpada ladera donde se encontraba el jabalí.

Llegados a la guarida, situada en un agreste paraje cubierto de pinos y altas hierbas, colocaron la red clavada con fuertes estacas y soltaron a la jauría. Pronto los perros salieron huyendo de la cueva perseguidos por una enorme masa negra, que se precipitó contra la red en seguimiento de los perros, que no habían podido evitarla. Las estacas saltaron por los aires y un revoltijo indescriptible de perros, jabalí y red, descendió ladera abajo. Las grandes navajas del jabalí, causaban enormes destrozos a cada dentellada, bien fuera entre los perros, como en la red, cuyos gruesos cabos marinos eran cortados como si de hilos de coser se tratase. Uno de los siervos fue alcanzado por la masa pululante y arrojado con enorme fuerza contra el tronco de un pino, donde se estrelló con fuerte crujir de huesos Las lanzas que se le arrojaron hirieron en varios puntos al jabalí y mataron varios perros, tal era la confusión; el animal herido, tras destrozar la red, se revolvió contra los cazadores, quienes buscaron su salvación protegiéndose tras los troncos de los árboles. Teodomiro, que no quiso dar el espectáculo de huir, aunque el miedo le atenazaba la garganta, se encontró sólo frente a la fiera que se dirigía hacia él. Sabía que dado el peso del animal, si la lanza no se quebraba en la embestida, sería arrojado de espaldas y luego destrozado, por lo que retrocedió hasta encontrar el tronco de un pino en el que apoyar la contera de la lanza, y esperó la acometida dirigiendo la punta a la tetilla del animal; la punta de la lanza entró por

debajo del cuello de la fiera y detuvo el impulso de ésta, pero no había alcanzado el corazón pese a estar herida gravemente. Mientras la lanza se curvaba peligrosamente amenazando con romperse, Teodomiro intentó corregir el astil, a la vez que éste comenzaba a astillarse. La lanza se rompió a la vez que el jabalí moría, pero arrastrado por su empuje, al cerrar la boca, seccionó limpiamente parte de la túnica de Teodomiro, sin llegar a alcanzarle el cuerpo. Dando un salto, Teodomiro se apartó del animal y se derrumbó, al no poderle sostener las piernas que le temblaban violentamente.

Cuando sus compañeros se acercaron al Comes, creían que éste se encontraba mortalmente herido y que su temblor eran las convulsiones de la muerte, por lo que al comprobar que estaba ileso, su alegría fue grande. Se dio de beber a Teodomiro vino mezclado con agua, y una vez cerciorados de que no tenía ninguna herida, lo levantaron, pues aún no había recobrado sus fuerzas por entero.

—¿Cómo se encuentra el siervo que arrolló el jabalí? —fue lo primero que preguntó Teodomiro al recobrar el aliento.

—Al parecer tiene varias costillas rotas, así como la clavícula —le respondieron.

—Que alguien entre en la cueva y saque a los jabatos —ordenó el Comes, señalando al hombre que estaba más próximo a ésta.

Tenía seis crías, cuatro hembras y dos machos, los cuales tan pronto iban siendo sacados de la cueva eran degollados. Los lugareños se sentirían muy contentos al conocer el gran número de la camada que había sido destruida.

Alguien sugirió y fue aceptado por todos, el asar tres jabatos para comerlos en el almuerzo, y mientras los siervos preparaban éste, los señores con las jaurías siguieron cazando, pero esta vez piezas menores. Sólo Julio Anneo tuvo la suerte de cruzarse con un ciervo al que abatió poniendo una certera flecha en su corazón. Los demás sólo consiguieron conejos y algún urogallo.

Los jabatos estaban deliciosos regados con abundante vino, el cual tuvo la virtud de desatar las lenguas, de forma que la alegría reinase en el improvisado campamento.

Se decidió no quitarle la piel al jabalí y transportarlo tal como estaba, a fin de que durante el camino de vuelta, todos tuviesen la ocasión de admirarlo, pues en verdad era una pieza como nunca se vio igual en aquellos contornos.

La vuelta resultó triunfal gracias a la admiración que la fiera causaba en cuantos la contemplaban, y pronto la forma y el tamaño fue creciendo, conforme los que la habían visto, lo describían a los que no tuvieron esa suerte.

Por consejo de Cástulo, Teodomiro aplazó varios días su visita a la casa de Eurico, pese a que la impaciencia le quemaba. Los días que dejó transcurrir los pasó nervioso e irritable, pareciéndole semanas, tan lento fue su discurrir. Cuando por fin no pudo resistir más, se presentó un atardecer en Orchello, tan solo escoltado por dos hombres.

Eguilona, que desde que volvió de Oriola se encontraba tan nerviosa y desazonada como Teodomiro, había decidido poner un siervo en un sitio elevado, desde el que se dominaba toda la ruta de llegada desde Oriola, con la misión de avisar tan pronto descubriese la llegada del Comes con su comitiva; pues Eguilona, aunque se acicalaba cuanto podía desde la mañana, no deseaba que Teodomiro la sorprendiese sin antes darse un retoque.

En dos ocasiones el siervo había dado una falsa alarma, por lo que recibió una fuerte reprimenda; en vista de lo cual aquella tarde, precavido y escarmentado, al ver acercarse sólo tres jinetes, estimó que no podía ser el Comes, pues su señora le había repetido que con seguridad Teodomiro llegaría rodeado de un gran séquito. Fue así como todos los preparativos de Eguilona se vinieron al suelo, y Teodomiro la encontró dando de comer a los pollos y sin los abalorios que tenía preparados para recibirle. Su arrebol en aquella ocasión no lo produjo tanto Teodomiro, como la vergüenza que sintió al verse sorprendida en tan humilde tarea, el pelo ligeramente revuelto y con las livianas prendas que el calor aconsejaba.

Cuando el ruido de los cascos de los caballos llegó a sus oídos, era demasiado tarde para huir; se volvió y se encontró frente a Teodomiro; permaneció un momento sin saber que hacer y luego, dando un suave grito, tiró el cesto con el grano de las aves y salió disparada como alma que lleva el diablo.

La carcajada de Teodomiro aún resonaba en sus oídos, cuando tras chocar con su abuelo que salía de la casa, cerró ésta dando un portazo.

—¡Loca y condenada mozuela! ¿Adónde vas así que...? —dejó interrumpida su frase al darse cuenta de quien era el recién llegado, y salió a su encuentro un poco nervioso ante las carcajadas del mismo.

—Mi señor, nos sentimos muy honrados con vuestra visita —saludó el anciano.

—¡Salve noble Eurico! —respondió Teodomiro a la vez que descabalgaba y entregaba las riendas de su caballo a un siervo que había salido presuroso.

—Al parecer mi presencia ha asustado a vuestra bella nieta, pues por su forma de salir corriendo más parece que ha visto al diablo que a mí —añadió mientras saludaba al anciano.

—Perdonar señor, pues los jóvenes son imprevisibles. Mas tener por cierto que no fue con ánimo de ofenderos si os recibió de esa manera; sino por cosas de mujeres —se excusó el abuelo a la vez que añadía— ¿Puedo ofreceros un asiento bajo el emparrado, donde, a no dudar, hará más fresco que dentro de la casa?

—En verdad que se está bien aquí con esta brisa de levante —no pudo por menos de decir Teodomiro, una vez que se hubo sentado.

—Si os apetece puedo ofreceros un buen vino blanco que tengo refrescando en el pozo —ofreció el anciano.

Como Teodomiro aceptase, desapareció dentro de la casa y poco después una sierva precediendo a Eguilona, trajo un mantel, vasos y una jarra de vino.

Eguilona que se había propuesto hacerle pagar sus carcajadas y que él notase cuanto la había ofendido con ellas, guardó un mutismo significativo, aun a riesgo de parecer descortés con el visitante, mas fue poniéndose nerviosa cuando él, aun después de llenarle el vaso de vino, siguió callado observándola atentamente, y al parecer, sin ánimo de dirigirle la palabra. Todos sus planes se derrumbaron cuando éste sonriendo le dijo:

—En verdad que estáis encantadora con ese nuevo atuendo, pero os prefería tal cual os encontré al llegar. ¿Decidme con quien me confundisteis, cuando con tanta celeridad salisteis corriendo?

Unos deseos incontenibles de zaherirle se apoderaron de Eguilona, y no pudo evitar responderle.

—¿Por ventura vuestra condición de Comes os da licencia para venir a mi casa a burlaros de mí?

—Llegué a vuestra casa y me huisteis, ahora me servís vino y ni el saludo de bienvenida os dignáis darme; y por si fuera poco, con irritación me recrimináis. ¿Tanto os ofende que yo me atreva a amaros?

Un manso llanto llenó los ojos de Eguilona de lágrimas, ante las cuales Teodomiro se quedó desconcertado, hasta que avanzando la cogió de la mano a la vez que le acariciaba la cara. Cuando el llanto se lo permitió, dijo Eguilona entre suspiros.

—Os espero día tras día y no venís, y cuando al fin lo hacéis, ¡odioso!, de mí os reís.

Teodomiro incapaz de contenerse por más tiempo, atrajo a la joven a su pecho y juntó su cara a su mejilla, sin que ésta le rechazase; con gozo incontenible comenzó a hablar como un poseso.

—Vuestras palabras llenan mi pecho de contento, pues me dicen, que también vos me amáis. ¡Bendito el infierno que he pasado refrenando mis impulsos por venir a veros! ¡Bendita seáis, por la dicha que me otorgáis! Tanta dicha a imaginar no me atrevía, pues tanta he reci-

bido en este año, que mi cupo pensaba estaba terminado, y lo que más ansiaba no obtendría.

Eguilona le rechazó con suavidad al escuchar unos pasos que se acercaban. Tan pronto llego Eurico, se dio cuenta por el aspecto de los jóvenes, que algo importante había acontecido. Al no ser mujer, pese a su experiencia de anciano, no había imaginado ni por un momento, que la visita del Comes tuviese más motivo que un simple paseo que le había llevado hasta su casa, pues, si bien su nieta le había dicho, que era posible que el Comes apareciese algún día por su casa, ya que solía elegir para sus paseos aquella ruta, le había ocultado por completo las verdaderas intenciones que le llevaban allí. Por ello, quedó completamente asombrado cuando Teodomiro le dijo.

—Eurico, te pido me concedas tu nieta en matrimonio.

—Si ella está de acuerdo, me consideraré muy honrado en concedértela —respondió el anciano sin salir de su asombro.

Si bien Eguilona conocía el amor de Teodomiro y que ella con su comportamiento lo había alentado, nunca habría supuesto que éste, a la segunda vez que se encontraban, fuese a pedirla en matrimonio. Todo había sucedido tan rápido, tan sin darle tiempo a hacerse a la idea, que no sabía que contestar a la pregunta que le habían hecho a su abuelo. Durante los días que había estado esperando impaciente que el Comes la visitase, había imaginado infinidad de respuestas a sus requiebros, se había preguntado si le gustaba y si sus galanteos serían en serio, o por el contrario, si se trataban sólo de un juego de corte. Preguntó a sus amigas cuáles eran las costumbres de la corte, y si una declaración de amor inmediata entraba entre los juegos galantes de los nobles, o por el contrario podía tomarse por cosa seria. Tan diferentes respuestas recibió que al final, se encontraba más desorientada que al principio; y ahora, de sopetón, se encontraba con una petición formal de matrimonio, hecha delante de su abuelo, sin que antes hubiese sido prevenida...

—Eguilona, el Comes te ha hecho el honor de pedirte en matrimonio —tuvo que repetir el anciano, al ver que su nieta no respondía—. Estamos esperando tu respuesta.

Entretanto Teodomiro viendo que la joven no respondía, interpretó su silencio como una negativa, y sintió por el latido de sus sienes como si su corazón se detuviese, mientras el frío se apoderaba de su cuerpo. Era tal el estado en que se fue sumiendo, que cuando al fin Eguilona dio su consentimiento, apenas la entendió.

Había sido precisamente el aspecto de desesperanza y abatimiento que Eguilona vio en la cara de Teodomiro, lo que le convenció que este estaba profundamente enamorado de ella, y este convencimiento

le decidió a aceptarlo, llevada sobre todo por ese sentimiento maternal que toda mujer lleva en sí, y que le hizo sentirse mucho mayor que Teodomiro, haciendo nacer en ella una ternura que le era totalmente desconocida.

Pese a la insistencia de Teodomiro, quien deseaba que la boda se efectuase rápidamente, Eguilona se mantuvo firme en su condición de que esta tuviese lugar a mediados de septiembre, y que el compromiso se mantuviese en secreto hasta comienzos de agosto. No se sentía segura de sus sentimientos y a sus dieciocho años, lo único que tenía importancia para ella era su corazón, sin que las conveniencias sociales tuvieran tanto peso como para una mujer de más edad.

Como Comes de la Civitate de Aurariola, las atribuciones de Teodomiro eran absolutas. En sus manos estaba el mando militar, el repartir justicia, y recaudar impuestos; todo esto, tal como era costumbre entre los visigodos, lo llevaba acabo con la ayuda de un Vicari, persona ésta, que le sustituía en sus ausencias.

Una de las medidas que desde un principio implantó, pese a la oposición de los tiufados, fue el nombrar un tribunal para impartir justicia. Estaba formado por dos jueces, y se estableció, que caso que ambos estuviesen de acuerdo en la sentencia, esta sería firme, mas cuando los jueces no coincidieran en su apreciación, debían someter el caso al Comes, quien decidía. Esta función decisoria la delegaba en su Vicari, cuando ninguno de los litigantes era noble, o cuando por ausencia y ser urgente la decisión, su Vicari desempeñaba todas las funciones propias del Comes. Uno de los jueces debía de ser de raza goda y el otro hispano-romano, siendo elegidos, además, entre personas de gran cultura y que por su rectitud, mereciesen la confianza de los demás.

El jefe de la fortaleza de Iyyu, buen amigo de Teodomiro, en connivencia con el tiufado de la ciudad, se había apoderado de una heredad a la muerte de un hombre que no dejó hijos, aunque sí parientes lejanos. Los parientes despojados, se desplazaron a Oriola y presentaron su demanda ante los jueces, para lo que tuvieron que incurrir en cuantiosos gastos, al hacer venir a Oriola a los testigos que asegurasen sus derechos. Los jueces requirieron en varias ocasiones a los demandados para que se presentasen ante el tribunal y se defendiesen de la acusación que se les imputaba; mas no escucharon los requerimientos y no se presentaron, creyendo que, por su alta condición, los jueces no se atreverían a condenarlos. Cuando les informaron que iban a sentenciar en su contra, recurrieron a Teodomiro pidiendo su favor. Éste, que se encontraba ligado por los lazos de la amistad, envió un siervo con el

recado que dijese a los jueces, que se declarasen en desacuerdo, y él dictaminaría. Los jueces respondieron al siervo: «Dile a tu señor, que los dos jueces han encontrado justa la reclamación. Que estas personas humildes han hecho cuantiosos gastos al desplazarse a la ciudad, tanto ellos como los testigos que han comparecido, y que debemos dictar sentencia».

Al conocer la respuestas Teodomiro se enfadó y volvió a enviarles al siervo a que les dijese: «Mi señor tiene un gran interés por los demandados y sigue creyendo que os debéis declarar en desacuerdo». Los jueces al oír lo anterior, le dijeron al siervo: «Espera un instante», y reuniendo a los testigos les hicieron firmar; firmando ellos a continuación la sentencia. Una vez hecho todo esto, llamaron al siervo y le dijeron: «Esta es nuestra sentencia que en conciencia encontramos justa. Tu señor tiene poder para revocarla, si así lo quiere, que lo haga».

Teodomiro comprobó que amargo puede ser el poder, cuando se quiere obrar rectamente. Pero una vez pasado el enojo que la respuesta de los jueces le ocasionara, reflexionó que había sido grande su acierto al escogerlos, y se alegró por ello, y en el futuro no escatimó las ocasiones de distinguirlos con su aprecio.

Años después sucedió, que una partida de forajidos que se escondían en los montes del alto Thader, comenzó a aterrorizar la comarca con sus robos y crímenes. En una ocasión asaltaron una alquería y mataron a cinco personas. El miedo comenzó a apoderarse de los caminos, que hasta entonces habían sido tan seguros, y pocas personas se atrevían a viajar como no fuese en grandes grupos y con escolta. Se organizaron varias partidas para dar caza a los forajidos, pero antes de dar con ellos, éstos asaltaron a una niña de trece años, y después de que todos la violaron, la estrangularon y destrozaron salvajemente. Poco después, los bandidos fueron localizados y al oponer resistencia murieron todos, salvo uno que logro huir y el jefe de la banda, que fue hecho prisionero.

Costó gran esfuerzo conseguir que llegase vivo hasta la capital, pues las gentes en el camino querían matarlo.

Durante el juicio, fueron tales las atrocidades que salieron a relucir, que el pueblo pidió que se hiciese un escarmiento ejemplar.

Cuando Teodomiro recibió la condena dictada por los jueces, quedó aterrado de la misma. Mandó venir a los jueces y les solicitó, que puesto que el fin era la muerte, la condena fuese dulcificada, mas éstos se mantuvieron firmes aduciendo que el pueblo reclamaba un castigo ejemplar, y de no producirse, eran de temer disturbios cuya represión podía costar vidas inocentes. Cástulo, aun repugnándole el castigo, aconsejó a su señor que no variase la condena, pues, si el pueblo sabía

que lo había hecho, su desprestigio sería grande, tal era el ambiente de histeria que se había formado con aquel juicio.

En todas las plazas fuertes y aldeas de Aurariola fue leída la condena dictada por el tribunal:

Por orden de nuestro señor el Comes Teodomiro,
el bandido Eunon, ha sido condenado
por sus muchos y terribles crímenes, a ser:
descoyuntado, castrado y empalado.
La ejecución tendrá lugar en Oriola
el próximo sábado al amanecer.
Se invita a todos los habitantes de
la Civitate, a presenciar este ejemplar
castigo, para que sirva de escarmiento
a cuantos criminales existan.

Durante la noche se había construido un entablado en la plaza del mercado, frente a la entrada del puente de barcas. Sobre él se encontraba una especie de rústica mesa y dos palos. Uno de ellos, del grosor de un brazo humano, estaba terminado en una punta afilada, mientras el otro, de mayor altura, terminaba en una polea de la que pendía una cuerda.

Al amanecer la plaza del mercado hervía de público. Campesinos, menestrales y soldados de toda la Civitate habían acudido para presenciar la ejecución. Los balcones y azoteas de las casas de la plaza habían sido vendidos a buen precio, a los muchos nobles y damas que no deseaban mezclarse con la chusma. La expectación era grande, pues no se recordaba una sentencia tan severa, por lo que al aparecer la carreta que traía al reo, un aullido se elevo de la multitud.

El reo subió los escalones del patíbulo ayudado por dos bucelarios, mientras el sacerdote que le había asistido, le seguía cansadamente.

Al verlo desnudar a manos de los verdugos, la multitud presa de histerismo prorrumpió en un alarido. Las más groseras frases y comentarios, se escucharon en la plaza, al quedar al descubierto las partes viriles del reo y ser éste tendido sobre los tablones en forma de mesa; tras de lo cual, se procedió a atarle brazos y piernas fuertemente.

Un terrible silencio se produjo cuando los verdugos alzaron sus mazas para romper los huesos del condenado. Cuando las mazas se abatieron sobre las piernas del reo, un estremecedor crujir de huesos hizo erizarse la piel de cuantos presenciaban el suplicio, y la luz del cielo se apago para el infeliz. Con meticulosidad de expertos, los verdugos fueron rompiendo sus piernas, muslos, brazos y antebrazos. A cada golpe, la tablazón del patíbulo retumbaba y este ruido se transmitía al estomago de los espectadores.

Tras el descoyuntamiento, los verdugos soltaron las manos y los

pies del condenado, que parecía haber perdido el sentido, y atándolo bajo los sobacos, lo izaron mediante la polea que pendía del palo más alto. Después lo descendieron lentamente, hasta que su ano estuvo rozando la punta del palo del suplicio. En este instante, mientras uno de los verdugos sostenía la cuerda, el otro, sacando una afilada daga, con un brusco movimiento, cortó los testículos del reo, y encarándose con la multitud, los arrojó sobre ella.

La tensión de la muchedumbre se relajó, cuando una mujer le gritó a su marido:

—¡Para que veas lo que te puede pasar si sigues metiéndote con las chicas, viejo verde!

—¡Eso le vendría bien a mi marido, a ver si me deja en paz una noche siquiera! —gritó otra mientras era empujada por éste, avergonzado de las risas de la multitud.

En esto, el reo que no había sentido la castración por estar inconsciente pareció recobrar el conocimiento. Los verdugos se miraron, y mientras uno tiraba de las piernas hacia abajo, el otro soltó la cuerda que mantenía colgado al infeliz. Al introducirse el palo por el ano, un grito infrahumano apagó todos los demás, y más de una mujer se puso a llorar, aterrorizada y sobrecogida de espanto.

El alarido se apagó lentamente, mientras la multitud avergonzada comenzó a desalojar la plaza, donde los despojos de lo que había sido un hombre, quedaban enhiestos en un palo, en una contorsión de trapo.

Teodomiro, al no poderse casar rápidamente, como hubiese sido su deseo, decidió que la ceremonia de su boda fuese un gran acontecimiento en todo el reino, por lo que tan pronto anunció oficialmente su compromiso, mandó mensajeros a todos los puntos de Hispania, invitando a los próceres más importantes. Su invitación al monarca, fue especialmente cariñosa, insistiendo sobre el gran honor y la alegría que el rey le proporcionaría, si se dignaba asistir a sus esponsales. La respuesta del monarca no se hizo esperar, excusándose por no poder asistir, dado que su salud dejaba mucho que desear y no le permitía hacer tan largo viaje, mas le prometía que el heredero del trono, Witiza, estaría presente acompañado de los más altos dignatarios de la corte.

Tanto el dux de la Bética como el de la Tarraconense, aceptaron igualmente su invitación, así como numerosos nobles de las otras provincias.

Dado que en palacio era imposible albergar a todos los asistentes, se pidió a los diferentes tiufados de la ciudad, que alojasen algún invitado. El heredero del trono Witiza, así como Roderico, dux de la Bética y Ervagio, dux de la Tarraconense, con sus respectivas casas, se hos-

pedarían en palacio. Se habilitó, además, los alojamientos existentes en la fortaleza de San Miguel, aunque resultaban ciertamente incómodos, dada la gran subida que requerían.

Las fiestas durarían casi una semana, por lo que ya desde finales de agosto, comenzaron a prepararse aquellas viandas que por ser adobadas, resistían los calores del estío, así como, todos los dulces y confituras. Conocedor Teodomiro que aquel año, se habían conservado sin derretir grandes bloques de hielo en una cueva de Aitana, ordenó que la víspera de la boda se trajese hielo metido en paja, para así poder refrescar las bebidas de aguamiel y los afrodisíacos.

Todas las casas de la ciudad fueron encaladas hasta tal punto, que bajo los fuertes rayos de sol, las estrechas calles resplandecían de luz. Las murallas se repararon en aquellos pocos puntos que lo necesitaban y el centro de la plaza del palacio fue empedrado con cheroles de colores, que representaban al pájaro Oriol rampante, escudo de la ciudad.

Atraídos por las seguras ventas, que la reunión de tantos próceres prometía, infinidad de buhoneros vinieron con sus mercancías y abalorios, que junto con los mercaderes de alfombras y los orfebres, dieron una inusitada animación a la ciudad.

Recogidas las cosechas, que aquel año habían sido copiosas, los campesinos disponían de dinero que gastaban con más prodigalidad de lo habitual, llevados por el mimetismo que ocasionaban las grandes compras que la nobleza hacía, ya que todas las damas, tanto godas como hispano-romanas, querían deslumbrar a las demás con sus atuendos; y hasta los siervos de las casas ricas recibieron nuevas vestiduras.

Como tenía que suceder, dada la gran demanda que existía, los precios se dispararon, pues en aquella locura colectiva, parecía que nadie daba valor al dinero.

Para los tahúres, tanta afluencia de gentes fue una bendición divina y su negocio hubiese sido aun mejor, si el Comes, enterado de cuanto sucedía, no hubiese establecido un impuesto especial que debían pagar todos los comercios, gremios, buhoneros, mercaderes y tahúres, y que se destinaba a cubrir los cuantiosos gastos en que la ciudad incurría; el mayor de los cuales era la abundante comida y vino que la ciudad se proponía repartir entre los plebeyos el día de la boda. Había, además, que pagar a los numerosos músicos que vendrían de otros lugares para amenizar las fiestas.

Durante aquel mes, se vio cómo Teodomiro adelgazaba día a día, pues, todas las noches robaba unas horas al sueño para poder pasarlas con Eguilona, tras la dura jornada que la preparación de los festejos le ocasionaba. Allí, a la luz de la luna de agosto, disfrutando de la frescura de la anochecida y mimado por las atenciones de Eguilona, quien

día a día, sin apenas darse cuenta, había visto como su atracción por el Comes se transformaba en un dulce amor, que la hacía reír de continuo y encontrar todo bello. Teodomiro encontraba el descanso escuchando su continua charla y su risa cantarina. Sus grandes problemas causaban en Teodomiro una sensación de alivio, al ver que fácil era su solución; solución que ella aplaudía considerándolo el ser más inteligente del mundo. Había otra cosa en aquella casa que le proporcionaba paz y sosiego, y era la pausada y razonada charla del abuelo. Éste utilizaba mucho en su conversación, los proverbios y dichos del pueblo, y Teodomiro encontraba tanta sabiduría en muchos de ellos, que al volver a palacio, ya bien entrada la noche, los dictaba a Cástulo, del que no había conseguido que le esperase acostado.

Estaba previsto que la novia saliese de casa de sus parientes de Oriola, la cual se encontraba en el camino del palacio a la iglesia del Salvador; de esta forma, la comitiva saldría de palacio y al pasar por la casa, la novia se incorporaría al cortejo.

La ceremonia sería oficiada por el obispo de Ilici-Elota, pues éste se había empeñado en ello, al conocer que el heredero del trono, Witiza, asistiría en representación de su padre.

Si bien la monarquía visigoda no era hereditaria sino electiva, los últimos reinados se habían significado por una marcada tendencia a transformarla en hereditaria y en este sentido, trabajaba constantemente el monarca actual, por lo que todos los partidarios de la casa de Égica, llamaban a Witiza, heredero del trono.

El segundo día de los festejos, se había previsto una demostración guerrera entre dos fuerzas elegidas. Una fuerza de caballería simularía un ataque a la infantería. La caballería, como era habitual entre los godos, montaría sin estribos y utilizaría la maza y el hacha de dos filos, llamada «francisca», mientras la infantería, recibiría el ataque en tres filas. La táctica a emplear por la infantería, y que la caballería ignoraba, consistiría en que los arqueros situados en tercera fila, dispararían a la caballería por encima de las dos primeras filas, a continuación, la primera fila equipada con largas lanzas, dirigiría estas al pecho de los caballos, mientras la segunda fila sostenía fuertemente la contera de las lanzas contra el suelo, donde previamente se habían hecho unos hoyos. Frenado el primer impulso del ataque, la infantería debería, en un rápido movimiento, formar triángulos, dejando un paso estrecho entre ellos, a fin de obligar a la caballería a dividirse entre dos muros de lanzas.

Antes de esta demostración, un esforzado guerrero de Aurariola, desafiaría en combate singular, a cualquier guerrero que lo aceptase de las mesnadas que venían con los invitados.

El tercer día estaba previsto desplazarse a las termas begastrensis, y

así pasar una jornada apacible en la frescura de los baños, todo ello amenizado por representaciones de bufones y bayaderas.

El cuarto día se había organizado una cacería en los agrestes terrenos donde abundaba la cabra hispánica, el corzo y el muflón.

A partir del quinto día, los invitados comenzarían a despedirse, y se concretarían los asuntos que de una forma medio informal, se hubiesen tratado los días anteriores.

Teodomiro tenía especial interés en llegar a convencer a Witiza y los demás nobles toletanus, de lo vital que era apoyar a los bizantinos en su lucha contra los muslimes, pues si Carthago caía, la provincia Tingitana con su capital, Ceuta, estaría seriamente amenazada. Colaborando con Bizancio, de forma que los refuerzos de estos pudiesen pasar por Hispania y enviando víveres y pertrechos, se obtendrían dos magníficos resultados:

Primero, los muslimes serían detenidos por la sangre bizantina y no la goda.

Segundo, enviando víveres y pertrechos pagados por Bizancio, se conseguirían grandes beneficios y se mantendría la flota en continua actividad con un magnifico grado de eficiencia, sin que los gastos recayesen en el tesoro público. Por otra parte, de esta actuación no se derivaría ningún peligro, dado que los muslimes no tenían barcos de gran porte desde Egipto a Ifriqiya.

Aunque Teodomiro consiguió convencer a Witiza y Roderico de lo sensato de su plan, posteriormente Witiza fue incapaz de vencer la resistencia de su padre, y Égica ordenó a Teodomiro que no insistiese más en sus proyectos. Égica se equivocó como en otras tantas cosas, y rechazó el único plan que habría salvado a Hispania.

El sexto día por la mañana, Teodomiro y Eguilona, cansados pero felices, despedían a su último invitado. Sus obligaciones como anfitriones habían sido pesadas, pues las fiestas fueron muy largas y con numerosos actos; por ello, al sentirse solos, un suspiro de alivio se escapó de sus pechos y se sonrieron por primera vez en la intimidad de su nuevo hogar, dándose cuenta que entonces comenzaba de verdad su nueva vida. La rutina, tan preciosa para el que la ha perdido, volvía a sus vidas y comenzaba su larga andadura juntos.

Esto sucedía el 20 de septiembre del año del Señor de 695.

Eguilona se había aficionado tanto a los baños, que Teodomiro decidió comprar una villa en sus cercanías, pues la afición de su esposa se le contagió, y aceptó que Oriola resultaba muy húmeda y calurosa en verano.

Las termas begastrensis distaban mucho de ser lo que habían sido en tiempos romanos, época en que fueron construidas y en la que alcanzaron su máximo esplendor. En la actualidad, sólo se podía utilizar parte de la piscina fría o *frigidarium,* tres baños individuales y la sala de reunión; el resto de las instalaciones se encontraban inservibles sino medio derruidas, tal como sucedía con las habitaciones para desnudarse en los baños públicos *apodyetaria,* las habitaciones caldeadas *caldarium* y la piscina caliente. Las dependencias destinadas a tomar baños de vapor eran utilizadas actualmente para desvestirse y la palestra o *gymnasium* se utilizaba como cuadra. En cuanto al *untorium* o sala dedicada al embellecimiento y limpieza de la piel, estaba reducido a un montón de escombros.

Al no existir piscina caliente ni habitaciones caldeadas, los baños debían permanecer cerrados la mayor parte del año, razón por la que llevaban una vida precaria.

Si bien en el reino visigodo no se utilizaba casi nunca el nombre de esclavo, la esclavitud persistía en la realidad, llamando a los esclavos, siervos *inferioris*. La única diferencia que existía entre un esclavo y un siervo *inferiori,* consistía en que sobre éste, el señor no tenía derecho de vida o muerte, pero al igual que los esclavos, eran susceptibles de ser comprados y vendidos. Sisebuto en un gesto inusitado de magnanimidad, una vez que tomo Carthago Spartaria a los bizantinos, les otorgó la libertad, para lo que tuvo que rescatarlos de su propio peculio, pues ya habían sido repartidos entre la tropa.

Tras la victoria obtenida por Teodomiro sobre los bizantinos, le correspondieron sesenta prisioneros, y dado que aquel otoño no cayó lluvia alguna, inducido por Eguilona, decidió emplearlos en la reconstrucción de las termas begastrensis. Se construyó primero un pequeño poblado para albergar a los siervos *inferioris* y los capataces que dirigirían la obra, al cual se bautizó con el nombre de Bigastri[1], para diferenciarlo de la sede episcopal de Begastri[2], y en honor al nombre de las termas.

Las obras de restauración comenzaron en noviembre del año 695 de nuestro Señor, y pronto el poblado fue creciendo con la llegada de comerciantes y mujeres de vida equívoca. Su importancia creció, cuando el rey Égica a petición de Teodomiro, concedió el aprovechamiento de la leña de los montes reales, para las necesidades de las termas.

Teodomiro había ido dilatando el cumplimiento de la promesa que hizo a Zaquén, de construir un hospital, y dotarle de una asignación dineraria suficiente para su mantenimiento. Cuando consiguió del rey Égica el aprovechamiento de la leña de los montes reales,

1 Bigastri: Bigastro. 2 Begastri: Cehegín.

supo que esta concesión podría cubrir también los gastos del hospital.

Llamó a Zaquén y le pidió que visitase los posibles edificios en venta para escoger el que considerase más apropiado para el hospital. Al oeste de la ciudad, en la calle que salía hasta la puerta norte, por la que se cogía el camino para remontar el río Thader, existía un viejo caserón de recios muros de piedra con todo su interior en mal estado y la techumbre con las tejas muy deterioradas, que por su amplitud y situación, una vez restaurado podía servir para los fines que se intentaban. Tenía la ventaja, además, de ser propiedad pública. Esta propiedad la habían adquirido los bienes reales, en clara puja con la iglesia. Al morir su último propietario sin dejar descendencia ni parientes próximos ni lejanos, la iglesia se presentó a las autoridades, asegurando que la última voluntad del enfermo había sido donarlo al obispado. Aunque no tenía ningún documento que acreditase, sus afirmaciones, compareció con dos testigos que decían haber estado presentes cuando el enfermo donó verbalmente el bien, en su lecho de muerte, al obispado. Se pudo demostrar que el día en que decían haber presenciado la donación, uno de los testigos se encontraba lejos de Aurariola, por lo que se infería que el otro también había mentido, y los jueces otorgaron la propiedad al municipio.

Teodomiro vendió la propiedad de los sesenta prisioneros que le habían correspondido, a la población griega; con la obligación, de que estos prisioneros seguirían trabajando en la reconstrucción de las termas bigastrenses, hasta su terminación, momento en que volverían a ser libres, pudiendo escoger entre retornar a Carthago o quedarse en el Condado. Con el dinero obtenido de la anterior venta, pudieron comenzarse las obras del hospital.

Se deseaba tener un espacio destinado a la llegada de enfermos, donde se les haría una primera cura y diagnóstico. Quienes lo necesitasen serían hospitalizados en dos grandes dormitorios, uno para mujeres y otro para hombres; habría, además, unas cocinas, una herboristería y una vivienda aparte para unos cuantos servidores. Si bien la construcción era en cierto modo modesta para sus fines, su coste sobrepasaba con creces las posibilidades del Comes, por lo que Teodomiro invitó a la Iglesia, a la comunidad judía y a todos los próceres de la Civitate, a colaborar en su construcción. Ante la sorpresa del Comes, la aportación de la Iglesia, fue realmente generosa, no así la de los nobles tiufados, quienes pretendieron que era un impuesto y no una aportación voluntaria. Las comunidades judía o hispano romana, ofrecieron una aportación modesta, si bien no despreciable.

Zaquén estaba tan entusiasmado con el hospital, que cuanto tiempo libre tenía lo dedicaba a supervisar las obras. Una mañana que se

encontraba en ellas, vino a su encuentro un joven modestamente vestido; su mirada reflejaba inteligencia y sus modales correctos, no muy tímidos ni atrevidos, predisponían en su favor.

—Señor —dijo dirigiéndose a Zaquén—. Busco a un judío, que según me han dicho, es quien manda en este futuro hospital, ¿podríais indicarme dónde se encuentra?

Zaquén no supo si enfadarse por la pregunta, puesto que el calificativo de judío, siempre entrañaba menosprecio si quien lo pronunciaba era un cristiano. Se dio cuenta que el joven no había encontrado en él ninguno de los signos externos que le identificaban como judío y optó por preguntar:

—¿Para qué lo buscáis?

—Intento entrar como estudiante y que él sea mi maestro, pues al ponerlo el Comes como director, forzosamente debe de ser bueno —respondió el joven.

—¿Tenéis nociones de medicina? —replicó Zaquén.

—Sólo os he preguntado si sabéis dónde se encuentra, así que no comprendo tanta pregunta, pero si tanto os interesa, sabed que he estado casi dos años de ayudante de un cirujano-barbero recorriendo toda la Bética. Pero decidme de una vez, ¿sabéis o no dónde se encuentra?

—Joven, yo soy Zaquén, el judío por el que preguntáis. ¿Tenéis algo contra los judíos?

El joven se ruborizó intensamente y comenzó a mesarse las manos nerviosamente. Se había dado cuenta de la torpeza que había cometido, e intentaba enmendar el yerro, mas, a todas luces, no encontraba las palabras apropiadas.

—Perdonad señor. No fue mi intención ofenderos. Yo soy cristiano, pero antes mi abuelo, pasó de católico a arriano, cuando llegaron los Godos, y luego mi padre, pasó de arriano a católico, cuando el rey godo se convirtió al Catolicismo. Como mi padre decía, todos creemos en el mismo Dios, y poco nos importa obedecer a unos o a otros, tanto en religión como en las otras cosas. Lo importante es sobrevivir y evitar que te carguen con los impuestos más pesados. Los pobres siempre seremos pobres con unos o con otros. Zaquén sonrió ante aquella avalancha de palabras y preguntó.

—Ya veo que a ti te da lo mismo ocho que ochenta, pero dime ¿por qué quieres ser médico, crees que tienes condiciones para serlo?

—Yo sí que creo que tengo condiciones para serlo y, así lo decía el físico Mandonio con el que he estado dos años, mas en todo caso, es a vos, caso que aceptéis tomarme por discípulo, al que corresponde decidirlo. Como sacamuelas y para sajar forúnculos y abscesos, Mandonio decía que tenía incluso más habilidad que él.

—¿Y por qué dejasteis a vuestro maestro?

—Se había hecho viejo, sus huesos ya no soportaban el ir de un pueblo a otro, con buen o mal tiempo, y como tenía comprada una casa y unas tierras allá en el sur, así como una buena bolsa ahorrada, me ofreció venderme el carro y todos los utensilios; mas, como yo no tenía ni un denario, y él no quiso fiar, tuve que tomar otro rumbo. Tras unos meses de vagar por los caminos, ofreciéndome como sacamuelas, la verdad que con muy poco éxito, ya que no tenía ni medios y la gente no se fía del que no tiene nada para aparentar, supe que aquí se construía un hospital y aquí me encaminé.

—Tú no eres godo ni romano, ¿quién eres en realidad?

—Mi abuelo decía que el suyo, hace ya mucho tiempo, le contaba que ellos eran batestanos en la antigüedad, pero una abuela se había casado con un fenicio, que cuando los negocios le fueron mal, la abandonó dejándola con todos los hijos y nada que comer.

—¿Sabes leer y escribir? —preguntó Zaquén.

—Mi padre me llevó a un pequeño monasterio que había cerca de nuestra casa, y me dio como criado. Los monjes me enseñaron a leer y escribir y las cuatro reglas. El prior se encaprichó de mí y me enseñaba cuanto él sabía; así que sé algo de San Agustín, y de teología. El prior quería que entrase a monje, pero como a mí me gustan las mujeres, un buen día me escapé y tras un tiempo de pasar hambre y mendigar, me encontré con Mandonio, quien me acogió por encontrarse débil y achacoso en aquel momento.

—¿Y es solo por esto que quieres ser médico?

—Cuando quitaba una muela a alguien que padecía mucho, y al otro día me lo encontraba y me daba las gracias con una sonrisa, ¡no sé! Me sentía bien y contento, me parecía que yo era alguien y que el ayudar a otros resultaba gratificante. Yo hacía mi trabajo no sólo para que me pagasen, en realidad, más de una vez dejaba de cobrar si Mandonio no me veía, y el pobre que había asistido me parecía muy necesitado, y entonces, me sentía más alegre aún. No vaya usted a pensar, señor Zaquén, que a mí no me gusta el dinero, todo lo contrario, me gusta mucho, sobre todo cuando no lo tengo.

—¿Y tú hablas tanto en todas las ocasiones? —preguntó Zaquén ante las largas explicaciones que obtenían sus preguntas.

—No tanto como con usted, pero sí, todos me dicen que soy muy locuaz, y que el que mucho habla mucho yerra. Mas no sé, me da la sensación que las gentes agradecen que se les hable; se sienten importantes, y bien merece que se cometa una falta con uno, si otros muchos quedan satisfechos. Pero si vos queréis que calle, sólo tenéis que decírmelo. Siempre sé guardar un secreto si lo merece o se me pide.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Mendíbil de Urci —respondió escuetamente el joven.

—¿Tienes dónde alojarte?

—Llegué ayer a Oriola y no conozco a nadie.

—Coge tu petate y sígueme. Junto a la casa de mis padres hay una habitación en la que puedes alojarte. ¿No te importará vivir junto a unos judíos?

—¿Esto quiere decir que me tomáis como discípulo? —preguntó Mendíbil.

—Calla y no hables más, que me va a entrar dolor de cabeza —evitó Zaquén responder a la pregunta.

A medio camino de la casa de Zaquén, se tropezaron con Marcelo. El hombre marchaba apoyándose en una muleta y aunque entorpecía el paso por la estrecha calleja no se molestó en echarse a un lado, obligando a Zaquén y su acompañante a apretujarse contra el muro. Si bien su mirada seguía teniendo el mismo odio, tal vez acrecentado por saberse deudor de la vida, a quien tanto detestaba; en aquella ocasión dejó de dirigirle su frase preferida «Perro judío». Mendíbil, que notó la tirantez de la situación, dirigió una mueca interrogativa a Zaquén, quien en respuesta le dijo:

—Si has de ser mi alumno, piensa que te has cruzado por primera vez con un enemigo irreconciliable. Guárdate de él. Es peor que una víbora, ésta ataca para comer o defenderse, éste lo hace por placer, por hacer daño, sin ningún fin.

Tan pronto llegaran a casa de Zaquén, éste explicó que Mendíbil sería en lo sucesivo su discípulo y se alojaría en la habitación aneja a la casa. Que aparte de su trabajo como alumno, Mendíbil estaría obligado a ayudar a su padre y su madre en cuantos trabajos de la casa fueran necesarios, a fin de pagar su alojamiento y manutención.

Aunque los padres de Zaquén se mostraron muy correctos con Mendíbil y éste no pudo advertir nada, el médico supo que sus padres desaprobaban su decisión, sintiendo una gran contrariedad por la misma. Zaquén, tanto por aceptar la dirección del hospital, por ésta y otras cosas, estaba llamando mucho la atención hacia los judíos, y la larga experiencia había enseñado a los mayores, que si surgía cualquier dificultad en la Civitate, las masas se alzarían contra ellos, azuzados por la envidia de los privilegios que el Comes le concedía.

A principios de marzo de 696, las noticias que llegaron de Carthago fueron alarmantes. Las fuerzas del Islam se preparaban para una gran ofensiva contra las posesiones bizantinas en África, las cuales tenían

muy pocas posibilidades de mantenerse sin la ayuda directa de Constantinopla, ya que la región se encontraba muy poco helenizada, y sus naturales difícilmente apoyarían a los bizantinos.

Pese a las órdenes de Toletum de no inmiscuirse en la lucha, Teodomiro envió dos trirremes a Carthago para entrevistarse con el Exarca bizantino. Estas naves tenían la orden de recorrer después las costas de la Pentápolis[1], para controlar qué fuerzas navales tenía el Islam en aquella región, y apresar cualquier nave muslim que encontrasen.

El arconte Calinio que mandaba las naves godas, fue cariñosamente recibido por el Exarca, quien le acogió con todos los honores y le agasajó conforme a su condición. Calinio explicó al Exarca, cuales eran los pensamientos de Teodomiro, y cómo el rey había rechazado cuantos intentos hizo éste para convencerle de ayudar a los bizantinos. Teodomiro sugería al Exarca, que hiciese llegar una misiva a Justiniano II, a fin de que este enviase una embajada a Toletum, solicitando de Égica la ayuda que el Comes estaba dispuesto a prestar a Carthago. El Exarca estuvo de acuerdo con la sugerencia, y se comprometió en tal sentido.

Cumplida su embajada, las naves godas zarparon con rumbo al este de la Pentápolis. Llegadas que fueron a las proximidades de Alejandría, la cual ya no ostentaba la capitalidad de Egipto, pues los muslimes la habían trasladado a la recientemente fundada ciudad de Fastat[2], dieron la vuelta sin haber encontrado ni una sola nave muslim de gran porte. Fue durante el retorno, y ya cerca de Carthago, cuando divisaron un transporte de gran porte que se dirigía a la costa de la ciudad de Qairuan, fundada últimamente como ciudad campamento por los muslimes.

La nave fue alcanzada ya cerca de la costa, por lo que la mayoría de sus tripulantes se arrojaron al agua a fin de alcanzar tierra a nado. Sólo cuatro personas quedaban a bordo, que no se habían atrevido a huir por no saber nadar. Se mandó una tripulación de emergencia a la nave apresada y los tres barcos tomaron el rumbo de Portus Ilicitanus.

Entre las personas apresadas en el transporte, había un viejo llamado Tabari ab Sinan, quien en su juventud había intervenido en la redacción oficial del Corán, ordenada por el sultán Utmar. Para este menester había sido preciso recoger las enseñanzas del Profeta, de labios de los que las habían escuchado, así como, de los escritos incompletos que recogían la vida y Suras de Mahoma. Cuando Teodomiro supo estos extremos, mandó le fuese enviado el prisionero, pues deseaba que viviese en palacio, para de esta forma, tener ocasión de charlar con él a fin de instruirse sobre el Islam, esa fogosa filosofía que había hecho que cientos de tribus nómadas, desunidas y a menudo enemigas, se agrupasen por la fuerza de un hombre y sus ideas.

---

1 Pentápolis: Norte de África. 2 Fastat: El Cairo.

En su primera entrevista con Tabari, se mostró muy cortés y atento, le hizo sentar tan pronto estuvo en su presencia, y le dijo:

—He ordenado que se te den unos buenos aposentos y que se te trate como a un invitado. Espero que mis órdenes hayan sido cumplidas.

—Gracias Sahib por las mercedes que concedes a un siervo del Señor. Este sabrá premiarte cual mereces —respondió Tabari.

—Tengo grandes deseos de que me informes de cuanto vuestro Profeta dijo sobre nosotros los cristianos.

—El Profeta, alabado sea su nombre, nos dijo que no hay razas superiores ni inferiores. Que todos los hombres y todos los pueblos son iguales —y añadió a continuación—. Para que tú mismo juzgues, te repetiré las palabras exactas del Profeta:

«Mortales, os hemos creado de un hombre y una mujer, os hemos repartido en pueblos y en tribus, para que os distingáis los unos de los otros».

—Sabias en verdad fueron sus palabras —comentó Teodomiro—. Pero dime, ¿dijo algo especial sobre los cristianos?

—Te volveré a responder con las palabras exactas del Profeta:

«Ciertamente, quienes creen y practican el Judaísmo, y los cristianos y sabeos: en una palabra, quienes creen en Dios y el día final y hacen el bien, recibirán la recompensa de las manos de Dios; Quedaran exentos del temor y de los suplicios».

—Si esas son las enseñanzas que vuestro Profeta os dio, ¿cómo combatís tan fieramente a los bizantinos que son cristianos? —respondió Teodomiro.

—¡Por ventura no lucháis cristianos contra cristianos, e incluso, hermanos contra hermanos, vosotros mismos!

—De nuevo, sabia es tu respuesta, y veo cuán difícil debe ser enfrentarse a ti en una discusión, cosa que Dios me libre de intentar, pues lo que ahora hago no es polemizar, sino enterarme de lo que desconozco —alabó el Comes al anciano—, es por ello que me atrevo a preguntarte: ¿qué dice tu Profeta de Jesús y su Santísima Madre?

—Prudente Teodomiro, veo que tu fama de guerrero menosprecia tu joven sabiduría, que hará de ti con la edad, uno de los más sabios de tu país. Justo es que responda a tu pregunta con la misma verdad que tus palabras merecen, pero al igual que en las anteriores ocasiones, no seré yo con mi verdad falible quien responda, sino el mismo Profeta, quien, en ocasión de presentar a su primo paterno, Jafar al Negus, le escribió la presente carta:

> *De Mahoma, enviado de Dios, a An Nadjachi, rey de los abisinios. Te dirijo las alabanzas de Dios, fuera del cual no hay otro Dios, el Soberano, el Santo, el Pacífico, el Protector y Socorredor. Y doy*

testimonio de que Jesús, hijo de María, es el Espíritu de Dios y su Verbo, que ha concebido en María, la Virgen, la Virtuosa, la Inatacada, que lo ha llevado por efecto de su Soplo, así como había creado a Adán con su propia mano.

Además, Sahib, en la decimonovena sura del Corán, el Profeta afirma que cree en la Santísima Virgen Maria y en el Mesías, que es el Verbo de Dios.

—Por tus palabras, podríamos creer, que también vosotros creéis que Jesús el Salvador, es también Dios, tal como creemos los cristianos —dijo Teodomiro, curioso por la respuesta que habría de recibir.

—Perdona Sahib, pues no quisiera ser irrespetuoso con tu fe, mas ya que me preguntas debo responder honradamente —dijo el anciano con un cierto embarazo, y añadió—: Nosotros no creemos que Jesús sea Dios, sino un Profeta, y como a tal le honramos. Nosotros no entendemos ni aceptamos lo que vosotros denomináis la Trinidad de Dios.

—Mal podríais entenderlo, cuando nosotros los cristianos lo llamamos el Misterio de la Santísima Trinidad, y como tal misterio, nos es desconocida su interpretación.

—¿Y cómo es que creéis en lo que no entendéis? —preguntó Tabari.

—Somos muchos los que pensamos, que si con nuestras limitaciones humanas, entendiésemos al Dios infinito, este Dios no merecería ser adorado —respondió Teodomiro.

En este momento fueron interrumpidos por la entrada de Eguilona en la estancia, quien al ver que Teodomiro se encontraba hablando con el árabe, hizo ademán de retirarse.

—¡Entra, entra! —le invitó Teodomiro, interrumpiendo su salida—. Quiero que conozcas al sabio islamita Tabari ab Sinan, con el que estoy sosteniendo una conversación muy interesante —dijo mientras presentaba a su esposa, y dirigiéndose de nuevo a Tabari, le preguntó—: Volviendo sobre la carta que Mahoma dirigió al Negus, y de la que antes me hablaste. ¿Qué significado atribuyes tú a la palabra «Inatacada» que tu Profeta atribuye a la Santísima Virgen?

—En mi humilde entender, el Profeta quería indicar, que nunca fue atacada por el Malvado —respondió Tabari.

—¡Ves Eguilona! ¡Lo ves! Hasta el mismo Mahoma reconoce la Inmaculada Concepción de la Virgen, y en cambio nuestros obispos e incluso el Papa, se resisten a aceptarla, pese a que todo el pueblo lo proclama a voz en grito —exclamó Teodomiro completamente excitado.

—Por favor mi señor, éstas no son cosas que debamos comentar delante de islamitas —respondió Eguilona.

Ante estas palabras, Tabari pidió permiso para retirarse, y salió dignamente al serle concedido.

Tan pronto el árabe abandonó la estancia, el Comes detalló a su mujer toda la conversación que acababa de sostener, y terminó:

—Creo que este árabe nos será de suma utilidad, pues por él conoceremos a los islamitas, con los que a no tardar mucho nos veremos enfrentados.

La sombra del Islam se abatía sobre un hombre que intuía la historia, mientras el reino visigodo vivía de espaldas a ella, cegado por sus luchas intestinas, que hacía que el pueblo llano se distanciase cada vez más de sus dirigentes, tal como había sucedido en el período tardoromano que precedió a las invasiones de los bárbaros.

La embajada que Teodomiro había sugerido que enviase el Basileus a la corte de Toletum no llegaba, y mientras tanto se producían las primeras derrotas bizantinas en las escaramuzas previas con las avanzadillas del ejército muslim.

Desde sus tiempos de gardingo[1] del rey Égica, una entrañable amistad le unía al Comes Julián, quien en la actualidad se encontraba al frente de la Tingitania. Decidió escribir a Julián una extensa misiva en la que relataba todos sus temores y las iniciativas que había tomado a fin de que el rey se decidiese a ayudar a Carthago, pero como todas sus tentativas habían fracasado. Al final le pedía encarecidamente que enviase a Carthago a su mejor capitán, a fin de que, como observador, aprendiese la forma de luchar del ejército islamita, a la vez que por su parte haría lo mismo, pues consideraba que dicho conocimiento les podría ser de suma utilidad.

Entretanto, las obras de restauración de las termas bigastrenses, nombre con las que la había rebautizado para evitar la confusión, y tomando el de la aldea que había fundado el año anterior, estaban casi terminadas, pues al haberse perdido parte de la cosecha de trigo, a causa de unas pertinaces lluvias, completamente inhabituales en la región, se empleó un gran número de mano de obra sobrante, para acelerar los trabajos de las termas.

Precisamente el hecho de la mala cosecha habida aquel año, caso que solía acontecer periódicamente, bien fuese por falta de lluvias o por inundaciones del río Thader, le hizo pensar en lo necesario que era la construcción de una serie de graneros de gran capacidad, que en los años de penuria resolviese el problema. Cuando consultó con Cástulo su idea, pues éste siempre le servía de consejero, Cástulo le indicó que, una vez construidos los graneros, se dictase una ley que obligase a depositar el diez por ciento de la cosecha en los años de abundancia.

1 Gardingo: Guardia personal del rey visigodo.

Esta medida estabilizaría el precio del trigo, a la vez que prevendría la escasez en los años difíciles.

En el mes de julio se supo que Carthago había sido sitiada por los muslimes y un mes después llegó a Aurariola el capitán que Teodomiro había enviado a Carthago, con la noticia de que en pocos días, la flota que estaba terminando de construir Musa ibn Nusayr, bloquearía la ciudad por mar. Los griegos sólo disponían de dos birremes viejas y tres buques de transporte que habían estado abasteciendo la ciudad por mar desde Rávena. Según los espías, los muslimes estaban construyendo cinco trirremes modernas, bajo la dirección de un maestro calafate griego, que había sido hecho prisionero en la línea de los montes Tauro, y que el sultán había enviado a Musa.

Sobre la forma de luchar en tierra los muslimes informó que, las fuerzas islamitas estaban integradas por un ejército regular o Chund, y luego por innumerables muslimes con poca experiencia militar, que se agregaban por su propia voluntad, con la esperanza del botín a conquistar. El Chund en particular, estaba formado por aguerridos soldados que si bien no disponían de corazas dignas de tal nombre, luchaban con gran valor y pericia. Lo verdaderamente temible de los muslimes, era su caballería, por la pericia inigualable de sus jinetes. Estos llevaban corazas muy ligeras y casco protector en la cabeza, pero precisamente por la ligereza de sus defensas y por su maestría con el caballo, si tenían espacio para maniobrar, resultaban poco menos que invencibles. La espada que usaban y que ellos llamaban alfanje o cimitarra, ancha en la punta y curvada desde la empuñadura, resultaba sumamente útil para la lucha a caballo y ocasionaba terribles destrozos en el enemigo, al poder hacer las funciones del hacha y de la espada. Dado que la mayoría de los guerreros eran de estatura mediana y magros de carne, unido a las pocas defensas que llevaban, el caballo iba poco cargado, por lo que la caballería solía llevar a la grupa peones, que poco antes del choque con el enemigo, saltaban hábilmente a tierra y a la carrera atacaban al jinete que habiendo salido sin daño del encuentro con los jinetes muslimes, llegaban desequilibrados y la mayoría de las veces desapercibidos del ataque que sufrirían por parte de los peones transportados de ese modo. En el ataque lanzaban espeluznantes alaridos, que al soldado bisoño, dejaban despavorido. Los jinetes muslimes por su habilidad y ligereza, en muchas ocasiones lograban volver su cabalgadura y atacar de nuevo, antes que el jinete enemigo hubiese dado la vuelta, por lo que no tenía salvación al ser atacado por la espalda.

Preguntado por el Comes sobre alguna observación especial, se le indico que los árabes tenían un verdadero amor por los caballos, razón por la cual, jamás atacaban a éste con ánimo de desmontar al jinete. En

cuanto a la infantería, solía atacar formando grupos de tres o cuatro personas, siendo el más fuerte o el más diestro, quien formaba punta, mientras el resto procuraba defenderle a la vez que combatían.

Tan pronto Teodomiro estuvo en posesión de esta información, escribió al Comes Julián, dándole cuantas explicaciones pudo y rogándole que si su hombre había vuelto, le informase de sus comentarios.

Mas no era Teodomiro un hombre que se limitase a informarse solamente. La información le servía para actuar, si así lo requería esta. Así que ordenó al capitán que, tras tomarse quince días de descanso, escogiese cincuenta jinetes entre los que estimase más hábiles con el caballo, y los instruyese exactamente como luchaban los muslimes, incluyendo el uso del alfanje y la armadura que estos utilizaban. A la vez debía instruir otros cincuenta hombres para actuar como lo hacían los peones montados a la grupa. Le daba seis meses para que el batallón formado estuviese instruido a la perfección, en cuyo momento, estas tropas se enfrentarían a unidades regulares godas. Teodomiro no estaba dispuesto a que llegado el momento, sus tropas fuesen sorprendidas por las tácticas del enemigo, mientras éste, aguerrido tras muchas batallas, conociese exactamente como ellos iban a actuar.

Informó como era su costumbre al rey, y le aconsejó que todas las tropas godas hiciesen como él, pues seguía insistiendo, que tarde o temprano, el enfrentamiento se haría inevitable.

En aquellos días un delicado problema se le presentó al Comes, cuando unos cuantos clérigos enemistados con el presbítero de la iglesia del Salvador, le denunciaron al obispo de Elota-Ilici. Afirmaban que éste había tenido un hijo con una sierva.

En el sínodo del año 655, se había prescrito que toda persona nacida de ilegitima unión de un obispo, presbítero, diácono o subdiácono, se la condenaría a esclavitud perpetua.

El presbítero Múmulo, que así se llamaba el del Salvador, recurrió ante Teodomiro, pues el obispo había ordenado que, tanto la madre como el hijo, le fuesen enviados para así pasar a integrarse entre los esclavos de su casa.

Si bien Teodomiro estaba de acuerdo en que debían tomarse medidas conducentes a cortar el estado denigrante en que se encontraba el clero y los monjes, estimaba que dictar leyes que luego era inhumano cumplir, resultaba contraproducente y desde luego no resolvían el problema, sino más bien lo agravaban.

El bajo clero, de una ignorancia increíble, se desenvolvía en un ambiente envilecido y una miseria oprobiosa, particularmente en los

sectores rurales. Para poder subsistir, tenían que echar mano de ventas simoníacas y gravámenes anticanónicos. Algunos sacerdotes, para economizar, consagraban con pan común y se reservaban las ofrendas, con el fin de poder sustentar a sus familias. Muchos clérigos se hacían monjes, ya que éstos estaban considerados como seglares y así podían casarse, pese a que tal maniobra estaba prohibida. Cuando en cierta ocasión, el Papa aconsejó al metropolitano de Toletum, que no se consagraran personas ignorantes, éste tuvo que responderle, que si tal se hiciese, no habría pastores para la iglesia, pues estos solían provenir de las clases más humildes, y por lo tanto incultas.

Cuando Múmulo recurrió al Comes con la esperanza, que dadas las malas relaciones que le unían al obispo, éste se decidiese a ayudarle, Teodomiro se encontró con un arduo problema. Por una parte le repugnaba que dos personas fuesen reducidas a esclavitud, pero por otro lado, el obispo tenía plena autoridad para exigir lo que pedía.

—Múmulo, ¿cuándo tienes que cumplir la orden del obispo? —preguntó Teodomiro.

—Pasado mañana, lo más tardar —le respondió éste.

—Pues marcha a tu casa y vuelve mañana. Veremos si existe alguna posibilidad de ayudarte.

No bien salió Múmulo de la estancia, Cástulo que había estado presente en la entrevista, no pudo menos de decir:

—Teodomiro, nada bueno puede seguirse de que intervengas en este caso, el obispo obra conforme a ley, pese a que conozco otros muchos casos similares en los que el obispo ha hecho la vista gorda. Es seguro, que en esta ocasión, el obispo aplica la ley, porque conoce las buenas relaciones que te unen a Múmulo. Nada me extrañaría que el obispo espere que tú intervengas, y así poderte demandar ante el Metropolitano.

—Estoy completamente de acuerdo contigo en cuanto dices, pero debe haber algún medio para ayudar a Múmulo sin que yo me vea comprometido, y por la cara que se te está poniendo, adivino que algo se te ha ocurrido.

—Seguro, no existe ningún medio, pues la mayoría de los secretos terminan por conocerse, pero dentro de los que presentan menor riesgo, está el hacerlos huir. Una nave tuya sale de Portus Ilicitanus con destino a Marsalia[1], precisamente mañana al anochecer. Si Múmulo envía a la madre y al hijo mañana temprano, bajo la custodia de un siervo de confianza, se podría embarcar a los tres con destino a Marsalia. Para evitar sospechas del obispo sería preciso que Múmulo diese una fuerte suma de dinero a su sierva, y esto ante testigos. Mientras, habría que encontrar una mujer y un niño que hubiesen muerto, para

1 Marsalia: Marsella.

esconderlos no lejos del camino. Después de vestirlos con las ropas de la sierva e hijo de Múmulo, se les desfiguraría la cara con una piedra manchada de sangre, para que las gentes creyesen que había sido el siervo quien los había matado para robar el dinero y huir a continuación. Cuando se encuentren los cadáveres, lo más seguro es que la putrefacción esté en estado avanzado y nadie pueda reconocerlos.

—Doy mi acuerdo. Encárgate de ello y procura que Múmulo no aparezca por palacio en una larga temporada, para evitar sospechas de ningún genero. Dile además de mi parte, que como pago por este favor, exijo de él, que en lo sucesivo sea un sacerdote digno de tal nombre.

Zaquén ben Isaac conoció a Tabari ab Sinán, cuando por motivos del estado avanzado de gestación de Eguilona fue llamado a palacio para examinarla. Al salir de los aposentos de Eguilona, el Comes, acompañado de Tabari, se adelantó a preguntarle con un cierto nerviosismo:

—¿Cómo se encuentran mi mujer y el niño?

—Eguilona se encuentra realmente bien —respondió Zaquén—. El niño está atravesado, lo que es normal en muchos casos, pero llegado su momento se girará, bien sea solo, bien con mi ayuda. Permíteme Comes que te presente a mi discípulo Mendibil de Urci —añadió empujando un poco a éste que se encontraba casi a su espalda.

—Me das una alegría con tus palabras. Procura no salir de Aurariola, ya que supongo que el nacimiento está próximo, y si sales, ten siempre informado a Cástulo para que pueda avisarte —y dirigiéndose a Mendibil, prosiguió—. Joven debes saber que Zaquén es muy querido por mí, no sólo porque seamos amigos desde niños, sino también, porque como médico nadie hay que le supere en la Civitate. No pudiste escoger mejor maestro.

Se volvió a Tabari, y poniéndolo a su altura lo presentó como un sabio islamita, que en lo sucesivo viviría en palacio.

Tan pronto el Comes los dejó, Zaquén invitó a Tabari a las reuniones que los domingos por la tarde tenían un grupo de ilustrados en las artes y ciencias. Esta reunión era muy apreciada por cuantos sabios pasaban por Oriola[1].

Al salir de palacio, Mendibil preguntó a su maestro:

—¿Cómo es que los niños giran en el vientre de su madre?

—El niño flota en un líquido que se encuentra en una bolsa, de la misma forma que nosotros nadamos en un río. Al nacer, los niños tie-

1 Oriola: Esta denominación de Aurariola ya comenzaba a utilizarse mucho por el pueblo en aquel entonces.

nen que salir de cabeza por el canal materno. Si vienen de pie, hay que procurar que los dos pies salgan a la vez, o de lo contrario se atrancará y será imposible sacarlo. Aun así, luego viene el obstáculo de los brazos que se abren y pueden igualmente impedir su salida, de ahí que sea tan importante hacerlos girar antes de que se coloquen.

—¿Y qué sucede si se encajan?

—Desgraciadamente, el niño morirá asfixiado rápidamente, mientras la madre tendrá una agonía larga y terrible.

—¿Y no se puede hacer nada, maestro?

—Caso de que el niño venga de pie, existe la posibilidad de hacerle la cesárea, llamada así, porque según se cuenta, fue el emperador Nerón el primero que nació de este modo. Se corta verticalmente hasta que se llega a la matriz, se saca al niño y luego se vuelve a coser. El niño vive, pero son muy pocas las mujeres que sobreviven a esta operación.

—¿Murió acaso la madre de Nerón?

—No, logró salvarse, mas bien le habría valido morir, pues el monstruo que engendró, años después, deseó ver donde había estado en el seno de su madre y mandó abrirle el vientre. Te imaginas cuánto debió sufrir aquella mujer, ¿hay algo más horrible que tu propio hijo te asesine?

Habían llegado al mercado, que por ser martes estaba mucho más concurrido que los demás días de la semana. Por todas partes se escuchaban gritos y discusiones, risas de jóvenes mujeres, que al ir en grupo, se burlaban de los hombres, que irritados e indefensos de sus chungas hirientes, coreadas por comentarios femeninos, sólo se atrevían a exclamar, ¡Va, mujeres, malditas mujeres, Dios debería hacerlas con las bocas cosidas! Entre el ajetreo se escuchó un grito dolorido. El carnicero del puesto cercano a Zaquén y Mendibil, distraído por las risas de las mujeres, que aunque denostadas, atraían como un imán, al dar el tajo, se había hecho una fuerte maceración, al rebotar la azuela contra la densa madera de olivera, que le servía de apoyo. La sangre no brotaba, pero la carne estaba machacada y presentaba un feo aspecto.

—¡Maestro! —exclamó Mendibil—, la herida presenta muy mal aspecto, ¿por qué no lo curáis?

—Un médico debe esperar a que le soliciten sus servicios, si no ¿de qué vivirá?

—Pero maestro, éste es el hombre que vende la carne a vuestra madre —se escandalizó el discípulo.

Zaquén vaciló, mas al ver que el carnicero lo había reconocido, no tuvo más remedio que acercarse.

—Por hoy, tu trabajo se ha terminado. Deja a tu mujer y vente a lavarte la mano a la fuente.

Cuando el carnicero se hubo lavado bien, Zaquén le secó la mano

tumefacta y sacó un polvo amarillento con el que cubrió la herida.

Mendibil sorprendido preguntó:

—¿Azufre en una herida?

—No es azufre, ignorante, es alheña, tiene grandes virtudes cicatrizantes —volvió a meter de nuevo su mano en el zurrón, y sacando otros polvos, aclaró. —Es polvo de hojas de mirto, es excelente para apaciguar el dolor. Ahora saca una hila y cúbrele la mano como te enseñé ayer —y dirigiéndose al carnicero añadió—: Mañana ven a mi consulta y veré cómo está la herida. Otra vez, mira menos a las chicas y más a tu mujer.

Todos los últimos días de mes se reunían en casa de Zaquén los intelectuales de Oriola. Era tradición, que en esta reunión, no se hiciese distinción de artes o ciencias, religiones o etnias. Todos en Oriola conocían esta costumbre, y si bien algunos godos, rehuían el ir, otros en cambio, no desdeñaban esta oportunidad de tratar con espíritus escogidos. Los más engreídos solían ser los escritores de historias. Los poetas y médicos solían ir a la par, mientras que los más humildes se encontraban entre los matemáticos, físicos y astrónomos. Una clase especial la integraban los filósofos; entre ellos unos acusaban a otros de no ser más que sofistas. Mientras que los escritores y poetas, solían echarse flores entre ellos, encomiando la belleza de lo escrito por el otro, si es que el aludido se encontraba presente; esas flores se volvían espinas, si el mencionado estaba ausente. Ni que decir tiene, que quienes más menospreciaban a los ausentes de su profesión, eran los médicos; pero sus palabras eran como el buen veneno, suave, melifluo y oculto entre falsas alabanzas.

Aquella noche se encontraba presente, un espíritu escogido, respetado en Toletum y en toda Hispania y del cual estaban pendientes todos los asistentes. Roberto de Tarraco, se distinguía por sus conocimientos matemáticos y, aunque parezca extraño, estaba reputado como un gran historiador. Presumía, además, de conocer muy bien el Islam, por haber pasado una temporada en Bagdad. Se encontraba de paso en Oriola, e ignoraba todo, de uno de los invitados. Tabari ab Sinan, quien a última hora decidió asistir a la reunión, aceptando la invitación que Zaquén le hizo en su día.

Como era de suponer, dada la curiosidad que todos sentían por el Islam, por ser más bien desconocida esta religión, el centro de la reunión tendría que ser Tabari, y su oponente, desde luego, Roberto de Tarraco:

—Me he permitido traer para mostraros estos libros —dijo Tabari ab

Sinán—, caso de que no tengáis copia, podríais pedir que os hicieran una.

La curiosidad se disparó al instante, y todos los presentes daban exclamaciones de asombro y alegría. Muchos de ellos, habían oído hablar de los libros o de sus autores, pero en la negra noche de barbarie que siguió a la caída del imperio romano, todos o casi todos los libros del saber heleno y romano habían sido destruidos.

Ante sus ojos admirados, Tabari fue dejando sobre la mesa *Las epidemias* de Hipócrates, uno de los tratados de Galeno sobre el pulso, así como el *Sistema Galénico de Patología. El Continente* escrito por El Razi donde describe la viruela y el sarampión, y por último, un tratado de cirugía menor, tumores, heridas y venenos de Olibasios.

—Zaquén, te dejo estos libros para que hagas copias. Trátalos como a la niña de tus ojos y devuélvemelos lo antes posible. Todos los presentes son testigos del tesoro que deposito en tus manos. Durante el combate naval en que fui hecho prisionero, se perdieron otras obras maestras de Hipócrates, Pablo de Egina, *Las sangrías* de Galeno, obras de cirugía de Pablo de Tralles, tratados de Euclides, Aristóteles y Ptolomeo. Media vida se me fue con ellos, por eso os pido que hagáis varias copias de lo que me queda, pues el conocimiento de nuestros mayores es sagrado y debe conservarse.

—Sabio Tabaris, ¿eres experto en tantas ciencias, como los libros que has nombrado indican? —preguntó Roberto de Tarraco.

—Bien quisiera yo. Los he leído en mi gran curiosidad, pero nada más. Conozco un poco del Corán y trato de interpretar el significado que daba el Profeta a muchos de sus versículos, pues con frecuencia, el significado de algún versículo parece oponerse a otros.

—¿Podrías ponernos algún ejemplo? —volvió a preguntar Roberto de Tarraco.

—Veréis, hay muchos que se preguntan, si los islamitas podemos o no ser amigos de los cristianos y judíos. Pues bien, quienes defienden la amistad entre los seguidores de las tres religiones, recitan el versículo en el que el Profeta dice: «¿Quién siente aversión por la religión de Abraham, sino el insensato?»; mientras que los que se oponen a esta amistad, aducen en su contra el otro versículo en que el Profeta dice: «¡Oh vosotros los creyentes! No toméis por amigos a los judíos y los cristianos; son amigos los unos de los otros. Quien los toma por amigos es de los suyos. Dios no dirige el pueblo injusto». Ahora vengo yo a vivir entre vosotros y observo que, los cristianos son enemigos de los judíos, pues por lo menos, como a enemigos los tratan, pero el Profeta en el anterior versículo, nos dice que los judíos y cristianos son amigos, ¡vosotros comprendéis, cuán difícil es interpretarlo todo! —terminó Tabari su larga exposición.

El parto de Eguilona había sido perfecto. Pese a asistirla una comadrona, el Comes había insistido en que Zaquén estuviese presente y éste acompañado por Mendibil, estuvo guiando los pasos de la comadrona y ayudando cuando se precisaba.

El niño, pues de un varón se trataba, vino al mundo sin apenas sufrir, su cabecita estuvo poco tiempo coronada y se deformó muy poco. Salió limpiamente de la madre sin producirle desgarraduras como sucedía en aquellos niños anormalmente grandes.

Nació llorando y no fue preciso pegarle en la nalga, para estimular sus pulmones a ponerse en funcionamiento. Era un niño guapo y su padre lo enseñó a todos lleno de orgullo y alegría. La madre, tras los calostros, tenía abundante leche y pudo amamantar a su hijo sin necesidad de recurrir a una nodriza. Por ello, la tragedia fue mayor, cuando al amanecer de su cuarto día, al ir a despertarlo para darle el pecho, su madre vio que no reaccionaba y comprobó que estaba muerto. Cuando Zaquén llegó, nada pudo hacer salvo constatar que el niño había muerto por asfixia, al aspirar sus propios vómitos. Con toda seguridad, el niño debía de estar durmiendo boca arriba, al venirle el vómito, y al no tener fuerza para moverse o girar la cabeza, se ahogó.

Fue muy duro para Zaquén simular ante el Comes y Eguilona que no sabía cómo había muerto. Al interrogante de los padres de ¿por qué, por qué? —él decidió quedar como ignorante, a añadir el dolor de la culpabilidad, al que ya sufrían con la pérdida del primogénito. Habría sido muy fácil explicar que un bebé siempre tiene que estar de costado en la cuna, precisamente para evitar lo que había sucedido. Además, al haberse empeñado Eguilona en cuidar ella personalmente al niño, no quedaba la salida de cargar la culpa a la niñera.

Únicamente le quedó, mientras los demás cristianos rezaban por el niño muerto, en voz baja y sentida entonar un *kaddish*[1] a Jehová por el alma del primogénito de su amigo Teodomiro.

La llegada de dos naves cartaginesas con su racimo de cadáveres vivientes, coincidió con la estancia de Zaquén y su discípulo en Portus Ilicitanus, así que el exarca del puerto, le rogó que atendiese a aquellos desdichados.

La salida de Carthago fue tan precipitada que no les dio tiempo a avituallar los dos navíos. Unos pocos odres de agua se encontraban llenos, y los víveres muy racionados, apenas eran suficientes para alimentar a las personas embarcadas durante dos días. Al principio, un viento de levante frescachón, les hizo esperar que en tres o cuatro días

1 *Kaddish:* Oración hebrea por los difuntos.

podrían llegar a Hispania, mas a las pocas horas, el viento roló al sur, siendo su alegría mayor, pues Rávena se hallaba a no más de dos días de navegación. Se encontraba en la estación en que el clima es caprichoso y no tardó mucho en echarse una calma chicha, que dejó a la vela flácida colgar de su verga. Su desdicha fue tal, que durante más de veinticinco días fueron llevados y traídos por suaves brisas que constantemente borneaban, así que cuando pudieron alcanzar Portus Ilicitanus ya habían muerto más de diez personas de sed y desnutrición.

Cuando Zaquén subió a bordo, había muchos marineros intentando dar de comer a los griegos, y fue gritando, como el médico detuvo a los que creyendo hacer bien, de seguro causarían la muerte con la comida que pretendían hacer tragar a los hambrientos cartagineses.

—Sólo agua y zumo de naranja. Tal como se encuentran, sus estómagos son incapaces de digerir los alimentos —explicó Zaquén.

—Pero maestro, no ves que se están muriendo —se indignó Mendibil.

—Para poder sobrevivir tras muchos días de no tomar alimentos, la naturaleza hace que se produzcan grandes cambios en la composición de los humores. Si les dieses de comer lo que tú y yo tomamos, morirían —respondió Zaquén.

—¿Y qué hacemos con todos estos que parecen estar muertos? —preguntó Mendibil, quien por haberles tomado el pulso, con las palmas hacia arriba, y en la parte que las arterias están más a flor de piel, tal como le había enseñado el maestro, sabía que aún vivían—. Aunque lo intentemos, será imposible hacerles tragar nada.

—Saca las cánulas, y démosles una lavativa de hidromiel, con suerte muchos de ellos se recuperarán.

Fue de este modo, gracias a los conocimientos de Zaquén como muchas de aquellas personas salvaron la vida.

El último bastión que separaba el reino godo de las fuerzas del Islam había sucumbido. Ante los muslimes se encontraba la Tingitania goda, de la que sólo una pequeña lengua de mar, la separaba de Hispania.

A Teodomiro la noticia le llegó mientras se encontraba sumido en una profunda desesperación, pues su hijo primogénito acababa de morir, a los pocos días de su nacimiento. La noticia no le causó ninguna sensación pues la esperaba y en su estado de ánimo, muy poco le importaba una desgracia más. Sin embargo, dio orden de que se cuidase a los griegos y que una vez repuestos de sus penalidades, se abasteciesen sus buques permitiéndoles zarpar para Itálica.

La muerte de su primer hijo fue un duro golpe para el Comes. El niño había nacido bien y nada permitía augurar su rápido fallecimiento.

Zaquén que asistió al parto de Eguilona, no se explicaba las causas y una y otra vez, aseguraba que el niño había nacido completamente sano.

El anciano Eurico estaba inconsolable, pues sus ansias eran muchas de volver a tener entre sus brazos una nueva carne de su carne.

El día era frío y lluvioso, por lo que todas las chimeneas de palacio estaban encendidas, y era tal el silencio que reinaba, que se podía escuchar el chisporroteo de los gruesos troncos en el fuego, sólo interrumpido por los sollozos contenidos que salían de la cámara de la madre; el año del Señor de 696, se despedía con tristeza de la casa de Teodomiro, hijo de Gabdus, Comes de Aurariola.

En enero, el frío se hizo más intenso y hubo días en que el agua se heló en los abrevaderos. Por primera vez desde hacía muchos años, no comenzaron a florecer los almendros en aquellos días como era lo corriente y el día veinticinco, toda la ciudad amaneció cubierta de nieve, mientras los montes reflejaban intensamente los rayos del sol sobre el manto que los cubría.

Más de la mitad de la población no había visto nunca la nieve, por lo que el júbilo reinó en todas partes, pese a que el día fue frío como nunca. Los niños jugaban por las calles, ebrios de gozo, entremezclados con los mayores, que olvidando sus años intervenían en sus juegos. Poco a poco, la nieve se fue ensuciando dentro de la ciudad, mientras los niños llorando entraban en sus casas ateridos de frío, para volver a salir de nuevo, mientras sus caras y manos se tornaban cada vez más rojas. Conforme fue avanzando el día y la nieve apelmazada de las calles se convertía en hielo, menudearon las caídas y más de uno terminó en manos de los físicos, quienes con hilas y clara de huevo reducían las fracturas inmovilizando el miembro herido.

Siguiente >>

II

Eguilona, a quien unas intensas fiebres pauperales habían mantenido en cama por más de un mes, se encontraba sentada junto a un ventanal, mientras un acogedor fuego trepidaba en la chimenea. Sus mejillas estaban hundidas y sin color, y todo el fuego y la alegría que sus ojos antes reflejaban, había desaparecido, y ahora sólo mostraban tristeza y desesperanza. Cuando entró Teodomiro, intentó sonreírle y en su cara, en vez de sonrisa, apareció una triste mueca.

—Me ha dicho Zaquén que te encuentras mucho mejor —dijo Teodomiro tras rozar con los labios su mejilla. Y añadió—: Según él, en unos pocos días habrás recobrado las fuerzas y podrás dar cortos paseos. ¡No sabes cuánto siento que no puedas salir hoy a jugar con la nieve como hace todo el mundo! ¿Has visto qué precioso está el monte?

Como casi todos los hombres, se encontraba desarmado ante la enfermedad, sin saber qué tenía que decir a un enfermo para consolarle. Cuando lo intentaba, su cara se ponía tan seria que infundía más tristeza, a la vista de lo cual, se apoderaba de él el nerviosismo, haciéndolo enmudecer al no saber qué añadir.

Eguilona, que había llegado a conocerle profundamente hasta el punto de que a veces adivinaba su pensamiento, viendo su embarazo, le tendió las manos mientras le decía:

—Siéntate a mi lado y cuéntame cosas de tu niñez. ¡Dime! ¿Cuándo conociste al rey?

—Sabes que no soy un buen narrador, pero si te empeñas intentaré complacerte. Pero... ¿No sabes que Cástulo comenzó a escribir esa parte de mi vida? ¡Espera!, se me ocurre que podría entretenerte leer las memorias que Cástulo está escribiendo —y sin aguardar la respuesta, salió en busca del escriba.

Poco después, volvió Teodomiro acompañado por Cástulo, quien traía bajo el brazo un rollo de papiros que tendió a Eguilona. Ésta estuvo un momento ojeándolos y de pronto dijo:

—¡Pero Cástulo! ¿Cómo después de narrar el nacimiento del Comes, pasas al viaje por mar sin decir nada de los años intermedios?

—Tenía la intención, mi señora, de haberlo escrito todo por orden cronológico, pero Teodomiro me pidió que hiciese antes la parte que tenéis en la mano —y sonriendo agregó—. Se ve que no tiene mucha confianza de que viva lo suficiente para escribirlo todo, y prefirió que no deje inacabado lo que él considera más importante.

Eguilona sonrió, y por primera vez tras la muerte de su hijo, el Comes pudo comprobar con alegría, que ésta se interesaba por algo.

—Si te fatiga el leer, Cástulo puede quedarse contigo y leerte en voz alta —ofreció Teodomiro.

—¡Oh no, por favor! Podéis dejarme sola, pues tengo mucha curiosidad de saber de tus andanzas en la corte.

La curiosidad femenina había logrado lo que ni marido ni damas de compañía habían conseguido; hacerla tomar interés por la vida. Se arrebujó en su manto y, tomando el manuscrito, se dispuso a leer.

Cuando el vigía gritó desde la cofa, que se divisaba el blanco promontorio de Lucentum con su fortaleza en lo alto, un grito de alegría fue lanzado por toda la tripulación ansiosa de llegar de nuevo a sus casas, tras una navegación agotadora de cinco meses de duración. Habíamos zarpado de Portus Ilicitanus tan pronto se abrió la mar a primeros de mayo, y retornábamos el cinco de octubre del año del Señor de 690, tras haber hecho un periplo completo al mar Mediterráneum, de navegación feliz y fructífero comercio. Habíamos tocado en los puertos de Ebussus, Marsalia, Alalia, Siracusa, Constantinopla, Chiprus[1], Tiro, Alejandría y Carthago, y ya por fin, estábamos llegando de nuevo a nuestro querido Portus Ilicitanus.

Éste era el sexto viaje en que yo acompañaba a Teodomiro, de quien su padre me había hecho responsable, y buena falta que hacía, pues su potente juventud y ansias de vivir le hacían meterse en cuantas reyertas acontecían en los puertos en que recalábamos. Debo reconocer que no fueron mis prudentes consejos ni mi vigilancia continua lo que en más de una ocasión le salvaron, sino más bien, su increíble habilidad con las armas y una suerte que cualquiera envidiaría y que nunca le abandonaba. Su sentido comercial podía compararse con el de los más ancianos mercaderes, y he de reconocer que en esta mate-

1 Chiprus: Chipre.

ria, él era el maestro y yo el alumno. Hablaba ,además, a la perfección el latín, el griego y la jerga indescriptible que se utilizaba en los puertos, y con la cual, se podía uno entender en toda la cuenca mediterránea.

Nuestra estancia en Constantinopla fue una verdadera pesadilla para mí, pues atraído por las bellezas de la ciudad, constantemente se me perdía, y yo tenía que deambular de un lado para otro, tratando de localizarle, siempre temeroso de su seguridad. Una noche no apareció a bordo y cuando por fin llegó a nuestro barco, que se encontraba fondeado en el puerto de Pera, me dijo tranquilamente que se había quedado en un altozano, para ver reflejarse los rayos del sol naciente en la cúpula de Santa Sofía, espectáculo que me recomendaba como uno de los más bellos del mundo.

El disgusto mayor que tuvimos acaeció cuando una noche apareció a bordo con una bellísima esclava serbia que había ganado jugando a los dados con un mercader persa. No pude convencerle de que la vendiese, y la tripulación comenzó a murmurar cuando zarpamos con ella a bordo, pues es bien sabido que las mujeres traen mala suerte en la navegación. Entre Chiprus y Alejandría nos cogió de lleno una tormenta que estuvo a punto de hundirnos, y todos a bordo lo achacamos a llevar una mujer embarcada, mientras Teodomiro se reía burlándose de lo que él llamaba nuestras supersticiones.

Un buen día, mientras estábamos atracados en el puerto de Alejandría, Teodomiro trajo a bordo a un árabe que, por sus vestiduras, se adivinaba de alta posición; tras obsequiarlo con el mejor vino de Falerno, al que el árabe no hizo remilgos, tanta fue la frecuencia con que lo probó, hizo que la esclava serbia, danzase para su huésped. El árabe quedó tan prendado de ella que insistió en comprarla, mas, Teodomiro se resistió a su venta, pese al alto precio que aquel ofrecía, aduciendo, que para él la esclava no tenía precio, pues se encontraba tan encaprichado de ella como su invitado podía estarlo de su caballo. Ordenó a la esclava que danzase de nuevo y la lujuria del árabe se desató, ayudada por las continuas libaciones que había efectuado; pero de nuevo Teodomiro se negó a venderla, mientras por lo bajo pedía a la esclava que acariciase al huésped. Éste, completamente incontrolado ofreció cuanto dinero llevaba a la vez que exclamaba:

—¡Por Alá, que esta mujer ha de ser mía! Dime cuánto quieres, que si está en mi mano he de pagártelo.

—¿Por qué insistes, noble Sahib? Has podido comprobar que ni las huríes que os ofrece vuestro Profeta en el paraíso son comparables a esta esclava. ¿Por qué quieres privar a este pobre mercader de los placeres que, por no ser creyente, vuestro Profeta no ha de concederme en el cielo? Te traigo a mi barco y te agasajo, y tú en vez de agradecér-

melo, quieres llevarte mi más preciado bien —le respondió Teodomiro con una cara de hipócrita que el beodo no podía distinguir.

—¡Acaso yo abuso de tu hospitalidad! —dijo el árabe indignado— lo único que pido es que tú mismo fijes el precio.

Viendo Teodomiro que había ido demasiado lejos, respondió poniendo una cara compungida.

—Por esa hospitalidad que tú has nombrado, acepto todo el dinero que llevas encima, más tu caballo, ¡y sabe Dios con cuánto dolor accedo, sólo por complacer a un amigo!

Al escuchar el precio pedido, el árabe se sobresaltó y por su gesto se vio que no estaba dispuesto a cerrar el trato, mas una nueva caricia de la esclava, que por no entender de qué se trataba había seguido en sus arrumacos, terminó por convencerle.

Se hizo subir un escriba del puerto y se rellenaron los papeles. La esclava, cuando se dio cuenta que la había vendido Teodomiro y la sacaban del barco, se puso a llorar desconsoladamente, pues en verdad, la gallardía del mozo hacía que las mujeres se prendasen rápidamente de él.

Luego me contó Teodomiro, que yendo por Alejandría, había visto al árabe montado en su caballo, y que fue tanta la impresión que la noble bestia le causó, que le fue siguiendo hasta que se detuvo en una hospedería. Entabló conversación con él, e intentó comprarle el caballo, llegando a ofrecer una suma exorbitante; pero el árabe se negó en redondo a desprenderse de él; fue entonces cuando urdió el invitar al árabe a bordo, con la excusa de mostrarle distintas mercancías que traía en el barco desde Constantinopla.

Cuando el caballo fue subido a bordo, todas mis razonadas protestas sobre la locura de llevar un animal a bordo en la larga singladura que nos aguardaba hasta Carthago y luego a Hispania, se vinieron abajo.

En verdad que nunca en mi ya larga existencia, había visto un animal igual. De alta talla y finos remos, cabeza pequeña y alargada, pelo negro y lustroso, con largas crines y cola espléndida; era el ejemplar más perfecto de todos cuantos de raza árabe existían. Comprendía que el árabe, en su estado normal, se hubiese negado a venderlo por todo el oro del mundo, pues incluso el sultán se sentiría orgulloso de montarlo.

El árabe había pagado por la esclava más de cien veces su valor, que ya de por sí era elevado. No fue irrazonable, por tanto, sino sensato, que Teodomiro ordenase zarpar de inmediato, pese a que el viento nos era contrario y los remeros tenían que hacer un gran esfuerzo para alejarnos de la costa, pues, a no dudarlo, una vez que el árabe volviese a sus cabales, recurriría a los tribunales por haber sido estafado, y no era de esperar, que pese a los documentos firmados, los jueces diesen la razón a un cristiano ante la presente situación. Cuando los

remeros estuvieron agotados, aún no estaríamos a más de cien estadios de la costa, y hubo que esperar al pairo, hasta que se levantó un viento favorable, el cual no nos abandonó hasta que llegamos a Carthago.

Durante la singladura de Alejandría a Carthago, Teodomiro me relató su encuentro con Benuris, el egipcio, descendiente de uno de los cuidadores de la gran biblioteca.

—Después de visitar Alejandría el segundo día de estancia en puerto, pregunté por el lugar donde se había alzado la gran biblioteca de Alejandría, de la que durante tantos siglos se habían hecho en lenguas todos los intelectuales del mundo romano. Una gran plaza ocupaba el lugar dejado libre por ella. Me senté en una terraza al aire libre y mientras pedía un té de menta, dejé vagar mi imaginación, y cuando más ensimismado me encontraba, una voz a mi lado me sobresaltó. Se trataba de un egipcio anciano, que por su tez y vestimenta se diferenciaba de los muslimes, quien de una manera cortés me decía: «Joven, ¿a que está usted pensando en la biblioteca? Era algo colosal, bella y misteriosa. Mis antepasados fueron cuidadores de ella durante generaciones, hasta que el año 646 de nuestra era cristiana, los salvajes musulmanes la incendiaron reduciendo todo a escombros y cenizas. Todo el saber de la humanidad, atesorado en sus libros desapareció en una sola noche. ¡Bueno, casi todo!, porque ya el año 391, el Emperador Teodosio instigado por el obispo Teófilo, ordenó la destrucción de todos los libros y obras de arte paganas. ¡Que Dios los tenga a todos en el infierno!» Los ojos de Benuris, pues tal era su nombre, estaban llenos de lágrimas al terminar su explicación.

—Parecéis conocer muy bien su historia —respondió Teodomiro.

—Cientos de veces la he escuchado en labios de mi abuelo y de mi padre, ¡cómo podría olvidarla! ¿Os interesa? —y al darle una respuesta afirmativa, Teodomiro no se hizo de rogar y relató:

«Todo comenzó y fue consecuencia de algo que los libros de historia silencian, pues parece asombroso que el mayor conquistador de cuantos siglos nos precedieron, fuese marica, bueno homosexual digamos, para ser menos duro.

Después de tomar Egipto Alejandro Magno, murió su amante y lugarteniente Hefestión. La pena de Alejandro fue tan grande que no deseaba abandonar Alejandría, y mandó construir una grandiosa tumba para que en ella reposasen los restos de Hefestión; tras de lo cual, no tuvo más remedio que partir, pues el enorme ejército que había levantado se impacientaba. Tras terminar sus campañas triunfales hasta la India, Alejandro volvió, y aquejado de unas fiebres malignas murió en Babilonia.

Debido a su condición de homosexual, Alejandro desoyó en su día los consejos de su madre y allegados, de casarse y dar un heredero a la dinastía antes de partir para su campaña. Cuando murió, esperaba un hijo y tenía otro de unos cinco años. Como se temía, ambos niños terminaron siendo asesinados, ya que la ambición de sus generales destrozó el imperio. Uno de los generales de Alejandro, que no tenía posibilidad de sustituirle y que comprendió lo que iba a suceder, fue Ptolomeo, el fundador de la dinastía. Consiguió que le nombraran Gobernador de Egipto, y maniobró de forma que el ejército le respaldase. Estaba previsto trasladar los restos de Alejandro, desde Babilonia a Macedonia, y se mandó construir una enorme carroza pesadísima, llena de oro y ornamentación; tal era la carroza que se tardó más de un año en construirla.

Ptolomeo tenía numerosos espías en Babilonia y, cuando la carroza partió, envió tropas a mitad de camino, robando los restos de Alejandro Magno, que fueron a reposar en la tumba donde debería haber sido enterrado su amante Hefestión.

Con el tiempo, Ptolomeo decidió destinar un ala del enorme edificio a biblioteca, y éste fue el comienzo de la famosa biblioteca, que recibió todos los escritos y conocimientos humanos existentes en los templos de Egipto.»

Esto es todo cuanto Teodomiro me contó y yo reflejo en este escrito.

Llegado a este punto en la lectura, Eguilona se detuvo. Su cara se encontraba arrebolada por los celos que la lectura había producido en ella. Nerviosa intentó levantarse, pero se encontraba demasiado débil y sus fuerzas no le obedecieron, por lo que tuvo que llamar para que la ayudasen a sentarse de nuevo en una cómoda posición.

—Julia, ¿está el Comes en sus aposentos?—preguntó a la sierva.

—No señora, hace unos instantes que le vi salir con el jefe de la guardia. ¿Deseáis que le mande recado de venir?

—No, déjalo... ¿Y Cástulo? —añadió tras una corta vacilación.

—Acabo de cruzarme con él cuando acudía a vuestra llamada. ¿Deseáis que le diga que queréis verle? —respondió la sierva.

Ante la aquiescencia de su señora, salió y poco después apareció Cástulo en la estancia.

—¿Señora, me habéis mandado llamar?

—Entra y cierra la puerta —y sin transición agregó—. ¡Oh Cástulo que desdichada soy! ¡Porqué habré leído vuestro escrito! ¡Yo que me creía la primera mujer que había querido Teodomiro!

De inmediato, Cástulo se dio cuenta de que su señora acababa de leer su historia sobre la esclava serbia; disimulando una sonrisa, trató de calmarla.

—Pero mi señora, si os referís a la historia de la esclava y el caballo, no creo que tengáis que preocuparos, pues el Comes nunca tuvo ninguna atracción por dicha esclava.

—Cómo precisamente tú puedes decir eso, cuando tú mismo narras cómo la comparó con una hurí, y se negaba a venderla, pese al alto precio que le ofrecían —respondió Eguilona, atormentada por los celos.

—Pero recapacitad señora, que cuanto habló el Comes con el árabe, sólo tenía por objeto, el incitar a éste a cederle su caballo. No os dais cuenta de que, si el Comes hubiera estado enamorado de la esclava, jamás la hubiese cambiado por un caballo —reflexionó Cástulo para Eguilona.

Ésta, se dio cuenta de lo ridículo que deberían parecer sus celos para Cástulo, máxime cuando ella misma comenzaba a encontrarlos infundados, tras las reflexiones del escriba; por lo que calló.

Tras un momento de silencio, Cástulo, un poco vacilante, le dijo:

—Tal vez sería conveniente que no siguieseis leyendo, pues veo que la lectura os excita, y ello no debe ser bueno para vuestra salud.

—¡Pero Cástulo, tú estás loco si piensas que no he de enterarme de cuanto aquí está escrito! ¡Ninguna fuerza humana sería capaz de impedírmelo! ¿O acaso lo que sigue es mucho peor que el comienzo?

—Señora, todo cuanto ahí está recopilado es simplemente historia pasada antes de que el Comes os conociese. Si persistís en leerlo, y por lo que intuyo, nada os lo impedirá, debéis pensar como una mujer inteligente y no dejaros arrebatar por los sentimientos. El hombre es como es, y si no obrase como sus instintos le fuerzan en la juventud, o bien sería un santo, en cuyo caso debería dedicarse al servicio de Dios, o bien caería en vicios más perniciosos y abyectos.

—Aunque no puedo estar de acuerdo con tu filosofía de la vida, reconozco que algo de razón te asiste, y te prometo que leeré tu escrito sin dejarme vencer por los celos; pero te ruego no cuentes a Teodomiro nuestra conversación.

Cuando Teodomiro fue a reunirse con ella a la hora de comer, encontró a Eguilona completamente acicalada. El color había vuelto a sus mejillas, en parte con los afeites que se había dado, aunque éstas no habían perdido del todo su marchitez. Sus ojos por el contrario habían ganado vida y su voz encanto. Era la hembra que ante el peligro de perder el macho, aunque este peligro sea imaginario, se apresta a defender su amor. El espíritu ayuda a la naturaleza, y las ansias de vivir hacían rebrotar la vida.

Por la tarde, una vez que hubo comido con más apetito que los últimos días, y tras acomodarse junto al fuego cuando todos hubieron salido, continuó su lectura.

Como siempre sucedía cuando llegaba un navío de alto porte, casi todos los habitantes de Portus Ilicitanus se habían congregado en la playa, mientras varias barcas de remo eran botadas al agua y salían al encuentro del buque, que por el gallardete que izaba, se conocía pertenecía a la casa Gabdus.

El primero que saltó a bordo cuando la vela fue recogida, fue Ilicón, el encargado de los almacenes Gabdus en Portus Ilicitanus. Por la cara de circunstancias que puso, supe desde el primer momento que tenía que comunicar malas noticias. Teodomiro, que no se había dado cuenta de nada, tan pronto le hubo ayudado a subir le abrazó alegremente mientras le decía:

—¡Cada vez más gordo, viejo Ilicón! Te hace falta un largo viaje a bordo de este cascarón y que la mar te zarandee un poco, a ver si pierdes esa tripa —y cambiando de conversación añadió—. Te vas a asombrar de las preciosidades que traemos.

Viendo que Ilicón se ponía más nervioso aún al recibir la cariñosa acogida de Teodomiro, mi primer pensamiento fue, que alguna de las otras naves de la casa Gabdus se había perdido, por lo que recorrí de nuevo el puerto con la vista, pudiendo comprobar que las otras tres naves se encontraban fondeadas a su resguardo, por lo que entonces me asusté de verdad, pensando si la desgracia tendría que ver con mis seres queridos, mi mujer y mi hijito, a los que no veía desde hacía cinco meses, por lo que adelantándome hacia Ilicón, le cogí con fuerza por el brazo mientras le apremiaba:

—¿Qué le ha ocurrido a mi familia? ¡Habla, por los clavos de Cristo o te juro que te rompo el brazo!

—Tu familia está bien, y suéltame el brazo que me lo estás magullando —tal era la fuerza que la desesperación había dado a mi mano—. Son sus padres.

Teodomiro que se encontraba de espaldas, debió de oír algo, porque volviéndose rápidamente preguntó:

—¿Qué sucede con mis padres? ¿Acaso no se encuentran bien?

—Verás, Teodomiro. Tú sabes que a tu padre le encantaban las setas. Este verano fue muy lluvioso y a mediados de septiembre nacieron gran cantidad de setas en los montes. Un siervo llevó a tu casa una cesta, y por lo visto, alguna debía ser venenosa...

Tan pronto Ilicón había pronunciado el verbo en pasado, Teodomi-

ro adivinó que su padre había muerto y se quedó muy quieto con los ojos fijos en un punto lejano, y lentamente se fueron llenando de lágrimas, lo que hizo que Ilicón se detuviese en su relato.

Pasados unos instantes, Teodomiro preguntó con voz muy baja:

—¿Y mi madre, cómo se encuentra?

—Ella también comió —respondió Ilicón bajando la vista.

—¡¡¡Nooooo...!!!

Más que un lamento, fue un aullido de bestia herida lo que emitió Teodomiro, a la vez que, dando un salto, se arrojaba por la borda, ante el asombro de la tripulación, que nada sabía.

Cuando fue izado a bordo se recogió en un mutismo absoluto y se encerró en su cámara, no queriendo hablar con nadie.

Atracamos el buque al pantalán y di la orden de sacar en primer lugar el caballo. Cuando los relinchos del caballo, que no quería pasar por la plancha, no le hicieron salir de la cámara, pese a los mimos que durante toda la travesía le había prodigado, comprendí que lo mejor era dejarle solo con su dolor. A la mañana siguiente me atreví a entrar en la cámara y aunque mi pena era lo suficientemente intensa para que se hubiese tendido un puente entre los dos, no logré siquiera que respondiese a mis palabras. Le dejé comida y bebida y me retiré sin decir nada. Así permaneció durante dos días, sin hablar y apenas comer, hasta que a la mañana del tercer día, mandó a buscarme y me dijo:

—Cástulo, sólo me quedas tú y tu familia. Mi juventud se terminó y te aseguro que de ahora en adelante tus preocupaciones por controlarme se habrán terminado. Debo hacer frente a la vida desde este mismo momento —y dándome un abrazo, salió de la cámara.

Debo reconocer que cuando me dijo que sólo le quedábamos yo y mi familia, un nudo atenazó mi garganta y me limpié la nariz violentamente para no llorar.

Cuando entramos en la casa de Oriola, nos recibió mi mujer llevando de la mano a mi hijo, a quien abracé con tanta fuerza, que protestó porque le hacía daño, a la vez que le pinchaba con la barba. Mi mujer no protestó pero se deshizo rápidamente de mis brazos, al ver que nuestra efusión, resaltaba la falta de acogida que la casa reservaba a Teodomiro. Mi mujer se acercó al joven y lo abrazó, a la vez que le decía:

—Tu madre, al morir, me encargó que te diese un beso de su parte, y te dijese que, tanto su muerte como la de tu padre había sido muy plácida, sin sufrimiento; que su única pena era dejarte tan solo, pero que por lo demás, estaba alegre pues sabía que Dios había perdonado sus muchas faltas y les acogería en su seno —y añadió—: Tu padre me dijo que en sus tumbas, pongas solamente: «Aquí reposan los Gabdus, padres de Teodomiro, a quien amaron mucho».

La escena fue tan emotiva, que todos terminamos llorando y dudo que nunca pueda olvidarla.

Por orden de Teodomiro, durante todos los días de noviembre se repartieron limosnas a la vez que se decían misas por el descanso del matrimonio Gabdus, lo que acrecentó la fama de la riqueza de Teodomiro.

La fama del caballo que habíamos traído de oriente, pronto se extendió por toda la región, y más de un noble que hasta entonces no se había dignado saludar por la calle a los Gabdus, le visitó con cualquier pretexto, rogándole después que le mostrase el caballo, ya que por no salir Teodomiro a la calle, no tenían ocasión de admirarlo.

Fue durante el mes de febrero, cuando Teodomiro tomó la decisión de trasladar su residencia a Toletum. Me llamó una mañana y me dijo:

—Cástulo, he reflexionado que por más riquezas que atesore, nunca podré alcanzar una verdadera posición, ni ser respetado como yo deseo, pues la nobleza, aun envidiando mis riquezas, nunca me aceptará en su círculo. Es preciso que marche a Toletum, único lugar donde puedo alcanzar lo que ansío. Por otra parte —añadió con una seriedad y reflexión a la que no me tenía acostumbrado—, mi familia se dedica desde hace largos años al más peligroso de los comercios y durante este tiempo hemos tenido mucha suerte, pero basta una galerna para que los barcos se hundan y la mayor parte de mi fortuna termine en el fondo del mar. He decidido vender dos de los barcos, y así, a la vez que me aseguro de la desgracia, tendré la seguridad de que los otros dos barcos están mandados por los únicos capitanes que merecen toda mi confianza, ya que, al trasladar mi residencia a Toletum, como es mi deseo, no podré vigilar la flota personalmente, y la única persona en la que podría confiar, ¡y bien sabes que me estoy refiriendo a ti!, deseo que me acompañe y no se separe de mí. Tan pronto haya vendido los barcos y los otros dos zarpen de Portus Ilicitanus, tú y yo partiremos para Toletum, y una vez que haya comprado una vivienda digna, haremos que tu familia se reúna con nosotros, pues no es justo que te sacrifiques a mis conveniencias.

El treinta de abril del año del Señor de 691, una comitiva de diez personas, con numerosas acémilas y caballos, salía de Oriola con destino a Toletum.

Nuestra primera etapa estaba prevista hasta la venta del olivo, para después pasar por Iyyu, Lezuza[1] y terminar convergiendo a la calzada de la Bética en Consabura[2].

Cuando por fin coronamos, en nuestra última etapa, los montes que

1 Lezuza: Albacete. 2 Consabura: Consuegra.

circundan Toletum, ésta se presentó ante nosotros en toda su magnificencia. Si para Teodomiro y para mí, que conocíamos las maravillas de Constantinopla y Alejandría, la ciudad se nos presentó como algo imponente, figúrese la impresión que causaría en el resto de la comitiva que nunca había salido de Aurariola. Durante un largo tiempo nos quedamos contemplándola, hasta que se dio la orden de comenzar a descender la empinada cuesta que conducía al río y la entrada de la ciudad.

Nos hospedamos en la fonda de Lucano donde nos esperaba el mercader que comerciaba con la casa de los Gabdus desde hacía largos años.

Durante nuestra ascensión, pues realmente se trataba de una ascensión, por las empinadas calles de Toletum, el caballo de Teodomiro, así como las tres preciosas yeguas de pura raza hispana que llevábamos, causaban una gran expectación. Cuando descabalgamos en la hospedería, el numeroso grupo de personas que se encontraba en el patio, pronto nos rodeó haciendo comentarios sobre los animales. Teodomiro había querido que tanto nuestra indumentaria como los arneses de las monturas, fuesen lo más deslumbrantes posible, dentro de la sobriedad y buen gusto que habíamos observado en Bizancio. Deseaba entrar en la corte por la puerta grande y no había escatimado medios para conseguirlo, y a fe que parecía haber tenido éxito, pues nuestra entrada en la ciudad, no pasó inadvertida.

Los primeros días nos dedicamos a recorrer todas las calles y lugares públicos, acompañados por un guía conocedor de los más insignificantes detalles, quien a la vez le mostraba a mi señor todas las mansiones que estaban en venta. Sus precios resultaban increíbles para un provinciano desconocedor de lo que era la corte, pero Teodomiro contaba con una buena cantidad, producto de la venta de las dos naves, a más de las cantidades, bastante crecidas por cierto, que el comerciante toletanus le adeudaba de las últimas mercancías enviadas.

Mi señor no se precipitó en la compra, pues sobre todo deseaba que la casa se encontrase en la zona más noble de la ciudad. Por fin le fue ofrecida una vivienda no demasiado grande, pero con una arquitectura exquisita y, que, además, se encontraba en las inmediaciones de palacio. Su precio era exorbitante, pero mi señor no dudó en adquirirla, pues a más de ser lo que buscaba, presentaba el aliciente de pertenecer a una de las familias más encumbradas de la corte, lo que le permitiría entrar en contacto con una persona influyente.

Sería injusto decir que fue la suerte la que nuevamente favoreció a Teodomiro, pues él solía decir que la suerte sólo se alía con aquellos que la buscan y ponen los medios para favorecerla. Lo cierto fue, que por medio del noble Suintila, a quien había comprado la casa, le fue permitido formar parte de la comitiva que acompañaría al rey en una

cacería de ciervos. Ello fue posible porque Teodomiro había mostrado su caballo a Suintila, quien como todos cuantos lo veían, quedó prendado de tan noble bestia. Suintila a su vez habló a Égica del incomparable caballo que poseía Teodomiro, como nunca se había visto otro igual en el reino, y el rey le sugirió que invitase a la cacería al afortunado propietario, y de esta forma podría él contemplarlo.

El día de la cacería, Teodomiro lo preparó todo de forma que su llegada no pasase desapercibida por nadie y menos por el rey, exponiéndose incluso a la cólera de éste, de forma que no tuviese por menos que acercarse al monarca y pedirle perdón. Mediante generosos sobornos, consiguió saber el camino que tomaría la comitiva, y en vez de unirse a ésta en las inmediaciones de palacio y esperar la llegada del rey con todos los cortesanos, se apostó en un altozano con amplia visibilidad, y cuando la comitiva estuvo a la distancia apropiada picó espuelas a Gran Kan, nombre con el que había bautizado al caballo, el cual sorprendido e irritado por un castigo al que no estaba acostumbrado, emprendió un loco galope con la velocidad increíble que un caballo de su clase podía desarrollar; más que galopar, volaba, resultando difícil distinguir si sus cascos tocaban el suelo. Era un espectáculo memorable y toda la comitiva detuvo sus cabalgaduras, contemplándolo. Antes que ningún caballero tuviese tiempo de cubrir al rey, Teodomiro se encontraba a menos de veinte metros del monarca, momento en que frenó bruscamente su montura, que resbalando sobre sus cuartos traseros se encabritó y se detuvo totalmente, mientras Teodomiro echó pie a tierra, clavando la rodilla en ella. En esta postura permaneció, hasta que el rey, pasado el primer momento de estupor, dijo dirigiéndose a él:

—Alzad, y decidme quién es, quien de esta forma se atreve a presentarse ante mí.

—Señor, mi nombre es Teodomiro, y vuestra Majestad tuvo a bien invitarme a la cacería —y añadió—: Como supuse que lo que Vuestra Majestad deseaba, era conocer mi caballo, pues mi persona no es digna de tal honor, me he permitido enseñárselo a mi rey, en su más bella estampa. Égica vaciló entre el enojo y la condescendencia y terminó por sonreír al ver la juventud de Teodomiro.

—Me habían hablado de lo bello que era vuestro caballo, pero nada me contaron de la osadía y habilidad de su jinete. Montad y tomar vuestro puesto en la comitiva —y dando por terminado el incidente, puso su montura en marcha.

Pronto vio Teodomiro que su proceder había causado muy mala impresión entre los nobles, pues ninguno de éstos se dignó dirigirle la palabra durante toda la cacería; el mismo Suintila que le había invitado

en nombre del rey, rehuía su trato, y cuando no podía escabullirse sin parecer descortés, le respondía con evasivas y monosílabos.

Teodomiro había alcanzado su objetivo, y lo más florido de la corte le conocía ya, mas no parecía que su actuación le hubiese abierto ninguna puerta, sino más bien que se las había cerrado.

Fue a la vuelta de la cacería cuando la buena estrella de Teodomiro brilló de nuevo. La comitiva había cogido un atajo que les llevaba en diagonal al camino principal. En este lugar, el camino real conducía directamente al río y torcía luego noventa grados, para seguir bordeándolo. En los últimos matojos que tenían que cruzar, el caballo del rey fue picado por un escorpión, y loco de dolor se desbocó; el rey tiró tan fuerte de las riendas, que el bocado se rompió, a la vez que hería cruelmente la boca del animal, lo que enloqueció aún más a éste. Un grito se elevó en la comitiva:

—¡El caballo del rey se ha desbocado!

—¡Va derecho al tajo. Va a despeñarse!

Teodomiro, tan pronto se dio cuenta de lo que ocurría, picó salvajemente espuelas a su montura. Tan fuerte fue la arrancada del animal, que a punto estuvo de desmontarlo. Unas cincuenta varas separaban a Teodomiro del rey; delante le precedían tres jinetes a galope tendido, pero pronto se vio, que el caballo enloquecido del rey se iba despegando de sus perseguidores, y sólo Gran Kan reducía distancias palmo a palmo. La curva se iba acercando peligrosamente, y tras ella, a sólo sesenta varas, se abría el abismo sobre el río. Teodomiro volvió a herir los ijares de Gran Kan que aumentó su velocidad al máximo, mientras la espuma corría por sus belfos; al comienzo de la curva, los dos caballos se igualaron y Teodomiro forzó al suyo a girar a la derecha, con lo que obligaba el cuello de la montura del rey a tomar la curva. Pocas varas antes del precipicio, Teodomiro había logrado que el caballo del rey galopase paralelo al precipicio, y por fin, que corriese al encuentro del camino. Un estadio después, la agotada montura real se detuvo, incapaz ya de ningún esfuerzo, completamente cubierta de sangre y espuma. Echando pie a tierra, Teodomiro ayudó a Égica a desmontar, tras lo que tuvo que sostenerle por los hombros, pues las piernas no le sostenían, tal era el temblor de las mismas. Aún se encontraban mirándose a los ojos, cuando el resto de la comitiva les rodeó.

—Tomad señor mi caballo, pues el vuestro no está en condiciones. El os ha salvado y, por tanto, os pertenece. Hacedme el honor de aceptarlo y obsequiarme con el vuestro.

—¡Curiosa situación! —exclamó el rey—. Un caballero salva a su rey y por añadidura obsequia a éste con una joya. Venid mañana a palacio y comprobaréis que vuestro rey sabe ser agradecido. Acepto vuestro

obsequio; tomad a cambio mi caballo con todos sus arneses, los cuales os autorizo a utilizar, para que todos conozcan en cuanta estima el rey os tiene —y volviéndose al Comes de los notarios, ordenó—. Pronto, dar un caballo a Teodomiro, para que el salvador de su rey, entre dignamente en la ciudad.

Y así fue, como aunando astucia, osadía, valor y generosidad, Teodomiro alcanzó, lo que a otros lleva años, y los más no consiguen. A la suerte, como decía Teodomiro, hay que provocarla, verla y no dejarla escapar.

A la mañana siguiente se presentó Teodomiro en palacio, y no bien dio su nombre a la guardia, se le hizo entrar. Yo le acompañaba para dar realce a su persona y protegerlo por las calles, pues tan pronto una persona destacaba en la corte, era prudente no aventurarse sólo en la ciudad. Se nos introdujo en una maravillosa estancia, y rogaron a mi señor que esperase un momento. Aún no nos había dado tiempo de admirar todas las maravillas que la estancia contenía, cuando la puerta se abrió y entraron dos personas de digno porte y ricas vestiduras. Teodomiro reconoció en una de ellas al Comes de los notarios; el otro, de mayor estatura y más joven, se adelantó a mi señor mientras le saludaba:

—¡Salve Teodomiro! Yo Witiza hijo de Égica, te saludo como al salvador de mi padre. Sé bienvenido a palacio en compañía de tu escriba Cástulo. Mi padre te espera, sígueme.

Fuimos introducidos en otra estancia de proporciones más reducidas, pero mucho más acogedora, donde se encontraba Égica rodeado de unos cuantos próceres. El rey no aguardó a que Teodomiro llegase a él, sino que, como una deferencia especial, se adelantó, y tendióle los brazos, ante la sorpresa de los próceres que le acompañaban, y volviéndose a éstos les dijo:

—Os presento a Teodomiro, de quien me habéis oído hablar esta mañana. A él debo la vida, y quien le honre, será por mí tenido como si a mí me honrase —y volviéndose a Teodomiro agregó—. Ayer te prometí que te mostraría mi agradecimiento, y como primera muestra te informo que has sido incluido en la lista de la nobleza goda, y desde este mismo momento gozas de todos sus privilegios. A la salida, el Comes de los notarios te entregará tu nombramiento. Ahora quisiera que me pidieses tú algo, que te aseguro, que si en lo razonable está, te será concedido.

—Señor, tu largueza conmigo ha ido mucho más lejos de lo que nunca me hubiese atrevido esperar, y digno espero ser del alto honor que me concedes; mas, puesto que me ofrecéis otra gracia, me atrevo a solicitar de Vuestra Majestad el ser admitido en vuestra guardia personal, y que los lazos del gardingo me aten a vos.

—Me siento sumamente complacido de vuestra petición, pues personas de vuestro temple me son sumamente necesarias. El próximo domingo seréis consagrado en la catedral, juntamente con dos jóvenes más.

Comprendimos que la audiencia había terminado, y tras despedirnos, fuimos acompañados por el Comes de los notarios, quien entregó a mi señor el nombramiento de noble. A continuación mandó llamar al jefe de la guardia y le comunicó cuanto Égica había decidido. Dado que los aspirantes a gardingos del rey recibían una instrucción previa de más de un mes, antes de ser consagrados en la catedral y jurar fidelidad al rey, el jefe de la guardia pidió a Teodomiro que se quedase en palacio, ya que sólo disponía de tres días antes de la ceremonia. Tuve pues que marcharme solo y ocuparme de otros menesteres.

La guardia personal del rey, estaba integrada por aproximadamente cien hombres, escogidos la mayoría de las veces entre los hijos de los tiufados adictos a la casa reinante. En su selección se seguían unos criterios muy estrictos, pues de ellos dependía la vida del rey, siempre en peligro, por no ser la monarquía hereditaria, y por la lucha que esta mantenía constantemente contra el centralismo y las prerrogativas reales. Dentro de la guardia, había distintas categorías, según la proximidad de las funciones a desempeñar cerca del monarca. La categoría más importante, estaba desempeñada por veinte hombres, en los que recaía la misión de acompañar constantemente al monarca, las veinticuatro horas del día. Cuando el rey se retiraba a sus habitaciones privadas, su guardia se situaba en la antecámara, tanto de día como de noche. Se dividían en grupos de a cuatro, con una guardia de seis horas diarias; aunque el resto del día debían permanecer en palacio. Cada cuatro días tenían libre uno, en el cual podían disponer de su persona conforme se les antojase. La mayor parte de la jornada se dedicaban al ejercicio y al entrenamiento con las armas en uno de los patios de palacio, pero en estos entrenamientos, sólo podían tomar parte un grupo de gardingos principales por turno. Los gardingos tenían, además, la misión de policía en todo palacio, reservándose su área de acción según su importancia.

Teodomiro por haber salvado la vida del rey, había sido incluido desde el principio entre los incondicionales, puesto al que únicamente se accedía después de años de probada lealtad.

La ceremonia de investidura de los nuevos gardingos estaba revestida de una singular pompa, y a ella asistía toda la corte, presidida por el rey. El Metropolitano de Toletum oficiaba la misa del Espíritu Santo, tras de la cual, los nuevos gardingos eran revestidos de las túnicas distintivas por el mismo rey, pasando a continuación a proferir el jura-

mento de fidelidad perpetua al mismo. El juramento se efectuaba sobre las escrituras, oficiando el Metropolitano de testigo.

Aparte de los privilegios y prebendas que el título de gardingo llevaba aparejado, su inclusión en las listas de la nobleza goda, representaba para Teodomiro una sustancial mejora económica, ya que los nobles no pagaban ninguna clase de tributo; razón por la cual, la ascensión a la nobleza estaba severamente controlada, al representar una disminución notable de los ingresos de la corona. Esta era una de las razones por las que se ponían toda clase de impedimentos, para evitar que la nobleza goda se casase con ricos propietarios hispanoromanos, pues tal unión significaba una pérdida para el erario.

Teodomiro había conseguido tantos privilegios en tan corto tiempo, que la envidia no podía perdonarle, y así sucedió. Sólo con un tesón inigualable, haciendo favores continuamente y mostrándose enormemente humilde y generoso, fue haciéndose disculpar sus prerrogativas.

Yo por mi parte me encontraba completamente feliz. Mi mujer y mi hijo habían venido a reunirse con nosotros. Mi mujer disponía de todo como si fuese el ama, y pronto se encontró encantada dejando de añorar el terruño. Mi hijo se criaba fuerte y sano, y ya comenzaba a tomar sus primeras clases, mientras yo me consideraba dichoso al no tener que separarme de mis seres queridos, en aquellos largos y peligrosos viajes por el Mediterráneum. Nos nació una hija en el transcurso del año 692 y nuestra dicha fue completa.

Las tres yeguas de raza hispana que mi señor tenía, y que habían sido montadas por Gran Kan, antes de que éste fuese regalado al rey, parieron un potrillo y dos potrancas preciosas. El cruce genético había sido todo un éxito, pues ya desde su nacimiento se pudo observar, que conservaban la estilizada figura de Gran Kan, pero su osamenta era un poco más recia, lo que favorecía su posible utilización en más clases de terrenos que los apropiados al caballo de pura raza árabe. En verdad que eran unos preciosos animales de largos remos y mirada inteligente, en cuya contemplación y cuidados pasábamos largas horas.

En sus confidencias, mi señor me informó, de cómo, a partir de una sugerencia que había hecho al rey y que resultó muy acertada, éste había tomado la costumbre de consultarle en algunas ocasiones, mientras se encontraba de guardia. Solía usar siempre la misma fórmula «Veamos que opina la juventud» —y dirigiéndose a Teodomiro, preguntaba— «¿Qué piensas tú de esto?» Con frecuencia el rey aceptaba el parecer de Teodomiro, quien con gran prudencia procuraba que sus respuestas alabasen el parecer real, pero presentándole a continuación, caso que su opinión fuese contraria a la expresada por Égica, los inconvenientes que podrían presentarse de obrar así. En muchas ocasiones,

sus respuestas eran tan sibilinas, que aun siendo contrarias al parecer real, hacían creer al rey, que la solución ya la había encontrado el monarca antes, y la había presentado como una de las posibilidades.

Dado el ascendiente que Teodomiro iba ganando con Égica, procurando a la vez intimar lo más posible con su hijo Witiza, al que ayudaba en cuanto podía, su nombramiento como Consejero real, no resultó una sorpresa para mí.

Una noche del año 693, durante el mes de febrero, me dijo mi señor:

—Cástulo, mi intuición me dice que algo ha cambiado en la corte. No puedo decirte en qué sentido, pero me encuentro nervioso y desazonado. Tú sabes que en otras ocasiones, en que me he sentido con esta incertidumbre, luego se confirmó que algo nos amenazaba.

—¿Mi señor, en qué notáis ese cambio? ¿En el comportamiento del rey o de sus hijos, o bien en otras personas?

—No sabría decirte en quién, ni en qué consiste el cambio. El rey y su familia están más dichosos que nunca, pues las dificultades y oposición de la nobleza y el clero, parece que ha disminuido, y eso le hace sentirse más alegre. Incluso conmigo, los nobles de la casa de Receswinto, son más amables que anteriormente.

Una sospecha parecía que tomaba luz en mi mente, por lo que para aclarar las ideas, pregunté a Teodomiro.

—¿Acaso el rey ha accedido últimamente a pretensiones importantes del clero y la nobleza?

—No, la pugna entre el poder central y el feudalismo de los nobles sigue igual, aunque al parecer un poco mitigada, según te decía al principio.

—Mi señor, tú sabes bien, que si sólo tienes un enemigo, puede en un caso rarísimo, que éste recapacite de lo injusto que fueron sus razones para enemistarse contigo, y en un gesto noble te pida disculpas. Pero cuando tus enemigos son muchos, es completamente imposible que todos tengan a la vez esa nobleza de espíritu, sin que antes les hayas hecho las concesiones o reparaciones que te exigían. El hombre no cambia de un día para otro. Desconfía, por tanto, y procura informarte, acerca de aquellos en que tal cambio se ha producido.

—Fácilmente se dice que me informe, mas bien sabes lo difícil que ello me resulta, dado el favor en que el rey me tiene, pues incluso mis amigos ya no me hablan con la franqueza que antes lo hacían, mostrando una reserva que me irrita.

—Pero siempre tienes la posibilidad de informarte por medio de las

mujeres. Ellas son menos reservadas, pues les gusta mucho hablar, y tú siempre has gozado de su favor.

—Cierto que ello es así, cuando de las familias adictas al rey se trata, pero aquellas que pertenecen a la casa de Receswinto, evitan hablar conmigo salvo raras excepciones, y esas son precisamente las que podrían darme información.

—Si no te importa gastar mucho dinero, podría comprar los servicios de uno o dos esclavos, en las diferentes casas que nos interesan; pero bien sabes, que la información que podrán suministrar, se reducirá la más de las veces, a las entradas y salidas de sus señores y algún otro detalle insignificante.

—Hazlo así y tenme informado de cuanto averigües —me autorizó Teodomiro, a quien la idea no le agradaba, pero sabía era la única solución.

Aunque la tarea de comprar informadores resultó fácil, las noticias que de éstos nos llegaban, no parecía que nos condujesen a ninguna conclusión, hasta que se me ocurrió sobornar también a unos siervos del palacio episcopal. Fue entonces cuando supimos con cuanta frecuencia, la mayoría de los nobles de la casa de Receswinto visitaban al Metropolitano.

Aunque las sospechas fueron tomando forma, no sabíamos nada en concreto, por lo que Teodomiro se abstuvo de informar al rey, quien, además, dada la tranquilidad de que disfrutaba por el comportamiento de los nobles, no veía con buenos ojos ninguna insinuación que no pudiese demostrarse

Teodomiro convencido, que caso de existir una conjura contra el rey, ésta debía de estar dirigida por el Metropolitano Sisberto, me ordenó que sobornase a cuantas personas del servicio del obispo pudiese, ya fuesen siervos como clérigos. Fue preciso pedir una fuerte suma prestada a los judíos, pues los gastos habían crecido desmesuradamente y los ahorros no podían cubrir las necesidades.

El obispo Sisberto tenía una sobrina rondando los treinta años, la cual vivía con él. Si bien no tenía mal ver, continuaba soltera, pues nunca quiso tratarse con plebeyos, y los nobles no le habían prestado ninguna atención. Teodomiro después de consultarme, decidió que la única posibilidad que teníamos de obtener una información fidedigna, sólo podría venir de manos de Brunilda, tal era el nombre de la dama, así que desde ese mismo instante se dedicó a cortejarla.

Dado que era absolutamente necesario que Sisberto no se enterase del cortejo de su sobrina, se limitó a coincidir en misa con ella situándose lo más lejos posible, pero en lugares donde la dama tenía forzosamente que verlo; no había ocasión en que Brunilda mirase a Teodo-

miro, sin que encontrase la mirada de éste, fija en ella. Cuando estuvimos seguros por el nerviosismo de la dama, que ésta se había apercibido del cortejo a que la sometía Teodomiro, e informados al detalle de cual eran sus costumbres, no había una vez que Brunilda saliese de paseo, sin que Teodomiro se cruzase ya fuese a pie ya a caballo, en su camino.

Se sobornó a una de sus damas de compañía, procurando escogerla entre las más discretas, pero a la vez de forma que Brunilda se enterase del soborno. Esta señora nos informó de la profunda impresión que mi señor había producido en su ama, momento en que se decidió hacerle llegar una carta de Teodomiro, cuyo contenido decía más o menos:

> *Señora: Desde hace algún tiempo no puedo sustraerme a la honda impresión que vuestra persona ha causado en mí, y aunque bien quisiera desterraros de mi pensamiento, ello no es posible y os sigo donde vais, atraído por una fuerza irresistible que me arrastra contra mi voluntad. El temor que mi importuna presencia, pueda pareceros molesta, me causa angustias de muerte. Os ruego perdonéis mi atrevimiento y los métodos que empleo para poder contemplaros, mas, os supongo enterada de la profunda aversión que vuestro tío me profesa, y el solo pensamiento de que él se entere de mis aspiraciones y os prohíba verme, me aterra. Sed indulgente y permitidme hablaros en secreto, pues nada ansío más en este mundo.*

La respuesta de Brunilda no se hizo esperar, y nos llegó por el mismo conducto, su dama de compañía.

> *Señor: Vuestra nota me ha sorprendido, pues si al leerla me he dado cuenta que con cierta frecuencia os habéis encontrado en mi camino, no había reparado mayormente en ello.*
>
> *Conozco que mi tío no os tiene en mayor estima, e ignoro las causas, mas trataré de complaceros y no informaré a mi tío de vuestro atrevimiento. No sería correcto por mi parte entrevistarme con vos en secreto, máxime cuando mi tío, no os encuentra una persona recomendable.*
>
> *Os ruego no volváis a escribirme.*

Por la dueña supo Teodomiro, con cuanta inquietud había escrito su señora la misiva, temerosa de que fuese tomada en serio, pues la impresión que sentía la dama era muy profunda. Teodomiro dejó pasar una semana, en la que sólo en dos ocasiones se cruzó con ella, tras de lo cual volvió a escribirle.

> *Señora: Tan honda fue mi pena al recibir vuestra misiva, que una enfermedad desconocida se apoderó de mí, mas el deseo de*

veros fue tan grande, que en dos ocasiones me levanté contra la recomendación de mi físico, haciendo que recayese. Hoy me encuentro mejor y no he podido sustraerme al deseo imperioso de escribiros, pese a que tan duramente me lo prohibíais.

La vida ha perdido para mí toda belleza, pues sin vos no sé como vivirla. ¡Ablandad vuestro corazón ante mi pena!

El lunes al atardecer os esperaré en las señas que vuestra dueña os dará. Si no acudís, sabré que no hay para mí ninguna esperanza, y os juro por mi honor, que no os importunaré más.

Ella acudió pese a todo a las señas que Teodomiro le había dado. Yo me encontraba en la habitación contigua, donde quedó su dueña en mi compañía, y si bien intente no oír cuanto hablaban, su dueña curiosa me hizo callar, y no pude por menos de escuchar cuanto se dijeron.

—Amada mía. ¡Cuánto temí que no vinierais!

—¿Por qué habréis venido a Toletum? —respondió con vehemencia—. ¿Por qué no os quedaríais en Oriola? ¿Por qué me atormentáis así? Yo era feliz y sabía dominarme; pero ahora mi voluntad me abandona. Sin querer he venido donde un aventurero, como dice mi tío, me cita en secreto. Me siento a vuestra merced e intuyo que mis pies me han traído a mi perdición. Me desconozco.

Sus palabras cesaron bruscamente, y por los suspiros intuimos que se estaban besando.

—No tembléis ahora amada mía, pues no voy a tocaros. Tiempo habrá para ello, y os aseguro, que entonces temblaréis de dicha y no de miedo.

—¡Os odio! —dijo ella—. Os odio por lo que me obligáis a hacer, viniendo a esta casa como un maleante que se esconde.

—Que más quisiera yo que poder visitaros en vuestra casa y ante toda vuestra familia, más bien sabéis que no se me permitiría. Vos misma acabáis de decir que vuestro tío me llama aventurero.

—Tenéis razón, ¡mas que podemos hacer nosotros!

En esto la dueña sin avisarme, dio unos golpes en la puerta a la vez que decía:

—Señora, debemos marchar o de lo contrario advertirán nuestra ausencia.

Aun pude escuchar como Teodomiro le decía, que todos los días esperaría en la casa a la misma hora. El largo silencio que siguió, me indicó que de nuevo se estaban besando.

Los siguientes días, pese a mis protestas, Teodomiro no me permitió que le acompañase a la casa, pues por ciertas observaciones que hice, se dio cuenta que tanto la dueña como yo, habíamos escuchado su conversación.

Pocas noches después, Teodomiro volvió a casa taciturno y de mal humor, y tanta fue mi insistencia en preguntarle, que acabó confesando.

—Hoy la dueña se quedó en la puerta y la he poseído. Me remuerde la conciencia pues no la amo y la estoy engañando vilmente para utilizarla —y añadió mientras me mostraba una llave—. Ésta es la llave de la puerta trasera del Jardín. Tendré que visitarla por las noches.

—Señor, desechad vuestro remordimiento, ¡Es vuestra vida tal vez y la del rey, las que están en juego! Esa llave puede representar vuestra salvación.

—¡Por qué si no podría continuar con esta farsa, sino por ello!

—Señor, ahora que tenemos la llave es preciso conseguir un plano del palacio.

No fue fácil, pero al final lo conseguimos, aunque costó un buen puñado de tremises de oro constantinianos.

En varias ocasiones, Teodomiro llegaba antes de la hora prevista a la cita con Brunilda, y con el plano en la mano se familiarizó con los lugares donde era presumible una reunión de los conspiradores, pues con la información que Teodomiro iba sacando a Brunilda, ya no nos cabía la menor duda, que se trataba de una conspiración en toda regla.

Faltando solamente una semana para la celebración del concilio Toletanus XVI, los informadores nos avisaron que se preparaba una reunión aquella noche en el obispado, por lo que decidimos jugarnos el todo por el todo.

Una hora antes de la prevista para la reunión, entramos por la puerta trasera del jardín. La noche nos favorecía pues no había luna, y ello nos daba un cierto margen de seguridad de no ser descubiertos, aunque dificultaba la necesaria ascensión al tejado de palacio. La sala donde sin duda alguna se reunirían, tenía dos ventanucos que daban al tejado y desde los que nos proponíamos mirar y escuchar. Para esto último, era preciso romper un cristal, cosa que no sería difícil, pues se trataba de cristales emplomados.

Trepamos primero a un tejadillo del jardín, y de allí a otro superior. Al pisar una teja, ésta se rompió, y a punto estuve de dar con mis huesos en el patio; la mano oportuna de Teodomiro me retuvo lo suficiente, para volver a recobrar el equilibrio; cuando por fin alcanzamos, nuestro objetivo, nuestras manos estaban despellejadas y nos faltaba el aliento. Conseguimos levantar el cristal cortando el plomo con la daga, tras de lo cual, nos dispusimos a esperar procurando sentarnos sobre las tejas, pues la posición de cuclillas, era francamente insoportable. El tiempo se me hizo interminable y mis piernas se entumecieron, y para colmo de males, un terrible calambre se apoderó de mi pierna derecha, por lo que Teodomiro tuvo que sostenerme a fin de que pudiese

flexionarla. Cuando ya desesperábamos que la reunión se celebrase en aquel aposento, unos siervos entraron y encendieron las lámparas, lo que levantó nuestro decaído ánimo. Poco después, precedidos por el obispo Sisberto, comenzaron a entrar los nobles conjurados. En total contamos cuarenta, entre los que se encontraba Silgerico y tres de los gardingos incondicionales, compañeros de Teodomiro y con los que habitualmente había hecho la guardia. Una vez se hubieron sentado, tomó la palabra Sisberto y dirigiéndose a su auditorio dijo:

—Caballeros, todos nosotros hemos jurado derrocar al tirano, y extirpar su camada de este mundo. Como sabéis, el domingo comienza el concilio y todos los obispos y próceres importantes se encontraran en Toletum; es por ello que el viernes por la noche, deberemos matar al tirano y encarcelar a sus adeptos. La razón principal de elegir el viernes por la noche, es que los gardingos conjurados con nosotros y aquí presentes, tienen su guardia durante la cena real, a la cual han sido invitadas varias de las personas que figuran en la lista que se os repartirá, que deben morir a la vez que el rey. A las nueve en punto se entrará en el comedor del rey, después de matar a los dos gardingos que hacen guardia en la antesala. Cada uno de nosotros tiene una misión que cumplir. A fin de que no existan confusiones, nos vamos a dividir en ocho grupos de cinco; los jefes de grupo conocen la misión que se les tiene encomendada y darán detalles pormenorizados de la misma. Es necesario que el domingo, podamos acusar en el concilio a todos los muertos, de haber sido los asesinos del rey, y que el concilio nombre un nuevo rey de la casa de Receswinto.

Tras esta alocución, se separaron en ocho grupos y dado el murmullo que se produjo, junto a que, para no molestarse, hablaban en tono bajo, ya nos fue imposible entender nada de cuanto se decía. Tomamos cuenta mental de los asistentes y sobre todo de los jefes de grupo, y con sumo cuidado descendimos del tejado, pues nuestras piernas ya no aguantaban más en una posición tan incómoda.

Una vez llegados al jardín, a punto estuvimos de ser descubiertos y que todos nuestros esfuerzos terminaran en el más rotundo fracaso. Cuando por fin salimos de palacio, no pude por menos que desahogarme dando un profundo suspiro, coreado por una estruendosa carcajada de Teodomiro, forma muy apropiada en él, de vencer su tensión nerviosa.

El martes a primera hora nos presentamos en palacio, y Teodomiro pidió hablar urgentemente con el rey. Tuvimos que esperar a que Égica terminase de desayunar. Cuando el rey nos recibió lo hizo en su gabinete de trabajo. Nos habíamos cerciorado entre tanto que los gardingos conjurados no se encontraban en las inmediaciones.

Teodomiro, tras saludar al monarca, se aproximó a él, e inclinándose de forma que sus palabras sólo pudieran ser escuchadas por el monarca, le relató cuanto antecede. Después siguió un dialogo entre Égica y Teodomiro, en el que aquel, según me explicó luego mi señor, le presentó sus dudas, pues no estaba del todo convencido, hasta que las explicaciones del joven llegaron a conturbar su ánimo. Por fin, el rey se dirigió a uno de los gardingos y le envió en busca del jefe de la guardia y de sus hijos, pero advirtiéndole que todo se hiciese con la mayor discreción posible.

Cuando todas las personas solicitadas hubieron llegado, el rey comenzó a hablar a los reunidos.

—Ante todo, Frusland —dijo dirigiéndose al jefe de la guardia—, dime los nombres de los incondicionales que ayer tuvieron el día libre.

Entre los nombres mencionados por Frusland, se encontraban los de los tres incondicionales conjurados.

—Teodomiro ha descubierto una conspiración que pretende asesinarme juntamente con mis hijos, a más de una lista de personas que hasta el momento desconocemos, y que es absolutamente necesario descubrir, pues ello nos indicará en que personas podemos absolutamente confiar a la vez que salvamos sus vidas. Para hacer nuestra labor más delicada aún, sabemos que Julio, Aldaberto y Ginserico, tres de los incondicionales, forman parte de los conjurados y ello, nos deja la duda de si habrá algún otro más. Es preciso obrar con suma rapidez, pues por desgracia, sólo conocemos los nombres de veintinueve conjurados, pues los once restantes son desconocidos para Teodomiro y Cástulo aquí presentes, aunque aseguran recordar sus caras. Deseo que escuchéis a Teodomiro, y después de que él hable, discutiremos todos la mejor forma de obrar —terminó Égica por decir.

Conforme había ido hablando Égica, una tensión palpable se había ido apoderando de los asistentes, y sus caras fueron pasando por distintas expresiones de duda, miedo y desaliento. Cuando el rey terminó de hablar, todos hubiesen deseado tomar la palabra, pero tuvieron que contenerse, al pedir el rey a Teodomiro que fuese él quien tomase la palabra.

—Desde hace dos meses —comentó Teodomiro—, la actitud de ciertos nobles hacia mí, y sobre todo, su tácita aceptación de las medidas tomadas por Égica, y contra las que antes luchaban, me hicieron sospechar que algo se estaba fraguando, por lo que de acuerdo con mi escriba Cástulo, sobornamos diversos servidores de aquellos nobles que me infundían sospechas, pero sólo cuando actuamos con los servidores del obispo Sisberto, pudimos recoger información que confirmase nuestros temores, ya que supimos que los más conspicuos nobles de la casa de Receswinto, se reunían con una cierta frecuencia con el obispo. Conse-

guí entablar amistad con Brunilda, la sobrina del obispo, y por la información que ella me dio sin saberlo, me confirmó que se trataba de una conjura grave. Ayer nuestros informadores nos advirtieron que se preparaba una reunión en el obispado; por lo que Cástulo y yo, utilizando una llave que habíamos conseguido, nos introdujimos en el jardín, y tras trepar por unos tejados, pudimos observar y escuchar cuanto se dijo... —y aquí Teodomiro pormenorizó cuanto habíamos presenciado, tras de lo cual terminó—... En mi opinión, la primera medida que se impone es detener a uno de los conspiradores, cuya desaparición sea la más difícil de detectar por sus amigos. En sus manos encontraremos la lista de las personas que se piensa asesinar, y, además, su declaración confirmará que cuanto acabo de contar es cierto, y esto lo digo por si existe la más mínima duda sobre mi persona. Creo que debe ser el rey y sus hijos, quienes decidan qué persona de cuantas he nombrado, deberá ser detenida, teniendo en cuenta la urgencia y el sigilo que dicha operación reclama. Por otra parte, Frusland debe garantizar que los incondicionales conjurados, no puedan acercarse al rey, pero todo ello, sin que se levante la más ligera sospecha, y a la vez, cerciorarse que ningún otro incondicional se encuentra implicado en la conjura. Por mi parte, creo que no debo separarme del rey, pues soy el único que puede identificar a aquellos conjurados, cuyos nombres aún no se conocen, y que como medida de precaución, hasta que todos estén convencidos de que cuanto he relatado es cierto, que sea Witiza quien dirija la detención de la persona escogida, mientras los demás príncipes quedan con el rey. Esa es mi proposición que someto a la decisión de Égica —terminó Teodomiro su larga exposición.

—Nadie duda de tus palabras Teodomiro —intervino el rey—. Consideramos que tu proposición está llena de prudencia y por eso yo me inclino por ella, mas si alguien piensa que existe un plan mejor, que lo diga y lo discutiremos.

Todos opinaron que dada la situación, la proposición de Teodomiro era la más apropiada, por lo que se decidió ponerla en practica.

Se eligió como persona más apropiada para ser detenida, al notario Rómulo, quien debería encontrarse en palacio a aquellas horas, y que por no ser una persona muy importante, su desaparición podía pasar desapercibida.

Mientras Teodomiro se quedaba con el rey y Frusland salía a controlar a los gardingos, yo acompañé a Witiza, quien con un incondicional que Frusland puso a su disposición, se dirigió a las dependencias que el notario tenía destinadas en palacio. Cuando entramos en la estancia que le servía de escritorio, Witiza le ordenó que le siguiese pues necesitaba de sus servicios y nos dirigimos a los sótanos, donde estaban situadas

las cámaras de tortura. Sólo cuando uno de los verdugos cerró la puerta tras nosotros, Rómulo debió darse cuenta que había sido descubierto, pues parándose hizo un ademán de huida, rápidamente contenida.

—¡Qué te sucede Rómulo! ¿Ya te has dado cuenta que esta vez es tu interrogatorio el que vas a testificar? —le preguntó Witiza.

Al oír estas palabras, el horror se reflejó en la cara de Rómulo, pues por haber presenciado con frecuencia las torturas a que eran sometidos los reos, sabía de su crueldad inaudita.

—Veo que imaginas lo que te espera, pues tu cara lo dice bien a las claras; pero te ofrezco no someterte a tortura, y tú bien sabes lo que esto significa, si nos cuentas detalladamente cuanto se dijo en la reunión celebrada anoche en el obispado, y a la que sabemos asististe. Para evitarte confusiones te informo, que conozco cuanto allí se habló, y que sólo necesito confirmación de lo que se me ha contado.

—Mi señor, sabe que nunca le ocultaría nada que fuese de su interés, pero le juro que yo no asistí a ninguna reunión en el obispado —trató de salvarse el notario.

—Veo que no eres inteligente y que la experiencia nada te ha enseñado —y dirigiéndose al verdugo ordenó—. Ponlo en el potro y aprieta firme, pues no tengo tiempo que perder.

Rómulo no tenía madera de héroe, sobre todo conociendo lo inútil que resultaba el resistirse ante el tormento, pues nadie es capaz de aguantar un tormento bien ejecutado, por lo que al sentirse asido por el verdugo y sus ayudantes, se derrumbó.

—¡No, el potro no! ¡Lo diré todo, pero no me atormentéis! –gritó mientras se arrojaba llorando a los pies de Witiza.

—Bien, veo que la sensatez ha vuelto a ti. Te prometo que no serás atormentado, pero no olvides, que conocemos todo, y que si nos mientes, nada podrá evitarte el suplicio —advirtió Witiza al detenido—. Y para demostrarnos tu sinceridad, comienza entregándonos la lista de las personas que debían ser asesinadas.

Rómulo, tras una ligera vacilación, se subió la túnica y comenzó a quitarse la venda de la pierna izquierda, bajo la que apareció un papiro cuidadosamente doblado, que prácticamente le fue arrebatado de las manos, tan pronto lo sacó.

La lista la encabezaba el monarca seguido de sus hijos y el jefe de la guardia, tras el que se encontraba el nombre de Teodomiro y otros varios dignatarios de la corte.

A continuación, Witiza le pidió los nombres de los ocho jefes de grupo en que se habían dividido, y al comprobar que coincidían con los indicados por Teodomiro, pidió que nombrase a los conjurados que formaban cada grupo. Rómulo sólo pudo dar los nombres de los que inte-

graban su grupo y el del obispo Sisberto, más una serie de nombres de conjurados, pero sin poder especificar a que grupo pertenecía. Con los nombres facilitados por Rómulo, sólo tres conjurados quedaron sin identificar.

Cuando Witiza se convenció de que ya no podía obtener ninguna información más del notario, pues él sólo sabía la misión que se había encomendado a su grupo, se volvió al verdugo y le ordenó.

—Córtale la cabeza y que Dios se apiade de su alma —y añadió—. Que nada de cuanto acabáis de oír se sepa por vosotros. ¡Os va en ello la vida!

Cuando el detenido oyó su sentencia de muerte, se tiró al suelo y se agarró a las piernas de Witiza, pidiendo clemencia. Este le apartó bruscamente de un puntapié a la vez que le decía.

—Te doy la misma suerte que tú me tenías reservada, agradéceme que antes no ordene que te torturen —y dando media vuelta, salió de la estancia seguido por nosotros.

Tan pronto entramos en el gabinete del rey, Witiza relató lo sucedido y entregó al monarca la lista de los condenados. Tras una corta discusión, se acordó que lo más urgente, por el peligro que representaban, era deshacerse de los tres gardingos traidores, luego de lo cual, se daría la orden de que nadie entrase ni saliese de palacio, mientras se daba caza a todos los conspiradores que se encontrasen dentro del recinto.

La ejecución de los gardingos fue encomendada a Teodomiro, uno de los incondicionales que hacía guardia en la cámara del rey y a mí. Frusland acompañado de los traidores debería reunírsenos en una habitación de palacio conocida por su poca iluminación. Los gardingos serían llevados a través de un patio fuertemente iluminado, con lo que al entrar en la habitación, quedarían momentáneamente ciegos, lo que nos daría una segura ventaja. No había que olvidar que los gardingos eran gentes de armas, con unos grandes reflejos, y que yo, prácticamente era un inexperto en estos menesteres.

Nos apostamos tras de la puerta y cuando esta se abrió y entraron los conspiradores, les atacamos a una señal de Frusland. Teodomiro cogió de los cabellos al que se encontraba más próximo a él, y de un limpio tajo le seccionó la garganta. Yo quise hacer lo mismo, mas me retrasé unas décimas de segundo, que fueron suficientes para que mi víctima hurtase su garganta a mi cuchillo, a la vez que con una rapidez increíble sacó su daga de la funda. Sólo la rápida intervención de Teodomiro me salvó, pues cuando mi contrario iba a clavarme su daga en el vientre, Teodomiro fue más rápido y le atravesó el corazón.

Teodomiro se encontraba completamente cubierto de sangre, lo mismo que le sucedía al otro gardingo que nos acompañaba, por lo que fue

preciso que acompañase a Frusland, quien me entregó ropas limpias, pues de haber salido como estaban, pronto se habría dado la alarma.

Cuando de nuevo nos encontramos todos en la cámara del rey, se hizo venir a los siete gardingos incondicionales que no estaban a cargo de la guardia directa del monarca, y se les leyó la lista de conspiradores que aún vivían, ordenándoles el rey que recorriesen palacio de arriba abajo, y cualquiera de la lista que encontrasen, fuese muerto en el acto. A estos siete hombres nos unimos Frusland, Teodomiro y yo.

Esta ha sido la más trágica y terrible cacería en que he intervenido, mas Dios fue misericordioso con nosotros, pues tuvimos la suerte de no encontrar ningún conjurado en la zona en que nos tocó buscar.

En total fueron doce los conjurados que perecieron en palacio.

Una vez asegurados que no quedaba ningún peligro serio en palacio, pues no olvidábamos que tres conjurados nos eran desconocidos, el rey dio la orden a Frusland de organizar pelotones de diez hombres, cuya primera misión consistía en enterar de la conspiración a los nobles que se encontraban en la lista, con la orden de incorporarse con sus gentes a los grupos, que acto seguido debían dirigirse a arrestar a los veinticinco conjurados que aún restaban. La detención se debía efectuar por los diferentes grupos, a la misma hora, evitando con ello que cundiese la alarma y huyesen.

El rey pidió a mi señor, que nos quedásemos en palacio para reforzar la guardia que había quedado muy disminuida, considerando, además, que ya habíamos hecho méritos más que suficientes por aquel día. Es por ello que de las detenciones sólo sé lo que posteriormente me contaron, y aquello que salió a relucir en el juicio que dos días después se celebró, y en el que dieciséis conjurados fueron condenados a muerte. Otros tres se hicieron fuertes en sus casas y éstas tuvieron que ser tomadas al asalto y muertos la mayor parte de sus moradores.

Entre los que no pudieron ser apresados se encontraba el obispo Sisberto, a quien le dio tiempo de huir de su palacio y refugiarse en la catedral, acogiéndose a Sagrado, por lo que las tropas no pudieron entrar. Por una ironía de la vida, el máximo culpable se salvó de la matanza, aunque su participación quedó lo suficientemente probada para que en el concilio Toletanus XVI, que comenzó el domingo, Sisberto fuese declarado culpable y se le recluyese en un monasterio, siendo puesta la silla Metropolitana a disposición del Papa. Su sobrina Brunilda volvió con sus padres a uno de los pueblos de la Galaica de la que era originaria.

Pasado que hubo el concilio, y todos los nobles y obispos volvieron a sus tierras, Égica nos llamo a su presencia, y ante sus hijos, el Comes de los notarios y el jefe de la guardia, nos dijo:

—Teodomiro, es la segunda vez que salvas mi vida, y en esta última ocasión, además, la de mis hijos y otros muchos próceres adictos a mi persona. Nadie en el reino merece tanto como tú mi agradecimiento y mi favor, por lo que te pido me hagas saber cuál es tu mayor deseo, pues pienso concedértelo.

—Mi señor —respondió Teodomiro—. Siempre para mí ha sido un honor defender los intereses del reino, y es por ello que yo, que parte de mi vida la he pasado en el mar, no pueda por menos de sentir lo indefenso que el reino se encuentra, contra un país que tenga una flota de guerra importante. Tú sabes señor, que en tiempos del rey Wamba, los muslimes desembarcaron cerca de Malacca[1], y cuantas pérdidas sufrieron los godos para rechazarlos, cuando habiendo sido fuertes en el mar, aquella incursión, no habría podido realizarse. Tú conoces también mi señor, cuantos años, vidas y riquezas costaron echar de Hispania a los griegos y ello, porque cuando querían, podían desembarcar a nuestra retaguardia y hostigarnos a la vez que se abastecían depredando nuestras tierras. Es por ello que te pido, me concedas el mando de una flota visigoda que pueda defender tus reinos.

—Aunque es muy doloroso para mí concederte lo que me pides, pues ello me privará de tu presencia y tus valiosos consejos, accedo a concederte lo que solicitas y te nombro Arconte máximo de la futura flota goda, que tú mismo mandarás construir. Pero, a fin de facilitarte tu tarea y porque sé el bien que se derivará para el reino, es mi deseo que se cree la Civitate de Aurariola, de la cual te nombro Comes a perpetuidad —y bajando de su sitial abrazó al nuevo Comes.

Luego se acerco a mí, y abrazándome también ante mi asombro, me dijo:

—Cástulo, eres un buen servidor de tu señor y mío por lo tanto, y es mi deseo que tengas un recuerdo de tu rey, al que con fidelidad serviste —y diciendo esto, sacó una sortija de su dedo y la puso en mi mano.

Se trataba de un maravilloso rubí, que si algún tiempo lucí con orgullo en mi dedo, no bien pasó nuestra estancia en Toletum y ya viviendo en Oriola, mi mujer se las arregló para que tuviese que cedérselo.

En conversaciones posteriores con el rey, se determinó la configuración de la nueva Civitate, que debería abarcar todo el Sudeste de Hispania, adentrándose en forma de triangulo irregular en la meseta, hasta incluir dentro de su territorio, a la ciudad de Lezuza.

Así fue como el dos de octubre del año del Señor de 693, dos años y medio después de haber abandonado Oriola, volvía a entrar en ella Teodomiro, como Comes de una nueva Civitate creada *ex profeso* para él.

---

1 Malacca: Málaga.

III

El tiempo que Teodomiro pasó en Toletum, Zaquén lo había consumido en seguir las enseñanzas del sabio Mandonio. Éste ya se encontraba cansado y presumía que no le quedaban muchos años de vida. Fue entonces, cuando consintió en la reiterada petición de Isaac, para que tomase a su hijo Zaquén por discípulo. Mandonio había tenido ya dos discípulos, pero su necedad, le obligó a despedirlos antes de que fueran presentados a examen, para obtener la inscripción en el ayuntamiento, como médico. Por esta razón, estableció un plazo de seis meses, para comprobar que la inteligencia de Zaquén y su interés por la medicina, aseguraban el florecer de sus enseñanzas. La preparación de Zaquén como judío, era tan superior a la de los jóvenes de su edad, tanto godos como hispano-romanos, que ya, el sólo hecho de comprobar este extremo, fue toda una sorpresa para Mandonio, predisponiendo su ánimo a su favor. Bastaba una sola enseñanza para que su asombrosa memoria no la olvidase, mas, pese a esta cualidad, tenía por costumbre anotar en el cuaderno cuanto había aprendido. Cuando Mandonio se percató de esta costumbre, pidió a su alumno dejárselo ver y se sintió halagado al ver reflejadas sus enseñanzas del día anterior, de una forma ordenada. Habían hablado del ejercicio y de las evacuaciones y obstrucciones de los intestinos, y el alumno había anotado:

> *EJERCICIOS:*
>
> *Los ejercicios físicos moderados son muy beneficiosos para la salud, y deben aconsejarse tanto a los sanos como a los enfermos, ya que producen un equilibrio en el cuerpo, ayudando a eliminar sus residuos e impurezas. Favorecen el crecimiento de los jóvenes y ayudan a nutrirse bien, tanto a jóvenes como ancianos.*

El ejercicio inmoderado o violento, conduce al cansancio, y este cansancio disuade de volver a hacer ejercicio. Vacía el cuerpo de su humedad y consume el calor tan necesario para la vida, al irse todo de golpe por la piel. Debilita los nervios por la violencia del dolor, degradando el cuerpo antes de tiempo. Todos los excesos son perjudiciales, incluido el del reposo. Si te excedes en el reposo prolongado mucho, el cuerpo se llena de malos humores y no aprovecha bien los alimentos. Las articulaciones duelen.

EVACUACIONES Y OBSTRUCCIONES:

El cuerpo necesita evacuar las impurezas de todos sus órganos y cerebro.
Las sangrías y los medicamentos, parece que tienen más efecto en primavera que en otras épocas.
La garganta se limpia haciendo gárgaras y los dientes frotándolos con un palo suave un poco deshilachado. Si no orinas suficiente, teme la hidropesía. Si tienes cólicos, usa los purgantes. Báñate para quitar los residuos de los poros, libra al cuerpo de suciedad y barre las impurezas.
Los jóvenes necesitan las relaciones sexuales, que evitarán otros males. Los débiles y los ancianos, no deben practicar el sexo y, en todo caso, tanto unos como otros, si abusan del sexo se debilita el cuerpo y da como herencia toda clase de males.

Aquella mañana, Mandonio fue requerido para presentarse en el poblado de los marjales; mucha gente se encontraba afectada por fiebres y no podían trabajar. Todos describían su mal igual: la fiebre les atacaba a la tercera hora del día cada dos días, y a la cuarta hora del día cada tres días. Al deducir Mandonio que se trataba de paludismo, Zaquén le preguntó:

—Maestro, ¿cómo sabes que es paludismo, y no, tercianas o cuartanas?

—Hijo —respondió Mandonio—, has oído a qué hora regresa la calentura y a cuántos días, además, observa los ojos y la cara de todos ellos. Si fuesen tercianas o cuartanas, el blanco de sus ojos estaría un poco amarillo, pero mientras en las tercianas, la fiebre vuelve a aparecer cada tres días, en las cuartanas se presenta de nuevo cada cuatro días.

—¿Y qué remedio les prescribirá maestro? —preguntó Zaquén.

—Machaca toda la corteza de salix que hemos traído —y dirigiéndose a los enfermos añadió—. A cada uno os daremos una bolsita llena de polvos. Siempre que os venga la fiebre, tomáis una pizca de este polvo, la echáis en agua y la tragáis. Al poco comenzaréis a sudar y la fiebre se irá más rápidamente. Por cierto —añadió—, ¿ha habido muchos mosquitos últimamente?

—Aquí siempre hay mosquitos. Lo que sí parecía, últimamente eran diferentes —respondió uno de los hombres.

Ya de vuelta hacia Oriola, Zaquén le preguntó:

—Maestro, ¿por qué preguntaste lo de los mosquitos?

—Hay muchos médicos, yo entre ellos, que creemos que el paludismo lo producen una clase especial de mosquitos. No me preguntes por qué, pues no sabría qué responderte —añadió Mandonio.

Durante dos años más, Zaquén siguió las enseñanzas de su maestro, hasta que éste decidió que estaba preparado para ejercer su profesión, y pidió su inscripción en el registro que las autoridades llevaban al efecto.

Fue así, como a la vuelta de Teodomiro a la Civitate como Comes, encontró a su antiguo amigo convertido en médico.

El año 703 de nuestro Señor, fue prodigo en acontecimientos. Primero el rey Égica murió tras una larga enfermedad. La sucesión al trono se efectuó sin ningún problema, pues Égica hacía varios años que había asociado al trono a su hijo Witiza, de forma que a su muerte, la facción de los partidarios de la casa de Receswinto, no pudiese hacer valer los derechos de ningún sucesor de éste.

Por otra parte, los muslimes se habían apoderado de la parte interior de Mauritania, y acababan de llegar al Atlántico apoderándose de la ciudad de Tánger. Esto significaba que toda la Tingitania goda se encontraba rodeada por el Islam.

Ya a finales de año, se tuvieron noticias de la primera incursión de Musa contra Ceuta, capital de la Tingitania, donde el Comes Julián, le había infligido una seria derrota, si bien las fuerzas que puso Musa en juego, eran muy reducidas. El walí de Ifriqiya había hecho su primera incursión, y aunque sin éxito, Teodomiro no dudó que los ataques se repetirían.

Aurariola en estos años, había sufrido un proceso de engrandecimiento notable. La serie de graneros proyectadas por Teodomiro se habían terminado. La medida del depósito obligatorio de cereales en los años de abundancia, se había mostrado muy efectiva, estabilizando notablemente el precio de éstos, y hasta sus detractores más encarnizados habían reconocido que fue una ley muy inteligente.

Todas las fortalezas de la Civitate habían sido reparadas y reforzado cuanto fue necesario, y el puerto de Lucentum había sido reconstruido en parte, con lo que esta plaza se iba recuperando lentamente de los destrozos ocasionados por las guerras contra Bizancio.

Se abrieron nuevos canales de riego y grandes extensiones de marja-

les fueron desecadas, con lo que la producción de trigo aumentó considerablemente. La producción de sal y con ella la de salazones se incrementó. Lo mismo sucedió con la extracción de plata y plomo de las minas de Karquión[1], que alcanzó un grado muy superior a los años anteriores.

Todo éste aumento de producción, forzó a su vez la intensificación del comercio con la Narbonense, Itálica y Bizancio y por ende, la construcción naval de buques de transporte.

Tan gran prosperidad hubiese sido completa, si no se hubiese visto entorpecida por las luchas endémicas de los nobles contra el poder central, viniese este de donde viniese. La lucha de Teodomiro contra los intentos de los nobles de la Civitate, para aprovecharse de las rentas públicas y despojar a los *ingenuis*[2] de sus bienes, era continua. Los desmanes de la nobleza en provecho propio crecían, pues Witiza se mostró como un rey contemporizador. La lucha entre nobles era cada vez más frecuente, y el pueblo oprimido se iba distanciando cada vez más de sus señores, que sólo su bien particular buscaban.

Era natural que la nobleza y el clero buscasen un chivo expiatorio para achacarle los males que se derivaban de sus luchas y ambiciones, y así; las medidas contra los judíos eran cada vez más duras, sobrepasando con mucho las célebres veinticuatro reglas redactadas en tiempo de Ervigio. Acusados de conspirar contra el reino, se publican diferentes cánones entre los que sobresale el séptimo, celebre por su dureza excepcional, y en el que se establece que *los judíos serán reducidos a esclavitud, repartidos entre los cristianos, confiscados sus bienes y que jamás podrán recuperar su libertad perdida.* Se exceptuaba a los menores de siete años, quienes serían apartados de sus padres y entregados a personas doctas para su cristiana educación.

Mientras, en el resto de Hispania, los judíos emigran a África huyendo de tan terrible persecución, los judíos oriolanos permanecen en la Civitate, bajo el amparo decidido de Teodomiro, quien prefiere enfrentarse a las órdenes reales y a la presión de los obispos y nobleza, antes que prescindir de los grandes beneficios que los judíos reportan a Aurariola.

Por mas que la protección de Teodomiro mitigaba la aplicación del canon séptimo, había cosas que no podía ignorar y fue preciso que llamase a Zaquén ben Isaac, y con sentimiento, le informase de su destitución como director del hospital.

—Sabes con cuanto dolor he tomado esta decisión, pero no puedo hacer otra cosa. Como dije al rabino, si bien protegeré a los judíos en cuanto a someter a esclavitud y confiscar sus bienes, todos los judíos

1 Karquión: La Unión. 2 *Ingenuis:* Campesinos, modestos propietarios.

deberéis pasar al anonimato. Tan sólo a los más ricos he confiscado algunas de sus posesiones más notorias, sin quitarles más que una mínima parte de su fortuna. Los niños quedaron al cuidado de sus padres, únicamente en el caso de los huérfanos, que no tengan familia, éstos serán entregados a personas doctas y acomodadas para su educación. Es cuanto puedo hacer, e incluso esto puede ser funesto para mí; bien sabes cómo los obispos y tiufados están en mi contra —pero al ver la cara que Zaquén ponía añadió— sé lo que piensas y me duele que no admitas mi buena voluntad hacia vosotros, sobre todo hacia ti y tu familia.

—¿Puedo por lo menos aconsejarte sobre quién podría sustituirme al frente del hospital? —preguntó Zaquén.

—Sabes que espero de ti ese favor —asintió Teodomiro.

—Me habría gustado que nombrases a Mendíbil de Urci, pues ya ha sido inscrito como médico en el ayuntamiento, pero sé que su juventud y haber sido mi discípulo le acarrearían una oposición enconada, por ello, desisto de recomendártelo como director, y en su lugar te propongo a Pablo de Híspalis. Aunque no lleva mucho tiempo en Oriola, es buen médico, y sobre todo, tiene verdaderas cualidades para la enseñanza.

—En cuanto a ti Zaquén, sabes que mi amistad sigue siendo tuya, y, por tanto, siempre te tendré bajo mi manto protector —respondió Teodomiro.

—Durante los últimos días he discutido la situación con mis padres. Sabía que te verías forzado a destituirme de mi cargo, y estuve ayer a punto de venir a dimitir, mas reflexioné que lo podrías entender como un gesto de soberbia y enemistad y renuncié a ello. He decidido tomarme unos años sabáticos y conocer la medicina que practican los muslimes, pues se dice que están mucho más adelantados que nosotros. Así; que si tú no me lo impides, partiré para Ifriqiya la próxima semana e intentaré llegar a Bagdad. Sé que los islamitas nos admiten entre ellos, si bien estamos obligados a llevar el chal amarillo, como estigma de ser judíos. Lo que sí te ruego, es que protejas a mis padres, ellos son ancianos y no soportarían dejar su hogar y acompañarme.

—Todo cuanto pueda hacer por ellos, sabes que lo haré —respondió Teodomiro, dándole un abrazo de despedida.

Cuando salía, Teodomiro le llamó:

—Zaquén, te ruego, si ello es posible, me escribas y me cuentes cuanto puedas de los islamitas, y cómo se desarrolla tu vida entre ellos. Si me das tus señas, te haré llegar mis noticias por intermedio de los tuyos.

Tres días después, en un bello atardecer lleno de aroma de azahar, se encontraba Zaquén, Isaac y Raquel junto a la tumba de sus abuelos, en el cementerio judío. Desde allí se divisaba todo el valle del Thader,

iluminado por la flor de los frutales, y tachonado del verde de los sembrados. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, mientras las tres personas entonaban un *Kaddish* por sus antepasados.

Su padre le bendijo y le entregó una *mezuzah*[1].

—Hijo, cuélgala en la puerta de tu futura vivienda y nunca olvides lo que dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que hoy te ordeno, estarán en tu corazón».

Montó en su caballo y seguido de un mulo atado a la grupa partió colina abajo, mientras Zaquén entre pucheros de niño repetía:

—¡Abba![2]

—¡Abba!

—¡Abba!

Llegó a Portus Ilicitanus ya entrada la noche y se alojó en casa del *rabbenu*[3] de este puerto, a quien conocía desde siempre. Su situación resultaba penosa, ya que la población cristiana le insultaba, si bien no se metían con él, dado que las órdenes de Teodomiro eran tajantes; además, como ayudaba a muchos judíos a dejar Aurariola, los cristianos estimaban que favorecía la desaparición de los odiados judíos.

—¡Tú también Zaquén! Yo pensé que tu puesto, tus conocimientos médicos y tu amistad con Teodomiro, te situaban fuera del alcance del odio —le dijo el *rabbenu*. Zaquén le relató la situación, y como prefería quitarse de en medio, puesto que era muy conocido, y lo mejor en las actuales circunstancias era hacerse invisibles para los cristianos.

—Pensaba embarcar en un carguero con rumbo a Ceuta, y luego marchar a Jerusalén a lo largo de Ifriqiya y Egipto.

—Has tenido mala suerte, pues el barco zarpó esta mañana. El único barco que hay en el puerto zarpa mañana con destino a Italia, haciendo escala en la isla Ebussus, pero me temo que no te acepten a bordo, ya que no llevan pasajeros. Otros hermanos nuestros han sido rechazados.

—Llevo un escrito de Teodomiro recomendándome a cualquier capitán que zarpe de Portus Ilicitanus. ¿Sabéis si el armador es de la Civitate? —preguntó Zaquén.

—Sí, pertenece a la flota de Remius el Contestano. Con la recomendación que llevas, es probable que te admitan —respondió el *rabbenu*.

La suma que el capitán del barco le pidió; después de leer el escrito de Teodomiro, era muy elevada. Zaquén pensó que de no aceptarla, se

---

1 *Mezuzah:* Estuche alargado con un pergamino dentro que contiene dos pasajes de la Shema.

2 Abba: Padre.

3 *Rabbenu:* Maestro, dirigente.

vería forzado a volver a Aurariola, puesto que resultaba incierta la fecha en que otra nave tocaría puerto. La incertidumbre no duró mucho, ya que el marino le apremiaba. Acordaron que se alojaría en el mismo camarote del contramaestre, procurando estar en él cuando éste estuviese en cubierta, y desalojándolo cuando el contramaestre bajase a dormir. El espacio era inmundo, maloliente y tan reducido, que aparte del camastro donde se encontraba el jergón, no había ni dos codos por donde pisar. No tenía abertura alguna al exterior, y la ventilación sólo se producía cuando la puerta estaba abierta, y el aire entraba bajando por la escala que comunicaba con cubierta.

La mar parecía una balsa cuando transpusieron la bocana de Portus Ilicitanus. Soplaba un suave viento terral, que impulsaba la nave produciendo un ligero cabeceo. El sol se ocultaba a poniente inflamando el cielo con una sinfonía de rojos y anaranjados. Así fue la despedida de Zaquén del lugar que le había visto nacer.

Pese a la bonanza del tiempo y de la mar, una especie de vacío nació en el estómago de Zaquén. Nunca había navegado y desconocía el mareo del mar. Su sentido del equilibrio se veía forzado a trabajar a presión y estaba forzado a agarrarse a una jarcia, pues tan pronto el buque cabeceaba, como hundía una banda o la contraria. El capitán le explicó, que todo se debía a la mar de fondo, y como viese que no entendía a qué se refería le explicó.

—En ciertas ocasiones, después de que la mar ha estado muy movida, el viento calma la superficie, pero en capas inferiores sigue el oleaje, esto hace que el barco tenga cuatro movimientos.

A Zaquén no le dio tiempo de terminar de escuchar la explicación del capitán. Salió disparado hacia una borda y agarrándose a ella se puso a vomitar entre fuertes arcadas. Durante toda la noche estuvo vomitando, cuando intentó bajar al camarote y tenderse en el jergón, el calor y el mal olor que reinaba en él, le provocó aún más las náuseas y tuvo que volver a cubierta desesperado. El viento había cobrado fuerza, e intentó vomitar por barlovento, y parte de su vómito le azotó la cara.

Al llegar a Ebussus, el capitán le aconsejó bajar a tierra y tomar una buena comida, pues el estómago vacío es terrible con el mareo. Tan sólo pensar en comer le repugnaba, mas saltó a tierra, como si en ello le fuese la vida.

El suelo se movía bajo sus pies. Sabía que no era así, pero tardó un rato en dejar de balancearse, hasta que de nuevo su sistema del equilibrio volvió a la normalidad. Fue entonces cuando su cuerpo reclamó alimento, y al comer su equilibrio retornó a él por completo.

El navío zarpaba al día siguiente. Tomó alojamiento en una posada, pudiendo dormir su gran cansancio. Todo el día estuvo luchando con-

tra el temor de embarcarse de nuevo. El mareo le tenía aterrorizado. Como médico intentaba deducir cuánto tiempo podría sobrevivir a un estado de mareo como el vivido el día anterior, pero desistió de sacar una conclusión. El capitán le había dicho que eran muchas las personas que sufrían lo mismo que él, y que al cabo de unos días, se acostumbraban y dejaban de sentir los síntomas, acomodando su naturaleza a los movimientos del mar. Reflexionó que en la isla no podía quedarse y, aunque con miedo, cuando el barco zarpó, él se encontraba a bordo. Tras veinte días de navegación, el barco arribó a Brindisi, después de tocar en Siracusa. Desde este punto, retornaba a Hispania comerciando en distintos puertos de Italia y el país de los francos.

La colonia judía de Brindisi era importante y bien organizada. Zaquén llevaba numerosos encargos y pagarés para hacer efectivos. Estos les habían sido entregados por los comerciantes judíos de Aurariola. Llevaba, además, una gran cantidad de monedas de oro y de plata, las cuales habían sido pedidas por Aarón ben Zaquias, el mayor cambista de Brindisi. Cuando fue a su casa, le abrió su sobrina Esther. Alta, con una cabellera negra como ala de cuervo, sus ojos rasgados parecían brillar reflejando el bailar de la llama de la bujía que llevaba en la mano. La armonía de su cara, contrastaba con una mandíbula firme, más propia de varón que de hembra. Su voz pastosa y profunda de contralto, resonó en el silencio de la anochecida, preguntando con un dejo de insolencia.

—¿Quién sois y qué queréis a estas horas?

—Soy Zaquén ben Isaac, de Hispania y deseo hablar con Aarón ben Zaquias —respondió.

—Está bien Esther —se oyó una voz a su espalda, a la vez que una mano la echaba a un lado con suavidad. En tanto se retiraba la joven, la figura de un anciano tomó su lugar. Por su casquete de cuero y sus largos tirabuzones, que enmarcaban su frente, se adivinaba que se trataba de un judío de calidad. Le hizo una seña a la vez que se apartaba a un lado invitándole a entrar —¿Quién os envía a mí? —preguntó.

—El *rabbenu* de Aurariola y de Portus Ilicitanus, me rogó que os trajese este paquete —dicho lo cual, puso en sus manos un envoltorio bastante pesado, que le había causado innumerables preocupaciones durante toda la travesía, desde Portus Ilicitanus. Sabía de su contenido, y de lo inusual que era enviar monedas; pero si accedió a aquel cometido, se debió a la situación de emergencia en que se encontraban los judíos de Hispania. Obligados a abandonar su país, o ser hechos esclavos, según ordenaba el infame Cannon Séptimo, muchos judíos se vieron forzados a vender sus bienes y, temerosos de ser robados en su huida, dieron su oro y plata a la red de comerciantes judíos, para que

les fuese puesta en el exterior, donde la situación de los judíos fuese soportable, al no existir persecución. De aquí provenía el oro y plata que transportaba, así como los pagarés, que durante todo el día había estado repartiendo en distintas tiendas judías de Brindisi.

—Sé de vuestra presencia en esta ciudad y os esperaba. Entrad, pues sois bien recibido en mi casa —le acogió Aarón.

La casa era amplia e instalada con un cierto lujo. Aparte de Esther, habitaban en ella, la madre de Esther y su hermana, la mujer de Aarón.

Cuando Zaquén terminó de relatar a la familia, la situación en que se encontraban los judíos en Hispania, y el por qué, él también había partido, Aarón preguntó:

—¿Tenéis cobijo? —y ante su negativa continuó— Espero que aceptéis mi hospitalidad y consideréis mi casa como la vuestra.

Aquella noche Zaquén disfrutó de una espléndida cena. Cuantas veces levantaba los ojos del plato se cruzaban con la mirada de Esther, que le observaba con gran curiosidad. Una vez se atrevió a preguntar:

—Tengo entendido que sois médico; en ese caso, ¿por qué decís a mi tío que os proponéis viajar a Damasco para estudiar Medicina?

Era esta una pregunta que a no dudar, tendría que responder en numerosas ocasiones. Zaquén había pensado varias veces cómo dar respuesta, sin parecer un ignorante a la vez que su anhelo de aprender fuese comprendido.

—Mi madre zurce, cose, borda y, a veces se atreve a cortar la tela para hacerse alguna prenda de vestir, y no lo hace mal. Pese a ello, cuando tiene tiempo libre, se reúne con otras mujeres en la casa de otra, que tiene fama de hacer todas las anteriores tareas mejor que las demás. Cuando vuelve a casa está contenta y satisfecha. Nos detalla lo que ha aprendido, tanto de nuevo como a mejorar lo que hacía. Luego, se le notan nuevas fuerzas y nos informa de infinitud de pequeñas noticias, sin importancia, pero que llenan su mundo femenino; cosas que ni mi padre ni yo estamos en condiciones de aportarle, porque no es nuestro mundo. No sé si he respondido a la pregunta, para hacer comprender mis ansias de aprender y comunicarme dentro de mi mundo profesional —respondió Zaquén.

Por como varió la mirada de Esther, supo que ella sí le había comprendido, y que su interés hacia su persona se incrementaba.

La experiencia vivida por Zaquén en su navegación desde Hispania, le había inducido a pretender hacer el viaje a Bizancio por tierra, atravesando sólo por mar, el Adriático hasta los Balcanes. Cuantos judíos consultó sobre el viaje, trataron de disuadirle por las dificultades que esta ruta entrañaba, y los peligros sin número que encerraba. El que más insistía en disuadirle era Aarón, su insistencia fue tanta, que al ver

la perplejidad de Zaquén ante su postura, no tuvo más remedio que sincerarse con éste.

—Sé que no comprendéis por qué os insisto tanto en que no emprendáis el viaje por tierra. La razón es única. Mi cuñada y mi sobrina están decididas en marchar a Jerusalén a reunirse con mi cuñado, quien ha quedado impedido a causa de un accidente. Está previsto que hagan el viaje por mar, pues por tierra yo no se lo permito. Habíamos pensado que, tal vez vos querríais tomarlas bajo vuestra protección y viajar con ellas. Tal vez esta proposición os parezca muy atrevida por mi parte. ¡Naturalmente, todos los gastos, incluso los vuestros, correrían de mi cuenta! —terminó Aarón.

Al ver la sorpresa de Zaquén, se apresuró en añadir:

—¡Por favor, no os ofendáis! Sé que mis deseos, sin contar antes con vuestro asentimiento, es muy atrevido, mas este viaje me tiene muy preocupado y busco salidas por todas partes.

—Por cuanto hemos hablado, sabéis que yo no soy un hombre de acción ni tengo experiencia en viajes. ¿De verdad me veis capacitado para proteger a vuestra familia? —respondió Zaquén dubitativo.

—Lleváis varios días en casa y, además, entre los documentos que me enviaban de Aurariola, se me hace un resumen de vuestra vida, y creo que poseéis suficientes cualidades para proteger a mi cuñada y sobrina.

Pasó casi un mes sin que hiciese escala en Brindisi ningún bajel con destino a Constantinopla y se acercaba peligrosamente la fecha en que todos los años se «cerraba la mar» al hacerse muy peligrosa la navegación en el otoño. En casa de Aarón, el nerviosismo fue cundiendo, puesto que cuando todo estaba ya previsto para la partida, un algo no habitual, trastocaba los planes, y la familia ben Zaquias, temía que esta circunstancia hiciese decidir a Zaquén volver a su primitiva idea de hacer la ruta por tierra.

El anuncio de la llegada de un mercante de alto porte, a finales de septiembre, que partiría para Bizancio el uno de octubre, hizo calmarse los ánimos.

Aarón pagó una fuerte cantidad por el pasaje de los tres viajeros y las mercancías que a su vez enviaba, y el uno de octubre dejaron la costa de Brindisi adentrándose en el mar Adriático.

Bien sea que Zaquén se hubiese acostumbrado al balanceo de la mar, en el trayecto anterior, o bien que no desease aparecer ante Esther, con el lamentable aspecto que el mareo lleva consigo; el caso es que no se mareó esta vez. Esther soportó dignamente las duras condiciones de la navegación, pero su madre, casi desde el primer instante comenzó a vomitar. Lo verdaderamente peligroso fue que al segundo día de navegación, cuando se encontraba en un penoso estado de deshidratación, a

causa de los vómitos continuos, sus mejillas se arrebolaron, cubriendo la palidez de las náuseas, y una intensa fiebre apareció, mientras se quejaba de dolor en la parte inferior derecha del vientre.

Cuando terminó de examinar aquella mañana a la madre de Esther, ésta le preguntó:

—¿Sabéis qué le sucede a mi madre? Porque estos dolores vos mismo dijisteis que no eran causados por el mareo.

—Aún no puedo asegurarlo, pero si tocáis aquí, notaréis que el vientre está inflamado y la enferma se queja. Me inclino a pensar que se trata del mal del costado. Los cristianos de Aurariola, le llaman «Dolor Miserere».

—¿Y cómo se cura? —inquirió Esther.

—Yo no conozco ningún remedio, si se confirma que es el mal del costado. Únicamente podré suministrarle a vuestra madre, algunos calmantes que reduzcan su padecer. Mas no desesperéis, muchas veces la inflamación cede y desaparecen los dolores —a la vez que decía esto, Zaquén se recriminaba por mentir, pues siempre estos dolores volvían a repetirse con resultados fatales.

En aquella ocasión, ni la fiebre ni los dolores remitieron y la enferma empeoró rápidamente.

La tripulación murmuraba que las mujeres siempre daban mala suerte a bordo de un barco, pero el tiempo despejado y los suaves vientos, todos de poniente, hacían que el barco cubriese largas distancias sin tener que recurrir a los remos. Algún marinero debió de propalar la falsa nueva de que la mujer tenía un mal contagioso, pues el capitán mandó llamar a Zaquén y le preguntó:

—Lo que tiene esa mujer, ¿puede contagiar a los demás? Vos sois médico y debéis saberlo.

Zaquén explicó al marino lo que tenía y al nombrarle al capitán «Dolor Miserere», éste que lo había vivido se encontró automáticamente tranquilizado.

—Nos quedan unos tres días para llegar a Constantinopla, ¿creéis que aguantará, o morirá antes? —preguntó.

—Me temo que morirá antes —respondió Zaquén.

—En ese caso, sabéis que será preciso arrojarla por la borda —informó el capitán—. Pienso que deberíais informar a su hija, puesto que todos se oponen a este acto, y resulta muy doloroso no poder enterrar a tus seres queridos, sobre todo si no se es marino.

Zaquén no había pensado en esto, y le aterró tener que comunicar a Esther esta costumbre, estando, además, bajo el dolor de la muerte de su madre, así que decidió callar esperando un milagro que como médico, sabía no iba a producirse.

La enfermedad se precipitó, y al amanecer del día siguiente, la enferma falleció.

Los rasgos de Esther se endurecieron más si cabe, cuando el cuerpo de su madre lastrado convenientemente, se deslizó por la plancha desapareciendo entre las aguas rodeado de la espuma que su caída produjo en el agua.

El capitán había rezado una oración cristiana, y cuando todos se retiraban, Zaquén abrazó a Esther y meciéndola en sus brazos, comenzó a cantar en voz baja un *Kaddish,* por la mujer que había viajado al seno de Abraham. Las apretadas mandíbulas de Esther se distendieron, y a la vez que se unía al rezo, entrecortado por profundos sollozos, sus lágrimas comenzaron a brotar como un torrente. Zaquén juntó sus mejillas a las de ella, mojándose en su dolor, mientras una sensación muy dulce le embargaba. La apretó muy fuerte contra sí, y sintió sus senos palpitantes contra su pecho, al cerrar ella sus brazos en torno a su nuca.

Dos días después el barco entró en el puerto de Pera. Como la aproximación a Constantinopla se efectuó al amanecer, el espectáculo que ofrecía la ciudad resultó impresionante. Por la parte de Oriente fueron divisándose el foso y las dos líneas de murallas, que hacía de la ciudad un baluarte inexpugnable. El sol naciente enviaba sus rayos anaranjados contra todas las cúpulas, entre las que destacaban las doradas de Santa Sofía y las del palacio del emperador, llamado por las gentes el Palacio de Tauroleón[1], ya que su puerta principal estaba flanqueada por dos enormes estatuas, de un toro y un león.

A su pie, miles de mástiles, de grandes y pequeñas embarcaciones, atestiguaban el hecho de que se entraba en el puerto más importante del Mediterráneo. Una vez tomada toda Asia menor, Egipto y el norte de África por el Islam. El comercio entre Oriente y Occidente, que desde tiempo inmemorial se efectuaba por caravanas o por barco y terminaba en el antiguo Bizancio, ahora llamado Constantinopla, en honor al emperador Constantino, que fue quien al convertirse al Cristianismo, hizo de éste, el culto oficial romano. Prácticamente era el único puerto, ya que todos los demás puertos como Tiro, Sidón, Jaffa, Ashqelon y Alejandría, estaban en manos del Islam, y resultaba prácticamente imposible comerciar con ellos en esta fase expansiva del Califato de Damasco.

Ya en las proximidades de Constantinopla, el cielo se nubló y la primera gran tormenta del otoño se desencadenó. Fue preciso entrar a remo por la bocana del puerto, pese a ser favorable el viento, dado que las ráfagas eran tan fuertes que obligaron a arriar las velas. El capitán informó a Zaquén, que con aquella tormenta el puerto de Pera

1 Tauroleón: Palacio de Blanquernas.

sería cerrado a la navegación de altura, por los peligros que entrañaba hacerse a la mar en esta época.

La posibilidad de que Esther, retornase a Brindisi en aquel u otro barco, desaparecía, y con ella el convencer a Esther de que volviese con su tío. Ella insistía en continuar viaje a Jerusalén por tierra, acompañando a Zaquén.

El agente comercial de Aarón, se personó de inmediato a bordo tan pronto el buque se acercó al muelle. Aparte de las mercaderías, sabía de la llegada de Esther y su madre, anunciada tiempo antes por Aarón. Desconocía la muerte de la cuñada de Aarón, y ante la situación se puso a disposición de los viajeros.

Zaquén había decidido apresurar al máximo su partida de Constantinopla, pues tenía noticias de que el ambiente contra los judíos se había enrarecido, ya que se les culpaba de haber colaborado con los islamitas en la caída de Carthago y las demás posesiones helenas en el norte de Ifriqiya; pero Esther que se había negado a partir de Bizancio durante todo un invierno, impedía que sus prisas fructificasen.

—De forma que emprendéis un viaje azaroso y largo para aprender, y cuando llegáis a Bizancio, donde a no dudar reside todo el saber de la antigüedad, por no haber sido invadido por los bárbaros, decidís marchar de inmediato —razonaba Esther.

Zaquén invitado por la lógica del argumento, insistía en el peligro que residir en la ciudad griega implicaba y la joven volvía a rebatirle.

—¿Qué nos impide hacernos pasar por cristianos aquí? ¿Acaso no viven otros muchos judíos en esta ciudad? Vos tenéis el pelo largo y no tenéis necesidad de cortároslo y haceros los tirabuzones, ni usar el casquete judío. A mí me encantará vestirme con las prendas que las mujeres de aquí utilizan. Podemos alquilar una vivienda y tomar una sirvienta judía de aquí, que, aparte de que resultará indispensable, dada nuestra situación, conocerá las costumbres de la tierra y nos facilitará la estancia. Gracias al Altísimo, fondos no nos faltan y no tendremos problemas económicos.

La posibilidad de vivir una larga temporada en el mismo hogar con una bella joven, con tan sólo la presencia de una sirvienta, desazonaba hondamente a Zaquén. Temía a la vez la opinión que la comunidad judía sacaría de una tal convivencia.

—¿Y no pensáis en vuestra reputación? —respondió Zaquén.

—¡Mi reputación! —respondió la joven—. ¿Acaso no os contó nada mi tío de las causas que nos obligaron a mi madre y a mí a salir de Marsalia? —y al ver el gesto de Zaquén, prosiguió—. Ya veo que nada sabéis. Mejor así —y un amargo gesto se dibujó en su rostro.

Zaquén quedó intrigado, pero no quiso preguntar, pues por el ges-

to de la joven, intuía que las noticias de Marsalia debían ser muy dolorosas, y ya tenía la joven bastante con la reciente muerte de su madre. Decidió consultar con el rabino de la comunidad al día siguiente y, de acuerdo con esta decisión tomar una resolución.

El rabino aconsejó que, aparte de la sirvienta, tomasen una dama de compañía para la joven. Las noticias que obtuvo de que en caso de partir debería pasar el invierno antes de emprender el paso de las montañas Pretauro, y sobre todo, el saber que la biblioteca de Bizancio tenía una valiosísima colección de obras de Hipócrates, Pablo de Egina, Olivastos, Galeno, Alejandro de Traelles, Euclides y Ptolomeo entre otros, terminaron por decidirle a quedarse en Bizancio hasta la primavera próxima.

Durante los años 704 y 705, diferentes expediciones de los muslimes con base en Tánger fracasan estrepitosamente ante los muros de Ceuta, con grandes pérdidas de los islamitas. Hasta entonces Musa no había tenido que enfrentarse con unas fuerzas bien organizadas y con espíritu de victoria, salvo en el caso de Carthago que tuvo que sucumbir falta de apoyo de la metrópoli tras un largo asedio. La aureola de conquistador de Musa se iba eclipsando ante sus reiterados fracasos contra los godos, por lo que se vio forzado a escribir al sultán en defensa de su causa:

> *Salud y bendición a vos ¡oh Emir de los creyentes!, y a toda vuestra familia. ¡Ojalá podáis gozar largos años de la gloria, de la vida, de la protección de Alá que puede conduciros a la grandeza en este mundo y en el otro, que durará eternamente! Sabed señor, que una vez que nos apoderamos de Tánger, nos dirigimos contra las ciudades de la costa del mar, en que hay gobernadores del rey de Hispania, que se han hecho dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. La capital de estas ciudades es la llamada Ceuta, y en ella y en la comarca manda un infiel, llamado Julián, al que hemos combatido, mas tiene gente tan numerosa, fuerte y aguerrida como hasta ahora no habíamos visto; por lo que no pudiendo vencerla, hemos decidido volver a Tánger y comenzar a enviar algaras que devasten su territorio, y una vez falto de víveres y de ayuda, estamos seguros que será vencido...*

Musa ben Nusayr devastó todos los territorios de la Tingitania, por lo que ya no fue posible abastecerse de los campos circundantes, siendo necesario pedir ayuda al rey.

Tan pronto Witiza ordenó que la flota auxiliase al Comes Julián, pues las ciudades de la Tingitania se encontraban en gran necesidad, Teodo-

miro aprestó las naves en Portus Ilicitanus, cargando en ellas gran cantidad de alimentos, en forma de cereales, aceite y ganado vivo, haciéndose a la mar en mayo del 706, con diez galeras y cinco birremes. La flota fue costeando con buen tiempo hasta Malacca, donde viró para tomar rumbo a Ceuta, donde arribaron tres días después de su partida.

Todos los habitantes de la ciudad les acogieron en el puerto, en medio de un indescriptible júbilo. Al frente de la muchedumbre que les acogió se encontraba el Comes Julián rodeado de sus capitanes. Teodomiro abrazó a su antiguo amigo, al que no veía desde hacía más de trece años y en el que el tiempo y los sufrimientos habían dejado su huella hasta tal punto, que a Teodomiro le fue difícil reconocer en aquel anciano prematuro, al gallardo Julián que había conocido en su juventud.

—Tras tantos años, tenías qué ser precisamente tú quien viniese a socorrerme —dijo Julián con lágrimas en los ojos, y añadió—. El único que en toda Hispania supo desde el principio, que nos tendríamos que ver en esta situación. ¡Ay si el rey hubiese hecho caso a tus recomendaciones, no nos veríamos en esta situación!

—Mi querido amigo, de nada sirve que ahora nos lamentemos de lo que se debió hacer. Por desgracia, Dios no siempre da la clarividencia al que manda y en esto, como en tantas otras cosas, nuestros reyes decidieron lo peor. ¡Pero levanta el ánimo y volvamos a ser jóvenes, pues nada está perdido hasta el final!

—Hablando de cosas reales y perentorias. ¿Dime que víveres traes y cuál es su detalle? —cambió Julián de conversación

—Diez mil barchillas de trigo, cinco mil de cebada, mil quinientos carneros, cien bueyes y veinte vacas, a más de quinientas ánforas de aceite, cien de vino y veinte de vinagre, cien sacos de sal y cincuenta fardos de salazones —enumeró Teodomiro.

—Ordena que no se desembarque el diez por ciento de cuanto has enumerado, pues la situación de la fortaleza de Tetuán es apurada y es necesario hacerles llegar esas subsistencias —indicó Julián a Teodomiro.

—¿Y las demás fortalezas, acaso no se encuentran en necesidad? —preguntó Teodomiro, extrañado de que no se las mencionase.

—Por desgracia, una fue tomada por los muslimes, y las otras dos tuvimos que abandonarlas para reforzar las fuerzas de Ceuta, dado, además, que su defensa no podría mantenerse durante mucho tiempo. Debes tener en cuenta que hemos tenido muchos y muy feroces combates y nuestras pérdidas han sido muy elevadas, pese a que hasta ahora siempre hemos vencido. ¡Pero Dios, a que precio!

—¿Pero no has recibido refuerzos de la Bética? —preguntó Teodomiro.

—Los refuerzos que hemos ido recibiendo, apenas cubrían el diez

por ciento de nuestras pérdidas y, además, de bucelarios[1] inexpertos a los que era preciso enseñar a manejar hasta la francisca —se quejo Julián.

—Yo espero poder dejar cien voluntarios, y te aseguro, que cada uno de ellos, vale por lo menos como dos, tal es su grado de adiestramiento y valor —le informó Teodomiro.

Una vez que se dieron las órdenes oportunas para la descarga, los dos amigos abandonaron el puerto y se dirigieron al palacio del Comes.

Desde el promontorio donde estaba situado el palacio se disfrutaba una vista maravillosa de la ciudad. Por el oeste podía divisarse la puerta de la ciudad flanqueada por dos altas torres en cuyas almenas custodiaban hombres provistos de jabalinas y arqueros con sus armas en bandolera; sobre los dientes de la muralla, los escudos pendían reflejando la luz del sol, al sur la planicie tingitana se extendía hasta perderse en las colinas lejanas, cubiertas por el verdor de la hierba tachonada por el rojo de las amapolas, pero al norte, la belleza del panorama dejaba sin aliento, primero las calles sinuosas y apretadas de la ciudad que luchan contra el viento en invierno y el sol deslumbrante en el verano. Conforme se iba elevando la vista, se topaba con la bahía y los farallones del puerto, donde la flota goda se balanceaba perezosa, mientras un enjambre de personas del tamaño de hormigas, formaban fila imitándolas, mientras descargaban los buques; al fondo se alzaban las torres que cerraban la bocana del puerto, y de las que más que ver, se adivinaban las cadenas que lo cerraban, tan pronto entraban las naves amigas pero lo que terminaba de hacer aquel paisaje inigualable, era la lengua de mar con mil irisaciones del verde al azul, que servia de marco al alto monte, que en días de buena visibilidad como aquel, podía distinguirse, que era el comienzo de Hispania.

Aquí, desde la altura, se olvidan las mezquinas pasiones, se siente el hálito del Dios que nos ve, y sonríe con pena al ver que ni su pasión ha logrado enmendarnos del todo, mientras paciente soporta tanta crueldad que en su nombre, el hombre se atreve a cometer.

El éxtasis de Teodomiro fue interrumpido por un criado que le ofrecía la copa de ofrenda de bienvenida, mientras el Comes Julián se acercaba llevando de la mano a su esposa y a su hija.

—Sed bienvenido a Tingitania noble Teodomiro, aunque sea en tan triste circunstancia —dijo la señora a la vez que le hacía una cortés reverencia.

—Mi mujer y mi hija están ansiosas por preguntaros cosas de Hispania, pues hace ya mucho tiempo que no la han visitado. Yo bien habría querido enviarlas a Híspalis, pero ellas se oponen a dejarme

1 Bucelarios: Soldados.

solo en estas circunstancias, además, que el ejemplo hubiese sido desastroso, para tantos padres y maridos cuyas mujeres tienen que permanecer aquí.

—Señora, maravillado estaba contemplando el panorama que desde aquí se divisa, mas al volverme me encuentro, conque la obra de Dios en los mortales no desmerece con la de la naturaleza, pues la perfección en vos y en vuestra hija, también a Él se la debemos —dijo galante Teodomiro.

—Decidnos Teodomiro, ¿Cómo andan las cosas en la corte?, pues vuestras palabras más de cortesano que de guerrero son —agradeció la hija.

—Yo bien quisiera mi señora, deciros que todo marcha bien y que, por tanto, somos un pueblo fuerte que nada debe temer de los muslimes, mas no haría otra cosa que engañaros, pues todo son rencillas, mezquindades, afán de lucro y de poder; el rey combate contra los nobles y estos a su vez entre sí y contra el rey. Al pueblo ya nada le importa y se desentiende de estas luchas, que en nada le conciernen y que saben, siempre terminan igual para ellos, en nuevos impuestos para cubrir las pérdidas que las luchas ocasionaron. Me temo ¡y quiera Dios que en ello yerre!, que llegado el caso, si los muslimes penetraran en Hispania, el pueblo no moverá un dedo por defender, lo que en parte con razón, considera que sólo privilegios son de la nobleza. En los campos os aseguro, que ni siquiera la defensa de nuestra fe les interesa, pues poca es la que poseen, acostumbrados a ver en los clérigos, incultos y miserables, una boca más con quien repartir su magro pan.

La perorata de Teodomiro había dejado asombradas a las damas, que no esperaban esta salida del Comes, y que de él reclamaban, más que las animase, que les contase la verdad, por lo que al ver sus caras, Teodomiro les dijo afablemente mientras sonreía.

—Si os he hablado así mis señoras, no ha sido para alarmaros, sino más bien para que os deis cuenta, de la inmensa importancia que tiene vuestra valerosa resistencia en la Tingitania, pues estáis defendiendo todo el reino y no sólo estas plazas. Vuestro sacrificio tiene mucha más importancia de lo que desde aquí podéis atribuirle. Si en estos momentos cayese la Tingitania, yo estoy plenamente convencido, que sólo la flota podría a evitar la caída de Hispania, pues una vez los muslimes pasasen el estrecho, las disensiones existentes, no permitirían hacer frente al Islam, y aún me temo, que los partidarios de la casa de Chindaswinto, se aliarían con los muslimes. ¡Pero basta ya de cosas tristes, hablemos de algo alegre!

Y sin transición se puso a contar anécdotas divertidas de la corte y otras que conocía del dux de la Galaica, entre la diversión de las mujeres y el alivio de Julián, cuya cara preocupada, primero se distendió en

una sonrisa, para terminar coreando las carcajadas de las mujeres.

Teodomiro había expresado el deseo de hacer una salida de la plaza y atacar al enemigo, pues necesitaba probar a sus hombres en una lucha real, pero en la que hubiesen sido calculados todos los riesgos, ya que la importancia de la flota era tal, que hubiese sido inconsciencia por su parte exponer a sus hombres a un fracaso. El momento era apropiado, pues Julián era sin lugar a dudas el mejor estratega con que en la actualidad contaban los godos, no en vano llevaba varios años luchando contra los muslimes y siempre victorioso.

Se decidió que todas las fuerzas con que contaba Teodomiro en la flota, mezclada con veteranos de Tingitania, atacarían por tierra a las fuerzas muslimes que hostigaban Tetuán, mientras parte de la flota recalaba lo más próximo a esta plaza fuerte para abastecerla, efectuado lo cual, zarparía de nuevo manteniéndose al pairo junto a la costa, por si las fuerzas de tierra se veían forzadas a embarcarse rápidamente, si la situación se ponía peligrosa.

Teodomiro deseaba que sus tropas no fuesen embarcadas, pues consideraba necesario habituarlas a las penalidades de la marcha, antes de que entrasen en combate.

El mando de la expedición en tierra lo llevaría Julián y sólo si tenían que embarcar, pasaría a Teodomiro.

La expedición compuesta por doscientos jinetes y doscientos peones, salió al amanecer sin que la detectara el enemigo, pues veinte horas antes, zarpó la flota con rumbo a Tánger, para hacer creer a los muslimes que se iba a efectuar un ataque a esta ciudad. En la flota se había embarcado a casi todos los bucelarios, salvo aquellos que tomarían parte en la verdadera expedición a Tetuán, los cuales quedaron guardando la ciudad. La orden que tenía el arconte al mando de la flota era muy simple; debería navegar lentamente junto a la costa. Una vez ante Tánger, se desplegaría en orden de batalla quedando al pairo guardando posiciones. Al caer la noche, se encenderían el máximo de luces posible a bordo de las naves y al alba, la flota partiría a la máxima velocidad rumbo a Ceuta, donde parte de la flota atracaría, mientras el resto, después de haber desembarcado a los bucelarios, continuaría hasta las proximidades de Tetuán para abastecerla y salir de inmediato aguardando las indicaciones de las fuerzas de tierra.

La estratagema dio tan buen resultado, que incluso las fuerzas muslimes que acosaban Tetuán fueron avisadas del ataque que efectuaban los cristianos a Tánger, por lo que levantaron el campo y partieron en socorro de las fuerzas que defendían Tánger.

Las fuerzas cristianas, conscientes de su reducido número y, por tanto, de lo importante que para ellas significaba el factor sorpresa, habían

destacado un gran número de exploradores a fin de no ser sorprendidas por el enemigo, por lo que pudieron ser informadas con tiempo de la columna muslim que se dirigía hacia Tánger a marchas forzadas y donde la caballería se había adelantado a la infantería. El Comes Julián tuvo tiempo suficiente para cortar el paso de la caballería islamita y tenderle una emboscada. La sorpresa de la caballería enemiga fue completa, pues se encontraba ignorante de la columna que se dirigía hacia Tetuán; atacada por sorpresa, el desconcierto que se produjo entre sus filas fue tan grande, que obstaculizándose entre sí mismo, dieron todas las facilidades a los cristianos, quienes hicieron una verdadera carnicería entre sus filas, hasta tal punto, que de cerca de seiscientos jinetes, sólo pudieron huir cuarenta, mientras las pérdidas cristianas se redujeron a diez muertos y treinta heridos. Después de atar a los prisioneros, se dio la orden de que nadie desmontase para coger botín, pues este sería recogido por los cuarenta hombres que se dejaron custodiando a los heridos, y luego sería repartido entre todos.

La fuerza, ahora toda de caballería gracias a los caballos que se había tomado a los muslimes, partieron al galope a fin de alcanzar a la infantería bereber. Se tomó precauciones a fin de evitar caer a su vez en una emboscada, destacando una fuerte avanzadilla ampliamente dispersada. Se suponía que las fuerzas enemigas, avisadas por los jinetes que habían logrado escapar, intentarían alcanzar los montes próximos a Tetuán, para así poder hacerse fuertes con probabilidades de éxito en su lucha con la caballería cristiana. Se trataba, por tanto, de una carrera, de la que dependía el resultado final de la batalla. Si los bereberes lograban alcanzar las montañas, atacarlos hubiese sido una locura, pero si se tomaba contacto con ellos en el llano, la victoria era segura.

Tras una hora de marcha se encontraron los carromatos de vituallas con muestras de haber sido abandonados apresuradamente. Por las huellas dejadas, se confirmó que los berberiscos se dirigían a las montañas, por lo que se formó un batallón con los jinetes más veloces, a fin que interceptasen al enemigo pero con la orden de no entablar combate hasta la llegada del grueso de las fuerzas, las cuales redujeron su marcha para llegar lo más frescas posibles al combate. Tal como estaba previsto, la avanzadilla goda tomó contacto con el enemigo media hora más tarde, rehusando el combate con los cuarenta jinetes berberiscos, pero consiguiendo que la infantería detuviese su marcha y se dispusiese en orden de batalla.

El Comes Julián ordenó que sus fuerzas rodeasen al enemigo sin atacarle, pues era preciso dar reposo a las cansadas cabalgaduras y sus maltrechos jinetes, en los que el cansancio de la jornada se había dejado sentir. Los muslimes al ver que los godos no atacaban, deshicieron

su orden de batalla y en perfecta formación emprendieron el camino de las montañas, precedidos de sus cuarenta jinetes, mientras la caballería cristiana les seguía de cerca con sus monturas al paso lento. Así, se mantuvieron las posiciones durante bastante tiempo, en el cual, la distancia a los montes fue disminuyendo, hasta que ésta se hizo tan reducida que los muslimes avivaron la marcha, tan cerca se encontraban de su salvación que terminaron por salir corriendo a la vez que desordenaban sus líneas, momento este en que Julián dio la orden de ataque, dejando un pasillo libre hacia las montañas, de forma que los bereberes no se volviesen y se aprestasen a la lucha. Más que una batalla resultó una cacería en la que los muslimes eran alanceados por la espalda o sus cuellos cercenados por la nuca, con los precisos golpes de la francisca. Sólo un tercio de los novecientos hombres que formaban la infantería muslim pudo salvarse encontrando refugio en las montañas, mientras únicamente cinco cristianos encontraron la muerte.

Inmediatamente se ordenó que cincuenta hombres saliesen en busca de los carromatos y siguiesen a recoger el botín y prisioneros que se había hecho a la caballería, mientras el resto de las fuerzas recogían el botín de la infantería.

Era ya noche cerrada cuando la columna cristiana alcanzó Tetuán, donde se sentían muy preocupados por la suerte que habría tenido la expedición. La alegría de los sitiados fue enorme y su moral creció hasta cotas insospechadas, al conocer el casi total exterminio de las fuerzas que los tenían sometidos a sitio y poder comprobar que los godos, no sólo eran capaces de permanecer a la defensiva, sino también, pasar al ataque y ocasionar grandes pérdidas al enemigo, como había sucedido en aquella ocasión.

Al amanecer llegaron los porteadores de la flota que se había destinado a Tetuán con un considerable retraso sobre el previsto, pues se levantó un fuerte temporal de levante, que les hizo muy penoso el avance a remos.

Con la llegada a medio día de las fuerzas enviadas a recoger el botín y los prisioneros, la alegría en Tetuán fue indescriptible, organizándose una fiesta improvisada, de la que tan necesitados estaban los sitiados.

En total se habían hecho doscientos prisioneros, cincuenta de los cuales eran árabes y el resto bereberes, las fuerzas godas habían tenido sólo quince muertos y cincuenta heridos, de los cuales, únicamente veinte graves, mientras las pérdidas muslimes se elevaban a más de mil cien hombres. Con todo, el mayor éxito de la expedición, fue la inyección de moral que los defensores de Tetuán y Ceuta recibieron, ya que era la primera ocasión en que las fuerzas godas pasaban al ataque, pues todas las anteriores victorias obtenidas, habían sido como consecuencia

de acciones defensivas. Por otra parte, el posterior canje de prisioneros con los muslimes, a la vez que reforzaba la moral al ver que existía la posibilidad de salvarse aún en el caso de ser hechos prisioneros, representó un considerable refuerzo para las ciudades sitiadas.

Después de aquella acción, se vio claro, que mientras la flota asegurase el abastecimiento de las plazas sitiadas en la Tingitania, pudiendo reponer las pérdidas, éstas podían sostenerse indefinidamente. Teodomiro y Julián acordaron, que cada tres meses, una parte de las fuerzas que defendían Ceuta y Tetuán serían enviadas a la península, y sustituidas por fuerzas de refresco, con lo que se conseguiría que el efecto de un largo confinamiento no se dejase sentir, con lo que la moral de los soldados sería alta. Además, se reforzarían las defensas de las plazas durante los períodos de tranquilidad, evitando con ello la molicie de una larga inactividad de los bucelarios. Por otra parte, la flota establecería un fondeadero en la rada de Algeciras, aprovechando sus magnificas condiciones como refugio, con lo que la conexión con la península quedaba asegurada.

Como tantas veces sucede en la historia, Tarik que se encontraba al mando de las fuerzas islamitas en Tánger, fue informado que las fuerzas godas al mando de Teodomiro, Comes de Aurariola y Arconte de la flota, habían derrotado por completo a las fuerzas que acosaban Tetuán, por lo que la victoria, en su mayor parte debida a la habilidad de Julián como general, fue atribuida por éste a Teodomiro, en el largo informe que envió a Musa, en aquel momento en Ifriqiya. Así fue como entre los árabes de Ifriqiya, comenzó a extenderse la fama de valor y astuto estratega de Teodomiro, del cual se conocía que había derrotado a los bizantinos en la batalla de Carthago Spartaria.

Teodomiro pasó a Algeciras, y mientras dejaba a sus hombres construyendo el embarcadero proyectado en esta rada, se dirigió a Híspalis, acompañando a la mujer y la hija de Julián, a quien había convencido de la necesidad que tenían las mujeres, de salir temporalmente de la ciudad sitiada y poder disfrutar un poco de la paz en Hispania.

La noticia de la victoria obtenida por las fuerzas godas sobre los muslimes había precedido a Teodomiro, por lo que se le dispensó una triunfal acogida en Híspalis, donde el dux de la Bética, Roderico, salió a recibirle al frente de una lucida comitiva, mientras el vencedor era aclamado por el populacho a su paso por las calles de la ciudad del Betis.

Tras una corta estancia, durante la cual fue agasajado como un príncipe, y luego de acordar con Roderico las medidas para ayudar a las plazas de la Tingitania, Teodomiro volvió a Algeciras, partiendo poco después para Aurariola, dejando dos trirremes y dos galeras de transporte, para asegurar la conexión con Ceuta, ya que los muslimes sólo

tenían en aquella zona una vieja birreme, fuerza a todas luces incapaz de representar un peligro.

Habían transcurrido dos años desde que Zaquén partió de Aurariola. Durante el invierno del 705, Zaquén consiguió, pagando un elevado precio, que se le permitiese el acceso a la biblioteca del Palacio de Tauroleón, con autorización a consultar los manuscritos más preciados. Si bien no pudo conseguir comprar ninguna copia de los mismos, él personalmente pudo tomar amplias notas de cuanto estudiaba y se sintió feliz y agradecido a Esther que le había permitido con su insistencia, tener aquella ocasión única de aprender el saber de tanto sabio. De estos escritos, no existía en Occidente copia alguna. Los años de saqueo y rapiña que siguieron a la caída del imperio romano de Occidente, con el paso de los pueblos, suevos, vándalos y alanos, para por último asentarse en Hispania los godos y en la Galia los francos, en el norte de Italia los lombardos y más al norte los eslavos, los croatas, los avaros, serbios, magiares, búlgaros, pechenegos y cózaros, habían hecho desaparecer todo vestigio de la cultura antigua al quemar y destrozar cuanto escrito encontraron, en su afán de encontrar oro y joyas. Zaquén se consideraba un hombre afortunado.

Sus relaciones con Esther habían pasado por grandes altibajos. Habían tenido incluso momentos de gran intimidad, mas cuando estaban a punto de llegar a algo más, Esther le rechazaba y ponía entre ellos un muro de frialdad, que les volvía a alejar.

Llegada que fue la primavera, Esther le urgió a ponerse en camino. Por intermedio de la colonia judía, compraron tres asnos y un camello, y una vez equipados y aprovisionados partieron a la nueva aventura. Atravesaron el Brazo de San Juan, y allí tras atravesar el Cuerno de Oro, alquilaron unas barcazas que transportó la caravana en que se habían integrado a través del estrecho. Poco después llegaron a Pelecanon, tras pasar un erial cubierto de cascajos y colinas bajas de pedernal. El calor era mortal y se entiende que nada creciese sobre aquel suelo dejado de la mano de Jehová. Éste es el aspecto con el que Anatolia recibía a la caravana. Los burros que montaban eran fuertes, pero de baja alzada, de forma que los pies de Zaquén casi arrastraban por el suelo.

La primera vez que Esther vio al jinete, no pudo por menos que reír burlona, tan cómica era la pinta que llevaba. Zaquén saltó a tierra enfurecido al ver que era objeto de burla para ella, pero poco después se puso a su lado llevando a su burro del ronzal. Miró fijamente a la joven con tal intensidad que hizo que ésta enrojeciese vivamente.

—¿Siempre tenéis estos colores, o se debe al aire que azota vuestras mejillas? —preguntó Zaquén sonriendo.

Azorada la joven tiró de la rienda derecha del ronzal, y el asno al ver que le enfrentaban a una mata de espino frenó bruscamente su marcha dando a la vez un salto lateral. Esther sentada de costado sobre el lomo del animal salió disparada, yendo a caer sobre los brazos que instintivamente extendió Zaquén. Sus mejillas chocaron y, el hombre sin pensarlo, besó a la joven mientras la dejaba con suavidad en tierra. Ella no se separó de sus brazos hasta que un momento después, huyó precipitadamente, no sin antes devolverle el beso en la mejilla. Nada se dijeron, pero el resto de la jornada se les notó nerviosos y algo atolondrados. Por la noche, Zaquén montó la tienda de piel de cabra que transportaba sobre el camello, mientras él se envolvió en la manta de camello.

Toda la noche estuvo soñando con Esther. En sus sueños la veía dulce y cariñosa y, hasta en un momento dado, devolvía sus besos frenéticos, hasta que al sentirse mojado por el placer intenso que le proporcionó, despertó en la fría madrugada.

Aquella noche habían acampado entre colinas, en el llamado paso de Nicea. El sol saliente iluminaba las flores silvestres, muchas de ellas desconocidas para él: brotes en forma de corazón de todos los colores, flores de ascidio cargadas de néctar y minúsculos capullos morados con el centro dorado. Zaquén no pudo vencer la tentación, y recogió un ramito de flores silvestres, que dejó junto a la cabeza dormida de Esther, aprovechando una abertura de la tienda.

Cuando la caravana volvió a ponerse en marcha, ella le preguntó:

—¿Por qué lo hicisteis?

—¿El qué? —respondió Zaquén.

—Bien sabéis a qué me refiero. Las flores.

—No podría decirlo, tuve el impulso y lo hice. Eso fue todo.

—¿Y no tiene ningún otro significado? —preguntó ella.

Él la miró y le cogió la mano. Una sensación muy dulce le recorrió el cuerpo, y de pronto ella supo que Zaquén la amaba. En una reacción incomprensible, se soltó de él y montó en el asno, que protestó al sentir el peso sobre sus lomos. Irritado, Zaquén se retrasó hasta el camello y amoldó su paso al del animal cogiéndole del ronzal.

Llegaron a Nicea[1], bordeando el lago durante un trecho del camino. Nicea es una ciudad extraña, abundan los cristianos griegos, pero también hay gran cantidad de armenios, sirios y judíos. Dado que la caravana se detendrá un día aquí, Esther y Zaquén preguntaron dónde se

1 Nicea: Ciudad muy significativa para los cristianos por el concilio que lleva su nombre, así como, por el credo que se reza en la misa.

reunían los judíos, y fueron aquella tarde a la sinagoga. Se les recibió calurosamente y fueron informados de todas las sorpresas que les depararía el camino por andar. Igualmente se les dieron nombres de judíos a los que podrían dirigirse al llegar a Tarso.

Aquella noche se hospedaron en una posada y pudieron disfrutar de una buena cena. No les importó que la comida no fuese *kasher,* puesto que los viajeros se podían permitir libertades.

Al final de la cena, el poco vino que tomaron, creó un ambiente de intimidad y calidez entre ellos. Esther que rara vez había tomado vino, se sintió más locuaz que de costumbre. Cuando Zaquén miró a otra mujer que se sentaba en una mesa próxima se sintió ofendida ante el asombro de Zaquén.

Al retirarse a sus habitaciones, Zaquén la besó con suavidad en la puerta, sin que ella rechazase su beso. Zaquén entró en la habitación perdiendo el control sobre sí mismo. Ella rió del atrevimiento de él, pero no rechazó sus brazos y respondió a sus besos con ardor. Desasiéndose de sus brazos le dijo:

—Nunca lo hice y tengo miedo.

—Sólo nos besaremos y exploraremos cada uno el cuerpo del otro. ¿No sentís curiosidad? —dijo tenso Zaquén.

Comenzó a desvestirla mientras ella reía de su torpeza, quitando sus manos que amenazaban romper su corpiño. Al sentir sus manos libres, Zaquén se apresuró a desvestirse y antes aún de estar desnudos por completo cayeron abrazados sobre el jergón de paja que hacía las veces de cama en aquella posada. Sus maneras de comportarse indicaban a las claras, que ambos eran inexpertos en el amor. Zaquén había estado en alguna ocasión con rameras, y en esos casos, eran éstas quienes le habían guiado en todo; pero sí sabía por su profesión y por múltiples comentarios, que el acto podía llegar a ser muy traumático en algunas mujeres, así que se propuso obrar con suma delicadeza. Esperó a que sus caricias llevasen a Esther muy próxima a la excitación final, y fue entonces cuando se introdujo en ella. Al primer signo de haber llegado al himen se detuvo y presionó con delicadeza inmovilizándose. —¡Sigue! ¡sigue!— le apremió ella y viendo que permanecía inmóvil, fue ella misma la que, echando el pubis hacia arriba bruscamente, hizo que él se introdujera en ella por completo. Ambos se lanzaron sin freno a la plenitud. Permanecieron quietos aun mucho después de haber consumado el acto, hasta que su respiración jadeante se apaciguó y su corazón dejó de golpear como un tambor, yaciendo uno junto al otro sin que sus mentes pudieran pensar en otra cosa que, en el intenso placer que acababan de gustar.

—¿Y ahora qué? ¿Soy acaso tu mujer? Mi madre me decía que cuan-

do una mujer conoce a un hombre, es para siempre su mujer. Dime, tú me has conocido, ¿soy tu mujer?

—Si tú y yo, en este momento, elevamos nuestro corazón a Jahvé y le decimos: «Tú eres mi señor y, ante ti, tomo a esta mujer como mi esposa», la unión estará consumada. Así que repite conmigo —y ella le aceptó ante el Altísimo como su hombre.

A la mañana siguiente, cuando Zaquén intentó hacerla de nuevo suya, ella le rechazó sin querer dar explicación del por qué.

Se incorporaron de nuevo a la caravana en dirección a Dorilea. De Dorilea partían tres caminos que se dirigían a Oriente. El situado más al norte se adentraba directamente en el país de los turcomanos y los kurdos; el central, atravesaba un gran desierto de sal, donde les informaron que no existía ningún pueblo y donde no se podía encontrar agua. Era el más corto hacia Antioquía, pero el más peligroso. Por último, el camino del sur, era más largo si no se optaba por llegar a Tarso; bordeando el desierto de sal y permitiendo obtener provisiones.

Tomaron el camino del sur en dirección Iconio. Atravesando una tierra sin sombra, azotada por el sol y los vientos que impedían crecer la vegetación, salvo los espinos. La tierra parecía yeso y se deshacía entre las manos. Caminaron cubiertos del polvo que levantaba quien le precedía. Cuando el viento soplaba de costado, se agradecía pues evitaba el polvo, aunque desde lejos, parecía como si una nube blanca se hubiese pegado al suelo y marchase a través de la inhóspita llanura.

Zaquén había preguntado varias veces a Esther si la había lastimado. Ella siempre respondía con una negativa de cabeza, sin querer dirigirle la palabra, hasta que Zaquén se cansó de insistir, decidiendo esperar a que aquel comportamiento irracional terminase, y fuese ella quien le dirigiera la palabra.

Murió un asno. Cuando comprobaron a mitad de travesía que no tenían agua para los tres burros, decidieron repartir la que quedaba entre los dos más fuertes, quitándole la ración al más débil. La consecuencia es que hubo que sobrecargar a los otros animales. Por suerte, el camello admitía aún una carga suplementaria, pues no había sufrido la sed.

Cuando se acabaron las marismas, encontraron ante sí una tierra reseca y cubierta de espinos. Los animales tenían sed. El que mejor lo soportaba era el camello, había aprendido a arrancar los espinos con los dientes, tras lo cual comía con fruición los tallos marrones que parecían estropajo. Los asnos eran más torpes, pero su necesidad de agua les forzaba a imitar al camello. Incluso las personas probaban fortuna, ya que la humedad de los tallos resultaba gratificante frente al agua recalentada de los odres.

Todos los viajeros metían el turbante o cualquier tela en los charcos de agua salobre, y a la vez que refrescaban sus cabezas, poniéndose el tejido húmedo protegiendo la nariz y la boca del terrible polvo blanco que les acompañaba. Poco después atravesaron un terreno de cañas silvestre, los tallos eran más fáciles de masticar que los de los espinos.

Durante tres días, comenzaron a subir las primeras estribaciones de los montes Pretauro. El calor intenso fue sustituido por una atmósfera cada vez más fría. En lo alto encontraron un manantial donde todos, animales y personas, se apresuraron a saciar su sed. Muchos de los viajeros se quitaban la túnica metiéndose en las frías aguas, lavando el polvo blanco que durante tantos días les había atormentado.

Luego, las lluvias llegaron de pronto. Frías y continuas, mojando a todos. El frío era tan intenso y tan impropio de la estación en que se encontraban que el sufrimiento les atenazaba. Empapados y ateridos, continuaron el camino apresurando la marcha hasta el límite de lo prudente. Sólo al acampar y montar la tienda por la noche se sintieron protegidos de la inmisericorde lluvia.

Tan pronto coronaron las últimas alturas, ante ellos se presentó un fértil valle alargado, y que poco a poco se iba ensanchando, cruzado por arroyos y cubierto de árboles. A la cabeza del valle se encontraba Iconio. Ciudad rodeada por bajas murallas de piedra coronada por torres de madera. Sus habitantes eran en su mayoría armenios, y recibieron a la caravana amigablemente.

Fue en Iconio donde Zaquén decidió que no podía seguir soportando el silencio de Esther y la interpeló con voz dura.

—Comprendo que nuestro acto de amor y nuestro matrimonio pudieran ser para ti una decisión apresurada. Pero fuiste tú quien consumó el acto de amor, lo mismo que tú quien me indujo a tomarte por esposa; entonces ¿por qué te comportas de una forma tan desequilibrada? ¿Por qué rechazas dirigirme la palabra? Habla, explica tu conducta, ¿acaso no me amas? ¡Responde!

Se vio cómo Esther vacilaba, como si no estuviese segura de qué decisión tomar, hasta que marcando su mandíbula y con unos ojos brillantes, respondió:

—No, no te amo.

—¿Y si no me amas, por qué me indujiste a tomarte por esposa? —respondió Zaquén enfurecido.

—Necesito alguien que me proteja, ¿no lo entiendes? Mi madre ha muerto y tengo el presentimiento que mi padre también ha fallecido. ¡Necesito un esposo que me cuide!

Zaquén no quiso responder en aquel instante. Conocía que la ira

hacía decir palabras de las cuales luego puede uno arrepentirse, y decidió madurar su pensamiento antes de tomar una decisión. Se apartó de Esther diciéndole:

—Si deseas que te protejan, ese mutismo y hacerte antipática, no es el mejor camino para conseguir tu propósito.

Partieron para Heraclea después de descansar dos días en Iconio. Ante la caravana se elevaban las montañas que los Armenios llamaban Antitauro; con ánimo preocupado por las noticias que les dieron, de que eran escarpadas y peligrosas, con caminos que atravesaban las gargantas más elevadas, que apenas podían considerarse caminos de cabras. Los armenios les prestaron dos guías, pues equivocar el camino podía arrastrar grandes peligros y pérdida de tiempo. Atravesar los pasos llamados Puertas de Cilicia y luego las Puertas de Siria, resultaría penoso y peligroso. Pese a los consejos de los guías, varios viajeros dejaron sus reatos de asnos atados, una de las reatas cayó entera por un precipicio, al precipitarse uno de los asnos, arrastrando consigo a los demás. Por consejo de los más entendidos, dejaron a los animales sueltos no obligándoles con las riendas, ya que su instinto y equilibrio suele ser más seguro que el de las personas.

Había sido duro el camino y el ánimo era triste pese a que Tarso se encontraba a la vista. Tanto las personas como los animales dieron testimonio de las fatigas padecidas. Flacos, nerviosos, con grandes ojeras y ropas andrajosas; diríase que eran condenados y no personas libres que estaban alcanzando el fin de la etapa más penosa.

Tarso era la última gran ciudad aún en poder del imperio de Bizancio. Poco después de Tarso, casi delimitado por los montes Tauro, comenzaba el poderío del Islam. Las tierras que otrora pertenecieran a los cristianos, les fueron arrebatadas por los califas omeyas.

Por fin se alcanzó Tarso, ciudad ligada al apóstol Pablo. Para los cristianos tenía tanta importancia como Antioquía, primera capital del Cristianismo. La mayoría de sus habitantes eran armenios cristianos y griegos. La colonia judía era amplia y bien organizada. El *rabbenu* los recibió con muestras de simpatía y les alojó con una familia judía.

Tal como tenía previsto Zaquén, se hizo cortar sus largas melenas y rizar dos preciosos bucles *(peoth*[1]) enmarcando su frente. Compró un rico casquete de cuero y una túnica en consonancia; compró también nuevos trajes para su mujer Esther y decidió consultar con el *rabbenu* de Tarso su situación con su mujer, puesto que ésta seguía sin querer comportarse como una desposada.

—Si todo es como me has explicado —le respondió el *rabbenu*— sólo te queda repudiarla. Está escrito que la mujer debe de comportarse

1 *Peoth:* Bucles ceremoniales.

como una buena esposa y dar hijos al marido, puesto que de una pareja debe nacer el Mesías.

Después de pensárselo mucho, Zaquén decidió seguir el consejo de *rabbenu*, mas su buen corazón parecía reprocharle la decisión tomada. Dejó, el comunicarle su propósito para una ocasión más propicia, ya que al día siguiente embarcarían en un bote de pesca con dirección Alejandreta.

Las últimas penalidades padecidas por tierra, le habían hecho olvidar los sufrimientos soportados en la larga travesía de Portus Ilicitanus a Brindisi. Estaba convencido que el terrible mareo no le atacaría de nuevo, y temía, además, el momento de enfrentarse a los islamitas. Por las referencias e informes que le comunicaron los judíos de Tarso, los árabes se creían obligados a insultar a los judíos, pero en rara ocasión se metían con ellos, si como estaba establecido vestían el chal amarillo.

Vendieron los asnos y el camello, puesto que Zaquén había decidido comprar un carromato en Alejandreta o Antioquía. Esta decisión la había tomado cuando supo que en el camino que les restaría hasta llegar a Jerusalén no encontraría grandes elevaciones.

La razón por la que los pescadores habían aceptado llevarlos a Alejandreta y no a San Simeón, puerto éste que estaba más próximo a Antioquía, se debía a que no deseaban navegar perdiendo la vista de la costa, así que tuvieron que resignarse y cambiar sus planes.

Los pescadores eran armenios, mientras que los seis pasajeros que apretujados y sentados en el fondo de la barca, sólo sacaban la cabeza por encima de la regala, eran todos judíos. En sus caras se veía la ilusión que sentirse tan cerca de Israel, les producía.

—Nos preguntamos cómo ningún judío puede sentirse feliz de llegar a unas tierras dominadas por los ismaelitas. ¿Acaso no sabéis con qué inquina nos tratan, a los creyentes de las otras religiones del «libro»? —les preguntó el patrón del bote.

En un principio Zaquén estuvo tentado de explicarles que volver a la ciudad de Jerusalén era algo semejante a la peregrinación que los árabes estaban obligados a hacer a La Meca, y añadir que, los cristianos en muchos lugares trataban mucho peor a los judíos de lo que lo hacían los islamitas, mas comprendió que los armenios no podrían creer que tal cosa sucediese.

Antioquía se encontraba fuertemente fortificada por unas murallas inexpugnables, macizas, coronadas por centenares de torres fuertemente pertrechadas. La sensación de descorazonamiento que debía producir a todo ejército que se acercara con ánimos hostiles, era imaginable, mas para los viajeros que bordeando su lago se acercaban, formando una pequeña caravana, la impresión resultaba francamente

reconfortante, pues sugería seguridad y descanso. Los cristianos no podían por menos que pensar, en que aquella ciudad había sido la primera capital del Cristianismo. Allí Pedro el primer Vicario de Cristo, asentó su sede durante cierto tiempo, antes de decidir pasar a Roma. Fundada por Seleuco I Nicator, 300 años antes de Cristo, siempre tuvieron buenas relaciones con los judíos hasta que Antioco III llamado el grande, derrotó a Ptolomeo V y se apoderó de Palestina. Aquella noche, en el seno de la comunidad judía, Esther, Zaquén y el resto de los viajeros judíos, volvieron a escuchar, pero esta vez con ánimo sobrecogido, la historia de los Macabeos.

«...y entonces, el rey seleucida Antioco IV, llamado Epífanes, ordenó saquear y profanar el templo de Jerusalén, y no pareciéndole suficiente saqueó la ciudad, la entregó a las llamas y derribó las casas y muros que la cercaban. Llevaron cautivos a las mujeres y los niños y se apoderaron de los ganados. Ordenó pena de muerte por todas las ofrendas del culto judío. Destruyó las escrituras y mandó adorar a Zeus y otros dioses en el templo de Jerusalén. ¿Fue la primera persecución religiosa de la historia?

Pero entonces el sacerdote Matatías se sublevó, y con sus cuatro hijos logró escapar a las montañas, donde se le unieron un montón de fieles, organizando una enconada guerra de guerrillas. Al morir Matatías, tomó el mando su hijo Judas, llamado Macabeo (Martillo) luchando fieramente derrotó a los seleucidas. Judas Macabeo conquistó Jerusalén en el año 164 a.C. y en el 167 a.C. derogó las órdenes dadas por Epífanes, y en el 142 a.C. se obtuvo la libertad política de Siria.»

Aquella noche, olvidando sus propósitos, Zaquén intentó de nuevo una aproximación a Esther, pero fue rechazado; sí es cierto que con menos brusquedad que otras veces, mas no por ello dejó de sentirse vejado. De Antioquía partían dos rutas de caravanas: la del este, que se dirigía a Mesopotamia y la del sur, que pasaba por Tiro y Jerusalén, donde se bifurcaba, yendo una hacia Mesopotamia y la otra hacia la península arábiga, pasando por Medina y la Meca, y terminando en Marib (Saba).

Por fin la caravana alcanzó Tiro y allí, la imaginación se desbordó rememorando las hazañas de esta pequeña ciudad, cabeza del reino marítimo más poderoso de la antigüedad conjuntamente con Sidón madre de Carthago, que fue fundada por Dido-Elisa. Esta ciudad fenicia logró resistir durante ocho meses el asedio de Alejandro Magno. Antes había resistido el asedio de Nabucodonosor durante trece años, gracias a que abandonó la ciudad en el continente, destruyendo el dique que unía la isla con tierra, Jezabel, hija del rey de Tiro, casó con Acab de Israel.

Zaquén, sentía revivir los libros que había estudiado de la historia del pueblo judío y una emoción muy especial le embargaba. Habría sido feliz, si el problema de Esther no le hubiese hecho volver a la rea-

lidad. El fin de su gran peregrinación se produciría en pocos días, ya que la caravana tras pasar por Acre y Haifa se encontraba acampada muy cerca de Cesaréa. Los cristianos que iban en la caravana, invocaban las Sagradas Escrituras. San Pablo predicó en Acre y fue juzgado y encarcelado en Cesaréa. Quien gobernaba en Cesaréa era Herodes, representante de Octavio César Augusto, durante cuyo reinado nació Cristo. En esta ciudad San Pedro bautizó al discípulo Cornelio. Todos se encontraban en tierra santa, ya fuesen judíos, cristianos o mahometanos, los representantes de las religiones del libro.

La vegetación, tan grata en la costa, se había hecho más escasa, el aire más seco, delante de la caravana se encontraba el desierto que tendía sus dedos oscuros hacia las montañas. El camino que conducía a las montañas de Judea, se empinaba. Siguieron el camino de Emaús, donde Cristo encontró a sus dos discípulos una vez resucitado. Era la tierra de Cristo, no lejos se encontraba Belén.

Acamparon aquella noche en la cima de lo que los peregrinos cristianos llaman la cumbre de Montjuic. A la tenue luz de la luna se divisaba la Ciudad Santa. Sus murallas angulares resplandecían con las antorchas de la ciudadela, la torre de David, era una luminaria de mil ventanas encendidas y, en la cima, la parte superior de la Cúpula de la Roca, resaltaba bajo la luz de la luna.

La antigua Urasalim, citada desde finales del tercer milenio antes de Cristo en las fuentes sirias y egipcias. La capital de los yebuseos, pequeña en aquel entonces, ocupaba una situación estratégica muy favorable. Situada en una colina entre el valle de Cedrón y el valle de Sarar[1], y el inclinado valle de Gehena, a una altura sobre el Mediterráneo de unos 1600 codos, bendecida la acrópolis de una fuente que manaba todo el año, en la cima del monte Olef, llamada la fuente de Guijón, se encontraba ante los admirados ojos de la caravana. Sus murallas que en la parte sudoeste atravesaban el monte de Sitón, eran dobles; la exterior era baja y gruesa, separada de la interior por un ancho foso seco, ambas tan altas como las de Antioquía. Eran de torres bajas y cuadradas con arpilleras angostas. Estas murallas fueron reconstruidas en diferentes ocasiones; la última después que Tito, en el año 70 d.C. arrasara por completo la ciudad.

En el siglo XV a.C. la ciudad fue conquistada por Tutmosis III. En los conflictos armados con Josué, el rey Adonisedeck fue muerto, pero su ciudad se defendió con éxito, siendo reconquistada por el rey David alrededor del año 1000 a.C. al penetrar el general Joab en la ciudad por el túnel que los yebuseos habían construido para llegar a la fuente de Guijón.

---

1 Sarar: Los griegos lo llamaron *Tyropoion* «valle de los fabricantes de quesos».

El rey Salomón amplió la ciudad hacia el año 975 a.C. construyendo su palacio en el lugar en que actualmente se levanta la mezquita de El Aqsa. Bajo el mandato de Ezequías, se amplió la ciudad y sus murallas hasta las laderas del valle de Hinnon, año 697 a.C., construyéndose además un largo túnel que unió la fuente de Guijón con el estanque de Siloé. Estas construcciones impidieron que el año 701 a.C. Senaquerib rey de los asirios, pudiera tomar la ciudad, pero no impidieron que Nabucodonosor en el año 587 a.C. destruyera la ciudad y el templo llevándose a la población al exilio babilónico. El año 520 a.C., Ciro, rey de Persia, derrotó a Babilonia, reconstruyéndose de nuevo el templo y parte de las murallas.

Antioco IV, seleucida, saqueó la ciudad y el templo. El año 37 a.C. el Senado romano otorgó el reino a Herodes el grande, quien comenzó a reconstruir el templo el año 20 a.C. y sólo fue terminado el año 64 d.C. enormemente ampliado. El año 70 d.C. Tito arrasó Jerusalén y el Templo, el cual nunca más fue reconstruido.

Fue sólo a principios del año 707 que Musa reconoció la imposibilidad de apoderarse de Ceuta, mientras esta fuese aprovisionada por mar en hombres y vituallas, por lo que solicitó del sultán, a través del walí de Egipto, que fuesen enviadas fuerzas navales. El Emir de los creyentes sólo pudo enviarle dos birremes, pero le ordenó que mandase construir diez naves más, con lo que tendría fuerzas suficientes para enfrentarse a la flota goda, y tomar de una vez la ciudad de Ceuta.

En el mes de agosto del 707, cuando dos galeras de transporte escoltadas por las dos birremes se dirigían a Ceuta para efectuar el rutinario avituallamiento de la ciudad y transportar las fuerzas de refresco, fueron sorprendidas por la recién creada escuadra islamita, que hundió las dos trirremes godas y se apoderó de uno de los transportes mientras el segundo transporte logró entrar en puerto, con tiempo suficiente para que las cadenas de entrada en el puerto, pudiesen ser izadas de nuevo, evitando que la flota muslim se introdujera en él, mientras la población asistía impotente a la batalla que se desarrollaba a su vista.

Cuando la noticia del desastre llegó a Oriola, Teodomiro quedó hondamente preocupado, pues siempre había pensado que el sultán, empeñado en sus eternas luchas con Bizancio, nunca distraería fuerzas navales para enviarlas a la Tingitania. Al saber posteriormente que diez de las naves muslimes, habían sido construidas en Ifriqiya, no pudo por menos que acusarse de negligencia, por no haber previsto aquella posibilidad, y, por consiguiente, montar la red de informadores necesaria, que le tuviese informado de las actividades navales del enemigo.

Si el fondeadero de Algeciras hubiese estado fortificado y ofreciese un refugio seguro, con tan sólo dos o tres naves, se podría romper el bloqueo que sufría Ceuta, pues dada la corta distancia que separaba Ceuta de Algeciras, aprovechando un buen viento se podría rehuir la vigilancia de la flota enemiga; mas con esto no se podía contar y se hacía necesario un enfrentamiento total. Por otra parte, las fuerzas de que disponía, eran sensiblemente iguales a las de la flota muslim, mas en su contra tenía, que más de la mitad de sus barcos eran viejos, pues Witiza, en vista del gasto que el sostenimiento de Ceuta le ocasionaba, no había permitido la construcción de más buques. A todo esto había que añadir, que sus tripulaciones y fuerzas habían disfrutado de un período muy largo de molicie, y no se encontraban suficientemente entrenadas, de lo cual él era el único responsable.

Pronto se impuso a su desánimo inicial y se dieron órdenes urgentes para que todas las naves viejas fueran varadas y se procediese a un rápido calafateo, mientras los palos y jarcias eran sustituidos por otros nuevos. A la vez, el resto de las naves con sus dotaciones de guerra completas, debían hacerse a la mar y permanecer una semana en alta mar haciendo toda clase de maniobras, formando dos flotas y simulando ataques entre ellas, para poner sus hombres otra vez en perfectas condiciones de combatir. Las tripulaciones en tierra, deberían estar sometidas a un intenso entrenamiento con las armas, y hacerse a la mar tan pronto los barcos fuesen calafateados. Los capitanes deberían obrar con el máximo rigor exigiendo de sus hombres una disciplina férrea.

Él mismo, con un escogido grupo de hombres, se pasaba casi todo el día en el ejercicio de las armas y pasados quince días, salía a diario a la mar.

Desde Ceuta llegaron peticiones apremiantes de auxilio, pues estaban escasos de alimentos y las tropas muslimes atacaban diariamente, produciéndoles grandes pérdidas, aunque las del enemigo eran mucho mayores. Advertían que la situación de Tetuán era aún más precaria que la de Ceuta.

Teodomiro envío dos faluchos a Ceuta, por si uno de ellos caía en manos enemigas, con la orden de informar a Julián de la situación en que se encontraba la flota y las medidas que había tomado, informándole que la flota zarparía de Portus Ilicitanus hacia finales de septiembre, a fin de enfrentarse a la flota muslim.

Aquella noche Teodomiro hizo llamar a Tabari, a la sazón un viejecito arrugado a quien era preciso ayudar a andar, pues sus piernas aquejadas de reuma a causa de la humedad de Oriola, le ocasionaban profundos dolores.

—Sabio Tabari —dijo Teodomiro cuando estuvo aposentado en su

presencia —. He decidido llevarte conmigo en la próxima salida que preparo contra la flota muslim. Si venzo, desde Ceuta te enviaré con tus hermanos, para que tus últimos años de vida sean más alegres que los pasados. Si por desgracia, nos toca morir en la empresa, creo que no te importará mucho, pues significará que las fuerzas del Profeta nos han vencido; para ti, ello será un motivo de alegría.

—Tanto en un caso como en otro estaré triste Sahib, pues no he vivido tantos años junto a ti, sin conocer que eres un hombre justo, de los que Alá —alabado sea su nombre—, acoge con una sonrisa de alegría.

—Tabari, en verdad es penoso, que considerándonos vuestro Profeta como creyentes, tus gentes nos llamen infieles y politeístas y nos hagan tan gran guerra, cuando podían guardar sus esfuerzos contra los verdaderos infieles —se quejó Teodomiro.

—El hombre es ambicioso y procura esconder sus errores, disfrazándolos ante los demás como si fuesen designios del cielo.

—Cuando lucho, sólo tengo una idea en mi pensamiento; no caer prisionero y ser sometido a esclavitud. Me aterra perder mi libertad, y sé, que nunca me rendiré en estas condiciones.

—No temas tanto la esclavitud del cuerpo Teodomiro, cuando lo verdaderamente terrible es ser esclavo del Inmundo y ser vencido por los vicios, que nos esclavizan con una tiranía tal, que ni el mayor tirano podría imaginar. Nadie es esclavo, si por dentro piensa y siente como un hombre libre, cosa que le está vedada al inicuo —terminó Tabari.

Aquella noche, última que Teodomiro pasaba en casa, Eguilona se despertó llorando presa de una indescriptible angustia. Había soñado que una lanza atravesaba el pecho de Teodomiro, y tal era la energía con la que había sido lanzada, que después de perforar las carnes de Teodomiro, se clavó en el palo del buque, siendo preciso el concurso de varios hombres para desclavarla. Como consecuencia de la herida, Teodomiro moría. Tan vívida había sido la visión, que precisó mucho tiempo para desecharla de su imaginación, mientras repetía una y otra vez:

—¡Por favor, no vayas! El presagio que he tenido me dice que no volverás. ¡Envía al arconte al mando de la flota, no es preciso que tú la mandes!

—¡Calla por favor! Si tal hiciese, estoy seguro que hasta tú misma luego me despreciarías por mi cobardía. Sabes, además, que mis gentes confían en mí, y que si yo les falto, no lucharan con el mismo valor.

Al no tener hijos, todo el mundo de Eguilona se reducía a su esposo, y sus ausencias, eran suplicios insoportables para ella, siempre pensando si algo podría sucederle.

La flota abandonó Portus Ilicitanus el día 29 de septiembre, día de San Miguel, al que todos se encomendaron, tras oír misa en la capilla

del mar. Tomó rumbo sur aprovechando los vientos que les eran propicios a fin de ceñirse a la costa africana, tan pronto estuviesen en sus proximidades, pues al estar a punto el cambio de luna, Teodomiro confiaba en que soplasen vientos de levante, y así, poder atacar a la flota enemiga cogido el barlovento. Cerca ya de la antigua Carthago, el viento roló al este, como Teodomiro había confiado que sucediese, aumentando en intensidad, con lo que la flota aumentó sensiblemente su andadura, de forma que, al tercer día se encontraban ya cerca de Tetuán. Una hora después se divisaba en el horizonte la primera vela enemiga, que según todas las apariencias, llevaba rumbo norte, como si intentase acercarse a las costas de Hispania. El mando muslim debía estar convencido de que la flota goda vendría costeando, y el cambio de viento debía haberles cogido a la altura de Tánger, por lo que intentaban adentrarse en el *Mediterráneum* dando estrepadas. Cuando los muslimes descubrieron a la flota cristiana, todas sus naves navegaban rumbo nordeste, por lo que se apresuraron a virar intentando pasar el estrecho y alcanzar mar abierta, ya que su situación era terriblemente comprometida. Los buques islamitas se habían ceñido tanto a la costa, que no pudieron rebasar el monte Calpe, por lo que se vieron forzados a efectuar otra estrepada virando al sudoeste. Teodomiro no desaprovechó la ocasión tan propicia que se le presentaba, y dio la orden de embestir a las naves enemigas intentando partirlas con el mascarón.

La trirreme de Teodomiro enfiló a la nave capitana muslim, mientras se arriaba la vela y se retiraban los remos del tercio de proa, para evitar que estos se rompieran con el impacto, o quedasen trabados en el buque insignia islamita. Un estruendoso choque hizo que todo el maderaje crujiese a punto de desencuadernarse toda la nave; el palo se combó peligrosamente hacia proa, mientras casi toda la tripulación era arrojada sobre cubierta con inusitada violencia, pese a haberse afianzado en previsión del impacto. El mascarón de proa, después de hender el costado del otro buque, se elevó, a la vez que todos los guerreros muslimes que se encontraban en cubierta, salían despedidos por los aires. La proa de la nave goda se montó sobre la otra nave, mientras la popa se hundía en el agua, la cual comenzó a entrar por las aperturas de los remos de la línea inferior. Tan pronto los remeros volvieron a sus puestos, de los que habían salido despedidos, bogaron como posesos intentando separar las naves, pues el agua seguía entrando por la popa amenazando con hundirlos si no podían separarse de la nave enemiga. Cuando desesperaban de conseguirlo, la proa fue descendiendo al hundirse la otra nave, y en un desesperado intento consiguieron separarse de ella, instantes antes de que se hundiese del todo.

Una de las naves godas no consiguió separarse de su victima, y fue

arrastrada por ella, a las profundidades. Otras dos naves godas, no resistieron el impacto, y se hundían rápidamente a causa del agua que entraba por las cuadernas rotas, acompañando al fondo del mar a la nave muslim que habían atacado. Sólo dos naves islamitas consiguieron evitar la embestida de la nave goda, maniobrando en el último instante con gran pericia.

Tras quedar libre de la nave capitana a la que había hundido, Teodomiro se dirigió a una gran trirreme enemiga, que tras esquivar a la nave goda que le había atacado, la abordó y parecía llevar la mejor parte en el combate. La trirreme capitana logró maniobrar correctamente, abordando a la nave enemiga por la parte opuesta a la que se luchaba. Más de la mitad de los guerreros árabes habían logrado pasar a la nave goda, y la situación de ésta era muy precaria, cuando los hombres de Teodomiro con su arconte al frente saltaron en su auxilio, después que una nube de saetas abrió paso entre los islamitas que corrieron a hacerles frente. Los árabes cogidos entre dos frentes, tras un momento de pánico, reaccionaron con una bravura salvaje oponiendo una resistencia feroz. Por cada islamita que caía, un godo sentía en sus carnes la desgarradura del alfanje; fue preciso tomar palmo a palmo la cubierta enemiga, y ni un solo muslim se rindió, prefiriendo morir sobre la cubierta ensangrentada a arrojarse por la borda. Cuando únicamente quedaban cinco hombres defendiéndose sobre el puente, una lanza arrojada con inusitada potencia por un gigante que había hecho estragos entre los godos, atravesó la axila izquierda de Teodomiro y lo clavó contra el palo tal y como había soñado Eguilona. Se necesitaron dos hombres para desclavar la lanza, tal había sido la fuerza con que se introdujo en el madero.

De toda la escuadra muslim, solo un buque logró huir; cuatro fueron apresados, mientras el resto se hundieron con parte de sus tripulaciones.

Aparte de las tres naves godas hundidas, otras cinco hacían agua en tal cantidad, que sus capitanes para salvarlas, se vieron forzados a abandonar la batalla y dirigirse a la mayor velocidad posible a la playa, donde las embarrancaron.

Se apresaron cerca de cuatrocientos muslimes, la mayoría de los cuales, fueron rescatados de las aguas tras la batalla.

Más de trescientos godos resultaron heridos, mientras doscientos perdieron la vida, ya en la batalla, bien ahogados en el mar. Teodomiro cuya gravedad aumentó por la gran pérdida de sangre que tuvo, fue desembarcado con los demás heridos en Ceuta, pues las condiciones de Algeciras no eran apropiadas para su cura.

Cuando la cadena de la bocana del puerto se abrió para permitir el paso a la flota, se estaba librando un encarnizado combate en la muralla

sur, donde Musa había concentrado su ataque en un desesperado intento de apoderarse de la ciudad, antes de que la flota victoriosa llegase en auxilio de los sitiados; pero tan pronto se escuchó el clamor con que se recibió a la flota, las fuerzas muslimes se retiraron impotentes.

Teodomiro fue conducido en unas parihuelas al palacio de Julián, donde ya le esperaba un cirujano avisado urgentemente. La lanza había atravesado los músculos y la parte carnosa de la axila, saliendo limpiamente por detrás después de haber resbalado sobre las costillas. El médico procedió a limpiar la herida y luego la cosió con hilo impregnado en pez, tras lo que le dio un cordial en el que había mezclado jugo de cáñamo indio para mitigar el dolor. El aspecto del herido era preocupante, pues la gran cantidad de sangre que había perdido, lo tenía sumido en una extrema debilidad, por lo que el médico ordenó que se le diese un caldo a la vez que, colocaba sobre la herida un emplasto de hierbas maceradas en vinagre caliente, mientras se le abrigaba con abundantes ropas. Aquella noche la fiebre hizo su aparición y la mujer de Julián no se separó un instante de su lado, poniéndole continuamente paños con vinagre frío en la frente.

Bien temprano, cuando el sol apenas había comenzado a despuntar, Teodomiro pidió que llevasen a Tabari a su presencia, pues deseaba cumplir su promesa, y se sentía tan débil y mal, que temía no tener mucho tiempo antes que la infección progresase y perdiera el conocimiento.

—Tabari, viejo amigo —dijo Teodomiro tan pronto estuvo en su presencia—. Parece que el buen Dios me llama a rendir cuentas, y no quiero presentarme ante Él, sin cumplir la promesa que hice de dejarte en libertad. He ordenado que tan pronto salgas de esta estancia, se te acompañe al campo de Musa, a quien te ruego, pidas que vuelva sus fuerzas hacia el sur, a tierras de infieles, con lo que Dios y tú Profeta se lo agradecerán más.

Su voz antes recia y profunda, resultaba tan débil, que Tabari tuvo que acercar su oído a la boca de Teodomiro para comprenderle, mientras le cogía las manos.

—Sahib, sólo si está en la voluntad de Alá morirás, por tanto, no tienes porque preocuparte por ello. Ten por seguro que hablaré con Musa y le expondré, como tú tantas veces me has explicado, que no es por afán de extender sus dominios por lo que los godos lucháis por esta plaza, sino como salvaguardia, que la tentación le impulse a Musa de pasar a Hispania. Si mi humilde consejo sirve para algo, procuraré convencer a Musa para que no os haga la guerra —y terminó—. Que Alá el Omnipotente, en cuyas manos están todas las cosas te acoja en su seno, si ha decidido llamarte, y si no, que te colme de venturas.

Durante todo el día la fiebre fue subiendo pese al cuidado del médi-

co y las atenciones que le prodigaban las mujeres, al llegar la noche comenzó a delirar y se perdieron todas las esperanzas de salvarle, pese a que se veía la terrible lucha que su robusta naturaleza libraba. Había perdido mucha sangre para poder luchar contra la infección.

Al amanecer, la herida estaba tan inflamada y presentaba tan mal aspecto, que el médico decidió cortar las suturas y abrirla de nuevo. No bien cortó los primeros puntos, que un fétido olor se extendió por la habitación y un líquido negruzco y purulento saltaba manchando incluso la cara del médico, quién se vio forzado a retirarse y lavarse la cara, tan repugnante era el hedor que despedía. Después de ello, cortó el cosido posterior y con la punta de una daga, introdujo una hila limpia que sacó por el pecho completamente manchada; esta operación la repitió varias veces, hasta que la hila salió manchada de sangre roja, tras de lo cual vertió en la herida vinagre hirviendo, para finalmente taponarle la herida con hilas limpias, pero sin volver a coser. Mientras tanto, Teodomiro daba débiles quejidos, completamente incapaz de moverse y con los ojos cerrados. Poco después, el herido dejó de delirar, mas la fiebre no bajó.

Mediada la mañana, se presentó un árabe en las puertas de la ciudad, que solicitó ser llevado a presencia de Julián, aduciendo que iba de parte de Musa. Tan pronto estuvo en presencia del Comes, habló:

—Sahib, mi señor Musa, cuya vida guarde Alá muchos años, me envía a petición del sabio Tabari, para que vea qué puedo hacer por la vida del valeroso Teodomiro. Sabed Sahib, que aunque inmerecidamente, tengo fama de ser buen médico.

—Esperad —le respondió Julián mientras abandonaba la estancia.

Consultó con el médico que atendía a Teodomiro, quien le informó, que según información que tenía de los prisioneros, Musa tenía un médico cuya fama se había extendido por toda la región, por lo que si se trataba del mismo, consideraba conveniente que viese al herido.

Después de inspeccionar al herido y tras escuchar las explicaciones que el médico cristiano le dio, dijo Jafar ibn Carum, que así se llamaba el árabe:

—Probablemente vuestra última incisión, al haber sacado los malos humores al enfermo, le ha salvado la vida, por lo que si se recupera os lo deberá a vos. La infección continúa, por lo que será conveniente se hierva estas hierbas, y se le haga beber cada tres horas de esta infusión que con toda seguridad combatirá el mal. El enfermo debe reponer su sangre y sus fuerzas, por lo que es preciso, que tome alimentos líquidos, pues otra clase no se podrá hacerle tomar. Procurar, además que las hilas que mantienen la herida abierta, estén siempre limpias, y que la boca de la herida no se cierre antes que cicatrice por

dentro —y luego dirigiéndose a Julián agregó—. Yo, si se me permite, vendré mañana, pues esas son las instrucciones que recibí de mi señor.

Cuando al siguiente día llegó Jafar ibn Carum a visitar a Teodomiro, éste había recobrado el conocimiento y un poco de color teñía sus mejillas. La inflamación parecía que había remitido, aunque su aspecto seguía siendo muy feo. Después de examinar la herida, Jafar sonrió y dirigiéndose al enfermo le dijo:

—Parece que Alá, loado sea su nombre, no había decidido que ésta fuese tu hora, Sahib.

—Me han dicho que te envía Musa, atendiendo a los requerimientos de mi buen amigo Tabari —dijo Teodomiro con voz débil.

—Así es Sahib, y me ordenó, que si te reponías hasta el punto de poder leer, te entregase esta misiva —dijo mientras le tendía un papiro enrollado que sacó de su túnica.

Cuando Teodomiro quedó solo con Julián, le tendió el papiro mientras le decía.

—Estoy mejor, pero las letras bailan ante mis ojos. ¿Querrías leerme lo que me dice Musa?

Julián comenzó a leer con dificultad, pues no dominaba el árabe.

De Musa ibn Nusayr a Tudmir, Comes de Aurariola.

En el nombre de Alá, el Paciente y Misericordioso, yo te saludo Tudmir ibn Gabdus.

Desde hace largo tiempo te respeto por tu valor y astucia, mas mi viejo y sabio amigo Tabari ab Sinan, me cuenta que, además, tienes fácil y elegante palabra y mucha prudencia; que sientes pena frente a las cosas censurables y amor por la verdad y las gentes de bien; que rehúsas escuchar a los violentos y te apartas de los injustos; que tu buen natural y magnanimidad es digna de alabanza; que tu entendimiento pronto y rápido hace que cuantos te frecuentan y conversan contigo, reconozcan tu indudable talento de comprensión y discernimiento, por lo que pienso que debes estar muy agradecido a Alá, que tantas virtudes te concedió, y, por tanto, con su voluntad, si ella es, que comparezcas a su presencia. Por mi parte siento, que la voluntad de Alá te haya colocado frente a mí, cuando dichoso me sentiría de tenerte como amigo, ¡mas quien puede saber los designios del que es Grande! Yo bien quisiera, ¡noble Tudmir!, no teneros que presentar batalla, mas yo dependo de otro cuya voluntad acato, que me ha ordenado que tome las plazas que a este lado del mar os quedan, pero puedo asegurarte, que no está en nuestro ánimo combatiros en el reino de tu señor, y así lo tengo ordenado por nuestro Emir.

—Julián —dijo Teodomiro con voz apesadumbrada—, tenía la esperanza que mi viejo amigo Tabari lograse convencer a Musa, y éste desistiese de sus ataques, pero veo que no hay que contar con ello. Tu larga lucha tendrá que continuar, pues sois el contrafuerte de Hispania.

—Yo te aseguro, que siempre que los pertrechos nos sigan llegando de Hispania con regularidad, no hay nada que temer y los muslimes seguirán estrellándose contra las fuertes murallas de Ceuta y las puntas de nuestras lanzas; pero dejemos de conversar, pues veo estás fatigado, y lo que ahora importa, es que te repongas cuanto antes —y diciendo esto, abandonó la estancia.

Durante quince días tuvo que permanecer Teodomiro en cama, y otros siete necesitó para desentumecer sus miembros y poder emprender la travesía por mar, sin que su herida se resintiese.

Se decidió que las naves encargadas del abastecimiento de Ceuta, tuviesen su base permanente en este puerto, y que los cuatro buques de guerra que se dejaron, hiciesen frecuentes salidas hasta Ifriqiya e incluso la Pentápolis, a fin de que la flota goda no fuese sorprendida de nuevo por los muslimes, caso de que el sultán decidiese construir otra flota para bloquear Ceuta.

El veintiocho de octubre partió Teodomiro para Portus Ilicitanus. Fue una travesía larga y penosa, pues los vientos se mostraron contrarios, teniendo que hacer casi todo el recorrido a remo, por lo que las tripulaciones llegaron exhaustas por el gran esfuerzo realizado; pero en aquella ocasión, lo hicieron contentos, pues cada palada les acercaba a su hogar y sus familias.

En la primavera del año 608, uno de los barcos de la casa Gabdus, nombre con que había seguido denominándose la flota mercante propiedad de Teodomiro, trajo la mala nueva de que la peste había aparecido en la Narbonense, por lo que se ordenó interrumpir todo el comercio con Marsalia; pero la medida llegó tarde, debido a que tres de los hombres de la nave que había traído la noticia, cayeron atacados de la terrible enfermedad, veinte días después de su llegada. Entonces fue preciso aislar Portus Ilicitanus para evitar que la enfermedad se propagase, mas todas las medidas resultaron ineficaces, pues a mediados de mayo, el primer atacado por la enfermedad apareció en Oriola.

Teodomiro ordenó que se acelerase al máximo la siega de cereales, pues temía que si la enfermedad se generalizaba, parte de la cosecha no pudiese recogerse, con lo que a la tragedia de la enfermedad se uniría la del hambre. Aquel año, según las informaciones que se tenían, la cosecha era muy mala en el resto de Hispania, y sólo Aurariola podría

recoger cereales por encima de las cosechas de los años anteriores.

El calor se presentó en los primeros días de junio con más intensidad de lo habitual para aquellas fechas, y con el calor, pareció que la enfermedad se intensificaba, por lo que a petición del pueblo, el arcipreste Túmulo organizó una rogativa en la iglesia del Salvador, seguida de una solemne procesión que recorrió las principales calles de la ciudad.

Por consejo de Cástulo, quien recordaba, por haber oído a sus mayores, que las gentes del campo habían sido las menos afectadas por otras epidemias ocurridas hacía mucho tiempo, Teodomiro adelantó su marcha habitual a la villa que tenía junto a los baños de Bigastri, ya que temía que la epidemia entrase en su casa, pues el mal arreciaba conforme el calor aumentaba.

La ciudad parecía medio muerta, y muy pocas personas se aventuraban a transitar por sus calles, de las que fueron desapareciendo los vendedores ambulantes que alegraban las mañanas con sus pregones, tan típicos, que hasta los niños solían imitarlos. La mayoría de las tiendas habían cerrado y los aprendices de las pocas que quedaban abiertas, no tenían humor de meterse con las mujeres ni requebrar a las buenas mozas, tal como era su costumbre. Las compras en las tiendas que aún permanecían abiertas, se hacían con rapidez, evitando la larga conversación que siempre había sido costumbre y que representaba parte importante del contacto social de las mujeres; el temor al contagio atenazaba a todas las personas, hasta el punto, que los conocidos apenas si se saludaban desde lejos, cada uno de ellos ocultando decir si tenía algún enfermo en casa. Los tres médicos de la ciudad, estaban tan atareados, que la falta de sueño y el trabajo intenso, les hacía parecer más enfermos que los mismos atacados, tanta era su fatiga.

Las escuelas se habían clausurado en mayo, y poco después se ordenó el cierre de todas las tabernas y lugares públicos.

Pese a todas las prohibiciones de reunirse, las iglesias estaban llenas a rebosar e incluso se veía frecuentarlas a personas notorias por su tibieza religiosa. Muchos clérigos habían huido, pero otros muchos arrostraban el peligro y se dedicaban a cuidar a los enfermos ya que nadie se ofrecía para estos menesteres, a no ser los marginados, cuyo único medio de subsistencia era éste, al haber desaparecido toda clase de trabajo.

Se prohibió los entierros, y por las noches helaba los huesos, escuchar la campanilla que tañían los enterradores, mientras se oía una voz monótona que repetía una y otra vez. ¡¡Sacad vuestros muertos, sacad vuestros muertos!!

Muchos iban a consultar a los adivinos, y se sentían dichosos cuando le auguraban una buena salud, con lo que para estos charlatanes, la

peste significaba un negocio como nunca habían tenido.

Nadie podía estar seguro de no contraer la enfermedad, pues ésta no respetaba a nadie; tanto la contraían los fuertes como los débiles, los jóvenes como los viejos, las mujeres como los hombres.

El calor se hizo insoportable en agosto superando muchos días los cuarenta grados a la sombra, mientras el sol lucía en el firmamento, que semejaba una inmensa bóveda de reluciente metal fundido. Las plantas se marchitaban y las avispas, enloquecidas, se introducían en las casas, locas de rabia; y a todo esto, ni la más ligera brisa se apiadaba de las gentes, con lo que las hogueras que se había ordenado encender en todas las plazas y en las cuales se arrojaba constantemente azufre, esparcían su amarillento humo por toda la ciudad dificultando incluso la visibilidad. El olor del azufre se mezclaba al de los muertos en descomposición, haciendo que incluso las personas sanas vomitasen.

La suciedad de calles y plazas resultaba inenarrable; los excrementos se mezclaban con los vómitos y la orina, y si las calles no eran un lodazal, se debía al intenso calor que todo lo secaba en muy reducido tiempo. De nada servían las órdenes de limpiar las calles y no echar excrementos a ellas; las gentes sólo prestaban atención a su supervivencia, convertidos llana y puramente en animales.

De vez en cuando se encontraba por las calles algún muerto o agonizante, que, al no tener nadie que le cuidase, había salido a la calle con la esperanza de ser auxiliado; cuando se desengañaban de recibir ayuda, pues todos le huían, ya no tenían fuerzas para volver a sus casas.

Las ratas pululaban por las calles en bandadas, y en ocasiones incluso, atacaban a los transeúntes o devoraban a aquella de su especie que caía muerta. Por más que se intentó espantarlas, se negaban a volver a los márgenes del río, donde habitualmente estaban.

Hacia finales de agosto pareció que la enfermedad remitía en la ciudad, pero comenzaron a aparecer casos en el campo, donde hasta entonces, habían sido muy raros.

La tarea de Teodomiro para tener abastecida la ciudad y evitar que las gentes se lanzasen a los campos en busca de alimentos, resultaba agotadora bajo aquel calor asfixiante. La disciplina se había relajado hasta tal punto, que sus órdenes no eran cumplidas a menos que él estuviese presente, por lo que se veía sometido a un esfuerzo muy superior a sus fuerzas. Cada noche volvía más cansado a Bigastri y Eguilona temía seriamente por su salud, por lo que al llegar a casa, lo primero que le presentaba era un gran vaso de aguardiente. Aquella noche, cuando Teodomiro rechazó la comida, Eguilona se dio cuenta que el aspecto de su cara era distinto al cansancio con el que retornaba todas las noches, y que su cara decía a las claras que se encontraba enfermo.

—Tiéndete en la cama y verás como te sientes mejor cuando descanses —disimuló Eguilona tratando de engañarse a sí misma.

—No Eguilona, temo que he contraído la peste. Al principio pensé como tú que se trataba de cansancio, luego al comenzar a dolerme la cabeza lo achaqué, a que podía haber cogido una insolación con ese maldito sol que nos achicharra, pero en mi fuero interno sabía que era la peste aunque me resistía a reconocerlo; pero cuando hace unos momentos han comenzado los vahídos y este sudor frió que atenaza mis miembros, acompañados por estas náuseas incontenibles, ya no puedo por más tiempo tratar de engañarme. Tienes que dejarme inmediatamente, pues no soportaría que cogieses por mi culpa esta maldición.

—¡Sabes bien que no te dejaré! Yo estoy segura que no es la peste. ¡Tú no puedes contraerla, lo que sientes es sólo cansancio! Tú eres mucho más fuerte que esa enfermedad que nada podrá contra ti —trató Eguilona de engañarse.

—No Eguilona, la peste ataca a todos sin distinguir de fortaleza, y es preciso que me dejes solo y no añadas el temor por ti, a mis sufrimientos —y ya con un dejo de cólera en su voz, ordenó—. Márchate y mándame dos siervas que se queden a cuidarme, y las cuales no saldrán de esta zona de la casa en tanto yo me encuentre mal y luego, hasta que no exista peligro de contagio.

Gruesas gotas de sudor perlaban su frente, para después resbalar por las mejillas y formar un hilillo que le caía de la barbilla. Su cara tomó una expresión de ira contenida a la vez que la empujaba con cierta violencia hacia la puerta mientras le decía, ya fuera de sí:

—¡Es que incluso mi mujer, ha de discutir mis órdenes!

Viendo Eguilona el estado de descontrol en que se encontraba Teodomiro, decidió que por el momento lo mejor era aparentar que le obedecía y le dejaba solo. Salió para recabar la ayuda de Sara, pues una persona sola no podría cuidar al enfermo, y dar orden de que se enviase a buscar el médico a Oriola. Nadie debía entrar en aquella zona de la casa, por lo que hizo acopio de hierbas medicinales; preparó angélica, rabogato, cantueso y mejorana, así como pimienta, mostaza, vino y aguardiente. Cuando volvió a entrar se encontró a Teodomiro tendido en el suelo, presa de unos fuertes estremecimientos y escalofríos, mientras vomitaba entre terribles nauseas. De vez en cuando se echaba las manos a las sienes que parecían estallarle bajo terribles martillazos, mientras se contorsionaba presa de un dolor sordo que le atenazaba la espalda.

Al grito de Eguilona entró Sara en la estancia, y cogiéndole por los brazos, pudieron, con grandes esfuerzos, arrastrarlo hasta la cama y luego subirlo a ella.

Le daban terribles escalofríos, pero a la vez sudaba copiosamente. Sus ropas estaban empapadas de sudor y manchadas de vomito, por lo que procedieron a desnudarlo y abrigarlo con gruesas ropas. Pareció entrar en un letargo y las dos mujeres aprovecharon para salir y limpiar los vómitos de la otra estancia.

Cuando volvió Eguilona al dormitorio, encontró al enfermo con los ojos cerrados; su rostro presentaba una horrible mueca, no dejando de contorsionarse, por lo que sus ropas resbalaban sobre su cuerpo dejándolo al descubierto. Cuando se inclinó para volverlo a tapar, pareció volver en sí, y cogiéndola por los hombros la zarandeo.

—¡Aún aquí! ¡Qué estás haciendo que aún no te has ido! —su voz era profunda y débil, por lo que apenas se entendía, pero sus ojos devorados por la fiebre, expresaban una profunda ira—. ¡Márchate y no me atormentes! ¡No ves que lo más probable mañana estaré muerto!

Eguilona logró recostarlo de nuevo en la cama, mientras fatigado por el esfuerzo efectuado para hablar, el enfermo cerraba los ojos y respiraba ansiosamente como si al aire le costase trabajo entrar en sus pulmones. Poco a poco, su respiración se fue normalizando hasta entrar en un profundo sopor.

La infusión de hierbas que habían preparado se estaba enfriando, cuando Teodomiro dio la impresión de despertar, por lo que Eguilona lo incorporó un poco tratando de hacerle beber, pero con un fuerte manotazo tiró la bebida y con unas fuerzas inusitadas se quitó las ropas y se incorporó en la cama, pese a los esfuerzos que las dos mujeres hacían por impedírselo. De un brusco empellón arrojo a Eguilona rodando por los suelos y habría logrado bajarse de la cama, si en el último momento, Sara no le hubiese agarrado por un brazo, lo que le hizo perder el equilibrio y caer de nuevo cuán largo era. En todo esto, el enfermo profería maldiciones casi inaudibles, tal era la ronquera que se había apoderado de su garganta. El enfermo completamente agotado tras este esfuerzo, permaneció en la misma postura en que había caído, transpirando copiosamente, pero ahora su sudor era amarillento y despedía un olor nauseabundo.

Eguilona que al caer había chocado con una silla, trataba de restañar un hilillo de sangre que le brotaba de un pequeño corte que se había hecho en una ceja, mientras Sara secaba el sudor del enfermo y le abrigaba de nuevo.

Llenó de nuevo un vaso con infusión y trató de hacérselo beber, pero el enfermo lo rechazó, mientras pedía agua con insistencia. Sus labios se habían inflamado y presentaban un ligero amoratamiento, Bebió varios vasos de agua, de la cual parecía no saciarse, y quedó aparentemente tranquilo.

Durante la noche, las dos mujeres se turnaron a la cabecera del enfermo, poniéndole paños de agua fría en la frente, pues la fiebre era altísima, y haciéndole beber agua, la que reclamaba a cada momento.

—¡Sara, se está muriendo! ¡No ves que se muere y no podemos hacer nada! —y echada en los brazos de Sara, lloraba con desconsuelo.

No fue sino bien entrada la mañana que el médico se presentó. Su aspecto más parecía el de un enfermo que el de un médico, tal era su cansancio y desaseo.

El médico se paró a varios pasos de la cama observando al enfermo, que parecía haber entrado en coma, aunque seguía rebullendo en el lecho incansablemente, mientras continuaba pronunciando palabras ininteligibles. Viendo que el médico no pronunciaba palabra, Eguilona tuvo que preguntarle:

—¿Cómo lo encontráis, se salvará?

—¿Le ha salido el bubón? —respondió el médico preguntando.

Por toda respuesta, Eguilona descubrió al enfermo, pudiéndose ver el tumor del tamaño de un huevo, situado en la ingle.

—La aparición del bubón marca el punto álgido de la enfermedad y el más doloroso también. Muchos enfermos mueren antes que aparezca el tumor, sin embargo, otros que han tenido el bubón, han podido salvarse —dijo el médico.

—Entonces... ¿Pensáis que puede salvarse? —preguntó Eguilona poniendo el alma en la respuesta.

—De esta enfermedad sólo sabemos lo que está sucediendo. Unos mueren en pocas horas, mientras otros evolucionan normalmente. En el caso del Comes, donde ya ha aparecido el bubón, su curación depende de que éste reviente, y su cuerpo expulse todos los malos humores que se encuentran en él. Procurar abrigarlo mucho y que sude cuanto más mejor, y sobre todo, hacer que coma, sin lo cual sus fuerzas se irán debilitando y no podrá ofrecer resistencia a la enfermedad. Darle carne machacada, vino con yema de huevo y mucha leche en vez de agua.

—Pero, cómo he de darle de comer, si todo lo rechaza y está vomitando continuamente —dijo Eguilona con desesperanza.

—Precisamente por ello, es más necesario que coma y beba líquidos. Sobre el bubón aplicadle cataplasmas calientes constantemente, a fin de que el tumor reviente. Hacedlas con pan, miel e higos, todo mezclado con abundante mostaza, y para que el enfermo esté caliente, calentad ladrillos al fuego y luego se los ponéis envueltos en paños, procurando que no le quemen la piel.

—¿Y si el bubón no revienta, qué haremos?

—Si dentro de dos días no hubiese reventado, será preciso sajarlo.

Pero de ello ya hablaremos mañana cuando vuelva —dando media vuelta se dirigió a la salida, pero volviéndose le advirtió—. Si el tumor revienta, tener mucho cuidado con el líquido que salga, pues es muy peligroso. Procurad después de tocarlo, lavaros las manos con agua y cenizas manteniendo bastante tiempo las manos dentro de las cenizas.

Tan pronto salió el médico, las mujeres mandaron que se les trajese leña y alumbraron una magnifica fogata en la chimenea de la habitación, lo que hizo subir la temperatura hasta ser sofocante. Eguilona se quedó en ropas íntimas, mientras Sara preparaba en la cocina leche con huevos, a la cual, aunque el médico no había dicho nada de ello, le añadió rabogato, hierba en la que mucho confiaba.

El enfermo no opuso ninguna resistencia y lograron hacerle beber aquel cordial, pues tal era, ya que en el último momento le añadieron vino blanco. Tras beber el cordial, la atmósfera sofocante unida al calor que desprendían los ladrillos que habían puesto en su lecho, le hizo sudar más que nunca; cuando pedía de beber, lo que sucedía con mucha frecuencia, le daban leche fría pese a las protestas del enfermo. La cataplasma, tal como había prescrito el médico, se la pusieron ardiendo y el enfermo ni siquiera protestó, tal era su postración; cada hora se la cambiaban por otra caliente, sin esperar que se enfriase del todo.

Durante todo el día y la noche siguiente, las dos mujeres se fueron turnado en su vela, comprobando cuando se tendían para descansar, la gran fatiga que las embargaba.

Fue poco después del amanecer, cuando Eguilona que se encontraba medio adormilada, fue despertada por un grito desgarrador, que más de fiera parecía que de humano, y atontada aún por el sueño, vio a Teodomiro sentado en la cama con ojos de loco brillando en sus hundidas cuencas; imprudentemente se acercó a él tratando de volver a recostarle, pero el enfermo la cogió de la garganta mientras rechinaba los dientes, y empezó a apretar sin misericordia, siendo inútiles sus esfuerzos por separar aquellas garras que la asfixiaban. Cuando ya estaba a punto de desfallecer y ni fuerzas tenía para oponerse, Sara, que había entrado al despertarla el grito del enfermo, dio un fuerte tirón de los cabellos de Teodomiro y éste por un momento dejó de apretar, instante que aprovechó Eguilona para zafarse del dogal de sus manos; pero ya sin fuerzas, cayó resbalando de la cama hasta quedar sentada en el suelo. Mientras tanto el enfermo volvió a tenderse y Sara le tapó con mimo.

Eguilona sollozaba en el suelo incapaz de levantarse, pues las fuerzas le habían abandonado, por lo que Sara tuvo que ayudar a incorporarla y sentarla en un sillón, tras lo que le friccionó el cuello lacerado.

—¡Oh Sara, Sara! ¡Se nos muere y yo nada puedo hacer por evitarlo! —dijo Eguilona sollozando con más fuerza.

—Mi señora, no desesperéis. El corazón late y vos misma habéis comprobado que sus fuerzas son aún muchas. Pero... ¡Santo Dios, como tenéis la garganta! —se interrumpió al ver el cuello rojo y lacerado de Eguilona—. Dejadme que os aplique aceite en ese cuello, pues en algunos lugares lo tenéis morado.

Y diciendo esto salió de la habitación, volviendo poco después. Lo primero que hizo fue hacerla beber un trago de aguardiente, lo que le produjo una terrible tos, a la cual no dio ninguna importancia Sara. Cuando se calmó, le aplicó aceite en todo el cuello, tras lo cual, ella misma se sentó a su vez, permaneciendo callada.

No había transcurrido media hora aún, cuando Sara comenzó a olisquear el ambiente.

—Señora. ¿No notáis muy mal olor? —y sin aguardar la respuesta se dirigió al lecho del enfermo, que permanecía quieto y tranquilo, y lo destapó—. ¡Santa madre de Dios! ¡Señora, venid corriendo!

Teodomiro se encontraba sobre un charco de sangre negruzca, sobre la que aquí y allá, flotaba un pus amarillento que despedía un fétido olor y causaba una repugnancia invencible. Una especie de cráter se hallaba abierto donde antes se encontraba el bubón, por el que continuaba saliendo un humor acuoso mezclado con el pus amarillento, como si de lava de un volcán se tratase. Fue preciso cambiar todas las ropas e incluso el colchón que se había empapado, tanto era el líquido que había salido del tumor. Luego, Eguilona procedió a lavar toda la parte baja del cuerpo manchado por el repugnante líquido, tras de lo cual, tuvieron que lavarse ellas mismas con abundantes cenizas, tal como les había recomendado el médico.

El enfermo parecía descansar plácidamente, por lo que lo dejaron solo mientras sacaban las ropas al patio y les pegaban fuego; luego volvieron a lavarse y se tendieron agotadas en la habitación contigua, donde el sueño pronto las venció.

Desde que el bubón reventó, el delirio y la violencia habían desaparecido del reposar del enfermo y éste descansaba siempre con los ojos cerrados, incluso cuando se le alimentaba, función que efectuaba sin conciencia de lo que hacía.

El médico no apareció por la mañana, tal como había prometido, y luego se supo, que él también había contraído la enfermedad, pero no se le echó en falta, pues fácilmente se adivinaba que el enfermo había vencido la crisis. Eguilona estaba convencida que se salvaría, ya que la peste o mata enseguida o puede vencerse con muchos cuidados y alimentos. Cuando se cumplieron siete días de enfermedad, Teodomiro abrió los ojos y miró a Eguilona. Ésta sintió que la reconocía y una alegría infinita sacudió todo su ser. Se había salvado, ella había consegui-

do ganar la vida del hombre que idolatraba. Se arrodilló en el suelo y elevó a Dios una ferviente oración de acción de gracias.

Sólo con la llegada de los fríos, en el mes de diciembre, remitió la epidemia, y a finales de enero del 709, pudo decirse que ya había pasado en todo el territorio de la Civitate.

Sus consecuencias fueron aterradoras, cerca del cincuenta por ciento de los habitantes de los pueblos y ciudades habían muerto. En el campo la mortandad había sido inferior, pero rara era la casa donde no se llorase la pérdida de un ser querido.

Las labores de la tierra se habían interrumpido en gran parte, y la secuela de la epidemia, el hambre, comenzaba a sentirse en toda su crueldad. Los graneros estaban medio vacíos, pues había sido preciso hacer envíos a Toletum, donde la cosecha el año anterior había sido pésima, por lo que se hizo necesario establecer un control muy estricto del grano que quedaba almacenado.

Los grandes terratenientes, todos pertenecientes a la nobleza, exigían les fuese entregado el trigo que mantenían en deposito en los almacenes, mas, si se accedía a tal pretensión, la mayor parte de la población pasaría hambre, pues de seguro, dado el alto precio que alcanzaba el trigo, éste sería vendido fuera de la Civitate.

Para complicar aún más las cosas, el rey, presionado por la nobleza y grandes terratenientes, publicó una orden que prohibía la manumisión de siervos y el libre desplazamiento de éstos, bajo penas muy severas. Se trataba con ello de paliar la escasez de brazos que la epidemia había causado con tanta muerte.

Teodomiro se negó a admitir esta orden real, así como a entregar el grano que se tenía en deposito, el cual había ordenado se fuese distribuyendo conforme a las necesidades y manteniendo su precio estable, sin permitir la especulación. Se hizo necesario mantener destacamentos de bucelarios protegiendo los graneros, pues los tiufados amenazaron con recobrar su grano por la fuerza. Una comisión de nobles se desplazó a Toletum, para protestar contra el Comes de Aurariola, pero Witiza no olvidó los grandes favores que debía a Teodomiro y no consintió en desautorizarlo, y menos aún, en destituirlo como los nobles solicitaban. Con ello, la facción de los partidarios de la casa de Chindaswinto se vio reforzada, pues los tibios terminaron por pasarse a este bando, al ver sus intereses atacados.

La hacienda pública se encontraba en una situación deplorable, pues el Comes distribuía alimentos a los desheredados con cargo al erario público, mientras los ingresos habían disminuido considerable-

mente por la interrupción del comercio, y la baja sensible que se había producido en la extracción de plata y de sal.

Si mientras la epidemia duró, en lo único que el pueblo pensó fue en subsistir, tan pronto ésta pasó, la penuria, bien apoyada por los enemigos de la casa de Witiza y los personales de Teodomiro, consiguió fomentar un estado de descontento y oposición, que puso en peligro la gobernación de la Civitate.

La peste, que el año anterior había perdonado a la Bética, atacó a esta región tan pronto los calores de la primavera se dejaron sentir, y si bien su virulencia no era tanta como la padecida en Aurariola, incidió sobre una comarca donde el hambre se había dejado sentir el año anterior, al ser muy magras las cosechas.

Hasta entonces, el avituallamiento de Ceuta y Tetuán, había estado a cargo casi exclusivo de la Bética, salvo en las ocasiones de peligro en que la flota había tenido que socorrer a estas plazas, partiendo desde Aurariola; pero ante la grave situación de la Bética y el peligro que se corría de hacer pasar la epidemia a las plazas de la Tingitania, Witiza ordenó que el abastecimiento de Ceuta recayese sobre Aurariola.

A finales de mayo llegaron los barcos de Ceuta a Portus Ilicitanus y rápidamente se extendió la noticia de que los pocos alimentos que quedaban en los almacenes, iban a ser enviados fuera de la Civitate, con lo que el ambiente se enrareció entre la plebe, incitada por la nobleza.

Con el mayor sigilo posible habían salido los carros cargados de víveres, desde los más diferentes puntos de la Civitate, ya que se pretendió repartir la carga que este envío significaba, entre los diferentes pueblos. Los envíos que venían de las localidades próximas, tales como Ilici, Lucentum, Elota, Oriola y Thiar pudieron ser embarcados sin grandes dificultades, pero aquellos que venían de Lûrqa, Begastri e Iyyu, fueron atacados por la multitud soliviantada, produciéndose varias muertes al repeler la escolta el asalto. Su embarque pudo efectuarse entre grandes medidas de seguridad, pese a lo cual, fue necesario enfrentarse a los disturbios callejeros que se produjeron en Portus Ilicitanus.

Los tiufados hicieron saber a Teodomiro, que se opondrían con las armas a cualquier nuevo intento que se hiciese de sacar alimentos para socorrer a Ceuta. Una vez más, la nobleza se enfrentaba al poder central, anteponiendo sus intereses a los de la nación.

Con el arconte de la flota hizo saber a Julián la grave situación a la que se enfrentaban, aunque confiaba, que la nueva cosecha que se estaba a punto de recolectar, hiciese calmar los ánimos, con lo que el próximo envío que debería efectuarse en septiembre no ofrecería la misma oposición que el actual.

Mas la cosecha fue parca; las pocas mieses que se habían sembrado

al faltar tantos brazos segados por la peste, dieron raquíticas espigas que apenas contenían la mitad de grano del que solía obtenerse en la región. El hambre y los altos precios a que se cotizaba la carne, hizo que muchos vendiesen las vacas y ovejas para este menester y, por tanto, faltaron las crías en la primavera. La falta de brazos disminuyó la pesca, y las salazones escaseaban al aumentar la salida al resto de Hispania, más necesitada aún que Aurariola, y por las que se pagaban altos precios. Cuando en septiembre de nuevo aparecieron las naves de Ceuta para cargar alimentos, una verdadera sublevación se produjo en Aurariola, y las fuerzas tuvieron que retirarse para evitar una masacre entre el pueblo. Sólo una nave pudo ser cargada, enviándola a Carthago Spartaria, donde los amotinados no habían previsto gente para oponerse al embarque. En esta nave, que se cargó al máximo posible, iban cuantos víveres podía enviar Teodomiro, y a su capitán fue entregada una misiva de éste al Comes Julián, donde se reflejaba toda la amargura y vergüenza que sentía:

> *De Teodomiro, Comes de Aurariola, a Julián, Comes de Tingitania. El Señor en sus ocultos designios, no ha querido evitarme la humillación y vergüenza que escribir esta carta me produce ¡a ti precisamente viejo amigo, a quien tanto sacrificio toda Hispania te adeuda! Mas Él sabrá por qué lo hace, y a su voluntad tendremos que conformarnos. Cumplida cuenta y detallada he dado al capitán de la nave, para que de palabra te relate lo acaecido, y de esta forma, evitar que tal vergüenza e ignominia, por escrito se relate del noble pueblo godo. La peste que tan duramente nos azotó, pues incluso yo la padecí, se llevó con los muertos nuestra dignidad y sentimientos, dejándonos tan sólo a cambio, el instinto de la fiera a la supervivencia. Si el triunfo de tan bajos instintos que me impiden ayudarte, proviniese del que nada tiene y sufre hambre y miseria, avergonzado, aún lo aceptaría, mas no es el caso, y son los nobles a los que nada falta, los que atan mis manos y me impiden ayudarte. Son las más sucias pasiones, las que condenan a un bravo capitán, que durante tantos años salió vencedor de los muslimes, a doblegar la cerviz que nunca conoció la derrota, y ante el que me siento responsable. Serán la envidia y la codicia las que te venzan, y no el Islam. Cumplido relato de todo lo acaecido he enviado a nuestro rey Witiza, pidiendo haga cuanto esté en su mano, mas sé que está débil y achacoso, y en este estado, se presta menos atención a los asuntos de gobierno. Por cuantas veces hemos luchado codo a codo contra el infiel, te pido no te enojes conmigo, más de lo que yo mismo estoy. ¡Que Dios te proteja, cuando tus hermanos te abandonan!*

Días después, Teodomiro consiguió que la comunidad judía le hiciese un préstamo personal, y ordenó que una de las naves de la casa Gabdus, zarpase para Ebussus, y caso de no poder cargar cereales, vino y aceite continuase hasta Marsalia con el mismo objeto. Estos fueron los últimos alimentos que recibió Ceuta desde la península.

Al comenzar la primavera del año 710, de nuevo la alegría reinaba en toda Hispania; los trigos y cebadas presentaban un aspecto inmejorable y se auguraba una cosecha abundantísima. Los pocos ganados que quedaban, estaban gordos y lustrosos, pues la hierba abundaba y sobre todo, la terrible plaga de la peste había pasado definitivamente.

Las gentes secas como sarmientos, tanta había sido el hambre que padecieron y aún soportaban, se alimentaban en su mayor parte de ensaladas y de caza, pese a lo cual, de nuevo sonreían pues el hombre se habitúa a todo, incluso a la desgracia, y la perspectiva de poder, en corto plazo saciar el apetito hasta hartarse, hacía la espera menos dura e ingrata.

La muerte de Witiza vino a ensombrecer el grato panorama, pues al ser sus tres hijos menores de edad, ninguno pudo ser asociado al trono, con lo que a la muerte del rey, una vez más las luchas por el trono se enseñorearían de Hispania, y dadas las circunstancias, a no dudar, hasta la epidemia de peste sería achacada a la casa de Égica.

Conforme con las costumbres godas, La Junta de Próceres del Reino, o como los hispano-romanos gustaban en denominarla, Senado, debía reunirse en Toletum, para elegir el nuevo rey. Esta junta debía ser convocada por el Comes de los notarios, quien enviaba la citación personal a cada uno de los gobernadores de ducados y civitatis, así como, a los obispos y representantes de la nobleza con titulación de tiufados.

Teodomiro decidió preparar su marcha, pese a no haber recibido aún la convocatoria de la Junta, pues al no acceder automáticamente al trono Akhila, hijo mayor de Witiza, era vital que ningún partidario de la casa de Égica faltase a la convocatoria.

Aunque la citación oficial no había llegado, tan pronto se enteró que los tres tiufados de la Civitate, habían salido para Toletum sin aguardar a unirse a la comitiva, que él encabezaría, decidió emprender el camino en compañía del obispo de Elota-Ilici.

A su llegada a Iyyu, su comitiva coincidió con la del obispo de Begastri, quien le informó, que él sí había sido citado para la Junta, por lo que Teodomiro comenzó a sospechar que algo se tramaba en Toletum.

Cuando la comitiva de la Civitate de Aurariola se disponía a entrar en Toletum, fueron detenidos por la guardia, que les advirtió sobre la conveniencia de esperar unas horas, hasta que la revuelta callejera que se había formado, fuese aplastada por la guardia.

De forma confidencial, el capitán de la guardia informó a Teodomiro, de cómo un bizantino que hacía sólo seis meses había llegado a Toletum, se había erigido en aglutinador de todos los nobles partidarios de la casa de Chindaswinto; su nombre era Eudón, y a él precisamente, se atribuía la organización de la revuelta que estaba ensangrentando las calles de Toletum esa mañana. Se conocía que este Eudón había repartido el dinero a manos llenas entre la plebe, fomentando el malestar que como secuela, había dejado la epidemia de peste y el hambre posterior, que según el capitán, se dejó sentir de una forma feroz en Toletum entre los desvalidos. Igualmente le informó de los rumores que corrían en Toletum, en el sentido de que muchos mensajeros del Comes de los notarios, habían sido asaltados en el camino, a fin de que la citación para la Junta, no llegase a los partidarios de la casa de Égica, Junta que tendría lugar al día siguiente, razón por la que Eudón había organizado aquel día la revuelta, con el fin de asustar a los electores timoratos de votar en favor de Roderico. Teodomiro informó a su vez al capitán, de como él y el Obispo de Ilici, no habían recibido comunicación alguna.

Que el obispo de Ilici era partidario de la casa de Égica, era algo bien conocido de Teodomiro, pues fue gracias a su gestión que éste fue nombrado obispo a la muerte de su predecesor; en cuanto al obispo de Begastri, no sabía a que atenerse, pues todos sus intentos para sonsacarle habían resultado vanos, ante la habilidad dialéctica de éste, que, si en una ocasión daba a entender que era partidario de unos, en la próxima parecía todo lo contrario; de lo que sí estaba seguro Teodomiro era, que el obispo de Begastri votaría al que considerase que tenía más probabilidades de salir elegido, pues era el clásico tipo que sigue al vencedor, sea éste cual fuere. Fue por ello, que cuando el capitán de la guardia les permitió el paso tres horas después, no invitó al obispo de Begastri a hospedarse en su casa, excusándose de ser muy pequeña para albergar a todos.

Tan pronto hubieron descansado un poco y aseado sus personas, tras tomar un frugal refrigerio, Teodomiro acompañado del obispo de Ilici se dirigió a palacio, donde, según se había informado, aún residía la familia de Witiza. Su entrada fue celebrada con júbilo por los hijos de Witiza y los demás próceres que les acompañaban. Su reducido número y sus caras pesimistas, decían a las claras, que la elección de un nuevo rey de la casa de Égica estaba en peligro, pues incluso cuando Teodomiro se dirigió a Akhila llamándole Majestad, éste le respondió:

—Te agradezco el tratamiento que me das, pese a no tener derecho al mismo, pues me indica cuan fiel eres a la casa de mi padre, mas temo, que mis deseos y los tuyos no se vean realizados —y tras un

momento de pausa, prosiguió—. De los partidarios de mi causa, sólo veinte habéis llegado de provincias, lo que me tiene muy desalentado y entristecido, puesto que con muchos más contaba.

—Mi señor, si estoy aquí en este momento, se debe a que algo en mí me advirtió de una traición, y sin esperar comunicación alguna me puse en camino. Al llegar fui advertido del rumor que circula en Toletum de que los emisarios del Comes de los notarios fueron interceptados y matados por un tal Eudón. Yo puedo certificaros por mi parte, que ninguna noticia tuve de que la Junta se reunirá mañana. Si a los demás les ha ocurrido lo que a mí, os ruego no les culpéis —respondió Teodomiro.

—¡Lo ves hermano! ¡Te convencerás de una vez que hemos sido traicionados! —intervino Artobas, hijo segundo de Witiza—. Aunque no era necesario que Teodomiro nos confirmase la noticia, pues bien claro estaba, sobre todo, después de la revuelta que hemos padecido esta mañana —y perdiendo casi los nervios añadió—. ¡Te dije que eliminases a ese aventurero y no me hiciste caso!

—¡Calla Artobas, que no es digno que un príncipe se comporte de esa forma en presencia de extraños! —atajó Akhila las lamentaciones de su hermano.

—Akhila, acaba de llegar un emisario del Comes Julián, quien nos avisa que él y veinte electores más, fuerzan la marcha y llegarán en el transcurso de la noche —la entrada de Favila, Comes de los notarios había sido tan precipitada, que no le dio tiempo de saludar a nadie, dado que la noticia que llevaba le quemaba la lengua.

—¿Favila, suponiendo que los veinte electores que vienen con Julián voten a favor nuestro, con cuántos votos contamos?

—Si todos los que me han prometido el voto, mantienen su palabra, somos ciento tres —respondió Favila.

—¿Están incluidos en esta cifra Teodomiro y el obispo de Ilici?

—Perdón Akhila, con la alegría de la noticia que traía, no había visto a Teodomiro ni a su eminencia. Contando con ellos, somos ciento cinco.

—Es decir, que mi candidatura saldría vencedora —dijo Akhila como pensando en voz alta y mirando a los asistentes en espera de que confirmasen sus palabras. Algo debió ver en los rostros que le rodeaban, pues añadió—. Ya veo que todos pensamos lo mismo, aunque no os atrevéis a decirlo; seré yo quien lo exprese por todos. Éramos ciento cinco esta mañana, antes de los disturbios, mas ya no sabemos cuantos habrán cambiado de opinión, atemorizados por la demostración de fuerza que han efectuado nuestros enemigos.

—Akhila —intervino Teodomiro—, dada la situación, creo que sería conveniente que todos los que estamos aquí incluyendo a tus hermanos Artobas y Alamundo a más de otros que te sean fieles, visitemos a

los electores que se consideren dudosos animándolos con la noticia de la llegada de Julián y sus acompañantes, y asegurándoles que saldremos vencedores si ellos te otorgan su voto. Hay muchos que juegan la carta del vencedor y no se deciden hasta que creen estar ciertos de acertar, y a ellos precisamente, es a los que hay que convencer.

—Temo que esta forma de obrar nos expone a serios peligros, pues no me extrañaría que fueseis atacados por la chusma pagada por Eudón —respondió Akhila vacilante.

Sus pocos años le hacían pasar de la temeridad al miedo, y no podía evitarse que el nerviosismo se apoderase de él en los momentos más trascendentes. El verdadero peligro de la votación en la Junta, radicaba precisamente en el mismo Akhila, pues de seguro sería atacado en los discursos de la parte contraria, y si perdía los nervios en las respuestas, o se le encontraba inseguro en las réplicas, podía darse por perdida su candidatura. Teodomiro, en un aparte con Favila, le comunicó sus temores y le pidió que le arropase durante la asamblea, evitando a ser posible que hablase a menos que fuese imprescindible; mas Favila que conocía a los hijos de Witiza le informó que, eran muy impulsivos y no solían aceptar consejos de las personas mayores, a menos que fuesen unos aduladores, cosa que él nunca había sido y si por el contrario, les había tenido que reprender en numerosas ocasiones, por lo que mucho se temía, que la persona menos indicada para guiarlos en aquella ocasión era él, y terminó:

—Tú mismo acabas de comprobar, cómo sin reflexionar, Akhila ha rechazado tu sugerencia, apoyándose en un fútil pretexto; siendo lo más sensato que cabía hacer en un momento como éste. Los tres hermanos están muy unidos y se aconsejan entre sí, y puedo afirmarte, que sus decisiones dejan mucho que desear, pues desde siempre, para lo único que sus cabezas son fértiles, es en maquinar locuras. Son ellos precisamente los mayores enemigos que tienen, pues incluso yo, si no fuese por lealtad a su padre y abuelo, me abstendría de votarle.

—Mal panorama me presentas, prudente Favila, pues yo, que conozco a fondo a Roderico, el candidato de la casa de Chindaswinto, sé que es un valiente guerrero, pero con poco seso como gobernante, por lo que sea cual fuere la elección, Hispania quedará en manos de la incompetencia —se quejó con amargura Teodomiro.

Las campanas de la catedral repicaban alegremente mientras el cortejo de electores iba entrando lentamente en el recinto sagrado, entre las filas de la muchedumbre que aclamaba o silbaba ruidosamente a los electores, según las simpatías que éstos les merecían. Teodomiro que fue

aclamado vivamente durante la primera parte del trayecto, se sorprendió cuando al llegar a las proximidades de la catedral comenzaron a abuchearle, pero pronto pudo darse cuenta que las inmediaciones de ésta, estaba copada por gentes a todas luces compradas, puesto que incluso, había personas a su frente que les indicaban como tenían que obrar.

Conforme los electores entraban en la catedral, los chambelanes les acompañaban a los lugares que según su categoría debían ocupar. De nuevo aquí se dejaba sentir la mano de Eudón, pues los partidarios de la casa de Égica, eran situados en las peores posiciones correspondientes a su categoría. Teodomiro admiró la puesta en escena, pues no pudo menos de reconocer, que a Eudón se le podría achacar cualquier cosa, menos carecer de habilidad y astucia.

La entrada de Roderico fue acogida con un estallido de vítores y aplausos por la multitud que contemplaba el cortejo, mientras que el alboroto con que fue acogida la presencia de los hijos de Witiza, hizo que éstos entrasen violentos y abochornados dentro de la catedral. La presencia del Comes de los notarios y el Metropolitano que cerraban la comitiva, fue acogida con un prudente silencio que contrastaba con el alboroto anterior.

Una vez acomodados todos en la sala capitular, se cerraron las puertas y el Comes de los notarios comenzó a nombrar a todos los dignatarios que tenían derecho a intervenir en la elección. De los doscientos treinta electores, sólo se encontraban presentes ciento noventa y ocho, habían faltado treinta y dos, de los cuales veintiocho, eran reconocidos partidarios de la casa de Égica.

A continuación, el Comes de los notarios dio cuenta de la muerte de Witiza, y como de acuerdo con la tradición de la corona goda, se hallaban todos reunidos para elegir entre los presentes, aquél que debería regir los destinos del pueblo godo.

La presentación de candidatos era efectuada por el deudo más anciano de aquél, quien exponía los derechos y las virtudes que concurrían en su candidato, y las razones por las que consideraba que debía ser elegido.

La fase siguiente consistía en que los diferentes electores que lo deseaban, hacían una pregunta dirigida a los candidatos, quienes respondían uno tras otro.

Pronto se pudo comprobar que las respuestas de Akhila no habían sido lo suficientemente meditadas, mientras que Roderico respondía mucho más inteligentemente; aunque se adivinaba, que no era él quien hablaba, sino que se limitaba a recitar una lección bien aprendida.

Llegada que fue la votación, Akhila recibió ochenta y ocho votos contra ciento diez de Roderico.

Conforme a la tradición, los electores, precedidos por el Metropolitano, el Comes de los notarios, el Rey electo y su oponente, se dirigían al altar mayor, donde el Metropolitano revestido con sus ornamentos, decía estas palabras:

«En nombre de Dios todopoderoso, ante el cual todos nos humillamos, te demando prestar juramento ante el Comes de los notarios.»

Entonces, avanzó Roderico y tras arrodillarse, puso la mano derecha sobre los Santos Evangelios, mientras Favila con voz recia recitaba:

«Cada uno de nosotros valemos tanto como vos, y juntos, más que vos. Os hacemos Rey si jurares respetar nuestros derechos y privilegios.»

A lo que Roderico respondió con voz firme y sonora.

«Lo juro ante Dios nuestro señor, y que Él me demande si no cumplo.»

Tras de lo cual le fue impuesto el manto de púrpura y la corona.

Una vez sentado en el trono dispuesto a ese fin, en el lado de la epístola, todos y cada uno de los electores, pasaban ante él hincando una rodilla en acto de sumisión, mientras el nuevo rey les dirigía unas palabras.

Cuando tocó el turno a Teodomiro de rendir vasallaje, Roderico le dijo, dando a entender que no tomaba en consideración el que hubiese votado a su oponente:

—Espero que me honrarás con tu presencia en la fiesta de la coronación.

—Será para mí un gran honor, Majestad.

A la salida de la catedral, Teodomiro buscó a Julián a quien no había tenido ocasión de hablar desde su última estancia en Ceuta, en la que él y su familia habían cuidado a Teodomiro con tanto amor como si de uno de sus deudos se tratara. Se dieron un fuerte abrazo mientras las lágrimas humedecían sus ojos.

—Mucho tiempo y pesadumbres han pasado desde que nos vimos por última vez —dijo Teodomiro, mientras carraspeaba disimulando su emoción.

—Y la última acabamos de pasarla —respondió Julián con una triste sonrisa, añadiendo a continuación—. Malos tiempos se avecinan, aunque no sé como puedo decir esto, cuando para Ceuta no pueden ser peores, pues si no se nos envían hombres y sobre todo alimentos, dudo que podamos resistir más de un mes sin entregar la plaza.

—Sólo de pensar en Ceuta, siento vergüenza por no haberte socorrido como era mi obligación. Es cierto la gran penuria que sufrimos, pero nada hubiese significado reducir un poco nuestras raciones y así ayudar a tus hombres. Pero dime, ¿no has recibido ayuda después del barco que tuve que fletar a mis expensas, como última solución para ayudarte?

—Ninguna ayuda he recibido desde entonces, y si subsistimos, se debe al pescado que capturamos y a que en dos ocasiones, desembar-

camos en la retaguardia muslim, arrasando unas aldeas y recogiendo los pocos alimentos que encontramos. Si me he decidido a venir a la Junta, ha sido para recabar la ayuda del rey, pues mis hombres ya no pueden resistir más, disminuidos tras las continuas luchas y diezmados por las enfermedades. Cuando la carne se terminó, tuvimos que recurrir a comernos los caballos, como si fuesen un manjar de dioses, pero éstos también se han terminado. Las defensas de la ciudad, se han ido deteriorando tras los continuos ataques, y cuento con tan pocos hombres y en un estado tan débil, que no puedo reconstruirlas. Ya en dos ocasiones he intentado que las mujeres y niños te sean enviados a Aurariola, pues el miedo de la peste impide hacerlo a la Bética, pero todas las familias se niegan a separarse, pese a lo cuál, si tú las admites, y no consigo que el rey dé la orden de que se nos auxilie, tan pronto vuelva esta misma semana a Ceuta, pienso embarcarlas aunque sea por la fuerza.

—Sabes, que en todo puedes contar conmigo, y que aunque la penuria de Aurariola es grande, aún podría enviarte socorros si el rey lo ordena, y hace que los tiufados de Aurariola se comprometan a apoyar este envío, evitando los tumultos y silenciando el embarque; pues de enterarse el pueblo, de seguro se amotinaría, poniéndome en grave riesgo.

Su conversación, tuvo que ser interrumpida, al ponerse en marcha la comitiva que acompañaba a los hijos de Witiza, entre el silencio de las gentes que contemplaban cómo los príncipes derrotados, eran acompañados por un grupo muy reducido de nobles, mientras el cortejo del vencedor se había engrosado, con todos aquellos que aspiraban al reparto de prebendas.

La primera noticia, que tuvo Teodomiro al levantarse al día siguiente, fue la de la destitución de Favila como Comes de los notarios, puesto que había sido concedido a Eudón.

Realmente, se sentía curioso por conocer al personaje que había hecho posible la ascensión al trono de Roderico, y llegado a tan alto puesto, en un espacio de tiempo tan reducido. Por la forma tan hábil con que había llevado el asunto, sabía que se trataba de una inteligencia superior, mas le faltaba conocer, si ésta, sólo servía para la intriga o por el contrario, era un verdadero hombre de estado, lo que deseaba con todas sus fuerzas, pues conociendo a Roderico con sus limitaciones, el destino de Hispania tendría que depender de este enigmático personaje, del que nadie sabía informarle, pues hasta de su origen griego nadie estaba seguro.

Cuando un rey godo moría, la primera actuación del Comes de los notarios, al hacerse cargo del poder temporalmente, consistía, en romper el sello del monarca fallecido en presencia de los altos dignatarios

de la corte. De igual manera, las fiestas de la coronación, a las cuales asistía Teodomiro por primera vez, comenzaban con un cortejo, al que debían asistir todos los invitados, que partiendo de la parte habitada de palacio, con el rey al frente, llegaba hasta un edificio anexo; conocido por todos como «la mansión de los monarcas», donde estaban depositadas todas las coronas de los reyes godos que habían reinado en Hispania. Debajo de cada corona, existía una placa de oro, donde se decía su nombre, el año que había comenzado a reinar y el de su muerte, así como el número y nombre de los hijos que había tenido.

El rey precedía a la comitiva, llevando, sobre un almohadón de terciopelo carmesí, la diadema del último monarca, la que depositaba en el lugar previsto bajo la placa conmemorativa.

Tras esta ceremonia, el nuevo rey, que había hecho el trayecto sin corona, se colocaba la suya sobre la cabeza, mientras el nuevo Comes de los notarios le entregaba el sello real, que había sido elaborado durante la noche, y sin cuya marca, ningún documento real era válido.

Fue en este acto, cuando Teodomiro pudo ver por vez primera a Eudón, mientras hacía la entrega del sello real a Roderico. Se sonrió al no poder por menos de catalogarlo como al hombre de la «media», ya que su estatura era mediana, así como su edad, prestancia e incluso el mismo color de su piel, era una mezcla entre el blanco nórdico y el árabe. Se preguntó, si también todas sus cualidades intelectuales concordarían con el mismo patrón.

Tras volver al salón del trono, la fiesta comenzó y los distintos dignatarios pudieron mezclarse entre sí, mientras una nube de buscadores de prebendas rodeaba a Roderico y su esposa, la cual se llamaba igual que la mujer de Teodomiro.

Transcurrido un tiempo, Eudón que había estado acompañando al rey la mayor parte del tiempo, se separó de éste y él mismo se presentó a Teodomiro.

—No niego —comenzó su conversación—, que tenía una gran curiosidad por conocer al más famoso tiufado de los reinados de Égica y Witiza, y al hombre, que en el más corto espacio de tiempo que conozco, pasó de ser un desconocido en la corte, al más próximo y estimado por su rey Égica.

—Teniendo en cuenta su condición de extranjero, esa hazaña, ha sido sobrepasada con mucho por Eudón, quien además ha hecho un nuevo rey, mientras que yo me limité a salvar la vida del que ya reinaba —respondió Teodomiro.

La respuesta halagó la vanidad de Eudón, y sus ojos de un vivo acerado parecieron dulcificarse al sonreír.

—No voy a pretender, que quien poco antes, podía considerarme

como un enemigo, momentos después de conocerme, me acepte entre sus amigos, mas sí aspiro, a que antes de tomar partido en favor o en contra mía, se me conozca y se me juzgue por lo que soy, y no por lo que de mí se cuenta —y añadió—. No abundan los hombres de valía entre la nobleza, y no puede el rey permitirse, que los pocos que hay no secunden su causa.

Viendo Teodomiro la actitud contemporizadora de Eudón, creyó apropiado el momento para interceder por Julián.

—Hombres de valía conozco, que no han sido invitados a esta fiesta y que tal vez, sería conveniente que el noble Eudón conociese y tratase.

—Siempre he aceptado el consejo, cuando de persona prudente proviene, por lo que te agradecería Teodomiro, que me indicases alguien en concreto.

—Por su valor y prudencia, dotes de mando y atracción personal, durante muchos años el Comes Julián ha merecido el respeto de todos, y ahora que por la ascensión al trono de Roderico, queda libre el ducado de la Bética, nadie encuentro con mejores merecimientos para ser nombrado dux de esta provincia, además, por proximidad a Ceuta, a la que es preciso auxiliar de inmediato, la Bética ha sido y continuará siendo, la región obligada en abastecer esta plaza fuerte, imprescindible para defender Hispania de los islamitas.

—Tenía la esperanza, de haber podido mostrarte mi buena disposición, mas no soy yo quien dispone, sino el rey, y puedo asegurarte, aunque desconozco las causas, que éste siente una profunda aversión por el Comes Julián; además, el rey me ha informado de su intención de que la Bética dependa directamente de Toletum.

—Malas noticias son esas, y ardua y difícil la misión, si desde Toletum se ha de gobernar la Bética además de la Cartaginense.

En ese momento el rey solicitó la presencia de Teodomiro, por lo que la conversación tuvo que interrumpirse.

Cuando Artobas y Alamundo permanecieron en la comitiva real, una vez que finalizada la ceremonia en «la mansión de los Monarcas», su hermano Akhila se retiró, Teodomiro sintió cierta extrañeza de éste comportamiento de los hijos de Witiza; luego se le informó, de que Roderico había insistido en que los hijos del último monarca le acompañasen en las fiestas, y que únicamente Akhila había rehusado, aduciendo un fútil pretexto. Por ello, cuando al acercarse a Roderico encontró a éste riendo en compañía de los hijos de Witiza, no pudo disimular su asombro, por lo que Roderico se apresuró a decirle:

—¿Por qué te extrañas Teodomiro de algo que siempre fue natural en los viejos tiempos entre los godos? Nuestra monarquía siempre fue electiva, y en la antigüedad, nadie sintió resentimiento contra el afortu-

nado que había sido elegido, incluso si se había pretendido tal nombramiento sin conseguirlo; sólo a partir de nuestra integración con el pueblo romano, los godos pretendieron vincular la corona a una familia y hacerla hereditaria.

—Me alegra que así penséis, mi señor, y bien quisiera que todos obrasen como vos —y tras un momento de vacilación, añadió—. Señor, el rey Égica tuvo a bien nombrarme Comes vitalicio de la Civitate de Aurariola y Arconte Máximo de la flota. Considero un deber el poner ambos cargos a vuestra disposición y dejaros en libertad de nombrar para ellos, a la persona que juzguéis más apropiada.

—Decidme Teodomiro, ¿qué persona consideráis con más méritos que vos para desempeñarlos?

—No soy yo quien debe juzgarme, sino vos, mas considerar antes de tomar una decisión, que al Arconte Máximo corresponde socorrer a las plazas que el mar separa de Hispania, y que si me confirmáis en ese cargo, deberéis ordenar a los tiufados de Aurariola, que colaboren en dicha misión.

Tan pronto Teodomiro había comenzado a hablar con el rey, todos los nobles de la Civitate de Aurariola se habían congregado en las proximidades del monarca, y no bien escucharon las palabras de Teodomiro, un fuerte murmullo se produjo entre ellos, mientras una voz decía airada:

—¡Este hombre está loco, si pretende quitarnos los pocos alimentos que nos quedan y los brazos necesarios para recoger la futura cosecha!

—¡Tened en cuenta que se trata de un witiciano, y sólo vuestro mal puede aconsejaros!

—¡El rey no puede ignorar los deseos de quienes le hemos elegido, y escuchar a quienes votaron en contra suya!

Cuando el alboroto llegó a un punto máximo, la voz de Eudón se elevó sobre las demás reclamando silencio:

—¡Basta, basta! ¡Cómo os atrevéis a comportaros de esta forma ante vuestro rey!

Si bien la recia voz autoritaria de Eudón, redujo al silencio las protestas, éstas no fueron hechas en vano, pues bien se adivinaba por el gesto, que habían causado honda impresión en Roderico; así lo demostraron sus palabras al dirigirse de nuevo a Teodomiro.

—Puesto que mis antecesores te nombraron Comes vitalicio de Aurariola y Arconte Máximo de la flota, y pruebas más que sobradas has dado de merecer tales puestos, yo te confirmo en esas atribuciones, que espero continúes desempeñando con la misma lealtad; mas el hambre de toda Hispania impide que se pueda socorrer a Ceuta, por lo que deniego cualquier intento de hacerlo.

—Con vuestra decisión no sólo condenáis a Ceuta a rendirse sino que a no tardar, toda Hispania y vos mismo os tendréis que arrepentir de tan precipitada e irreflexiva orden. Durante muchos años los godos han vertido su sangre en defensa de Ceuta, protegiendo a la península del furor de los islamitas; tan pronto caiga esta plaza, nada les detendrá y su paso a la Bética será sólo cuestión de tiempo. Por no querer que vuestros vasallos sufran durante dos meses, les condenáis probablemente a la esclavitud. ¡Volved Majestad de vuestra decisión! ¡Sólo faltan tres meses para que las abundantes cosechas que se auguran puedan recogerse y las privaciones tendrán su fin!

Durante su larga argumentación, Teodomiro se fue excitando, y su tono de voz irritó a Roderico, quien furioso le respondió.

—Estáis convirtiendo mi fiesta de coronación en un consejo del reino al que nadie os ha invitado. ¡No olvidéis que las decisiones las tomo yo y no vos! Retiraos y dad gracias que no vuelvo atrás de mi decisión —y dándole la espalda, Roderico se puso a hablar con otros dignatarios.

Rojo de vergüenza por el desaire recibido, abandonó la estancia entre filas de nobles que le rehuían por haber perdido el favor real.

A media tarde le anunciaron la visita de Julián, quien había sido informado de cuanto aconteció en palacio aquella mañana. Tan pronto llegó junto a Teodomiro, le abrazó fuertemente mientras le decía:

—Sólo a un loco se le podía ocurrir tomar mi defensa ante Roderico. ¡Debí advertirte del odio que Roderico siente por mí! No me perdona mis éxitos en la defensa de la Tingitania, y sé, que cada victoria mía sobre los islamitas, era un aguijón que espoleaba sus celos hasta limites insospechados. Como, además, el avituallamiento de Ceuta le detraía parte de las rentas reales, siempre ha defendido que tal esfuerzo era un dispendio que a nada conducía.

—¿Qué vas a hacer ahora privado no sólo de la ayuda sino también de la esperanza de recibir socorro?

—Intentaré aguantar tres meses, pues si la abundancia de la cosecha que se avecina se confirma, no dudo que por lo menos de ti, recibiré ayuda. Por de pronto, tal como ya te hablé, te enviaré a las mujeres y niños tan pronto llegue a Ceuta, para la que parto mañana con la mayor celeridad, tras dejar a mi hija instalada en palacio, tal como me corresponde por mi condición de prócer; luego, sólo Dios sabe qué tiempo conseguiremos resistir.

A mediados de abril del año del Señor del 710, llegaron las naves apostadas en Ceuta con la mayoría de las mujeres y niños de la ciudad, si bien no todas las familias consintieron en separarse de sus padres o

hermanos. El estado de los refugiados era tan deplorable, que la gran muchedumbre que acudió al puerto con ánimos belicosos, creyendo que Teodomiro iba a cargar alimentos para enviar a Ceuta, no opuso ninguna resistencia a su desembarque, pues más que personas parecían cadáveres.

Cuando Julián volvió de Toletum, se encontró con que una fuerte disentería estaba haciendo estragos entre sus gentes, por lo que aceleró al máximo la salida de las mujeres y niños; pero según contaron los capitanes de las naves, el agua de las cisternas se encontraba en tan mal estado, que no creían que la ciudad pudiese resistir más de quince días

Las tripulaciones de las naves se encontraban en tan precarias condiciones, que Teodomiro ordenó que fuesen otras naves las que partieran de nuevo para Ceuta cargadas de vasijas de agua y de verduras, único alimento al que la muchedumbre no se opuso embarcar.

El veinte de mayo del año de nuestro Señor de 710, el Comes Julián capituló ante Musa ibn Nusayr, tras muchos años de cerco, en que los islamitas habían sido incapaces de tomar la ciudad de Ceuta. Falto de ayuda, sin alimentos y con unas fuerzas incapaces incluso, de sostenerse sobre sus pies, tal era su miseria y debilidad, el Comes Julián aún fue capaz de rendir el último servicio a sus hombres, consiguiendo que Musa les permitiese abandonar Ceuta con todas sus armas, bienes y pertenencias, mientras las fuerzas muslimes les rendían honores. Tal era el respeto que su heroísmo de tantos años, había producido en el enemigo.

La noticia se supo en Oriola quince días después, cuando las cuatro naves con base en Ceuta retornaron a Portus Ilicitanus.

La Civitate que durante tantos años había estado unida a los avatares de la defensa de Ceuta, sintió profundamente la noticia y un sentimiento de vergüenza y culpabilidad se extendió por toda la población. En su ingenuidad, había pensado, que no por dejar Aurariola de abastecer a Ceuta, ésta se vería privada de socorros, ya que éstos se enviarían desde otras provincias.

A primeros de julio del 710, recibió noticias Teodomiro de que un liberto de Musa, un tal Tarif Abu Zara, había desembarcado en la isla de Andalus apoderándose de cuanto encontró, y que, con cien jinetes y trescientos peones, se dirigía a atacar Algeciras.

El día diez de julio zarpó la flota al mando de Teodomiro, mas cuando llegó a Algeciras, Tarif Abu Zara ya había zarpado con sus cuatro naves cargadas de un gran botín y numerosos prisioneros, y se encontraba a buen resguardo en el puerto de Ceuta. Hizo que la flota saliese en descubierta por las costas africanas, mientras él acompañado por

una fuerte escolta se dirigió a Híspalis para entrevistarse con el Vicari de la misma y visitar a su amigo Julián, que tras la entrega de Ceuta a los muslimes, se había instalado en esta ciudad.

Los informes que envió a Toletum desde Algeciras, hablaban claro sobre su gran temor de que el rico botín apresado por Tarif con tan poco esfuerzo excitase la codicia de los beréberes, quienes a no dudar, volverían a intentar próximamente otra algara; por esto, había decidido fortificar Algeciras y dejar parte de la flota en guarnición de esta plaza, por lo que al depender Algeciras directamente de Toletum a través del Vicari de la Bética, pedía autorización a Roderico para ejecutar sus planes.

La indignación de Teodomiro no tuvo límite cuando Julián le relató, que los tres hijos de Witiza habían pasado a Ceuta a finales de abril, y le pidieron que les acompañase a visitar a Musa, a fin de solicitar de los muslimes ayuda para recuperar la corona de su padre, para lo cual, fuerzas islamitas deberían pasar a Hispania y juntamente con los partidarios de Akhila, derrocar a Roderico.

—... cuando me negué a acompañarlos a Tánger y les hice ver lo descabellado de su intento —prosiguió Julián—, me advirtieron que si informaba a Roderico, tanto ellos como todos sus partidarios, propalarían la noticia de que yo me encontraba en tratos con Musa para entregarle Ceuta, pese a que la ciudad estaba bien abastecida; con lo que pretendía traicionar a Roderico en favor de los hijos de Witiza, además, me amenazaron con hacer asesinar a mi hija en la corte de Toletum; pese a lo anterior, envié un informe detallado a la corte, mas después he sabido, que mi correo fue interceptado y nunca llegó a su destino.

—Pero todo lo que me cuentas es alta traición. ¡No se dan cuenta esos imbéciles, que si los islamitas entran en Hispania, nunca les devolverán la corona y se quedaran sin ella —la furia de Teodomiro restallaba en cada una de sus palabras—. Es preciso que me entreviste de inmediato con el Vicari de Híspalis. ¡Pero, por lo que me dices, debe de estar también metido en la conjura!

—Estás en lo cierto, pues de otro modo, no podrían mantener la vigilancia tan estrecha que sobre mí ejercen.

—Bien, en ese caso, me haré el informado de cuanto acontece, aunque sin conocer los detalles. ¡Es posible que el Vicari nos dé la información que necesitamos! Debo verlo urgentemente, y perdona, si para conseguir mi propósito, debo ir en cierto modo contra tu persona, pues de otro modo desconfiarían de mí.

Tan pronto se presentó Teodomiro en el palacio del dux, donde tenía su morada el Vicari, fue introducido a su presencia.

—Salve Teodomiro, Arconte de la flota. Con impaciencia esperaba tus noticias, por lo que grande fue mi sorpresa cuando se me informó, de

que en vez de venir directamente a palacio, te dirigiste a casa de Julián.

—Salve Teudegerto, Vicari de la Bética. Mi tardanza es comprensible, si consideras que no quería presentarme ante ti con el polvo del camino, y dado que estaba en mi ánimo hospedarme en casa de mi viejo amigo Julián, con el que no debes ignorar, me une una entrañable amistad, consideré oportuno dirigirme primero a su casa —saludó Teodomiro—. ¡Por cierto!, algo debe sucederle, pues lo he encontrado muy cambiado y como si mi llegada le importunase.

—Teodomiro, siempre os hemos tenido como un incondicional de la casa de Égica. ¿Me equivoco al suponer que también lo sois de los hijos de Witiza?

—Teudegerto, de todos es bien conocido que voté por Akhila, y que mis relaciones con Roderico no son precisamente cordiales, pues fue público su desaire hacia mí; si bien debo añadir, que me considero un súbdito fiel de mi rey —la última frase la pronunció Teodomiro de forma tal, que pudiese ser interpretada como una ironía.

Tras vacilar un instante, Teudegerto se decidió a sincerarse con Teodomiro.

—Siento tener que atacar a un amigo tuyo, pues no ignoro con cuanto entusiasmo le defendiste ante Roderico; pero Julián es un traidor a la causa de Akhila, por lo que no me extraña que te recibiese con tan poca cordialidad, pese a lo mucho que debía estarte agradecido.

—No puedo creer lo que me cuentas, pues siempre ha sido fiel a la casa de Égica, y yo mismo presencié como votaba por Akhila, mientras otros le abandonaban; y está además, la afrenta pública que Roderico le infligió.

—Pues, por increíble que pueda parecerte, así es, y hasta tal punto, que se negó a servir de intermediario entre los hijos de Witiza y Musa, y después, cuando éstos han traído la promesa del sultán Al Ualid, de ayudarles a recobrar la corona de sus padres, ha intentado advertir a Roderico, al que incluso envió una misiva.

—Perdonar si os interrumpo —cortó Teodomiro—, pero me dais tantas noticias para mí desconocidas, que no llego a seguir vuestras palabras. ¿Decís que los hijos de Witiza han visitado al sultán? —se hizo Teodomiro de nuevas incitando a dar más explicaciones.

—Así es. Primero pasaron a Ceuta, donde Julián se negó a acompañarlos, tras de lo cual se dirigieron a Tánger, donde los recibió Tariq, al que preguntaron: «¿Eres tú el jefe supremo, o hay otro de quien dependes?». Tariq les respondió: «Yo dependo de otro, que a su vez tiene superior». Luego concedióles permiso para pasar a Ifriqiya a tratar con Musa ben Nusayr y arreglar aseguradamente el asunto, dándoles, a petición suya, una carta en que se le informaba del negocio pendiente

y de aquello que Tariq se había comprometido a dar. Fueronse con la carta, en la que se explicaba que estaban dispuestos a aceptar la sumisión al sultán, si las tropas muslimes entraban en Hispania y daban el trono a Akhila. Encontraron a Musa en las proximidades del país de los berberiscos, al tiempo que se dirigía a Tánger. Musa ben Nusayr, a su vez, los mandó al califa Al Ualid ben Abd al Malik, el cual les ratificó el convenio con Tariq, mandando redactar un documento para cada uno de ellos, en el cual se ordenaba: «Que a nadie hubieran de hacer acatamiento ni al entrar ni al salir de su presencia». El sultán a la vez escribió a Musa ordenándole: «Manda a ese país algunos destacamentos que lo exploren y tomen informes exactos, y no expongas a los creyentes a un mar de revueltas olas».

—Así pues, la algara que acaba de efectuar Tarif Abu Zara sobre Algeciras, es la primera exploración mandada por Musa —preguntó Teodomiro.

—En efecto —respondió Teudegerto—. Antes de partir para Ceuta tuve ocasión de entrevistarme con Tarif, quien marchó muy satisfecho del botín recogido, y me dijo que informaría a Tariq favorablemente, para que éste aconsejase a Musa en favor de una intervención en ayuda de los príncipes depuestos.

Teodomiro tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener sus deseos de atravesar con su daga la garganta de aquel traidor, ya que su huida de palacio hubiese sido completamente imposible; por lo que una vez de nuevo dueño de sí mismo preguntó:

—Pero ahora, tras la algara de los muslimes, si el Comes Julián consigue hacer llegar a Roderico alguna nota, los hijos de Witiza estarán en peligro.

—Nada hay que temer en ese sentido, pues como tal vez no ignoras, Roderico ha tomado mucho cariño a los hijos de Witiza, hasta tal punto, que los distingue como a sus consejeros de mayor confianza. Akhila, aprovechando su ascendiente sobre Roderico, ha informado a éste, que Julián, por despecho a él, se ha unido a los judíos y está en tratos con los muslimes para que éstos pasen a Hispania —e interrumpiéndose, buscó en un cajón y le tendió un pergamino a Teodomiro—. Lee y comprueba cómo no hay nada que temer.

El escrito provenía de Toletum y llevaba el sello real.

> *«De Roderico rey de los godos a Teudegerto Vicari de la Bética. Ante las noticias que nos llegan de que el traidor Julián esta en contacto con los judíos para favorecer la entrada en Hispania de los islamitas, se deberá someter a Julián a estrecha vigilancia, de forma que no pueda comunicarse con los judíos.»*

—Como ves, cualquier denuncia por parte de Julián, será tomada como una intentona de eludir su culpa.

—¿Pero si Julián puede resultar un peligro, por qué no se ordena su muerte? —preguntó Teodomiro deseoso de llegar al fondo del problema.

—Es muy importante que Julián llegue vivo hasta el momento en que las fuerzas muslimes desembarquen, a fin de que todas las culpas recaigan sobre él, y evitar así, que nadie sospeche la intervención de los príncipes.

—Dime por último, pues me hago una confusión. ¿Este Tarif Abu Zara, es el mismo que firmó el acuerdo con los hijos de Witiza?

—No, Tarif Abu Zara está a las órdenes de un liberto de Musa llamado Tariq ben Ziyad, que es un persa de la región de Hamadan. Este último es quien firmó el acuerdo con Akhila, ya que detenta el mando de Tánger y Ceuta a las órdenes del walí de Ifriqiya.

—En estas circunstancias será preciso que retire la flota de Algeciras, pues a parte de que podría ser atacada por la flota muslim, existe el peligro de que Musa desista de ayudar a los witicianos por miedo a nuestra flota.

—Desde luego, la flota goda debe volver a su base de Portus Ilicitanus para facilitar la acción de los islamitas, pero no por peligro de ataque de la flota de éstos, ya que sólo poseen cuatro viejos barcos de transporte —informó Teudegerto.

Teodomiro comprendió que ya no podría sacar más información útil del Vicari de Híspalis, por lo que se despidió de él asegurándole que al día siguiente saldría para Algeciras, para conducir la flota a su base.

La velada en casa de Julián se prolongó hasta bien entrada la madrugada, pues tras contar Teodomiro a éste cuanta información había obtenido, discutieron largamente las medidas que se podrían tomar para contrarrestar la traición de los witicianos.

Julián se negó en redondo a salir de Híspalis, donde, al no estar amenazada su vida, podía ser útil a la causa de Hispania. Él se encargaría de aglutinar en la Bética, si le era posible, a los pocos partidarios de Roderico que había en esta provincia, pues el largo mandato como dux de la misma, le había granjeado la antipatía general; era preciso que estos pocos fieles a la monarquía reinante enviasen algunas fuerzas a Algeciras, a fin de colaborar con la flota, ya que Teodomiro había decidido reforzar las defensas del fondeadero y construir almacenes, para el aprovisionamiento de las naves. Se había llegado a la conclusión, de que el único sistema para hacer fracasar la confabulación, consistía en que la flota permaneciese guardando el estrecho, pues ni el rey podía ordenar otra cosa, tras la última incursión muslim sobre Algeciras.

Teodomiro decidió, además, que una vez en Oriola se pondría en contacta con Eudón, a fin de atacar, por medio de éste, la influencia que los hijos de Witiza ejercían sobre Roderico, pues no se le ocultaba la

facilidad con que los witicianos podían involucrarlo en la confabulación que achacaban a Julián, dada la amistad que le unía a éste, por lo que una información directa suya a Roderico podría ser contraproducente.

Antes de terminar su conversación con Julián, Teodomiro advirtió a éste:

—Conoces cuáles son sus planes para con tu persona, pero ten en cuenta que estos planes fueron hechos antes de conocer que me opongo al desembarco de los muslimes, cosa que comprenderán cuando vean que la flota permanece en Algeciras, y que además, intento fortificarla. No sería nada extraño que asustados por mi actitud, ordenasen acabar con tu vida.

—Teodomiro, yo ya soy un viejo sin ilusiones y amargado por la ingratitud. Mi vida nada vale, y nada me agradaría más que me matasen, con lo que mi nombre quedaría libre de toda sospecha y sin mancilla.

Mediada la mañana, la comitiva de Teodomiro salió con destino a Algeciras donde llegó al día siguiente. Lo primero que ordenó Teodomiro fue que todos sus capitanes se reuniesen con él para informarles con detalle de la situación, exigiéndoles el más estricto secreto sobre la información que recibían y exponiéndoles sus planes, ya que por lo dura que iba a ser su labor, no deseaba que nadie protestase de las penalidades a las que los sometía, entre las cuales no era la menor, las largas ausencias de sus hogares que tal servicio les impondría. Unánimemente sus capitanes se mostraron de acuerdo con sus planes en medio de una general indignación, pues casi todos habían luchado contra los muslimes, y además, habían visto la crueldad de éstos en su última algara contra Algeciras. Se acordó que sólo las naves de transporte escoltadas por la nave capitana de Teodomiro, se harían a la mar con rumbo a Portus Ilicitanus, pues había que desistir de recibir abastecimientos de la Bética y todo tendría que venir de Aurariola. Por fortuna la cosecha aquel año había sido abundantísima, y desde este punto de vista no habría dificultades.

Tan pronto estuvo en Oriola, Teodomiro escribió una larga misiva a Eudón, en la que veladamente recababa la ayuda de éste contra los hijos de Witiza pues antes de confiarse a éste, deseaba saber cuál era su postura.

La respuesta de Eudón se hizo esperar bastante, y en ella, de una forma muy oscura le daba a entender que gustoso le ayudaría, pero que el ascendiente que los hijos de Witiza habían logrado sobre el rey era tan grande, que de no tener todas las bazas de su parte, se abstendría de intervenir cerca de Roderico. Pese a lo pesimista de la carta recibida, Teodomiro contó a Eudón cuanto conocía de la conjura, pues al ser enemigo de los witicianos, siempre algo podría influir cerca del rey.

Poco después recibió un emisario de Akhila, quien le entregó una corta misiva de éste:

De Akhila hijo de Witiza, hijo de Égica a Teodomiro Comes de Aurariola.

Te ruego acojas a mi amigo Julio y le atiendas como si de mí se tratase. Él te contará de mí cuanto te interese, pues por ser de mi absoluta confianza, conoce cuanto a mi persona atañe.

Procura ayudarle en el asunto comercial que ahí le lleva, y espero, que me traiga buenas nuevas de tu parte.

Después de leer la misiva, Teodomiro le hizo sentar y le preguntó:

—Por lo conciso que tu señor es en sus noticias, deduzco que éstas deben de ser importantes. ¡Habla pues!

—Mi señor Akhila, no ha considerado prudente poner por escrito cuanto deseaba preguntarte, y me ha ordenado que te lo transmita de palabra —y una vez que Teodomiro dio su aquiescencia con un gesto, prosiguió—. Estas son sus palabras:

«Teodomiro, siempre os hemos tenido por el más fiel servidor de mi padre Witiza, lo mismo que anteriormente lo fuisteis de mi abuelo Égica, y teníamos la esperanza que esa fidelidad continuase con los descendientes de los que tanto te honraron, es por ello, que no hemos querido dar crédito a cuanto nos informa el Vicari de Híspalis, fiel servidor nuestro, quien tras narrarnos su conversación contigo y tus promesas de retirar la flota de Algeciras, nos indica que no sólo no lo haces sino que por el contrario, estás reforzando las defensas de esta aldea, como si la estancia de la flota estuviese prevista para largo tiempo. Te ruego que me aclares estos extremos, pues Musa me ha comunicado, que en tanto la flota goda se encuentre en el estrecho, no debo esperar que intente pasar sus tropas a Hispania, para ayudarme a recobrar la corona de mi padre, que injustamente me fue arrebatada. Espero tu respuesta verbal, por el mismo conducto que yo te hago llegar ésta.»

El mensaje era de una claridad meridiana, y comprendía que Akhila no se hubiese expuesto a enviarlo por escrito. Por otra parte Akhila se dirigía a él considerándose ya rey, pues sus expresiones eran tales que sólo la realeza las utilizaba; resultaba, por tanto, imposible hacerle recapacitar, que estaba entregando Hispania a los muslimes, y que nunca le devolverían la corona que tanto ansiaba. Por último, el mensaje era una especie de ultimátum, tras del cual, los witicianos estaban dispuestos a atacarle cerca de Roderico, pues hacer que la flota abandonase el estrecho era vital para sus planes, y que se imponía retrasar cuanto pudiese el ataque a su persona y evitar que consiguieran quitarle el mando de la flota. Por ello respondió al enviado de Akhila:

—Dile a tu señor, que hubiese sido imprudente abandonar Algeciras

sin antes reparar los daños ocasionados por los muslimes, y dar a la región la sensación de que la flota protegía al pueblo contra cualquier otro intento de algara por parte de los muslimes; que tan pronto las obras estén terminadas, la flota regresará a Portus Ilicitanus. Por otra parte comunícale, que hace bien en no dudar de mi fidelidad, pues yo siempre seré fiel, y que por tal me tiene todo el mundo en Aurariola.

Tras pronunciar la última frase, se arrepintió de haberla dicho, temiendo que su doble sentido fuese captado por Akhila.

Una vez que dio las órdenes oportunas para que el enviado fuese aposentado dignamente, le concedió permiso para retirarse a descansar.

Hasta finales del mes de septiembre no supo Teodomiro que por fin los witicianos se habían convencido, de lo que éstos llamaban ya la traición de Teodomiro, y las noticias en este sentido le llegaron muy poco antes de que recibiese una misiva de Roderico en que éste le expresaba sus temores sobre lo peligroso que implicaba mantener las naves en un refugio tan imperfecto como Algeciras, donde los infieles podrían atacarla con muchas probabilidades de destruirla. El primer intento de los witicianos por hacerle retirar la flota ya se había producido, y a no dudar, la próxima vez sus argumentos serían más importantes para que el rey le ordenase que retirase las fuerzas del estrecho. Respondió al rey aceptando que las defensas de Algeciras no eran suficientes, pero que dado el buen tiempo, la mayoría de las naves se encontraban constantemente navegando frente a las costas africanas y vigilando al enemigo, por lo que cualquier sorpresa por esta parte era muy remota, dado, además, que los muslimes sólo disponían de cuatro naves de transporte muy deterioradas e incapaces de enfrentarse a la naves godas, que de todas formas, estaba previsto que la flota se retirase a su base de Portus Ilicitanus tan pronto los primeros fríos se presentasen, pues con la llegada del mal tiempo era muy improbable que los islamitas intentasen un nuevo desembarco.

El rey aceptó las razones aducidas por Teodomiro para no retirar la flota del estrecho, y sólo cuando a mediados del mes de noviembre, un intenso frió se dejó sentir en el sur y sudeste, las naves volvieron a su base en Aurariola.

Ante Teodomiro se abría un paréntesis de cuatro meses, en el cual sabía que muy difícilmente los islamitas se arriesgarían a pasar el estrecho, pese a lo cual, cada quince días, dos trirremes salían con la misión de hacerse presentes ante Ceuta y Tánger y a la vez que infundían desconfianza en los infieles, se recogía información, ya que por medio de la aljama judía de Oriola se contrataron varias personas en Ceuta, que mediante señales acordadas, indicaban si algo se preparaba en dicha ciudad.

En enero del 711 se comunico a todos los ducados y civitatis, que el rey había decidido emprender una acción de gran envergadura contra los vascones, para lo cual se pedían fuerzas y avituallamiento para la próxima primavera. La orden de Roderico establecía que la Civitate de Aurariola quedaba exenta de suministrar tropas, ya que éstas debían cubrir los puestos de la flota, la que se dedicaría a transportar vituallas desde el litoral mediterráneo hasta los puertos más al norte, para después por tierra ser llevadas hasta Pompaelo.

La operación, a más de innecesaria, ocasionaba tales riesgos al dejar el estrecho sin vigilancia y con las fuerzas godas en la parte opuesta de Hispania, que Teodomiro no tuvo más remedio que escribir al rey exponiéndole las razones por las que consideraba una locura destinar la flota a aquella misión, y sugiriéndole, que sólo las naves de transporte se dedicasen a aquel menester, mientras los navíos de guerra, quedaban guardando el estrecho. La respuesta del rey no dejó ninguna posibilidad de seguir oponiéndose pues era conminatoria. Se le anunciaba que de seguir oponiendo dificultades a las decisiones reales, el rey, pese a los buenos oficios de los hijos de Witiza en su favor, se vería obligado a sustituirle en el mando de la flota, y se le ordenaba que todas las naves deberían estar el quince de abril en Malacca, a fin de cargar las vituallas que debían transportar a Tarraco.

En respuesta de una carta de Teodomiro, Eudón le escribió contándole, como los hijos de Witiza habían convencido a Roderico de que ningún peligro serio podía esperarse por el sur, pues los muslimes a lo único que podían atreverse, sería a hacer alguna razia para obtener botín, pero que eran incapaces de tomar ni atacar ninguna ciudad de importancia; que el verdadero peligro estaba en el norte, donde los vascones se habían atrevido últimamente a sitiar Victoriaco y Pompaelo, quedando únicamente las ciudades en manos de los godos, mientras los valles y las montañas eran detentados por los vascones, quienes los arrasaban para evitar que los godos cogiesen las cosechas. Eudón por su parte, había intentado disuadir a Roderico de hacer aquella campaña, pero éste rechazó sus consejos, pues estaba convencido que obtendría gloria y renombre aplastando definitivamente a los vascones.

Llegada la fecha, Teodomiro después de inspeccionar toda la costa africana desde Ifriqiya hasta Tánger, y cerciorarse que ninguna flota muslim existía en todo el litoral, hizo recalar las naves en Malacca, donde una infinidad de pertrechos esperaban para ser embarcados.

En Algeciras dejó un bajel rápido, cuya misión era avisar a la flota de cualquier movimiento muslim.

El veintiuno de mayo del 711, la flota abandonaba Malacca rumbo a Tarraco, cargada hasta la arboladura de alimentos y pertrechos para las

tropas de Roderico. Un viento suave pero persistente se opuso al avance de los navíos, que sólo pudieron alcanzar Tarraco el día 31 de mayo, tras una extenuante travesía.

Al amanecer del día dos de junio, el bajel que había quedado en Algeciras entró en puerto y se amuró a la trirreme de Teodomiro, mientras su patrón saltaba a bordo aun antes de que su nave se hubiese inmovilizado.

—¡Teodomiro, donde está Teodomiro! —gritó tan pronto estuvo a bordo.

—Aquí me tienes. ¿Qué noticias me traes que con tanta premura me llamas?

—Señor, los muslimes desembarcaron con cuatro naves y numerosas gentes la noche del día veintiocho de mayo en la isla de Andalus, momento en que yo zarpé para avisarte.

—Gracias por tu diligencia en avisarme según te tenía ordenado. Que atiendan a sus necesidades y que se dé la orden de prepararse para zarpar inmediatamente —ordenó Teodomiro a su segundo, mientras él bajaba rápido a su cámara.

Aunque la mar estaba serena, las nubes que se divisaban en el horizonte, hacían temer al entendido que el viento podía pronto rolar a levante, por lo que Teodomiro ordenó poner rumbo a mar abierta, alejándose de la costa para poder aprovechar el viento cuando éste saltase al este. De repente, la brisa cayó por completo y se ordenó arriar las velas y proseguir a remo, alejándose perpendicularmente a la costa. Grandes masas de nubes se fueron formando sobre las naves, sin que un soplo de viento agitase la tersa superficie de la mar. Teodomiro dio orden de detenerse, pues el viento del este no se levantaba y el aspecto del cielo no presagiaba nada bueno. Tras consultar con su segundo y con el cómitre, se dio la orden de virar en redondo y marchar a la máxima velocidad que permitiesen los remos, a fin de alcanzar el refugio del puerto de Tarraco. Cuando se encontraban a cinco estadios de la bocana del puerto, pareció que todos los infiernos se desencadenaban en derredor suyo, mientras una cortina de agua y granizo comenzó a caer sobre ellos, impidiendo que se viese de una nave a otra; la nave capitana comenzó a girar sobre sí misma, mientras los remos se partían al chocar entre sí y contra las grandes olas que batían los costados en todas las direcciones; el agua de lluvia, juntamente con los rociones de las olas, inundaba la cubierta donde los imbornales eran incapaces de permitir su salida. El viento, en tromba, se calmó con la misma rapidez con la que había aparecido y la lluvia, intensísima, se convirtió en una granizada increíble, que pronto llenó la cubierta de hielo, mientras los hombres intentaban protegerse de la piedra, capaces

algunas de ellas, de perforar la cubierta, tal era su tamaño y violencia. El viento volvió a desatarse de nuevo con increíble furia soplando del oeste y alejándoles de la costa, mientras las naves sin control eran arrastradas sobre las olas en una loca carrera que las iba separando. Todos los hombres incluso los heridos, se dedicaban afanosamente en achicar el agua, que por momentos aumentaba en la cala de la trirreme, mientras los rezos y las maldiciones eran acallados por el ulular del viento sobre la arboladura. Un golpe de mar más violento que los anteriores, inclinó la nave más de cuarenta grados, mientras los hombres que no estaban atados eran barridos de la cubierta, a la vez que el palo restallaba y se rompía en mil pedazos rompiendo la amura de babor, a la vez que las jarcias de estribor eran arrancadas como si se tratase de hilos de coser. Teodomiro fue arrojado con tal fuerza contra un mamparo, que su cabeza retumbó como un tambor, quedando inconsciente en el suelo, mientras abundante sangre manaba por la brecha que se le abrió en la frente.

Tras unos segundos que parecieron eternos, la trirreme comenzó a adrizarse, cuando Flavio el segundo, consiguió cortar del todo el trozo de palo que amenazaba hundirlos. Nadie podía preocuparse por los heridos, pues el solo hecho de sobrevivir resultaba una hazaña increíble. Los pocos hombres que conservaban el ánimo entero, se dedicaron a latigazos, a obligar a los remeros a que siguiesen achicando el agua de la cala, donde el nivel de ésta había subido tanto, que hacía que los movimientos de la nave fuesen menos bruscos.

Nadie pudo decir como la trirreme aguantó sin hundirse las dos horas que el viento huracanado duró, para transformarse después en una fuerte brisa que seguía soplando del oeste, pero el caso es que la nave resistió, y los hombres se dejaron caer extenuados sobre los mismos lugares que ocupaban, sin fuerzas para buscar otros más apropiados.

Cuando Teodomiro volvió en sí, la furia del temporal ya había amainado y su frente había dejado de sangrar, restañada la herida por una gruesa costra de sangre que contenía la hemorragia. El espectáculo que sus ojos contemplaron al salir de la cámara era desolador; la cubierta era un amasijo de maderas rotas enredadas entre trozos de jarcias deshilachadas, la vela que poco antes de la tormenta se había recogido, estaba hecha jirones y sobre ellos descansaban una veintena de heridos pálidos como la muerte y con chorretones de sangre por todas partes; en el lugar que antes ocupaba el palo, sólo quedaba un muñón completamente astillado; la borda en la parte de babor, estaba deshecha en más de cinco codos, y un trozo de más de un codo de cubierta dejaba al descubierto las cuadernas. Dos cadenas de hombres achicaban el agua sin interrupción y el ruido del viento se mezclaba con el gemir de los heridos.

Su contemplación fue interrumpida por la imprecación que soltó Flavio al volverse y ver a Teodomiro, a quien creía ahogado en la mar, pues instantes antes de la gran ola que los tumbó, se encontraba en cubierta.

—¡Por las barbas de Neptuno, si estáis vivo! Yo os hacía en la mar —y dándose cuenta de su cara toda manchada de sangre agregó—. ¡Pero parecéis mal herido! ¿Qué os ha sucedido?

—Mi herida no tiene importancia, por lo que no hablemos más de ella, tiempo habrá para cuidarla. ¿Qué les ha sucedido a las otras naves?

—Ninguna se encuentra a la vista, por lo que supongo, que la que no se haya hundido, se encontrará en tan precarias condiciones como nos encontramos nosotros, pues sólo Dios sabe como aún flotamos.

—¿Cómo no hay nadie junto a los timones laterales? —preguntó Teodomiro al ver que no se encontraba ningún hombre junto a estos, pese a que la nave danzaba a merced de las olas y del fuerte viento reinante.

—Todo el sistema de navegación está completamente deshecho y de nada valdría intentar gobernarlo.

—Es absolutamente preciso dar la popa a la mar. Que vengan unos hombres y traigan remos, tablas, cabos y clavos —ordenó a Flavio.

Pronto se colocó un trozo de vela destrozada a proa, sostenida por remos clavados al altillo, a la vez que se conseguía que veinte remeros bogasen en la sección primera, con lo que fue posible que el buque diese la popa a la mar y al viento dejando de ofrecer el costado, con lo que se detuvo la entrada de agua a bordo salvo la poca que entraba por las tracas desajustadas por la tormenta. En dos largos remos se clavaron tablas improvisándose dos timones laterales de emergencia, que pese a su penoso manejo permitían una cierta maniobra de la nave.

Sólo cuando se pudo dominar el peligro de hundimiento se prestó atención a los heridos, algunos de los cuales estaban agonizando.

Si el viento no cambiaba, las posibilidades de alcanzar las islas Pitiussas eran completamente nulas y ante ellos se presentaba una larga travesía que difícilmente podrían soportar, pues sólo les quedaba el agua que contenían tres odres, ya que las vasijas de barro se habían roto durante la tormenta.

Cuando ya el sol se ponía en el horizonte, el viento viró al norte, lo que les permitía abrigar la esperanza de alcanzar las islas Pitiussas o por el contrario perderse en pleno *Mediterraneum,* cosa que por el momento no podían determinar por estar el cielo cubierto de nubes y desconocer cuanto habían navegado desde la salida de Tarraco, lo que hacía su situación por completo incierta.

Al amanecer del siguiente día despertaron a Teodomiro con la noti-

cia de que se divisaba una nave por estribor. Cuando se fueron aproximando a ella, pudieron comprobar que se trataba de uno de los transportes de la flota goda. Su aspecto era con mucho, más deplorable que el de la nave capitana y flotaba sin gobierno a merced de las olas, con el palo inclinado hacia proa y todas las jarcias rotas. Cuando consiguieron abordarla, pudieron comprobar que únicamente seguían con vida veinte personas, todas heridas de distinta consideración. Se ordenó que todos pasasen a la trirreme a la que también se trasbordó cuanto de utilidad se encontraba en la otra nave.

El palo de la nave de transporte medio quebrado en su base pudo ser cortado y tras más de medio día de trabajo montado en la trirreme; aunque resultaba demasiado bajo para poder izar por completo la vela de respeto que se llevaba, permitió izar parte de ésta y aprovechar el viento. Se aprovecharon, además, cuarenta remos que se encontraban en buen estado, con lo que la trirreme quedó en condiciones de navegar. Cuando todos estos trabajos estuvieron terminados, el sol se encontraba ya en el ocaso y todos los hombres útiles completamente extenuados, por lo que cuando soltaron el pescio en que se había convertido la nave de transporte, el dolor que siente todo marino se vio muy disminuido por el cansancio, pese a lo cual, más de una lágrima asomó a los curtidos ojos de los marineros.

Al tercer día de navegación, cuando el agua se había ya agotado y el desánimo de alcanzar las islas Pitiussas había hecho presa en todos, y era preciso obligar a las gentes a achicar el agua que entraba cada vez más copiosa por las tracas desajustadas, la nave capitana de lo que había sido la flota goda entraba en Ebussus.

La noticia del desembarco muslim y de la pérdida de la flota goda ante Tarraco ya era conocida en Ebussus por un bajel que la trajo de aquella ciudad, por lo que la entrada de la nave de Teodomiro causó sensación, pues se pensó que tras ella irían llegando otras naves, pero pronto la alegría se trocó en pesar, ante las noticias que los recién llegados traían.

Cuando la trirreme fue varada en la playa, se pudo comprobar que estaba prácticamente perdida y que sólo la ayuda del Altísimo les había permitido llegar a puerto sin zozobrar. La mayor parte de la madera del casco debía ser sustituida, así como varias cuadernas en muy mal estado; la quilla se encontraba quebrantada y tan pronto comenzó a secarse en la playa se partió.

Ni una sola nave goda se había salvado del desastre cuando más necesarias eran y Teodomiro lamentaría toda su vida la temeridad que significó hacerse a la mar en Tarraco, con un tiempo que aconsejaba prudencia.

Tras enviar una misiva a Roderico, en la que le informaba de la pérdida total de la flota, Teodomiro embarcó en un pequeño bajel rumbo a Portus Ilicitanus, a donde llegó dos días más tarde.

La noticia de la pérdida de la flota conmocionó a no menos de mil familias que tenían que llorar la pérdida de algún deudo, y toda Aurariola se vistió de luto. Tras la mortandad causada por la peste, aquella nueva pérdida causaba tal dolor, que el desembarco de los muslimes poco importó a aquellas gentes, que lloraban a sus seres queridos, y veían como su prosperidad se esfumaba, pues la flota era la base de sus ingresos.

Como siempre sucede, las críticas contra Teodomiro se desataron, e incluso hubo personas que pusieron en duda los conocimientos marineros de éste, pese a haber demostrado durante tantos años su pericia marinera.

Las noticias que llegaban de la Bética eran cada vez más alarmantes, pues a los siete mil beréberes que pasaron inicialmente con Tariq, se habían unido otros cinco mil hombres más que Musa le había enviado. Las fuerzas muslimes estaban compuestas principalmente de bereberes y libertos, pues había muy pocos árabes en la zona extrema de Ifriqiya.

Roderico, alarmado por la pérdida de la flota y por el hecho que los islamitas no habían vuelto a sus bases después de hacer botín, —como al principio había pensado que sucedería—, levantó su campo en Pompaelo y partió para Córduba, a la vez que enviaba emisarios a todas las regiones de Hispania, ordenando a toda la nobleza que, con el máximo de fuerzas posibles, se reunieran con él en este punto.

Las fuerzas con que contaba Teodomiro eran muy reducidas, pues la base de las mismas se encontraba en las tripulaciones de los barcos, y, por tanto, se habían perdido con los mismos. Las siete fortalezas existentes en la Civitate tenían unas guarniciones mínimas, por lo que no se podía contar con las mismas; sólo la aportación de las fuerzas de que disponían los nobles podría hacer que la aportación de Aurariola fuese honrosa.

Pese a que por su red de información, Teodomiro conocía que los hijos de Witiza habían pedido a todos sus partidarios no acudir a la llamada de Roderico, se citó a todos los nobles de la Civitate a una reunión urgente en Oriola. Tan sólo uno de los witicianos acudió a dicha reunión y aún se pensó después, que había acudido para poder informar a los demás de lo que en ella se hablase. Por parte de los partidarios de la casa de Chindaswinto, sólo el sesenta por ciento hizo acto de presencia.

—Señores —comenzó Teodomiro—, les he reunido aquí para que discutamos con qué medios podemos acudir al llamamiento que nos hace nuestro rey para enfrentarse a los muslimes, que como todos sabéis han desembarcado en Hispania y amenazan al reino. Como nadie ignora, el desastre sufrido por la flota me priva de casi todas las

fuerzas regulares de que disponía la Civitate, por lo que Aurariola no puede acudir dignamente representada a la llamada del rey, a menos que vosotros estéis dispuestos a aportar vuestras fuerzas particulares —y tras una pausa continuó—. Para evitar suspicacias, y me refiero en concreto a los partidarios de la casa de Chindaswinto, voy a contar una larga historia que os abra los ojos sobre cuanto está sucediendo...

Teodomiro relató cuanto había sucedido desde el desembarco de Tarif el año anterior, y terminó:

... y prueba de cuanto digo, es que únicamente hay un witiciano en esta reunión, pese a que todos han sido citados al igual que vosotros.

El estupor que sus palabras produjeron entre los reunidos, se hacía patente en sus caras, que parecían no querer dar crédito a cuanto habían escuchado, por lo que el witiciano que asistía a la reunión se levantó aprovechando el momento psicológico y dijo:

—Nadie en sus cabales puede dar crédito a las palabras de Teodomiro, las que considero como un intento de excusar sus últimos errores, y no sé con que aviesas intenciones. ¡Pero lo que niego por completo, y me parece una ignominia de Teodomiro, es que afirme que Akhila nos ha ordenado no acudir a la llamada de Roderico!

—Si fuese así, teniendo en cuenta que yo siempre he sido adicto a la casa de Égica, ¿Cómo explica Atrión, que sólo él entre todos los witicianos haya acudido a mi llamada?—respondió Teodomiro.

Tras una larga discusión, —en la que incluso se sacó a relucir, que la ley de Wamba, que obligaba a los nobles a acudir al llamamiento del rey, había sido derogada—, sólo Sempronio Luca, por la nobleza hispano-romana y Singerico, por la goda, se comprometieron en firme para acompañar a Teodomiro, mientras los demás se excusaron como mejor pudieron.

IV

El veinte de junio del 711, salía la tropa de Oriola con dirección a Córduba. Resultaba una triste representación, compuesta por trescientos jinetes y cuatrocientos infantes, con sus carros de pertrechos y víveres, cuando, por su población, Aurariola debería aportar, por lo menos, cinco mil hombres.

Las fuerzas tomaron la calzada romana pasando por Thiar y Carthago Spartaria, para llegar después a Lûrqa, antigua Eliocroca, donde se les unieron cincuenta bucelarios más, se dirigieron luego a Basti[1], Acci[2], Iliberri[3] y Astigi[4], donde se desviaron hacia Córduba.

Fatigadas, tras ocho días de marcha, las fuerzas orcelitanas alcanzaron las inmediaciones de Córduba, donde un impresionante campamento rodeaba las murallas, pues no menos de cincuenta mil hombres habían acudido a la llamada de Roderico.

Montado que hubo sus tiendas, Teodomiro, acompañado por Sempronio Luca y Singerico, se dirigió al Real a presentarse al monarca. Tuvieron que esperar cerca de dos horas para ser recibidos por el rey, quien, con esta descortesía, anunciaba a Teodomiro cuánto había descendido en su estima.

Cuando Roderico los recibió, se encontraba rodeado por Akhila y Artobás, así como de Eudón y otros magnates del reino.

—Adelante Teodomiro —le recibió Roderico, y sin esperar respuesta prosiguió—. Me han informado que acudes a mi llamada con sólo setecientos hombres. Te considero responsable de que tengamos que hacer esta campaña, al perder nuestra flota y con ello permitir que los islamitas estén en nuestro suelo.

—Una vez más Roderico se confunde y me señala a mí como res-

1 Basti: Baza. 2 Acci: Guadix. 3 Iliberri: Granada. 4 Astigi: Ecija.

ponsable, cuando los verdaderos responsables le rodean —dijo Teodomiro orgulloso—. ¡Pregunta a Akhila, quien ha hecho que los muslimes vengan a Hispania! ¡Pregúntate a ti mismo, quien me ordenó retirar la flota del estrecho, y quienes te aconsejaron hacerlo! ¿No serían por ventura los hijos de Witiza?

—¡Señor, me está ofendiendo gravemente, precisamente el amigo del traidor Julián! —intervino precipitadamente Akhila—. ¡Cómo mi rey puede permitir que en su presencia sean insultados los hijos de Witiza y nietos de Égica!

—La víbora, cuando ha expulsado su veneno, ya no resulta peligrosa —cortó Roderico—. El orgulloso Comes Teodomiro no se resigna, ni aun después de su fracaso, a no ser tenido como el más valeroso e inteligente guerrero del reino. Tened por cierto que os concederemos el lugar de mayor honor en la batalla, aquél que ofrezca mayor peligro; entonces podréis demostrar vuestra valía y no sólo con vuestra afilada lengua; y tened en cuenta que, hasta que ese instante llegue, no quiero veros más en mi presencia. Podéis retiraros —dijo dando por terminada la entrevista, a la vez que le volvía la espalda.

Rojo de vergüenza e indignación, Teodomiro salió de la estancia acompañado por los dos nobles oriolanos, confundidos y humillados a su vez, de como habían sido tratados.

En tanto no se dio la orden de partir, Teodomiro sometió a sus tropas a un cruel entrenamiento. Mañana y tarde los ejercicios se sucedían sin interrupción, ante la muda protesta de sus hombres, que envidiaban la dulce molicie que las demás tropas disfrutaban. Nadie se atrevía a protestar, pues Teodomiro trabajaba mucho más aun que ellos y hacía que Sempronio y Singerico le secundaran. Levantaba a sus hombres con el alba y los sometía a un duro ejercicio físico, tras lo que almorzaban fuerte, para, a continuación, ponerlos a cortar los troncos de leña necesarios para el consumo propio y el de las fuerzas que les rodeaban; ésta era la labor que más repugnaba a sus hombres, pues las fuerzas de otros nobles les contemplaban burlándose de que ejercieren esta labor encomendada a los siervos; pero no se atrevían a protestar pues Teodomiro cortaba leña a la par de ellos. Tras un corto descanso, que consistía en bañarse en el río, comenzaban los ejercicios con armas dos a dos, pasando a continuación a ejercicios de ataque de infantería contra infantería, caballería y mixtos. Después de la comida los obligaba a descansar durante una hora, para recomenzar de nuevo los ejercicios con armas, hasta que el sol comenzaba a declinar en su ocaso. Si bien los primeros días, terminaban tan agotados que no deseaban salir después de la cena, conforme se fueron curtiendo, al terminar la jornada fueron sintiéndose fuertes y ligeros tras el baño en el río a que les obligaba

Teodomiro como acto final, por lo que comenzaron a salir por la noche. A las doce de la noche, hora tope que tenían establecida para volver al campamento, la mayoría llegaban con heridas y contusiones recibidas en riñas en los lugares de diversión, mas eso sólo sucedió los primeros días, pues las demás tropas pronto aprendieron lo duro y hábilmente que pegaban y las mofas dejaron paso a un saludable respeto.

Pronto Singerico y Sempronio, tuvieron que reconocer cuánta razón asistía a Teodomiro al someterlos a aquel brutal entrenamiento, pues las tropas, en menos de quince días, se convirtieron en una fuerza de elite, con una musculatura de acero y una agilidad de felinos.

Tan pronto consideró Teodomiro que sus hombres habían adquirido la fortaleza necesaria, ordenó sustituir la madera de sus arcos por otra más recia y resistente, de tal forma que fueron muchos los que al principio no pudieron tensar sus arcos, pero esta dificultad la vencieron los más con habilidad y otros tan sólo con su fuerza; una vez que lo consiguieron, comprobaron cómo las flechas lanzadas con aquellos arcos, atravesaban con facilidad una coraza normal. Cuando lograron dominar los arcos, solían llevarse uno por las noches y desafiaban a los bucelarios de las otras unidades a intentar tensarlos, pues no sólo se necesitaba fuerza, sino también destreza, para conseguirlo.

El catorce de julio se dio la orden de marcha a las fuerzas, y tal era su número y magnificencia, que su contemplación causaba escalofrío.

El día dieciséis avistaron al ejército muslim y se levantó el campamento para pernoctar. Fue una noche alegre y confiada, pues las noticias sobre el reducido número del enemigo, frente al gran ejército godo, dio confianza a los soldados, al pensar que casi los quintuplicaban en número.

Teodomiro reunió a sus hombres y les advirtió del serio peligro en que quedarían si eran colocados junto a fuerzas mandadas por witicianos, pues tenía serias razones para presumir que estas fuerzas se retirarían durante el combate, dejando expuestas a las fuerzas más próximas a un peligro cierto. Les repitió varias veces que ellos formaban una unidad completamente autónoma, que no debían en ningún caso dejarse arrastrar por las fuerzas que los flanqueasen, y seguir a rajatabla las órdenes de sus mandos. Conforme a su costumbre, debían formar escuadras de a diez, apoyando la iniciativa del hombre que las mandaba. Si éste caía, todas las escuadras conocían quien le sustituía automáticamente, de forma que, en cualquier circunstancia, las escuadras tenían un mando indiscutible. Este mando, además, debía secundar la acción de otra determinada, de manera que toda la unidad estaba perfectamente jerarquizada.

En la mañana del día diecisiete de julio, tan pronto el sol se elevó sobre el horizonte, el ejército godo formó en orden de batalla, mientras

los muslimes no hicieron la más mínima intención de aceptar el combate, con el propósito sin duda de que las tropas godas estuviesen fatigadas al siguiente día.

Transcurrida una hora de espera, Teodomiro adivinó la estratagema del enemigo y dio orden a sus tropas de retirarse y volver al campamento a descansar. Pronto un enlace de Roderico llegó con la orden de éste, de que volviese a incorporarse a la línea de batalla.

—Dile a tu señor —respondió Teodomiro—, que los muslimes no aceptaran combate hoy, y sólo pretende que el sol implacable debilite a las fuerzas; lo que por mi parte no estoy dispuesto, a que suceda a las mías. Si quiere un consejo, dile que dé la orden de ataque, aunque el enemigo no acepte el combate; en cuyo caso, de inmediato volveré a ocupar mi puesto; pero que si no lo hace así, mis fuerzas permanecerán descansando. ¡Ve y dile esto a tu señor!—despidió al enlace.

Ninguna respuesta recibió a su mensaje, y el ejército godo permaneció en línea de batalla hasta pasadas las tres de la tarde, hora en que se dio orden de volver al campamento.

Apenas las tropas godas se habían despojado de su impedimenta de guerra, cuando avisaron que los muslimes estaban desmontando su campamento y aprestándose para el combate. Se dio orden de nuevo de equiparse para la batalla, y cuando el ejército godo estuvo de nuevo en línea, vieron como los islamitas retrocedían en perfecta formación y trasladaban su campamento a un altozano en las proximidades del río Guadalete.

Teodomiro cogió un escuadrón de caballería y se dirigió hacia el enemigo para inspeccionar el terreno. Pronto pudo comprobar lo inteligentemente que Tariq había elegido su terreno. Para llegar al campamento muslim, sólo existía una estrecha franja de tierra en la que las tropas se pudiesen desenvolver fácilmente, pues los espacios que flanqueaban esta franja, eran prácticamente lodazales donde los remos de los caballos se hundían profundamente y les costaba grandes esfuerzos el avanzar. Si Roderico atacaba en estas condiciones, su superioridad numérica no le serviría de nada, e incluso sería contraproducente. Pronto un escuadrón de caballería muslim les cortó el paso y antes de retirarse tuvieron ocasión de abatir cinco jinetes que se habían adelantado al resto, además, Teodomiro pudo comprobar la perfección con que su escuadrón evolucionó, sin que un sólo hombre saliese de sus filas.

Cuando volvieron, de nuevo se había dado la orden de retornar al campamento y romper el orden de batalla, pero los muslimes habían conseguido quitar dos nuevas horas al descanso de las tropas godas. Envió a Singerico a comunicar al rey su opinión sobre el terreno que habían escogido los muslimes y las advertencias que consideró oportu-

nas; pero, tras largo tiempo, Singerico volvió sin que el rey hubiese querido recibirle.

La mañana del dieciocho de julio del 711 año del Señor, el sol apareció en el horizonte como una bola de fuego que intentase calcinar la tierra. Ni la más pequeña brisa movía las hojas de los árboles, y el día se anunciaba de un calor pavoroso. Teodomiro ordenó a sus hombres que se proveyesen de agua, pese al peso adicional que esto suponía y que dificultaría sus movimientos. Aún no se habían formado en línea todas las fuerzas godas cuando las fuerzas islamitas comenzaron a avanzar completamente desplegadas; las dos alas estaban formadas por la caballería mientras, por el centro, y coincidiendo con la franja seca, avanzaba la infantería.

Las dos alas del ejército godo iban mandadas por Oppa y Sisberto, dos destacados nobles witicianos a los que, en su increíble ceguera, Roderico había dejado el mando, por lo que Teodomiro tuvo la certidumbre que traicionarían al rey en medio de la batalla.

Tan pronto los islamitas pasaron la zona embarrada, su infantería se detuvo, mientras sus alas continuaban avanzando formando una uve con vértice en la infantería, mientras que los peones que la caballería llevaba a la grupa desmontaban y preparaban sus arcos ante los jinetes.

El ejército godo era tan numeroso, que parecía que fácilmente podría envolver y arrollar al islamita, por lo que nada más dada la orden de avanzar, las líneas comenzaron a romperse. Una nube de saetas acogió la vanguardia goda, que por ser tan numerosa marchaba en filas muy prietas, con lo que las flechas enemigas encontraban fácilmente en quien clavarse. Mientras, las que lanzaban los godos, al hacerlo sin detener su marcha y estorbándose unos a otros, rara vez alcanzaban al enemigo.

Cuando los ejércitos tomaron contacto parecía que la victoria sería fácil para los godos, ya que vista la disposición de las fuerzas islamitas, las alas del ejército godo podrían fácilmente envolver al enemigo. Mas en ese momento, las dos alas del ejército godo se retiraron del combate, haciendo que los efectivos cristianos disminuyeran en veinte mil hombres y dejando al centro completamente desguarnecido; pese a todo, las fuerzas godas aventajaban al enemigo en dos veces y media.

La ventaja numérica se hizo pronto sentir, pese a la pericia y valor con que los berberiscos luchaban. De no haber ordenado el mando muslim el repliegue, que desde el comienzo tenía previsto, la batalla se hubiese decidido rápidamente en favor de los godos.

La infantería muslim se retiró a la carrera por el centro, mientras eran protegidos por su caballería, y una vez que alcanzaron la zona seca a su retaguardia, se desplegó por ambas alas tomando posiciones

ante la zona fangosa que se encontraba ante ellos; mientras tanto, la caballería muslim comenzó el repliegue en la misma forma que lo había hecho su infantería, pero permaneciendo en la zona seca central, donde sus caballos podían maniobrar sin ser frenados por el lodo.

Un clamor de triunfo se elevó en el campo cristiano al ver como el enemigo se replegaba, y todas las fuerzas se lanzaron a un loco ataque pensando en el botín que les aguardaba. Teodomiro retuvo a sus hombres viendo la trampa mortal en que se metían, y ordenó que los peones montasen a la grupa de los jinetes y se lanzó a rodear la zona fangosa.

La caballería goda desplegada en las alas se lanzó furiosamente al ataque, pero pronto fue frenada en su ímpetu por las dificultades que el lodazal ofrecía a su avance, donde, además, una nube de saetas le recibía, diezmando sus efectivos. Pronto, un gran número de jinetes se mezcló en el centro a la infantería, estorbándose unos a otros y haciendo que su número, más bien resultase un inconveniente que una ventaja, pues únicamente las primeras filas podían luchar.

La matanza de cristianos tomó tales proporciones, que pronto el desánimo cundió entre sus filas, y parte de las tropas comenzaron a retroceder, mientras otros emprendían la huida.

Entre tanto, Teodomiro con sus fuerzas había tomado contacto con el enemigo por su ala izquierda, y a retaguardia de la misma, por lo que la carnicería que hicieron sus tropas entre los muslimes fue de tal envergadura que logró desorganizar por completo toda esta ala enemiga. De haber contado con fuerzas más numerosas, hubiera dado un vuelco total a la batalla. Tan grande fue el destrozo que las escasas fuerzas de Teodomiro ocasionaban, que Tariq tuvo que distraer gran parte de su caballería para apoyar a su infantería, en franca desbandada en su ala izquierda, con lo que el inicio de la persecución del ejército godo, ya en franca huida por el centro, se retrasó, permitiendo salvarse muchas fuerzas que, en caso contrario, no lo hubiesen conseguido.

Teodomiro, tan pronto vio que el grueso de la caballería muslim se le echaba encima, ordenó el repliegue, mas no habría podido escapar, a no ser porque los jinetes islamitas, temerosos de perder su parte en el botín, no le persiguieron.

Cerca de quince mil godos pudieron salvarse, en su mayor parte gracias a la intervención de Teodomiro, y en parte gracias a la codicia de los bereberes, que una vez alcanzado el campamento godo, y ante las grandes riquezas que encontraron, desistieron de proseguir la persecución.

Cerca de dieciséis mil godos perdieron la vida en la batalla de Guadalete, entre ellos el rey Roderico, del que sólo se encontró el caballo con su magnifica montura incrustada de esmeraldas y rubíes y su capa bordada de oro y perlas, así como, un botín dentro del fango, por lo que

se piensa que descabalgó y se disfrazó de bucelario, y dado que nunca más apareció, debió ser muerto en su huida y nunca fue identificado.

Por su parte, los islamitas sólo perdieron mil trescientos hombres en la batalla que ellos denominaron de «Uadi Lakka».

Las fuerzas de Teodomiro tuvieron noventa muertos, y ello, gracias a la magnífica preparación que estas fuerzas tenían.

Teodomiro se dirigió rápidamente a Astigi, donde se puso a reagrupar las fuerzas dispersas que habían logrado escapar de Guadalete.

La entrada en Astigi de las fuerzas de Teodomiro, como una unidad ordenada y alta moral de combate, tuvo la virtud de calmar el miedo que se había apoderado de la ciudad, ante la gran afluencia de fuerzas desmoralizadas, completamente desorganizadas, las más de las veces sin armas, pues las habían arrojado para poder huir más rápidos, así como, de un sin número de heridos que consiguieron alcanzar la ciudad.

Las fuerzas de Teodomiro completamente montadas, pues en la retirada encontraron gran número de caballos sin jinete, habían sido aleccionadas por éste, para que su entrada correspondiese a la de un ejército victorioso, pues conocía la ayuda moral que sobre la población y sobre los bucelarios huidos y derrotados, tal entrada podría causar. Para dar mayor realce aún a su entrada, sus tropas lucían el estandarte cogido al enemigo durante la lucha.

Pronto se extendió por la ciudad la noticia de que sólo gracias a la actuación de Teodomiro, el ejército godo no había sido destruido por completo, y que la derrota se debía en parte a que Roderico no escuchó los consejos del Comes de Aurariola, todo lo cual hizo que los demás nobles que se reunieron en Astigi, le aceptasen tácitamente como jefe.

La noticia de que los witicianos se habían retirado en pleno combate —y que tras conocerse la muerte de Roderico, habían proclamado rey a Akhila e instigaban a Tariq, para que rápidamente se dirigiese a Toletum, donde una vez reducido el núcleo de los partidarios de Roderico, se les permitiría hacer botín en pago de la ayuda prestada—, causó un hondo sentimiento de ira en Astigi, pues veían cómo las ambiciones personales habían traído la guerra y la destrucción a Hispania.

Conforme se fueron conociendo noticias, se supo que la mayoría de los nobles witicianos se habían retirado a sus provincias, a fin de vencer la resistencia de los rodriguistas, y que sólo Akhila con los nobles de Toletum acompañaban aún a Tariq.

Diez mil hombres se habían reunido en Astigi, a los cuales se estaba rearmando y organizando a marchas forzadas, por lo que representaban un serio obstáculo que se interponía entre Tariq y el inmenso botín que esperaba alcanzar en Toletum y las grandes ciudades del recorrido, por lo que decidió atacar rápidamente Astigi, a la vez que enviaba mil hombres

a la isla de Andalus con el botín que hasta entonces habían conseguido.

De los diez mil hombres de que disponía Tariq para el ataque a Astigi, tan sólo cuatro mil eran de a pie, tal había sido el número de caballos que habían cogido a los cristianos. Frente a ellos, Teodomiro disponía de tres mil jinetes y siete mil infantes; pero el Comes no ignoraba, que aparte de la superioridad de la caballería islamita, la moral de victoria del enemigo era el arma más poderosa contra la que tenía que enfrentarse; por lo que sólo escogiendo muy cuidadosamente el terreno y maniobrando con suma habilidad, podría derrotarlos. Por ello, tan pronto el ejército del Islam se acercó a la ciudad, Teodomiro tomó posiciones en campo abierto, renunciando a atrincherarse tras las murallas, donde la falta de alimentos le habría hecho capitular rápidamente.

Resguardó su flanco derecho con un tupido bosque, donde escondió dos mil jinetes, mientras los mil restantes tenían por misión acudir a reforzar los puntos débiles que se fuesen presentando durante la batalla, y evitar de ser posible, el enfrentamiento directo con la caballería muslim. Dio la orden de atacar a los caballos más que a los jinetes, pues los muslimes no concebían que tal cosa se pudiese hacer, dado el acendrado amor que tenían a estos animales.

Tal como había previsto, Tariq, envalentonado con su reciente triunfo, —pues con doce mil hombres habían vencido a treinta mil godos—, no tomó suficientes precauciones y envió su infantería contra su ala derecha, organizando un ataque masivo de la caballería por la parte opuesta al bosque, donde ésta tenía mucha mayor capacidad de maniobra. Todo dependía de que la infantería goda rechazase la primera acometida de la caballería enemiga, cosa que se consiguió. Mientras tanto en el ala derecha, la infantería muslim cogida por sorpresa por la caballería goda emboscada, fue destrozada por completo, quedando tendidos en el campo más de tres mil bereberes. Ante el desastre de su ala izquierda, Tariq dio la orden de retirarse a su caballería, con lo que los dos ejércitos se retiraron mientras se reagrupaban nuevamente. Teodomiro ordenó que sus fuerzas maniobrasen de forma que dieran la espalda al bosque. La caballería debía maniobrar provocando a las fuerzas enemigas y atraerlas hacia los árboles, donde la infantería daría buena cuenta de ellos.

Durante todo el día se luchó con fiereza inaudita por una y otra parte, y al caer la tarde, las fuerzas se separaron exhaustas de un combate tan prolongado y duro.

Por parte goda se habían perdido dos mil jinetes más mil infantes, mientras los islamitas perdieron tres mil doscientos infantes y dos mil trescientos jinetes.

Durante la noche, lo que los godos podían haber considerado como

una victoria, se convirtió en una vergonzante derrota, sin que las armas jugasen parte alguna. Nunca se había pensado que la batalla no estuviese decidida al cabo del día, por lo que el ejército sólo había llevado consigo provisiones para reponer las fuerzas a medio día, ya que se encontraban junto a Astigi. Mas, al retirarse, los islamitas habían acampado entre la ciudad y el ejército godo, que seguía manteniendo su posición junto al bosque. La superioridad de la caballería bereber era tan notoria que resultaba muy peligroso el intentar enviar fuerzas a la ciudad para traer alimentos. Pese a ello, se envió un pelotón de caballería a intentarlo, pero fue interceptado y tuvo que retroceder al sufrir grandes pérdidas. Tras el heroísmo demostrado durante todo el día, el pesimismo y la desesperanza se apoderó de los cristianos, y lo que había comenzado por la tropa, pronto se transmitió a los mandos, de forma que se produjo una discusión entre los tiufados y Teodomiro, a quien éstos achacaron la situación. Las eternas rencillas entre los nobles godos volvieron a aparecer y degeneró en una confrontación personal. A alguien se le ocurrió la idea, de que lo que importaba era defender las ciudades y evitar así, que los nobles witicianos se apoderasen de ellas mientras ellos estaban allí luchando. Para casi todos estaba claro que el mayor peligro residía en los witicianos y no en los islamitas, quienes una vez conseguido suficiente botín, regresarían a África, pues con sus reducidas fuerzas no podían exponerse a permanecer en Hispania. En vano argumentó Teodomiro, que si los muslimes comprobaban la desunión de los godos, y lo fácil que haba sido vencerles, harían llegar más fuerzas a Hispania y se quedarían para siempre, en vez de devolver la corona a Akhila.

El primero que retiró sus fuerzas y emprendió la vuelta a su ciudad, fue el tiufado de Julióbriga[1], pues por encontrarse muy alejado de África, consideraba que poco debía de temer de los muslimes; tras de lo cuál, la desbandada se generalizó. Los hombres que poco antes se sentían sin fuerzas y cansados, las recobraron con increíble rapidez, tan pronto les anunciaban que volvían a sus casas, y aquellos que aún no habían recibido la orden, temerosos de quedarse solos ante el enemigo, presionaban a sus mandos para emprender ellos también la huida.

Al amanecer, cuando aún la aurora no se había anunciado en el horizonte, sólo quedaban en el campo godo, los supervivientes de la ciudad de Astigi y los trescientos cincuenta hombres que restaban de las fuerzas de Teodomiro, por lo que éste, dio la orden de montar a la grupa a los pocos infantes que había y forzar el paso hacia la ciudad.

Según se supo después, el abandono del campo por los godos, fue recibido con gran alegría por Tariq, quien —tras las grandes pérdidas

1 Julióbriga: Reinosa.

sufridas el día anterior, que debilitaban seriamente sus fuerzas, y que le habían tenido muy próximo a la derrota, sabiendo, además, que las fuerzas godas estaban mandadas por Teodomiro—, había pensado seriamente en renunciar a sus planes y pasar de nuevo a África, con el gran prestigio y botín ganados.

Tariq dio órdenes muy severas para que se silenciase la batalla del día anterior, y que se extendiese el rumor, que dividía sus fuerzas para apoderarse de Córduba e Iliberri, y de esta forma enmascarar sus pérdidas en Astigi, que empañaban su fulgurante victoria de Uadi Lakka.

Tras permanecer tres días frente Astigi reponiendo las fuerzas de sus hombres, —ante la sorpresa y alegría de los habitantes de esta ciudad—, Tariq levantó el campo y tomó la dirección de Toletum.

Aún permaneció Teodomiro diez días en Astigi, a fin de que se repusiesen sus heridos; pasados los cuales, las reducidas y fatigadas tropas oriolanas emprendieron el camino de Oriola. Atrás quedaban Sempronio, Eustaquio, Bules y tantos otros que habían luchado como valientes por una causa perdida de antemano, por la podredumbre de un reino godo minado por la molicie, el egoísmo y tantas otras cosas. Nunca más volvería Teodomiro a pisar la Bética, donde tantos tragos amargos había pasado y a la que únicamente le unía el recuerdo de los valientes que con él lucharon.

Triste y amargo fue el regreso a Aurariola. En cada ciudad por la que pasaban, se veían forzados a informar de lo acaecido, ante el justo deseo de sus habitantes de conocer detalles de lo sucedido.

A finales de agosto del año del Señor del 711, entraba por segunda vez en ese año, derrotado, el Comes de Aurariola en su ciudad, Oriola.

Los últimos meses de lucha y sufrimiento habían dejado una honda huella en Teodomiro, haciéndole envejecer de golpe. Las arrugas que hasta entonces le habían respetado, se marcaron profundas y nítidas en su rostro; pero lo que más preocupaba a Eguilona, era la apatía que sentía por todo cuanto le rodeaba; incluso había dejado en manos de su Vicari la tarea de gobernar la Civitate. La noticia de la caída de Toletum, sin que los godos opusiesen la menor resistencia, y de cómo Tariq se había apropiado de todas las diademas que se guardaban en «La Mansión de los Monarcas» sin que el pueblo se opusiese a este despojo, terminó por sumirle en la más negra de las situaciones, de la que nada lograba sacarle.

Se supo que, tras caer Toletum el 26 de agosto, Tariq había avanzado hacia el norte pasando cerca de Guadalajara, donde se apoderó de la mesa de Salomón. En vista de la escasa resistencia que encontraba,

Tariq decidió dividir sus fuerzas encomendando a su segundo Mugaith la toma de Córduba, la cual cayó, según se decía, gracias a la traición y al mal estado de sus murallas, donde un paño junto al río, presentaba una brecha por la que una noche entraron los bereberes. Tan sólo en la iglesia se opuso un poco de resistencia durante algunas semanas, hasta que Mugaith la tomó y degolló a todos sus defensores entre los que se encontraba el alcaide de la ciudad.

Todo esto sucedía el 11 de octubre del 711, fecha ésta, en que Tariq retornaba a Toletum de su algara por el norte, después de haber llegado casi al valle del Ebro.

Durante un año Teodomiro vivió como un sonámbulo, despreocupado de todas sus funciones, pese a los esfuerzos que Eguilona y el anciano Cástulo hacían por interesarle en los problemas que le rodeaban, y que día a día iban creciendo, al extenderse el rumor de que el Comes estaba alucinado.

Los judíos, sabedores que los islamitas, una vez vencida la resistencia cristiana y tomada una ciudad, entregaban la guarda de la misma a los judíos, —dejando tan sólo un reducido destacamento de soldados, dado lo exiguo de sus fuerzas—, se muestran cada día más insolentes, menudeando los altercados con los cristianos, que no pueden ser sancionados por la protección que el Comes les dispensa. Los nobles conscientes de su poder se niegan a manumitir a sus siervos, pese a que Teodomiro nunca aceptó este edicto de Witiza, y el malestar entre el pueblo llano crece cada día que pasa, alentados por las noticias que les llegan, de que los islamitas son más liberales que los nobles godos, y que la esclavitud bajo su yugo, es más liviana que la que padecen. Un clima cada vez más tenso se va extendiendo por la Civitate, amenazando invadirlo todo con su disgusto.

La noticia del desembarco de Musa con dieciocho mil árabes, parece obrar como un revulsivo en Teodomiro, consiguiendo lo que ni el cariño de su esposa ni los consejos de los amigos había logrado. Teodomiro vuelve a ser el hombre dinámico y emprendedor de siempre, como si el sofocante calor que reina en agosto del 712, le diese ánimos en vez de sumirlo en un húmedo sopor.

Decide visitar las distintas plazas fuertes de la Civitate, haciéndose acompañar de una fuerte escolta. Sus supuestos son simples y claros:

1. *El reino godo no tiene rey, pues servir al traidor Akhila que ha entregado Hispania a los muslimes, es una afrenta.*
2. *Al no haber rey, la máxima autoridad en la Civitate, le corresponde a él, como Comes de la misma.*
3. *En una situación de guerra, tal como la presente, cualquier noble que se oponga a sus disposiciones, es un traidor y debe morir, siéndole*

confiscados sus bienes y entregadas parte de sus propiedades al capitán de la fortaleza, con lo que la fidelidad de éste hacia el Comes, aumentará, para evitar que un día le reclamen lo que fue confiscado.

La primera entrevista la efectúa con los obispos de Elota-Ilici y con el de Begastri. Dado el temor que en ellos produce la invasión del infiel, acceden en todas las pretensiones de Teodomiro, incluso a la contribución a los gastos de defensa necesarios y al envío de todos los hombres útiles para la guerra, tan pronto sean solicitados por el Comes.

En Iyyu las cosas no marchan bien, y el tiufado de la plaza se niega a las pretensiones del Comes, aduciendo la lejanía con Oriola, y la necesidad de protegerse ellos mismos, dado este alejamiento; además, aduce, que el rey legítimo es Akhila y, por tanto, no corresponde a Teodomiro la autoridad que pretende arrogarse. Aún no ha terminado de expresarse del todo, cuando Teodomiro en un rápido movimiento le atraviesa la garganta con su daga; ordena que su cabeza sea cortada y expuesta en la plaza de la villa, mientras manda que durante una semana se pregone, que quien no obedece las órdenes del Comes ayuda a los muslimes y por tanto es un traidor. Los bienes del tiufado son entregados al nuevo capitán de la plaza, nombrado por Teodomiro, quien no gozará de exención de tributos de la nobleza, mientras que la mujer e hijos del tiufado son enviados a Oriola donde deberán residir.

Las demás plazas fuertes se le someten por entero, menos Balantala, que a la llegada de Teodomiro le cierra sus puertas. En esta ocasión, Teodomiro, a quien no interesa tener pérdida de hombres que luego habrá de necesitar para combatir a los muslimes, recurre a la astucia y se hace traer un cadáver en situación de avanzada descomposición, al cual ordena descuartizar y durante la noche, arroja sus restos bien esparcidos por toda la ciudad, a fin de que numerosas personas tengan que tocarlo. Cuando se ha convencido, al día siguiente, de que los restos han sido recogidos, hace pregonar repetidas veces que los restos que han encontrado pertenecían a un muerto por la peste, y que la enfermedad les atacará irremisiblemente si no salen de la plaza, pues ésta será sitiada y no se permitirá salir a nadie de la misma, para que no se propague la epidemia. Tan recientes son los horrores de la peste, que la población se amotina y abre las puertas, tras de lo cual, y una vez preso el tiufado de la misma, tiene que demostrar que el cadáver no pertenecía a un apestado, para lo que se ve precisado a que se desentierre uno de los trozos y tomarlo en sus manos, ya que el histerismo de la población es peligroso. Una vez calmada la multitud, se hace ahorcar al tiufado rebelde, muerte ésta, ignominiosa para un noble godo. Mientras, se procede a la incautación de sus bienes y al destierro de toda su familia.

La contundencia de los métodos utilizados por Teodomiro, pronto se conocen en toda la Civitate y aún fuera de ella, y los nobles mayores y menores se doblegan a la voluntad del Comes, quien ordena se forme una red de información nueva, pues no se fía en absoluto de la prometida sumisión.

Cuando alguno de sus íntimos le recrimina unos métodos tan violentos, la respuesta de Teodomiro es siempre la misma:

—¡A tiempos excepcionales, medidas excepcionales!

En cada pueblo o plaza por la que pasa, hace que los nobles manumitan a todos aquellos siervos que lo soliciten o lo hayan solicitado conforme a la ley, ofreciéndoles si son jóvenes, una plaza en las fuerzas regulares que está formando, ya que al no tener que enviar los impuestos de la corona, las arcas de la Civitate están bien provistas.

Durante todo este tiempo ordena que todas las plazas fuertes reparen sus murallas y las refuercen, a la vez que todos los almacenes de víveres para caso de sitio, deben estar en todo momento completamente llenos.

Decide crear la «ceca» de Aurariola, y pronto las nuevas monedas de oro, plata y cobre salen a la circulación.

Los astilleros de Portus Ilicitanus y Lucentum, entran de nuevo en actividad, mientras se refuerzan las defensas de este último puerto y se acomete la construcción de un pequeño castillo estratégico en Carthago Spartaria, la cual, ha comenzado a resurgir tras el largo período de inactividad que siguió a su total destrucción por Sisebuto.

Teodomiro conoce que la mayor dificultad con la que cuenta para la defensa de Aurariola, es el enorme descenso de población que los años de peste le ocasionó, por lo que manda emisarios a todas las aldeas y ciudades de la Bética, aún no ocupadas por los muslimes, ofreciendo facilidades de establecimiento en Aurariola a cuantos decidan cambiar de residencia.

Las noticias que llegaban de la Bética, informaron de como los witicianos habían entregado Híspalis sin luchar, tras de lo cuál, Musa había emprendido el camino de Mérita, a la que había cercado con los dieciocho mil hombres que componían sus fuerzas, casi en su totalidad árabes, mientras Tariq invernaba cómodamente en Toletum. Antes de tomar Híspalis, Musa se había apoderado de Assido[1] por la fuerza, mientras Carmo[2], con sus poderosas defensas, había caído gracias a la traición witiciana.

Otra precaución que tomó Teodomiro aquel invierno, fue procurarse los medios para que, la casi segura expedición muslim que habría de atacar Aurariola, no le cogiese desprevenido, caso improbable de que los islamitas decidiesen pasar directamente a Aurariola sin apode-

1 Assido: Medina Sidonia. Carmo: Carmona.

rarse antes de Iliberri, Acci y Basti, para lo cual montó un servicio de información en estos puntos.

Pese a la oposición de su mujer, Teodomiro hizo llamar al médico, pues el estado de Eguilona dejaba mucho que desear desde hacía más de dos meses. Aunque ante Teodomiro procuraba disimular, en más de una ocasión, éste la había sorprendido quejándose con cara descompuesta, por lo que llegó a intranquilizarse.

No bien la hubo examinado el médico, preguntó Teodomiro:

—Y bien Teofilo, ¿Qué es lo que padece mi mujer?

—Teodomiro —le respondió éste sonriendo—, creo que ella te puede contestar con más conocimiento que yo, pero para disipar tus dudas, bueno será que sepas que se trata de la más vieja enfermedad que ha padecido la mujer desde el comienzo de los tiempos; la cual suele curarse transcurridas diez lunas; pero como supongo que Eguilona preferirá decirte ella misma de qué se trata, me marcho felicitándote por el acontecimiento —terminó a la vez que salía de la estancia.

Estupefacto ante las palabras del médico y su forma de comportarse, se volvió Teodomiro a Eguilona encontrándola con la cara arrebolada, como hacía muchos años no la había vuelto a ver, a la vez que una sonrisa vergonzosa pugnaba por salir de sus labios.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Quieres decirme de una vez de qué se trata? —clamó Teodomiro irritado al no llegar a comprender qué sucedía.

—¡Que después de tantos años, vas a ser padre! —respondió Eguilona, a la vez que se echaba a llorar de un modo incontenible.

La noticia no pareció entrar en su mente con la suficiente rapidez, pues ni un solo músculo se alteró en su cara, como si tuviese que vencer la coraza que tanto le había costado formar para soportar la desilusión que no tener descendencia le había producido durante tantos años. Al fin, pareció que las palabras de Eguilona habían sido captadas por su mente, y una suave sonrisa fue aflorando a sus labios, mientras parecía que el llanto de su esposa le causaba una alegría que crecía y crecía en su interior y que cuando llegó a su máximo, se exteriorizó en una especie de alarido jubiloso. Ante este clamor, Eguilona detuvo su llanto, y entró Cástulo en la estancia temeroso de que algo grave hubiese ocurrido, para encontrarse que los brazos del Comes lo elevaban del suelo, como si fuese una pluma, mientras Teodomiro danzaba con él en lo alto, repitiendo una y otra vez:

—¡Cástulo, Cástulo, por fin, por fin, ...! —tras de lo cual estalló en una carcajada estruendosa que no parecía tener fin.

Eguilona, que había pasado del llanto a la sorpresa, terminó por reír

también como una loca al ver la cara de pánico de Cástulo, quien danzaba por los aires completamente convencido de que su señor se había vuelto loco, para finalmente terminar también riendo sin saber por qué, arrastrado por la hilaridad de los esposos.

Al fin, Teodomiro le dejó en el suelo, sin poder aún contener sus carcajadas, mientras abrazaba a su esposa besándola desordenadamente, pues un intenso dolor le agarrotaba el estómago de tanto reír.

Parecía como si Dios, para compensarle de las últimas amarguras pasadas, les bendijera con un hijo, que a su solo anuncio, traía la risa y la alegría a un hogar donde desde hacía tiempo ésta había desaparecido.

Las Navidades del año 712, fueron las más felices que se disfrutaban en palacio desde no se recordaba qué fecha, y esta alegría irradió fuera, pues los menesterosos fueron socorridos y los presos alcanzaron gracia. Por unos días se olvidó la amenaza que la invasión islamita representaba, y se vivió intensamente el espíritu de concordia y gozo que el nacimiento del Dios niño representaba. El pandero y la zambomba retumbaron por las calles, y sólo se pensó que la paz del Señor se hacía realidad en esta tierra atormentada.

Mas, la tregua del espíritu fue corta, pues pronto las malas noticias se encargaron de volverlos a la triste realidad. Híspalis se había rebelado, por lo que Musa se vio forzado a dividir sus fuerzas que sitiaban a Mérita sin éxito desde hacía ya meses, y en las que la molicie amenazaba crear problemas. Diez mil muslimes, al mando de Abd al Aziz, hijo mayor de Musa, se presentaron ante los muros de Híspalis, mas, cuando los tornadizos hispalenses se vieron sitiados, entablaron conversaciones con los islamitas y volvieron a someterse.

Tras el sometimiento de Híspalis, los hijos de Musa tomaron Iliberri, Acci y Basti, quedando Abd Alá, segundo hijo de Musa, pacificando estos territorios, mientras Abd al Aziz, al mando de siete mil árabes, se dirigió contra Aurariola.

Tan pronto se supo que Iliberri había caído en poder de los islamitas, Teodomiro ordenó se concentrasen en Oriola todas las fuerzas disponibles y no necesarias para mantener la seguridad mínima de las plazas fuertes. Ordenó también la incorporación de todos los siervos e *ingenuis* en edad de combatir, mas el pueblo no acudió a su llamamiento, pese a conocer las duras penas que su deserción podía acarrearles. Cuantos podían, se escondían en los bosques y montañas, a fin de evitar ser enrolados por las patrullas que el Comes enviaba en su busca. Tras grandes esfuerzos, sólo se logró reunir dos mil trescientos hombres, a los cuales se comenzó a adiestrar con el rigor que Teodomiro tenía por costumbre.

Dado lo precario de sus fuerzas, Teodomiro se propuso defender

plaza por plaza, abandonando cada una de ellas cuando su defensa se hiciese insostenible, pues intuía, que dado lo reducido de las fuerzas muslimes para apoderarse de toda Hispania, éstos no soportarían una guerra de este tipo. Por otra parte, estaba dispuesto a exponer el mínimo posible a sus fuerzas, pues conocía que le sería imposible reponerlas, ya que el pueblo no consideraba aquella guerra como suya.

De acuerdo con su decisión, desplazó todas sus fuerzas a Lûrqa, primer punto que alcanzarían las fuerzas islamitas.

En numerosas ocasiones, Musa había repetido a sus hijos las muchas precauciones que deberían tomar al enfrentarse a Tudmir, al que temía por su valor y astucia; no en balde había resultado vencido por él en diferentes ocasiones. Les puso en guardia contra la tentación de actuar con una lógica corriente, válida con los demás generales godos, pero suicida, como Musa decía, cuando de enfrentarse a Tudmir se trataba. Les había advertido que no trabasen combate con Tudmir, cuando hubiese sido éste quien hubiese elegido el lugar, para lo cual deberían obrar con inusitada rapidez, huyendo si fuese preciso, de sus fuerzas, y provocándole a combate por sorpresa; tal era el respeto que Musa tenía por éste.

Abd al Aziz, persona de claro entendimiento y dotes militares —no en vano era el preferido de su padre—, no echó en saco roto las advertencias de su padre, y tan pronto supo que Tudmir le esperaba tras las murallas de Lûrqa, con cerca de dos mil quinientos hombres de armas, decidió no atacar la plaza y seguir de largo, mientras dejaba rápidos jinetes tras él, que le sirviesen de escuchas, con la orden de no ser vistos y avisar de todos los movimientos de Tudmir.

Tan pronto Teodomiro vio que las fuerzas islamitas pasaban de largo sin atacarle, destacó un pelotón de caballería que siguiese los pasos de las fuerzas enemigas, mientras hacía rápidos preparativos para el caso que tuviese que partir con premura. Las noticias que le fueron llegando le confirmaron que el ejército enemigo se dirigía a Oriola siguiendo la vía romana, por lo que decidió ponerse inmediatamente en marcha a fin de alcanzar Oriola antes de la llegada de los muslimes.

Entre tanto, Abd al Aziz, hizo que su retaguardia aminorase sensiblemente el paso, mientras el grueso de sus fuerzas lo aceleraba; buscaba encontrar un paso que le permitiese, dando un rodeo, retroceder sin que los escuchas, que a no dudar le vigilaban, pudiesen advertir su maniobra. Aprovechando un monte, ya situado en las cercanías de Carthago Spartaria, tres mil jinetes, llevando a su grupa mil peones, se desviaron de la calzada romana y emprendieron un rápido retroceso hacia Lûrqa.

La fatalidad hizo que el atajo que había tomado Teodomiro, a fin de adelantarse a los islamitas, se cruzase con la ruta de retroceso tomada por Abd al Aziz, y el destino quiso que ambas fuerzas llegasen a la vez

a este cruce, sin que las avanzadillas pudiesen advertir a tiempo al grueso de las fuerzas.

Las fuerzas con que contaba Teodomiro, estaban compuestas por mil jinetes y mil trescientos peones, y desde que salieron de Lûrqa, cada jinete llevaba a la grupa un peón, mientras los trescientos restantes corrían tras los caballos, relevándose, tanto jinetes como peones, en el fatigoso correr tras las bestias; manera ésta que habría permitido a los cristianos llegar a Oriola con mucha antelación a las fuerzas árabes.

Al encontrarse las dos fuerzas frente a frente, a Teodomiro sólo le quedaban dos opciones, o sacrificar a los trescientos hombres que corrían tras los caballos, pues precisamente poco antes del cruce existía una senda de montaña por la que podía escapar, o presentar combate en la manifiesta inferioridad en que se encontraba, tanto en hombres como por el cansancio de los mismos tras la larga caminata desde Lûrqa. Optó por esta última alternativa, pues la primera no era digna de un soldado. Dispuso sus hombres en batallas, único medio que tenía de contrarrestar la superioridad enemiga.

Antes de iniciarse el combate, advirtió a sus hombres del camino que tenían que tomar, caso de que la suerte les fuese adversa, ya que era primordial que, los que quedasen, acudiesen rápidamente a guarnecer Oriola.

Durante dos horas se luchó bravamente, sin que los muslimes lograsen hacer brecha en las batallas, y sin que los árabes se atreviesen a pasar entre ellas, pues los que al principio lo intentaron, fueron aniquilados al cerrarse una batalla contra otra y ser cogidos por los dos flancos; además, el lugar era lo suficientemente estrecho para que la caballería muslim, mucho más numerosa, pudiese maniobrar a entera satisfacción sin romper las filas de su infantería; pero, poco a poco, el número se fue imponiendo; al reducirse al mínimo el número de los componentes de cada batalla, éstas, dejaban de ser eficaces, al no poder cubrir unas líneas a las otras.

Teodomiro dio la orden de ir retrocediendo ordenadamente hasta llegar a la senda que les permitiría huir a través del monte, pues en aquel lugar sería suicida que los muslimes les persiguiesen. La operación de retroceso y posterior huida, fue tan magistralmente efectuada, que Abd al Aziz, como buen guerrero, no pudo por menos de admirarla, puesto que nada pudo hacer por impedirla, ya que la lluvia de flechas que, los que habían subido primero, lanzaban, era tan espesa, que aventurarse en ella hubiese sido locura.

Mil quinientos valientes oriolanos quedaron tendidos en el campo, con lo que las fuerzas de que disponía Teodomiro quedaban reducidas dramáticamente, sin que compensasen las dos mil bajas que habían infligido a los árabes.

Una vez más, el afán de botín de los islamitas, unido al hecho de que la senda de montaña tomaba dirección sur, lo que hizo presumir a Abd al Aziz que Tudmir volvía a Lûrqa, permitió que las extenuadas fuerzas de Teodomiro se adelantasen a los muslimes y llegaran con varias horas de adelanto a Oriola.

Cuando Abd al Aziz se presentó ante las murallas de Oriola al atardecer del siguiente día, se encontró con que una multitud de guerreros cubrían sus almenas, pues Teodomiro había hecho que las mujeres se soltasen el pelo, y disfrazadas de hombres —y con cañas en las manos, que asemejaban lanzas—, se uniesen a los ochocientos hombres a que había quedado reducido el ejército cristiano. Ante los árabes se presentó, además, la amenazadora silueta del fuerte de San Miguel, bañado por los últimos rayos del sol.

En la inspección que rápidamente hizo Abd al Aziz de las condiciones de la plaza, pudo comprobar que por su flanco sur era totalmente inexpugnable, pues el río que lamía sus muros la protegía de todo ataque, por muy duro que éste fuese; por el norte, el escarpado monte coronado por la fortaleza de San Miguel, hacía pensar que las pérdidas que se sufrirían caso de intentar el ataque por este lado, serían cuantiosas y con muchas probabilidades de ser rechazados. Sólo quedaban las murallas que cercaban el recinto por oriente y occidente, de más de diez codos de altura y reforzadas por más de quince torres que dominaban los lienzos.

Aquella noche, al filo del amanecer, cuando el sueño de los hombres cansados es más profundo, organizó Teodomiro una salida, en vista de que Abd al Aziz había cometido la imprudencia de levantar su campamento demasiado próximo a la ciudad. Sólo una confusión, tan negra era la noche, que les hizo tomar como propia una patrulla de la caballería muslim, salvó a las tropas árabes de una destrucción cierta, pese a lo cual, las pérdidas en el campamento muslim fueron muy elevadas, arrebatándose, además al enemigo, gran número de caballos y destrozando parte de su impedimenta. Abd al Aziz había olvidado las recomendaciones de su padre; tal había sido hasta entonces, la pasividad con que había tropezado en toda Hispania, salvo en Mérita, que la fuerza de la costumbre se impuso, y no había levantado empalizada en su campamento.

Tres días después intentaron los islamitas su primer asalto, siendo rechazados con suma facilidad, pues sólo emplearon escaleras sin ninguna torre ni máquina de guerra.

Días después llegaron dos mil hombres como refuerzo, enviados por Abd Alá, ante los requerimientos de su hermano, con lo que Abd al Aziz pudo cercar también la muralla por su lado oriental, quedando el

grueso de sus fuerzas en el lado occidental; pero pronto pudo darse cuenta que, si bien de una forma insuficiente, la ciudad podía ser abastecida por el río y por los montes, por lo que tuvo que utilizar varios destacamentos para impedir esta entrada de víveres.

Teodomiro, a fin de dispersar las fuerzas enemigas y descorazonar a Abd al Aziz, preparó varias lanchas protegidas por altos tableros contra el impacto de las flechas, las cuales lanzó al río mediante poleas. Estas lanchas bajaron por el cauce del río Thader, remontando al día siguiente la corriente a fuerza de remos. El abastecimiento que por este sistema podía conseguirse era escaso, y, además, bastaba que se tendiese una cadena de parte a parte del río, para que tal vía de comunicación quedase interceptada; pero las barcas lograron su efecto, haciendo la labor de vigilancia más penosa para el ejército enemigo.

Abd al Aziz temió que el sitio de Oriola, al igual que estaba sucediendo con Mérita, —que tras ocho meses de sitio aún seguía resistiendo—, tuviese una duración inusitadamente larga restando brillantez a su campaña. Sobre todo cuando el liberto de su padre, Tariq, aparte de la brillante victoria de Uadi Lakka, había sometido fácilmente a las principales ciudades de Hispania; además, no olvidaba la amarga espina que tuvo que sufrir su padre en el sitio de Ceuta, que tan largos años había durado, y en el cual también intervino Tudmir. Por ello, cuando Teodomiro, disfrazado de buhonero y haciéndose pasar como enviado de sí mismo, se presentó a parlamentar en qué condiciones se aceptaría la sumisión de Oriola y sus siete plazas fuertes, Abd al Aziz le ofreció aquellas que consideraba más generosas.

Teodomiro se despidió del hijo de Musa, —quien le había tratado con suma fineza—, diciéndole que comunicaría a su señor cuanto habían hablado y que al día siguiente le traería la respuesta de éste.

Teodomiro, una vez que se había encerrado en Oriola tras su última derrota, pudo comprobar cuán precaria era su situación, pues un ingente número de personas, con sus mujeres y niños, se habían refugiado en la ciudad, la cual se encontraba prácticamente abarrotada, de forma que los alimentos de que disponían y que en condiciones normales hubiesen bastado para seis meses, y un año si se racionaban desde el principio drásticamente, en las presentes condiciones no llegarían ni para cinco meses. Por otra parte, resultaba prácticamente imposible arrojarlas de la ciudad, pues automáticamente serían sometidas a esclavitud. Su única esperanza se centraba en reunir fuerzas en las distintas plazas, con las que formar un ejército que le permitiese atacar por la retaguardia a los árabes, mientras se hacía una salida combinada desde la ciudad. Con ese fin envió emisarios a los capitanes de las plazas fuertes, mas las respuestas que le trajeron eran descorazonantes, ya que el pueblo llano se

negaba a ayudar, considerando que aquella guerra no les incumbía y era cosa a dilucidar por los grandes señores, puesto que ellos, mandase quien mandase, no cambiarían de condición.

El emisario que envió a la Tarraconensis pidiendo ayuda al dux, volvió con una respuesta negativa, cosa que por otra parte esperaba Teodomiro, ya que se trataba de un reconocido witiciano.

Resultaba completamente claro que no podía esperar ayuda de nadie, parecía ilusorio que pretendiese derrotar a los siete mil hombres con que de nuevo contaba Abd al Aziz, con las reducidas fuerzas que disponía. Su decisión debía ser tomada de inmediato, pues si decidía atacar, no podía esperar a que sus fuerzas se encontrasen debilitadas por las privaciones; y el resistir sin esperanzas de ser socorrido resultaba demencial, pues al final se vería forzado a capitular y todos serían sometidos a esclavitud, según las costumbres de los muslimes, tras ser violadas sus mujeres y confiscados sus bienes. Por su parte estaba decidido que ni él ni su mujer, con el hijo que llevaba en el vientre, serían hechos nunca esclavos, pues antes se darían muerte, que dejarse hacer prisioneros.

Fue tras las anteriores reflexiones, que decidió entrevistarse con Abd al Aziz, haciéndose pasar por enviado de sí mismo. Sabía que algún peligro corría de ser reconocido por algún esclavo, ya que ningún árabe le conocía; pero merecía el riesgo comprobar por si mismo, hasta qué punto estaba dispuesto a ceder el caudillo muslim; y en último caso, si era hecho prisionero contra todas las leyes de la hospitalidad, entre sus ropas llevaba un potente veneno, que los haría incapaces de someterle a esclavitud.

Después de la entrevista de la mañana, conocía la impaciencia que Abd al Aziz sentía por que terminase la resistencia de Oriola, por lo que dedujo, que a poco que se le presionase, o se le diesen razones que le justificasen ante sí y los notables árabes que le acompañaban, éste estaría dispuesto a conceder cuanto estuviese en sus manos sin ser recriminado posteriormente por los islamitas. Recordó entonces, que en las discusiones con su viejo amigo Tabari, éste le había leído una carta de Mahoma a unos obispos cristianos, y que dado su contenido que le había interesado mucho, le pidió una copia para quedársela. Ordenó a Cástulo que se la buscase entre los escritos que éste archivaba, y cuando la leyó de nuevo, vio que podría ser de gran utilidad en su conversación con los muslimes.

Al día siguiente, tal y como había prometido a Abd al Aziz, se presentó en su campamento, siendo rápidamente llevado a presencia del caudillo islamita, quien en aquella ocasión se encontraba acompañado de varios notables árabes.

—La paz de Alá sea con el enviado de Tudmir —le acogió Abd al Aziz.

—Que el Dios misericordioso y omnipotente te colme de bendiciones —respondió Teodomiro, mientras se sentaba a indicación de su anfitrión.

—¿Qué responde tu señor a los términos de la sumisión que ayer le propuse por tu intermedio?

—Noble hijo de Musa, a quien el Altísimo conceda larga vida. Mi señor, Rey de Oriola, Ilici, Lucentum, Lûrqa, Begastri, Elota, Iyyu y Balantala a más de otras ciudades y aldeas, considera que no te has parado a meditar la importancia que su sumisión acarrearía a las fuerzas muslimes, y que tu ofrecimiento resulta tacaño y poco generoso, teniendo en cuenta la generosidad que vuestro Profeta siempre mostró hacia los cristianos. Mi señor considera que desprecias su valor y valía como guerrero, pues si vuestro Profeta fue capaz con sólo 313 hombres de vencer a 950 enemigos en la batalla de Badr, de igual manera podría vencerte él a ti, pese a la superioridad de tus fuerzas.

—Veo que la astucia de tu señor responde a la fama que Tudmir tiene bien ganada, pero lo que no imaginaba es que conociese tantos datos del Islam.

—Mi señor me encarga te lea la siguiente carta:

> *En nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso:*
> *Del Profeta Mahoma al obispo Abul Harit, a los obispos del Nedjran, a sus sacerdotes y a quienes les siguen, al igual que a sus monjes: vuelva a ellos cuanto se halle en sus manos, poco o mucho, sus iglesias, sus oratorios y sus monasterios. A ellos también la protección de Alá y su enviado. Ningún obispo será desplazado de su sede episcopal, ningún monje de su monasterio, ningún sacerdote de su ministerio, (ningún cristiano de sus bienes). No se cambiará ninguno de sus derechos ni de sus poderes, ni costumbre alguna a la que estén habituados. Sobre todos ellos, la protección de Alá y de su enviado está asegurada para siempre, mientras ellos se comporten sinceramente y obren de conformidad con sus deberes. No quedaran sometidos a la opresión ni serán opresores.*

Al oír la lectura de la carta, los islamitas quedaron callados y sin saber qué responder, por lo que Teodomiro añadió.

—Una vez leída la carta, como acabo de hacer, mi señor me ordena que te pregunte: «¿Si Mahoma vuestro Profeta, fue tan magnánimo con los cristianos del Nedjra, por qué Abd al Aziz ben Musa no puede, imitando el ejemplo del Profeta, conceder las mismas prerrogativas a Tudmir?».

Por las caras que contemplaba, Teodomiro pudo ver que la lectura de la carta de Mahoma había producido honda impresión en todos los islamitas que se encontraban presentes, y que, además, no habían nota-

do que él por su cuenta, había introducido la frase «ningún cristiano de sus bienes», que no figuraba en dicha carta.

Tras un momento de vacilación, Abd al Aziz le dijo:

—Espera un momento, mientras consulto con mis consejeros.

Y los árabes se retiraron a una esquina de la tienda y en voz baja sostuvieron una acalorada discusión, tras la cual, Abd al Aziz volvió a dirigirse a Teodomiro.

—Según tus instrucciones, ¿cuáles serían las condiciones que aceptaría Tudmir para someterse?

—Mi señor Tudmir acepta entregarte todas las fortalezas de las plazas de su reino, para que en ellas puedas introducir tus fuerzas; acepta también pagar el tributo de sumisión tal y como es costumbre en estos casos, mas los bienes, las personas y todos sus privilegios deberán ser garantizados. Rey era, sometido al monarca de Toletum y rey desea permanecer sometido al Emir de los Creyentes.

Aunque bien sabía que mentía al titularse rey, casi como tal había actuado durante largos años, y en la presente ocasión, pensaba que, como tal, podría salir de aquella tienda.

Tras volver a consultar con sus consejeros, pues Abd al Aziz era lo suficientemente inteligente para saber que necesitaba comprometerlos en su decisión si aceptaba las condiciones de Tudmir, aquel pareció llegar a una conclusión y así lo manifestó:

—Sea como tu señor desea. Se va a redactar el tratado que ofrecemos a Tudmir, y se lo llevarás firmado por mí y cuantos conmigo están; pero advierte a tu señor, que no estamos dispuestos a cambiar ni una sola coma del mismo, y que si lo rechaza, sólo Alá el Omnipotente decidirá por medio de la espada, quien fue prudente y sensato.

Un escriba redactó el texto conforme a las indicaciones de Abd al Aziz, y tras ser firmado por todos los presentes y sellado, fue entregado a Teodomiro.

—Entrégalo a tu señor Tudmir, y ya no es necesario que vengas a darnos ninguna respuesta. Si es aceptado, lo sabremos, porque dentro de tres horas, cuando el sol esté en su cenit, se nos abrirán las puertas de la ciudad y tu señor saldrá a recibirnos.

Tras despedir al enviado de Tudmir, éste salió del campamento impaciente por llegar a la ciudad y conocer exactamente los términos exactos en que había sido redactado el tratado, pues sólo retazos del mismo había logrado escuchar y entender.

No bien entró en palacio se puso a leer el escrito que le quemaba las manos, y que decía:[1]

---

1 Se copia aquí literalmente, el Tratado que se encuentra en la Biblioteca de El Escorial y que da nacimiento al reino vasallo de Tudmir.

En nombre de Dios clemente y misericordioso. Escritura de Abd al Aziz ben Musa ben Nusayr a Tudmir hijo de Gabdus, en virtud de la cual queda convenido, y se le jura y promete por Alá y su Profeta (a quien bendiga y salve) que tanto a él, como a cualquiera de los suyos, se les dejará en el mismo estado en que se hallen respecto al dominio libre de sus bienes, no serán muertos, ni reducidos a esclavitud, ni separados de sus hijos, ni de sus mujeres; se les permitirá el culto de su religión, y no serán incendiadas sus iglesias, ni privadas de su propiedad libre, en tanto que observe y cumpla fielmente lo que pactamos con él, a saber: que entregará por capitulación las siete ciudades, Oriola, Ilici, Lucentum, Mûla, Balantala, Lûrqa y Begastri; que no se dará hospitalidad a los que huyan de nosotros, ni a los que nos sean hostiles, ni se molestará a los que nos sean fieles adictos, ni nos ocultaran las noticias que tuvieren respecto a nuestros enemigos; que él y los suyos pagarán cada año un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro almudes de cebada, cuatro azumbres de vinagre, dos azumbres de miel y dos azumbres de aceite, y la mitad de esto, los siervos: Fueron testigos: Otman ben Abuabda (el Coraxi), Habib ben Abuobaida (el Firbi); Abdala ben Meicera (el Fahmi); Abucain (el Hadali). Fue escrito en el mes de racheb *del año 94 de la hégira (abril de 713).*

Lo conseguido era mucho más de lo que cabía esperar y la alegría de Teodomiro resultaba exultante. Lo leyó a su esposa y a Cástulo, pues su gozo era tal, que debía comunicárselo a alguien, y mientras abrazaba a Eguilona tratando de contener las lagrimas de alegría que pugnaban por brotar de sus ojos, pidió a Cástulo que diese las órdenes oportunas para que todos los habitantes, incluidas las fuerzas de las murallas, se concentrasen ante palacio.

La muchedumbre fue concentrándose ante palacio, silenciosa y atemorizada, ya que el rumor de la capitulación se había extendido con la velocidad del rayo, y el miedo atenazaba sus corazones. Silenciosamente se luchaba por conseguir los primeros lugares y no perder nada de lo que el Comes les iba a comunicar; Teodomiro salió al balcón de palacio acompañado de todos los nobles y capitanes de la ciudad.

Un silencio de muerte se extendió sobre la plaza, cuando Teodomiro levantando los brazos comenzó:

—¡Oriolanos! Durante más de un mes, mis mensajeros han recorrido todas las ciudades de Aurariola solicitando ayuda para levantar el cerco al que estamos sometidos, mas siempre la respuesta que traían era la misma. ¡No podemos, no tenemos fuerzas con que ayudar a Oriola! Después, mis mensajeros recurrieron al dux de la Tarraconense, quien tam-

bién nos negó la ayuda que le solicitamos. ¡Estamos solos y nadie vendrá en nuestro socorro! Frente a los siete mil hombres que nos cercan, nosotros sólo podemos oponer ochocientos bucelarios y otros tantos civiles, la mayoría ya viejos y mermados en sus fuerzas. Nuestros víveres no alcanzan para más de cuatro meses, y ello, con unas raciones de hambre que día a día habrían ido debilitándonos hasta el momento final.

Las ciudades de Toletum, Córduba, Híspalis, Carmo, Iliberri, Basti y otras más han caído en poder de los muslimes, por la falta de unión del pueblo hispano-godo. Mérita está sitiada desde hace más de siete meses y nadie acude en su socorro. Sólo os podía ofrecer la muerte y la esclavitud para los que sobreviviesen, o una honrosa capitulación, y es esto último lo que he elegido —una pluma que cayese al suelo podría escucharse, tal era el silencio que reinaba, sólo interrumpido por alguna tos sofocada—. Quiero leeros el tratado que he suscrito con los muslimes y por el cuál, todos permanecemos libres, nuestros bienes son respetados, así como nuestras iglesias y toda nuestra comunidad.

«En nombre de Dios clemente...»

Al llegar al nombre de los testigos, la multitud exteriorizó su júbilo con tal fuerza, que el alboroto pudo escucharse desde el campo islamita. Costó un verdadero esfuerzo que la multitud volviese a callar, pues tras la intensa tensión a la que había estado sometida, esperando que se le comunicase las peores desgracias, necesitaban descargar sus nervios con gritos y saltos. Cuando al fin se consiguió, Teodomiro pudo continuar:

—A medio día, se abrirán las puertas de la ciudad, y es mi deseo que tanto ésta como sus habitantes, presenten un aspecto digno, por lo que ordeno que se limpien sus calles de toda basura o inmundicia, que todos los habitantes se aseen y pongan sus mejores galas, y que los soldados pulan sus armas y bruñan sus escudos hasta que éstos puedan refulgir al sol. Para terminar, oriolanos, os pido que todos unidos agradezcamos la misericordia del Señor, que se ha apiadado de nosotros y nos ha librado del mal, entonando todos juntos la oración que Él nos enseñó.

Jamás una oración había resonado en Oriola con más fe y alegría que la que, remontándose a los cielos, se escuchó aquella mañana del 13 de abril del año del Señor del 713.

Tan pronto los relojes de sol anunciaron que éste se encontraba en su cenit, las puertas de Oriola se abrieron saliendo por ellas una lucida comitiva al frente de la cual marchaba Teodomiro sobre un precioso caballo hispano-árabe ricamente enjaezado, seguido por todos los nobles y capitanes en ropas de gran gala y las tropas perfectamente alineadas y con sus atuendos relucientes.

Tan pronto se vio abrir las puertas de la ciudad, los islamitas con su caudillo al frente, en una perfecta formación que abarcaba en línea más de cinco estadios, se adelantó hacia la ciudad al encuentro de las tropas cristianas.

El encuentro entre Abd al Aziz y Teodomiro se produjo a dos estadios de las murallas. La sorpresa de Abd al Aziz al reconocer la cara de Teodomiro como la de la persona que había estado tratando con él, como si fuera sólo un parlamentario, no pudo ser evitada por más esfuerzos que hizo por no exteriorizarla.

—Tudmir ben Gabdus, *Rex* de Aurariola, saluda a Abd al Aziz ben Musa ben Nusayr, y le da gracias por su magnanimidad, propia de almas elevadas.

Abd al Aziz miró a Teodomiro fijamente y terminó por sonreír, mientras que más que decir murmuraba:

—Astuto como un zorro y valiente como un león, conforme me advirtió mi padre. Pero no temas, que el Islam sabe cumplir sus juramentos.

Echando pie a tierra, Teodomiro desciñó su espada y la ofreció en una mano, mientras en la otra sostenía las llaves de la ciudad.

—Te entrego las llaves de Oriola en cumplimiento de lo pactado y con ella, la espada que supo vencer a Bizancio y a las tropas de tu padre, pero que también ha conocido la derrota, mas, siempre con honor.

Abd al Aziz cogió las llaves de la ciudad, mientras con un gesto rechazaba la espada diciendo:

—Conserva Tudmir tu espada, pues un rey vasallo del Emir de los Creyentes debe tener con qué defenderse, y nadie, además, puede decir que te haya vencido, sino sólo, que te ganó una batalla —y añadió—: Toma tu caballo y entremos en tu ciudad.

Todas las tropas de Tudmir tuvieron que entregar las armas, mas se permitió que los nobles y los capitanes conservasen las suyas.

Un destacamento muslim se instaló en la fortaleza de San Miguel, y tan sólo las tierras de los que habían muerto en la batalla junto a Carthago Spartaria, sin dejar descendencia, o aquellas que pertenecían directamente a la corona goda, fueron repartidas entre los árabes.

Durante las dos siguientes semanas, Teodomiro acompañó a Abd al Aziz, entregándole las fortalezas del nuevo reino de Tudmir, conforme al tratado acordado por ambas partes.

Cuando Abd al Aziz se despidió de Teodomiro para regresar con sus tropas a Híspalis, éste le entregó como regalo un precioso sable repujado con piedras preciosas y un magnífico caballo descendiente de Gran Kan, el caballo árabe que trajo Teodomiro de Alejandría en su juventud.

—Mi viejo amigo Tabari me enseñó algunos cantares y *hadith,* con

los cuales deseo entregarte estos presentes —y tomando en sus manos el sable recitó:

¡Mi sable!
Tu hoja es tan dulce de acariciar como el brazo de una doncella.
Tu empuñadura tiene la suavidad de un fruto.
Tu curva es como un pedazo de luna.

Al entregarle el caballo, verdadera maravilla de la raza hispano-árabe, Teodomiro le contó la historia de Gran Kan, lo que divirtió sobremanera a Abd al Aziz; tras de lo cual, recitó el *hadith* que dice:

Es deber para todo muslim que tenga posibilidad de ello, criar a los caballos en los caminos de Alá.
Los caballos no deben ser castrados, puesto que es necesario que se reproduzcan, ni privados de sus crines ni de sus colas, defensa natural contra el frío y las moscas. El hombre que tiene sincera intención, aunque no la lleve a cabo, de criar caballos, recibe la misma recompensa en la vida de ultratumba que los mártires de la fe...
El hombre que cuida su caballo, verá colocados en su balanza el día del juicio final, junto al peso de otras tantas buenas acciones, el estiércol y la orina de su cabalgadura.

—Cierto es que los árabes tenemos un gran amor por los caballos, por lo que estimo en tanto el magnífico obsequio que me haces, y también es cierto, que ese *hadith* se canta entre mis gentes, mas no pensarás, Tudmir, que tales cosas las decimos en serio —respondió Abd al Aziz.

—Estimo en mucho la inteligencia de tus gentes para tomar al pie de la letra el sentido del *hadith,* mas es bonito y por ello, no he olvidado su recital, pese al tiempo que ha transcurrido.

Y dándose el saludo de despedida, se separaron.

Así terminó la campaña del sureste, llevada a cabo por Abd al Aziz, primogénito de Musa, walí de Ifriqiya y conquistador de Hispania.

Aparte de la guarnición de la fortaleza, quedaron en Oriola cuarenta notables árabes, a los cuales se habían repartido las tierras pertenecientes directamente a los reyes godos y la de aquellos que muertos en las batallas contra los muslimes, no habían dejado descendencia; pero su presencia no se hizo notar, ya que ellos mismos se apartaron del núcleo urbano, evitando en lo posible el trato con la población autóctona, temerosos, de que al ser su número tan reducido, fuesen absorbidos por la gran masa hispano-goda.

De las tierras incautadas, un quinto pertenecía al califa, por lo que

estas tierras fueron cultivadas por sus antiguos colonos en régimen de aparcería, siendo entregada la parte del propietario a los representantes del sultán en Híspalis.

El nuevo reino había sido bautizado por los árabes con el nombre de Tudmir, forma en que ellos pronunciaban el nombre de Teodomiro, y su nuevo rey aceptó encantado esta denominación, que haría que su recuerdo permaneciese mucho más allá de su muerte. En adelante, el nombre de Aurariola, pertenecía ya a la historia.

Teodomiro, temeroso de que el hijo que esperaba pudiese morir al poco de nacer, tal como había sucedido con su primer hijo, hizo que varios médicos y físicos del reino viniesen a residir a palacio para encargarse del cuidado de Eguilona.

Cuando el 27 de mayo Eguilona dio a luz una preciosa niña con toda facilidad, Teodomiro se llevó una gran desilusión, pues secretamente había ambicionado tener un hijo en el que se perpetuase una nueva dinastía hereditaria, ya que en el nuevo orden establecido, las costumbres godas no eran vinculantes; mas su desilusión duró poco y se desvaneció tan pronto tuvo a la niña en sus brazos. Los cuidados a la niña y la madre fueron tan exagerados que incluso la servidumbre murmuraba de tales extremos. Sólo cuando pasaron más de cuarenta días y Eguilona, completamente restablecida, tomó el mando de la casa, aquel estado de tensión que Teodomiro había creado con sus exageraciones, desapareció ante la oposición de la nueva reina, quien, además, evitaba por todos los medios ser tratada como tal, ante la irritación de su marido, que no lograba hacerle comprender la importancia política que la aceptación de su nuevo rango tenía.

A finales de julio se supo que Mérita[1] había capitulado honrosamente, tras una desesperada resistencia de cerca de un año, y que las tropas de Musa se dirigían a Toletum para unirse a las de Tariq, y con todos sus efectivos marchar contra Cesar Augusta[2].

Como siempre suele suceder tras una guerra, el número de nacimientos el año anterior y el presente había sido tan grande, que resultaba difícil encontrar una vivienda donde no llorase un niño pequeño, al igual que había sucedido en palacio; por lo que los reducidos habitantes del nuevo reino, tenían que multiplicarse para atender tanta faena como se les venia e encima. La peste y la guerra estaban ya atrás, y todos se afanaban en olvidarla.

---

(1) También Mérida obtuvo un tratado muy parecido al alcanzado por Teodomiro, si bien no fue nunca tenida como reino.

2 Cesar Augusta: Zaragoza.

Las naves que, con tanta urgencia, había ordenado construir Teodomiro y que no pudieron ser acabadas antes de la llegada de los muslimes, fueron transformadas en transportes y un floreciente comercio marítimo se inició de nuevo, al estarles abiertos todos los puertos de África, así como los de Marsalia, Itálica y extremo oriente, donde algunas naves habían llegado hasta Constantinopla y Alejandría.

El día de San Miguel existía en Oriola la costumbre de hacer una romería a la ermita del santo, donde las gentes oían misa, tras de lo cual se organizaba una procesión en torno a la ermita. Una vez terminada la procesión, el pueblo subía a la fortaleza a visitarla, se desparramaba en derredor bailando y cantando, para después comer entre los árboles y beber abundantemente. De muchas leguas a la redonda venían gentes con carretas adornadas para tal ocasión, y todos hacían ofrendas ante la imagen del santo venerada en una pequeña ermita a mitad de subida entre el río Thader y la fortaleza de su nombre.

Aquel año, el día amaneció con un sol radiante y la alegría reinaba por doquier; las familias subían hacia la ermita llevando incluso niños de pecho y casi toda la vega se había despoblado, tal era la afluencia de romeros. La misa comenzó a las once como todos los años, mas pronto se formaron unos negros nubarrones que fueron cubriendo todo el firmamento, hasta que el azul del cielo se ocultó en todo lo que abarcaba la vista, y las nubes comenzaron a diluviar con tal intensidad, que impedían la visión a más de veinte brazas. No transcurrió mucho tiempo, cuando se formaron verdaderos torrentes en los resecos barrancos de la sierra, impidiendo cualquier intento de bajar a la ciudad, pues todos los caminos estaban cortados y amenazaban a quien intentara transitarlos. Las familias se abrazaban unas a otras intentando protegerse de la violencia de la lluvia.

De pronto, con la misma rapidez con que se había desatado la tormenta, ésta calmó, y poco después volvió a lucir el sol. Tan sólo había durado tres cuartos de hora, y nadie podía imaginar la catástrofe que había originado en tan corto espacio de tiempo.

La ciudad presentaba un aspecto lamentable, con sus calles cubiertas de un codo de barro, tal era la cantidad de tierra que la violencia de las aguas había arrastrado; algunas casas se habían derrumbado al empuje del agua que bajaba de la sierra; pero lo peor aún no había llegado, pues el río Thader iba creciendo a ojos vistas y con tal rapidez, que no dio tiempo a recoger el puente de barcas, y éste fue arrastrado por la violencia de la avenida, dejando incomunicada la vega, de la ciudad. Las calles volvieron a inundarse y pronto el nivel en ellas sobrepasó los dos codos, teniendo que huir la gente de nuevo hacia el monte, llevando en los brazos aquello que consideraba de mayor valor.

Pronto se conoció que la rambla dulce y la salada se habían desbordado, dejando Oriola y los montes que la circundaban, dentro de una tenaza de agua que la encerraba por completo.

Desde lo alto de San Miguel el panorama era grandioso y aterrador a la vez, ya que cuanto abarcaba la vista estaba cubierto por las aguas, encajonadas entre los montes tanto por el este, como por el sur y oeste.

Quienes tenían sus casas o chozas en la vega lloraban sin consuelo, ya fuera por sus bienes perdidos, ya por los deudos que habían quedado en ellas. Unos bendecían con fervor al santo por haberles hecho ir a la romería y salvar las vidas, otros le recriminaban acremente por haber permitido aquellas lluvias torrenciales; mas todos lloraban incapaces de consolarse unos a otros. No faltó quien atribuyó el hecho a un castigo de Dios por haberse rendido a los infieles, y había ya quien pensaba en cómo serían capaces de pagar el tributo de capitación a los islamitas, cuando todos sus bienes se habían perdido y un invierno de hambre y de miseria les aguardaba.

Sólo transcurridas doce horas, las aguas del Thader comenzaron a bajar lentamente.

Más de uno hubo que, atrevido, intentó acercar a la orilla los haces de cañas sobre los que las gallinas navegaban, por haberse subido en un intento de salvar la vida, y otros muchos que, acuciados por el fantasma del hambre que se avecinaba, pescaban con pértigas los cadáveres de los cerdos y reses que arrastraba la corriente.

Cuando las aguas descendieron al nivel del cauce del río, aún fue preciso esperar dos días el desagüe de la vega, y durante más de un mes, el mar de barro fue intransitable hasta que el calor logró que tomase consistencia.

Tan arrasada había quedado la vega baja del Thader, que Teodomiro tuvo que ordenar que la mitad de los esclavos que trabajaban en las minas de plata y plomo de Carthago Spartaria, viniesen a limpiar los canales de drenaje y a reconstruir chozas y viviendas. Se estableció, además, un impuesto extraordinario, en aquellas ciudades y aldeas del reino que no habían sufrido los estragos de las aguas, a fin de paliar la penuria de la vega baja del Thader.

Una vez más hubo que luchar titánicamente contra el barro, para poner en orden las tierras de labor y los canales de riego, pues en caso contrario, tampoco obtendrían cosecha en la próxima primavera.

Por contra, el comercio desde Portus Ilicitanus y Lucentum, había sido muy provechoso, por lo que sus resultados paliaron, en parte, la desgracia y permitieron que la hacienda pública, en vez de sacar dinero de las gentes afectadas, lo repartiese entre ellas, lo que les pareció el milagro más increíble de que tenían noticias.

Unas seiscientas personas perecieron en la inundación, mas su falta, no se dejó sentir, pues fueron muchas más las que emigraron a Tudmir, atraídas por el *status* tan especial y ventajoso que había obtenido de los muslimes, al quedar como reino independiente.

En la primavera del año 714, Akhila acompañado por sus hermanos Artobas y Alamundo, se desplazaron a Damasco para reclamar al sultán Al Ualid el cumplimiento de lo pactado con él en el año 710, mas el Emir de los Creyentes se negó a hacer honor a su juramento de devolverles la corona, y para contentarlos, les ofreció a cambio, la propiedad de las tres mil aldeas y alquerías que formaban el patrimonio de los reyes godos, exigiendo a cambio, que renunciasen a los derechos a la corona de sus antepasados, a favor del sultán. Así lo hicieron, y el califa concedió mil aldeas situadas en la Bética a Alamundo, quien debería residir en Híspalis; las mil aldeas de la parte central fueron adjudicadas a Artobas, quien residiría en Córduba, y las restantes mil aldeas situadas más a oriente, quedaron en posesión de Akhila, con residencia en Toletum; y así fue cómo al final, todo quedó en una indigna transacción comercial, por la que los hijos de Witiza vendieron la nación, a cambio de propiedades privadas.[1]

Durante su estancia en Damasco, los hijos de Witiza, resentidos con Musa por no haber cumplido su palabra pactada, y en cambio, haber sugerido al sultán que el Islam se quedase en Hispania, hicieron tales acusaciones contra él, asegurando que había malversado los fondos del botín encontrado en Toletum, muy superior al que Musa decía haber conseguido, que el sultán Al Ualid envió a Al Andalus, —nombre con el que los muslimes designaban a Hispania, en recuerdo del primer desembarco de Tarif en la isla de Andalus—, a Mugaith al Rumi con el encargo de que ordenase a Musa marchar a Damasco a rendir cuentas al sultán.

Se encontraba Musa en Cesar Augusta, después de haberse adueñado de todo el valle del Ebro, así como de las ciudades de Tarraco y Llerda, y proyectaba una expedición a la Galaica, única provincia que quedaba en manos de los cristianos, cuando llegó el enviado del Emir con la orden que éste le transmitía. Tan grande era el pesar que no terminar la conquista de Al Andalus le producía, que propuso a Mugaith al Rumi acompañarle en aquella campaña y participar en las ganancias de aquella expedición, cosa que aceptó complacido Al Rumi.

Viendo la tardanza con que Musa acudía a su llamada, Al Ualid le envió un nuevo emisario, Abu Bars, con la orden de que, de inmediato

(1) Se confirmaba así la traición de los hijos de Witiza en contra de la falsa traición del conde don Julián.

partiese para Damasco sin excusa ni pretexto. Abu Bars encontró a Musa en Lucus[1], tras haber sometido Legio[2] y Varela[3], y le transmitió la orden de Al Ualid.

A su partida hacia Damasco, Musa dejó como walí de Al Andalus a su hijo Abd al Aziz, mientras que su segundo hijo Abd Alá, fue nombrado walí de Ifriqiya.

En la gran comitiva que embarcó con Musa, se encontraba Tariq, así como dos de los lugartenientes de Abd al Aziz, —Otman ben Abuabda el Coraxi y Habib ben Abuobaida el Firhi—, quienes firmaron con él el tratado de Tudmir.

Poco después de llegar Musa a Damasco, murió el sultán Al Ualid y le sucedió su hermano Sulayman, quien sentía pocas simpatías por Musa, según algunos, ya que, si hubiese tardado un poco más en llegar, la inmensa fortuna que Musa trajo de Al Andalus habría ido a parar a sus manos, en vez de a la familia de su hermano. Fuesen las razones que fueren, el caso es que metió en prisión a Musa y le condenó a muerte por malversación, y sólo mediante la entrega de toda la fortuna personal de Musa, consintió en perdonarle. Poco después murió Musa en la más completa miseria, como consecuencia de los malos tratos sufridos y del dolor causado por el desagradecimiento del Emir, tras las muchas tierras que había conquistado para él. La ingratitud de los Emires hacia los grandes conquistadores del Islam fue una constante en esta época, pues algo parecido había sucedido antes con Qutayba, gran conquistador por el este. En esto, los islamitas no se diferenciaban de los otros pueblos, pues los cartagineses denunciaron el último refugio de Aníbal a los romanos y éste se tuvo que suicidar cuando contaba sesenta y cuatro años mientras manifestaba:

«Pongamos fin a la gran angustia de los romanos, que han considerado demasiado larga y pesada la tarea de aguardar la muerte de un odiado anciano.»

Y no había aún transcurrido un año, cuando moría en similares circunstancias el gran Escipión el Africano, ya que fue acusado en el Senado de haber firmado la paz con Carthago, en su propio provecho, y haberse apropiado de fondos públicos; por lo que se retiró a una casa de campo cerca de Linterno, dando instrucciones de que en su tumba colocasen esta inscripción:

Mi ingrata patria no tendrá mis restos.

Mientras tanto, Abd al Aziz había instalado su capital en Híspalis, casándose con la viuda de Roderico, Eguilona, que tomó el nombre de Umm Asim, al convertirse al islamismo.

---

1 Lucus: Lugo. 2 Legio: León. 3 Varela: Logroño.

Sabedor Abd al Aziz de los malos tratos y agravios que el sultán Sulayman había inferido a su padre, no se recató de hablar mal en público del Emir, en cuantas ocasiones se le presentaron, por lo que tales noticias llegaron a oídos del sultán, quien temeroso de que aquél se levantase contra su autoridad en Al Andalus, escribió a Habib ben Abi Ubaida, a Ben Wala al Tami y a Said ben Qatir, todos ellos oficiales superiores del ejército en Ifriqiya, diciéndoles que Abd al Aziz estaba tramando una sublevación, por lo que les pedía que pasasen a Al Andalus y lo asesinasen, prometiendo que, el que lo hiciese, le sucedería en el puesto de walí. A la vez escribió a Abd Alá, walí de Ifriqiya y hermano de Abd al Aziz, pidiéndole que enviase a estos oficiales a Al Andalus, pues en Ifriqiya no eran necesarios, mientras que en Al Andalus, podían prestar mejores servicios a la causa muslim, luchando contra los infieles.

Una vez llegados a Híspalis, presentaron las cartas que llevaban a Abd al Aziz, quien los recibió con suma consideración y les ofreció que ellos mismos escogiesen la provincia en que deseaban establecerse. Los confabulados estuvieron de acuerdo en que, si se separaban, no podrían llevar a cabo el asesinato, por lo que pidieron a Abd al Aziz un cierto tiempo para decidirse.

Se pusieron en contacto con Ayyub ben Habib, hijo de una hermana de Musa y por tanto primo de Abd al Aziz, a quien le mostraron las órdenes que llevaban del sultán, ofreciéndole el puesto de walí si les ayudaba, lo que éste aceptó. No contentos con esto, decidieron tratar con Abd Alá ben al Rahman al Gafiqi, a la sazón jefe del ejército, a quien también mostraron las órdenes recibidas de Sulayman; pero éste no aceptó el ayudarles, aduciendo que el sultán estaba equivocado al presumir que Abd al Aziz preparaba una traición, y les aconsejó que informasen al Emir en este sentido.

Pocos días después, mientras Abd al Aziz se encontraba rezando en la mezquita, Habib ben Abi Ubaida se abalanzó sobre él, pero falló el golpe, no así Ben Wala al Tamimi, quien persiguió a Abd al Aziz entre la muchedumbre entre la que se había refugiado, y lo mató con su cimitarra.

La multitud enfurecida quiso lincharles, por lo que se vieron forzados a presentar los escritos que llevaban del sultán Sulayman, y si bien salvaron la vida, fueron rechazados como walí y nombraron para este puesto a Abd Alá ben al Rahman al Gafiqi.

Cuando Abd Alá, walí de Ifriqiya y hermano de Abd al Aziz, supo lo que le había sucedido a su hermano, destituyó a Abd al Rahman y nombró en su puesto a Al Hurr ben Abd al Rahman al Thaqafi, quien pasó a la península acompañado de 400 árabes.

Todo lo anterior sucedía el año del Señor del 716.

V

Me llamo Abd al Jattar ben Nadir al Dajil. Nací en el año 68 (711 cristiano) en una Alquería distante unos 60 estadios de Damasco. Mi padre, Nadir ben Dajil, se encontraba en Ifriqiya, ya que por ser cliente de Musa ben Nusair, walí de este Emirato, le acompañaba siempre en sus campañas; no extrañe que toda mi niñez, e incluso mi juventud, estuviese marcada por la sombra y el recuerdo de Musa, y que siempre me obsesionase ir a Al Andalus, ya que nací el año en que Tariq, Liberto de Musa, derrotó a Roderico, rey de los godos, y sentó las bases de la anexión de Al Andalus al emir de los creyentes Al Walid.

Mi único hermano, Jusuf —puesto que todos los descendientes de mi padre eran chicas salvo, claro está, mi hermano y yo—, era mayor que yo seis años, por lo que todos los bienes de mi padre pasarían a él, dado que, además, era su preferido. Yo estaba destinado a ser un guerrero, y como tal me educaron.

Realmente resulta muy difícil educar a un niño para guerrero, cuando sólo está rodeado de mujeres —mi madre y las otras tres esposas de mi padre, amén de cinco esclavas y seis hermanas—. Tanta mujer, y mi físico agraciado, hicieron que mi cara siempre tuviese un gesto sonriente y en nada aterrador. Esto por una parte era perjudicial, puesto que nadie me tenía miedo, y al menor enfado, de niño como de mayor, nadie dejaba de atacarme, pese a mi altura y robustez; por otra parte, mi adversario se confiaba y me atacaba menospreciándome, por lo que su sorpresa era grande cuando comprobaba mi habilidad y destreza con los puños y con las armas. Para su desdicha esta constatación resultaba tardía, y la mayoría de las veces mi contrincante ya estaba medio vencido.

No puedo precisar qué edad tendría cuando una y otra vez escuché

cómo el Emir de los Creyentes, Sulayman, condenó a Musa inicuamente, menospreciando lo que todo buen islamita agradecía; las inmensas tierras habitadas por politeístas que anexionó al Califato por la fuerza de las armas, y las inmensas riquezas que trajo a Damasco. Todo fue culpa del desagradecido Liberto Tariq, y de la astucia de que se valió, mandando quitar una pata, a la maldita Mesa de Salomón, encontrada en Toletum. Después de quitarle una pata, hizo que le pusiesen una copia, sin el valor que la original tenía. Según decían, sólo la pata valía más de 300 000 dirham de oro.

Mi padre acompañaba a Musa cuando por primera vez le mostraron la Mesa de Salomón, y nos relataba a la familia de una forma vívida cómo era:

—Imaginaos una mesa mayor aún que la que está frente a nosotros. Tenía grabado el nombre de Salomón, hijo de David. Esta mesa estaba en el templo de Jerusalén cuando Tito la tomó con todas las otras joyas y la llevó a Roma. Cuando Alarico, rey de los Godos, tomó Roma, se apoderó de muchas joyas, entre las que se encontraba la Mesa de Salomón. Todos los reyes godos le fueron añadiendo pedrería, de forma que su valor era incalculable. Era toda de oro y aljófar, incrustada de diamantes, rubíes y perlas, y cuando le daba el sol refulgía con mil irisaciones.

—Padre, ¿y qué pasó con la mesa? ¿Se la quedó Musa y no dio el quinto al Emir de los Creyentes, como está ordenado?

—Musa la vendió a los judíos, pues tan sólo un Califa podría utilizarla, y de lo que sacó, destinó el quinto al Emir. Tan alto fue su valor, que tuvieron que reunirse más de cien judíos para pagarla. Musa no necesitaba esconder nada al Emir, la riqueza que cogimos era tan inmensa que había para todos, incluso a mí me tocó una parte considerable.

—¿Y por qué creyó el Emir que le había robado Musa? —volvía yo a preguntar.

—Musa se enemistó con Tariq por no esperar hasta su llegada, para apoderarse de las ciudades más ricas. Para defenderse contra Musa, presentó la pata que había mandado quitar a la mesa, diciéndole al sultán que el resto se lo había quedado Musa.

—¿Y no creyó el Emir a Musa? —preguntaba mi hermano Yusuf.

—Sulayman estaba muy disgustado con Musa, pues volvió a Damasco un poco antes de la muerte de su predecesor Al Walid, con lo que el quinto del inmenso botín, se lo quedó la familia de éste. Así pues, le bastó un pretexto para hacérselo pagar a Musa, y yo supongo que pensó, con razón, que era una ocasión inmejorable para quedarse con sus bienes, como sucedió, puesto que éste, para salvar la cabeza, tuvo que entregar a Sulayman la astronómica suma de 4 030 000 dinares de oro. Esta entrega nos salvó a todos, y permitió que sus hijos, Abd al Aziz y

Abd Alá, walíes de Al Andalus e Ifriqiya respectivamente, continuasen al mando de los Emiratos. Musa murió en la miseria.

—¿Y por qué nos vinimos a vivir a Egipto? —seguí preguntando pese a que ya conocía la respuesta.

—Cuando Musa murió —volvió a contarnos mi padre—, pese a que Sulayman le había prometido seguir manteniendo a sus hijos como walíes, tuvo miedo de que se independizasen de Damasco al ver el tratamiento que había dado a su padre, y ordenó asesinar a Abd al Aziz.

Cuando yo me enteré de lo sucedido, temí que me sucediese lo mismo a mí y levantando la casa, marché con vuestras madres y todos mis deudos a refugiarme a la sombra de Abd Alá, que seguía siendo walí de Ifriqiya. Ésta es la razón de que nos instalásemos en Al Fastad, la nueva capital de Egipto.

Mi madre, Nadir, era la tercera esposa, y entre la segunda esposa, madre de mi hermano Yusuf, y ella, existía una enemistad manifiesta, pues tiempo después supe que las dos pugnaban para que sus respectivos hijos fuésemos el favorito de mi padre.

Yo adoro a mi madre, es bellísima, tierna y me quiere mucho. Me defiende de todos y, sobre todo, de mi hermano Yusuf. Yo quiero a Yusuf y él a mí, mas, como es mayor, me pega con frecuencia y me quita mis cosas, pero frente a los otros chicos de la calle, me defiende siempre.

Mi padre teme que al estar siempre rodeados de tantas mujeres, mi hermano y yo nos criemos débiles y afeminados, por ello tiene ordenado a los criados que nos ejerciten e instruyan como futuros guerreros. Damos equitación y nos enseñan el manejo de las armas, con réplicas en madera, que, si no cortan, sí que producen enormes moratones. Mi mejor táctica contra mi hermano Yusuf y los otros niños, es esquivar y huir, para atacarles, bien sea por la espalda, bien en una emboscada. Cuando mi contrincante es más pequeño que yo, entonces no huyo y le muelo a palos.

Cuando me hieren o me caigo, voy corriendo y mi madre me quita el dolor dándome besos en la herida. Son besos mágicos, estoy seguro, por más que mi hermano me diga que eso es una tontería y que los besos mágicos no existen. Ya sólo escuchar a mi madre decir: «Ven cariñito, ¿quién es el malo que te ha hecho daño? Dime quién es y se arrepentirá de haberte pegado», comienza a quitarme el dolor, y cuando me besa donde yo le indico que me duele, a la vez que enjuga mis lágrimas, el dolor termina por desaparecer.

Como, con frecuencia, el que más me pega es Yusuf, escucho luego cómo mi madre disputa con la de él, acusándola de incitar a mi hermano a agredirme, pero eso no es verdad, pues, aunque sea madre de

Yusuf, y siempre esté seria y con cara enfadada, yo la encuentro justa con nosotros y, si es preciso, reprende a mi hermano, si le ve hacerme una trastada.

Cuando mi padre está en casa, lo cual no sucede muy a menudo, se irrita y vocifera si escucha a sus mujeres discutir. Le enerva que éstas vengan a contarle sus rencillas familiares. En vez de pegar a sus mujeres, como hacen otros, chilla, manda callar y si no lo consigue, se pone su turbante, da un portazo y vuelve a marcharse, aunque acabe de llegar de la calle momentos antes.

Pese a todo, yo soy feliz y no comprendo a los niños que siempre están tristes y llorando. Mi madre suele decirme muy seria:

—Abd al Jattar, debes estar siempre alegre y sonriente. Esto atrae la suerte y da felicidad. Al que es triste, todas las desgracias le buscan y caen sobre sus hombros.

Así que, cuando estoy triste, me esfuerzo en sonreír, aunque se desprendan lágrimas de mis ojos.

Mientras tanto, Tudmir disfrutaba de una prosperidad desacostumbrada; las cosechas fueron abundantes varios años seguidos sin que el río se saliese de su cauce; por su parte, el comercio a través de Lucentum y Portus Ilicitanus había crecido considerablemente.

Las relaciones entre los oriolanos y los árabes establecidos en el reino eran cordiales, y con frecuencia los notables árabes se reunían con Teodomiro en el palacio de éste, pues gustaban de escuchar a un poeta árabe que Teodomiro había hecho venir de Alejandría, a fin de perfeccionar sus conocimientos de la lengua árabe, y que a la vez sirviese de preceptor a su hija. Al Hudri, que éste era su nombre, poseía una vasta cultura ya que en su juventud había sido un espíritu aventurero, lo que le hizo visitar un gran número de países. Conocía la cultura griega, pues permaneció largo tiempo en Constantinopla, para pasar después a la corte de los sasánidas, cuando éstos ya habían caído en poder de los muslimes. Luego había acompañado a las tropas del Islam en su campaña de la India, donde conoció también la cultura de este país; para por último, dirigirse a Alejandría donde embarcó en una de las naves de la casa Gabdus.

Fue precisamente Al Hudri quien informó a Teodomiro de la técnica de elevación de aguas mediante norias, y quien le convenció para que instalase algún artilugio de este tipo en el río Thader.

Existían gran cantidad de tierras de alta calidad en las proximidades de Oriola que no podían regarse por estar muy elevadas con respecto al nivel del río Thader, lo que las hacía inmejorables, puesto que las

aguas no las cubrían en las periódicas inundaciones que sufría la vega. La idea de Al Hudri de construir unas norias que elevasen el agua para regar estas tierras, fue muy bien acogida por Teodomiro. Se decidió construir dos de estos artilugios aguas arriba de Oriola, para lo cual se hacía preciso construir primero un azud que elevase el nivel de las aguas, y hacer que éstas tuviesen más velocidad en la época de estiaje, precisamente cuando el riego se hacía más necesario. Las obras se comenzaron el año 715, siendo preciso desviar el río para permitir la construcción del azud y los canales laterales. Dada la urgencia que unas obras de este calibre requerían, pues era necesario ejecutarlas antes de que septiembre, con sus probables avenidas, destrozase la obra inconclusa, se reunió toda la mano de obra disponible en el reino, e incluso el mismo Teodomiro no desdeñó en más de una ocasión, trabajar personalmente junto a los peones, con lo que éstos se esforzaron al máximo. Pese a que Teodomiro visitaba a diario las obras no escatimando medios en su ejecución, y a la diligencia con que se trabajó, la época de lluvias se echó encima sin que éstas estuviesen totalmente terminadas, por lo que se hizo preciso construir rápidamente una isla de tierra en el centro del azud, que protegiese la parte central de éste, que se encontraba sin terminar. El peligro de que todo se destrozase si venía una gran avenida de agua, era seguro, mas el tiempo fue benigno y las lluvias ese año cayeron mansas y continuadas, en vez de en tromba como acostumbraba en aquella región. Durante el invierno se construyeron las dos grandes norias de madera que deberían ser instaladas tan pronto el estiaje lo permitiese y los canales laterales estuviesen totalmente finalizados. Aquel invierno se terminaron también los canales laterales de distribución de aguas, y los particulares acometieron la nivelación de las tierras y la construcción de los escorredores de drenaje, sin los cuales la experiencia decía que no se podía regar en aquel terreno.

Por fin, a finales de agosto del año del Señor del 716, toda la gran obra estuvo concluida y las norias comenzaron a funcionar.

Hasta entonces, sólo existían en toda la vega tres pequeñas norias que elevaban el agua mediante tracción animal. Consistían estas norias en dos ruedas unidas por travesaños, a los cuales se ataban vasijas de barro cocido que, al girar las norias, se introducían en el agua, y ya llenas, eran elevadas por el giro de las ruedas hasta vaciarse al llegar a su parte superior. Pero que se pudiese elevar el agua mediante unas norias, que sin ser accionadas por animales, pudiesen elevar el agua aprovechando la misma fuerza de ésta, era algo tan incomprensible para el pueblo inculto, que todos esperaban el más rotundo fracaso de las costosas obras que se habían realizado. Tan grande fue el asombro

del pueblo cuando vio que efectivamente las norias elevaban agua, que la inmensa mayoría de los que las visitaban, murmuraban que aquello debía tratarse de magia, y temerosos se persignaban invocando el nombre de Cristo. A tal punto llegó el temor de las gentes, que la iglesia tuvo que intervenir, y se pidió a todos los vicarios que tratasen de explicar desde el púlpito, las leyes físicas en que se fundaba, y en las que para nada intervenía la magia. Tan grande fue la fama que alcanzaran las norias, que los días de fiesta se acercaban a visitarlas gentes venidas incluso de lugares muy alejados.

Otro adelanto que, por indicación de Al Hudri, introdujo Teodomiro, fue el mejoramiento de las salinas del reino. Hasta entonces, el agua de mar se introducía en las balsas de pequeña profundidad, donde se evaporaba por la acción del sol, hasta que sólo quedaba la sal. Como es natural, toda la arena y suciedad que se introducía con el agua de mar, quedaba mezclada con la sal, lo que hacía que la calidad de ésta dejase mucho que desear. Al Hudri sugirió, que cada grupo de balsas de sal, estuviesen precedidas de dos grandes balsas; en la primera se decantarían los cuerpos sólidos, después, esta agua se pasaría a la segunda, donde el sol la concentraría, y por último, se pasarían a las balsas de sal propiamente dichas, donde se obtendría ésta. Con este sistema se evitaba que en los años lluviosos no hubiese producción de sal.

Cuando se pusieron en practica las ideas de Al Hudri, se pudo comprobar que, aparte de obtenerse más sal y resultar más pura, por no llevar arena ni otros cuerpos sólidos disueltos, resultaba más salada, a la vez que perdía un cierto amargor que con el otro sistema tenía. Al Hudri no pudo explicar el por qué de este fenómeno, pero el hecho allí estaba.

Tal fama alcanzó la sal de Tudmir, que la demanda aumentó en forma considerable, e hizo que tuviesen que ampliarse las salinas del reino.

Aunque ferviente creyente, Al Hudri era a la vez una persona muy culta, lo que no le permitía aceptar la interpretación que los árabes incultos daban al Corán, razón por la cual se dedicó al estudio profundo del mismo. Las discusiones que éste sostenía con Al Sumail, —un notable árabe de los que residían en Oriola y que había hecho buena amistad con Teodomiro—, encantaban hasta tal punto al rey, que procuraba no perderse ninguna, pues a la vez que se ilustraba sobre el Corán, pese a ser un ferviente cristiano, disfrutaba enormemente con los malabarismos dialécticos e ingenio con que Al Hudri confundía a su oponente, que si bien tenía una cierta cultura, distaba mucho de acercarse a la de aquél.

Cierta noche, cuando Teodomiro entró en la habitación donde solían reunirse los dos árabes, los encontró enzarzados en una acalorada dis-

cusión, que ni aun la presencia de Teodomiro logró enfriar del todo.

—¿Se puede saber el motivo de la discusión, que hace que mis dos buenos amigos parezcan haber perdido el control? —preguntó Teodomiro mientras se sentaba en un sillón.

—Al Sumail me ha tachado de incrédulo, aduciendo que todos los filósofos son unos impíos —respondió Al Hudri con un dejo de enfado en su voz.

—Yo no le he tachado de incrédulo, puesto que de lo que él presume, es de ser poeta; pero sigo afirmando que casi todos los filósofos son unos descreídos —intervino Al Sumail.

—Si conocieses en realidad qué es un filósofo, no te atreverías a hacer tal afirmación.

—Pues tú que presumes de sabio, podrías explicármelo y sacarme del error en que me encuentro —respondió Al Sumail con un dejo de ironía.

—Filósofo es aquél que busca la verdad por encima de todo, para lo cual, huye de los deleites sensuales, ama el bien y quien lo practica, odiando el mal y a quien lo hace; pone todos sus anhelos en la vida futura, para lo que no escatima ningún esfuerzo, por grande que éste sea —e interrumpiéndose en su explicación, se levantó para recoger varios libros—. Permíteme que te lea varios párrafos de Platón y Aristóteles que, tal vez, te ilustren mejor de lo que yo podría hacerlo:

> *El que quiera estudiar la filosofía, que se purifique antes el alma de toda clase de vicio, pues la sabiduría no habita en el alma perversa, como tampoco puede verse nadie el rostro en el agua turbia.*

Y este otro párrafo, también de Platón, que dice:

> *No hay cosa que ayude más al buen orden de la vida individual y social que el conocer y creer tres verdades, ni hay cosa más perjudicial que ignorarlas y creer sus contrarias:*
>
> *1. Conocer que las cosas tienen un único Artífice o Autor.*
>
> *2. Conocer que este Artífice ni descuida cosa alguna ni se le escapa a su atención, sino que, antes bien, todas las cosas están bajo el dominio de su ciencia y bajo el imperio de su providencia y gobierno.*
>
> *3. Que a este Artífice no le place ni acepta de nadie, sacrificio alguno que le ofrezcan, cuando el que se lo ofrece ha cometido un pecado, y, con el propósito deliberado de permanecer en él, espera que se le perdone; antes bien, tan sólo acepta su ofrenda, cuando ha practicado una buena acción.*

Y para convencer aún más a Al Sumail de su ignorancia, voy a leerle algo de Aristóteles:

No es nuestro fin único el saber. Nuestro fin es saber y obrar, ser buenos y virtuosos y observadores de las leyes.

Y en otra parte afirma categóricamente:

¡Matad al hombre irreligioso!

Y para concluir, sólo deseo añadir, que cuando no observes en quien se titula a sí mismo filósofo, cuanto acabo de relatarte, le niegues tal titulo pues sólo se tratará de un fatuo engreído de mente vacía por más ampulosa que sea su dialéctica. Quien niegue o menosprecie verdades reveladas adquiriendo las virtudes que de ellas se derivan, yerra el camino de la filosofía y sólo será un apócrifo filósofo, condenado a hacer el mal y permanecer en el error.

Al Sumail pareció vacilar ante la gran erudición de su oponente, mas por fin le preguntó.

—¿Y no sería conveniente para los que, como yo, no somos sabios, pero a cambio tenemos fe, dejarnos de estudios que por nuestra ignorancia pueden inducirnos a perder la fe?

—No puedo estar de acuerdo con tu razonamiento, y para convencerte te diré las palabras de Ali, el pariente del Profeta: «La valía y precio de todo hombre estriba en lo que conoce. Todo hombre inteligente debe, por eso, estudiar toda ciencia y aprender de ella la parte que le sea posible, a fin de conocer la verdad para seguirla y el error para evitarlo.»

—Creo Al Hudri —intervino Teodomiro—, que cuando discutes con nosotros, juegas con ventaja, pues aparte de tu claro discernimiento, tu gran memoria hace que, cuando tú no tienes una frase apropiada para rebatirnos, siempre recuerdas la de otro para deshacer nuestra argumentación.

—¡Ah Teodomiro! Precisamente para eso sirve la cultura, para poder aprovechar los adelantos y conocimientos que nuestros antepasados nos legaron, y no tener que inventar una y otra vez las mismas cosas.

El año 717, el walí de Al Andalus decidió trasladar la capital a Córduba, desde Híspalis, que había sido la capital elegida por Abd al Aziz; pero dicho traslado en nada afectó a Tudmir, lo mismo que sucedió con la campaña que emprendió Al Hurr por tierras de Barcino[1], a fin de someter los últimos reductos cristianos del norte de Al Andalus.

Cuando cumplí los siete años, mi padre consideró que era tiempo de endurecer mi carácter, y de paso liberarme de una de las obligaciones que todo fiel creyente tiene. Me mandó llamar y me dijo:

1 Barcino: Barcelona.

—Abd al Jattar, ya es hora de que aprendas cosas de hombre, por lo que he decidido que acompañes a tu tío Ahmad ben Hixan en su caravana, de forma que hagas la peregrinación a La Meca. Dado que pienso que ingreses en el Chund de Egipto (Ejército regular) y lo más seguro es que siempre estés en las fronteras del Califato y que te sea muy difícil cumplir con el precepto del Profeta. Te será muy útil haber hecho la visita y ganarás prestigio a los ojos de los demás.

Mi alegría fue inmensa, olvidando el respeto que le debía, salté a su cuello y me fundí en un cálido abrazo. Sus ojos se empañaron, pese a que siempre ante mí, fingía ser duro y severo.

Cuando dejé su cuello, salí corriendo escandalizando a toda la casa con mis gritos.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mi padre me manda a La Meca! ¿Has oído? ¡A La Meca!

Cuando mi madre pudo aclarar qué le decía, tras contarle lo que mi padre me había dicho, comenzó a llorar desconsolada. Realmente las mujeres eran tontas. En vez de alegrarse conmigo, lloraba y no paraba de decir:

—¡Pero si eres un niño! ¡No ve tu padre que eres un niño! ¡No puede ser! Creí que tenía más prudencia. ¡Si sólo tienes siete años! —y se deshizo en lágrimas.

—Pero madre. Si voy a ir en la caravana del tío Ahmad. Él me cuidará. ¿Acaso no es tu hermano?

Mi madre salió disparada sin responderme, supongo que para hablar con mi padre, intentando que volviese de su decisión, puesto que poco después les oí discutir acaloradamente.

Cuando mi hermano Yusuf supo la noticia, me miró con rabia, ya que el privilegio de que un niño de mi edad fuese a La Meca, consideraba que debía corresponder al primogénito.

Días después mi padre me llevó a ver a mi tío Ahmad ben Hixam. Tendría, en aquel entonces unos treinta y cinco años. Era alto y enjuto, con ojos muy negros y unas cejas enormes. Su rostro estaba surcado por mil arrugas, sobre todo junto a los ojos; mi padre me había dicho una vez que eso se debía a tener que entornar los ojos para que el sol del desierto no le deslumbre. Su voz era chillona y áspera; al hablar, quien le escuchaba no podía por menos que pensar en grillos. Sus manos eran enormes. Todos los que hablaban con él, no podían desviar la vista de aquellas manos, que fácilmente abarcaban la garganta de una persona con solo una de ellas. Cuando cerraba los puños parecían mazas.

Cuando me presenté ante él, le dijo a mi padre:

—Desde luego ha crecido mucho desde la última vez que lo vi, y es

más alto que los chicos de su edad, si bien parece poco recio. ¿Tú crees que no es mucho pedirle al chico, un esfuerzo tan grande como significa el viaje a La Meca?

—Precisamente lo que deseo es que su cuerpo se ensanche y fortalezca. Debe llegar a ser un buen soldado, puesto que está destinado al Chund, y nada le dará más experiencia y decisión que este viaje.

—Bueno. Tú eres su padre y, además mi socio, por lo que no puedo negarte lo que me pides. Partimos en una semana.

Y de esta forma terminó la conversación. Yo no abrí la boca y, aunque no lo parecía, estaba temblando por dentro, temiendo que mi tío me rechazase.

Toda la semana la pasamos en preparativos. Mi madre no paraba un momento de darme consejos; yo desesperado e irritado le decía:

—¡Ya lo sé! ¡Ya me lo has dicho veinte veces!

Ella me miraba y, en vez de recriminar mi tono y mi respuesta, como siempre hacía en estas ocasiones, se echaba a llorar mientras trataba de secar sus lágrimas con un pañuelo. Entre mis amigos, yo había pasado a la categoría de héroe, pese a no haber hecho nada para merecerlo. Sin querer me pavoneaba un poco. Todos los chicos del barrio decían ahora ser mis amigos, incluso aquellos que de siempre fueron mis enemigos. Tiempo después, supe cuántos padres tuvieron que reprender a sus hijos por mi causa, ya que atosigaban a sus padres pidiéndoles que también a ellos les enviasen a La Meca.

Cuando llegó el tiempo de la partida, mis padres y mi hermano me acompañaron a las afueras de Al Fastat, donde estaba formada la caravana. Ésta la formaban unos cincuenta camellos y unas cien personas. Aparte de los comerciantes, se habían añadido a ella más de sesenta peregrinos, por lo que una muchedumbre de familiares y amigos se despedían de ellos, deseándoles ventura.

En aquella ocasión, mi padre me abrazó en público, cosa que hacía ya mucho tiempo que no acostumbraba a hacer. Su gesto me llegó muy hondo. Mi fortaleza comenzó a derrumbarse al abrazar a mi hermano Yusuf, y casi estallé en lágrimas, cuando mi madre me besó repetidas veces. Sus lágrimas mojaron mis mejillas, pero yo cerré fuertemente los dientes, negándome a llorar en público; pero mi alma dolorida gritaba su llanto.

Me fui alejando dispuesto a no volver la cabeza, pues estaba seguro de no poder contener el llanto, y yo quería ser un hombre. Cuando la distancia fue suficiente, mi fuerza de voluntad se quebró y volví la cabeza. Un torrente líquido y cálido, mojó mi cara, impidiéndome ver el grupo que a lo lejos aún agitaban sus manos en un adiós; ¡sabe Dios hasta cuando!

Aquella mañana, terminó mi niñez y comenzó mi juventud, al menos así lo sentí.

Mi padre había hablado con mi tío Ahmad, no así yo. Cuando mi padre volvió de hablar con mi tío, le acompañaba un negro, que, según dijo mi padre, se llamaba Amrus. Era el encargado de velar por mí; y yo debía obedecerle en cuanto me ordenase. Amrus el etíope, se llamaba solamente Amrus, pues nunca había sabido quién era su padre. Sonreía continuamente y por la más mínima cosa, soltaba una carcajada. Fue él quien me acompañó a ver a mi tío, transcurrido un cierto tiempo y ya en marcha la caravana.

—*Salaam* —me saludó mi tío.

—*Salaam aleikhum* —respondí yo respetuoso.

—¿Te ha informado Amrus de cuál es tu puesto en la caravana y cuáles son tus obligaciones?

—Debo ir junto a la camella décima. No debo beber agua del odre de cabra, sin antes pedir permiso.

Me retrasaré junto con las mujeres para recoger las boñigas de los camellos —Al llegar a este punto, no pude ocultar mi irritación y exclamé —¡Tío, eso es función de mujeres. Yo no debería hacerlo!

Mi tío me miró enfadado y me gritó:

—¡Tú tienes que hacer lo que se te ordene sin rechistar! ¿Acaso no es eso lo que te ordenó tu padre?

Bajé la cabeza e hice un signo afirmativo sin desplegar los labios.

—Vuelve a tu puesto y no tomes ninguna iniciativa por tu cuenta. El camino es difícil y muchos los peligros.

Las bostas de los camellos, una vez secas, las utilizábamos por las noches para alimentar el fuego, en aquellos lugares en que no encontrábamos ramajes. Aparte de calentar el agua para el té, el fuego nos servía para calentarnos en las frías noches del desierto.

Desde el primer momento en que me puse al lado de la camella número diez, —Amrus dijo que la llamaban «mala leche»—, tuve la impresión de que me miraba con ojos abiertos, como si no le hubiese caído bien. Una vez que me acerqué mucho a ella, trató de darme un bocado; sólo mi apresurado salto me libró de la dentellada. Si me distraía un poco y me acercaba a sus patas traseras, trataba de alcanzarme con una patada. Una de las veces me alcanzó de refilón en un muslo y varios días tuve una gran rojez en él. Cometí la imprudencia, para vengarme, de meterle un cardo debajo del rabo mientras dormía. El animal cuando despertó y sintió los pinchazos, comenzó a dar corcovas y patadas como si estuviese loco. Por ventura no llevaba la carga y ello evitó que la destrozase.

Enterado mi tío de lo que había hecho, se enfadó muchísimo y me

reprimió duramente. Dado que se había desatado las hostilidades entre «mala leche» y yo, Amrus se vio forzado a cambiarme de camella, pues según me explicó, los camellos son muy rencorosos, como yo mismo pude comprobar en lo sucesivo. Aunque siempre pasaba bien separado de «mala leche», ésta siempre que creía tenerme a su alcance, me lanzaba unos enormes escupitajos que más de una vez me alcanzaron. Resultaban repugnantes y hedían con un olor fétido que tardaba bastante en desaparecer.

Por fortuna, junto a la nueva camella, que hacía el número veinte de la caravana, tenían su puesto una mujer (Fátima) y su hija, Nur. Ya las conocía de la denigrante tarea (que nunca le perdoné), que mi tío me obligaba a desempeñar. Ellas también tenían que recoger bostas de camello durante el día si nos encontrábamos en el desierto, como sucedía en aquellos instantes, pues atravesábamos el del Sinaí en dirección a Elat.

Nur tendría mi edad, e iba con su madre a reunirse con su padre que se había trasladado a Medina como funcionario de impuestos. Era una niña tímida y me miraba de reojo sin responder a mis preguntas. Cuando le preguntaba algo, miraba a su madre y era ésta quien me respondía por ella. Sabía que no era muda porque con su madre sí hablaba. El no querer hablar conmigo me irritaba, y siempre me prometía no volver a dirigirle la palabra. Cuando de nuevo le volvía a hablar, me enfurecía conmigo mismo por hacerlo.

—¡Tú eres tonta! Porque muda sé que no eres.

Aquel calificativo debió dolerle, pues respondió.

—¡No soy tonta! ¡Lo sabes, no soy tonta!

Y desde aquel momento se acabó su mudez, cosa que hubo momentos en que lo lamenté, dado que en ocasiones no paraba de charlar y preguntar mil cosas.

Por las noches cenábamos algunos dátiles o frutos secos, y unas veces leche de camella, mientras otras, una taza de té en la que nos echaban un trozo de grasa, que con el calor se derretía en el té.

Si hacía mucho calor y ya habíamos tomado nuestra ración de agua, todos llevábamos una piedrecita redonda en la bolsa de viaje, que nos poníamos en la boca. Al darle vueltas con la lengua, la piedra hacía que nos brotase la saliva, y así quitábamos la sequedad de la boca. Si el calor se hacía insoportable y soplaba viento seco y ardiente del desierto, Amrus me ordenaba que mojase mi turbante, con lo que refrescaba la cabeza. Por desgracia, en aquellos casos, el turbante se secaba demasiado pronto.

Por las noches hacía un frío intenso, pues por ser el mes de *du l'gada* (agosto), las diferencias de temperatura entre el día y la noche

eran tan altas, que el cuerpo se resentía, haciéndote sentir más frío.

Yo me arrebujaba en un trozo de piel de camello, con el que, por el día, envolvía mi zurrón de viaje, y que junto con el odre de agua y las provisiones transportaba a la grupa del camello.

Todos íbamos sucios y llenos de arena; ésta, cuando soplaba fuerte el viento, se colaba por todas partes a través de la ropa, y había que tener bien cerrados los labios, para que no te entrase en la garganta. Por todo lo anterior, cuando llegamos a Elat diez días después de la partida, el podernos bañar en el agua, resultó un placer como yo nunca antes había sentido.

Algunos viajeros dejaron allí la caravana, mientras otros nuevos que venían de la ruta de Jerusalén, se nos agregaron, con lo que la caravana creció grandemente en número de animales y bestias. Cargamos los camellos al máximo y partimos para la gran travesía hasta Medina; desde Elat hasta esta última sólo cruzaríamos pequeñas aldeas y nos detendríamos en pozos para hacer aguada.

Yo ya comenzaba a sentir las *farsaf*[1] en mis piernas y mis pies. El descanso de sólo un día en Elat, no había sido suficiente para mí y los demás niños. Mi tío permitió que el último trayecto de cada jornada, los niños fuésemos montados en los camellos.

Entre los peregrinos los había de todas las condiciones, por lo que el fuego de campamento por la noche, era de lo más variado y con frecuencia, los menores nos dormíamos antes de terminar las interminables discusiones.

Todos los días, un ulema nos hacía repetir versículos del Corán a los niños y a algunos mayores. Yo consideraba imposible meter en mi cabeza las ciento catorce suras del libro, y pensé cuánta razón tenía mi padre al destinarme al ejercicio de las armas, por lo menos en esto yo valía tanto como cualquier otro, sino más.

Aquella noche un derviche discutió con el ulema. El derviche aseguraba que Alá ordenó a Mahoma que se orase cincuenta veces al día. Al oír aquello, todos protestamos airadamente y el ulema dijo:

—Ni el más ignorante creyente desconoce que hay que orar cinco veces al día: al amanecer, a media mañana, a mediodía, a media tarde y al anochecer, ¿cómo tú, que eres un hombre religioso, lo ignoras?

—El ignorante eres tú. Alá ordenó a Mahoma que se orase cincuenta veces al día, sólo que el Profeta pidió al Altísimo que se apiadase de los creyentes, ante lo cual, el Omnipotente dijo: «Sea, que sólo se ore veinticinco veces». De nuevo el Profeta dijo: «Mi Señor, si así lo hacemos, no tendremos tiempo para trabajar y nos moriremos de hambre». Alá volvió a apiadarse de los creyentes y aceptó reducir las veces a

1 Farsaf: Medida de longitud equivalente a 6 kms.

diez. Desolado Mahoma pidió al Omnipotente, que fuese más benévolo con su pueblo. Entonces, el Lleno de Misericordia, aceptó que oráseмos cinco veces al día, pero ni una menos. Por esto la bandera de los verdaderos creyentes, lleva la mano abierta con los cinco dedos separados, para que no olvidemos las veces que hay que orar al día.

—De nuevo derviche te equivocas. La bandera lleva la mano abierta, para recordarnos: Al Profeta, Fátima su hija, Ali su yerno y los nietos del Profeta Hassan y Hossein. Es, además, el símbolo del chiísmo; cuyo primer y mayor mártir es el nieto menor del Profeta —respondió airado el ulema.

Otras noches se recitaban preciosos poemas, que, acostados sobre la arena, a mí me hacían dormir plácidamente. Cuando esto sucedía, al despertar, me encontraba cubierto por mi manta de camello, pues Amrus no cejaba de velar por mí y cuidarme.

El camino cambia con gran frecuencia, y a las arenas seguían las piedras o los espinos. Grandes ampollas me habían salido en los pies, que me hacían sufrir enormemente al andar. Amrus me obligaba a orinarme sobre los pies, pues decía que los orines curtían la piel. Me tenía prohibido, además, que me reventase las ampollas. Me había envuelto los pies con algodón y suaves tiras de lino, y como abultaban mucho, me prestó una de sus babuchas, que al ser más amplia, me permitía calzarme. Llegó un momento en que la piel se curtió y el gran sufrimiento que padecía desapareció. ¡Bendito sea Alá!

Transcurrieron muchas largas y penosas etapas hasta que cambiamos de rumbo hacia el norte, y al día siguiente alcanzamos Bir Nasif. Nos detuvimos dos días, pues sólo nos quedaban dos jornadas hasta Medina, y todas las personas deseaban adecentarse para entrar en la segunda ciudad más santa del Islam, con un aspecto digno.

Durante el trayecto a Medina, una de las noches, rogué a un sabio que había hablado sobre el cielo y las estrellas, —discutiendo con otros que cuanto se decía en el libro Almagesto del sabio Ptolomeo era cierto—, si podía ayudarme a identificar la Estrella del norte entre tantas otras, y el astrónomo divertido comenzó a instruirme.

—Tú mira el firmamento y trata de identificar a la Estrella del norte. ¿La ves?

Señalé una y me equivoqué.

—Más arriba, más arriba —insistió.

A la segunda vez acerté. Entonces él me pidió que me fijase bien en ella, en su brillo, en su color y cogiéndome de los hombros me dio varias vueltas y volvió a preguntar:

—Búscala de nuevo.

Esta vez la señalé a la primera, sin equivocarme y a requerimiento

suyo le detallé cuáles eran las características que yo veía en ella diferentes a las demás.

—Fíjate en aquella en el horizonte; se llama Capella, e irá ascendiendo y girando a poniente alrededor de la del norte. Mira a la izquierda de la del norte, ¿ves esa figura que parece tener cuerpo y cabeza? —y cuando asentí, prosiguió— se llama la Osa Mayor. ¿Verdad que parece una cometa boca abajo? Un poco por encima está Cefeo, y el grupo en forma de W es Casiopea.

Me hizo repetirle cuanto me había enseñado una y otra vez, hasta que creyó que no se me olvidaría.

A la noche siguiente, fue él quien me buscó y me hizo repetir de nuevo cuanto me había enseñado, a la vez que señalaba las estrellas y luego siguió enseñándome.

—¿Ves ese cuadrado que parece un caballo con alas? —Le llaman Pegaso. ¿Y la más luminosa junto al cuadrado de Pegaso, la ves ? —y al asentir yo prosiguió— esa es Andrómeda. ¿Y ese grupo que parece un cazador. No distingues su escudo, su cinturón y la vaina de la espada?

Yo asentía, pero no veía ni el escudo, ni el cinturón ni la vaina. Él debió adivinar que le mentía, pero no desistió y me lo explicó de otra forma —¿No ves dos estrellas que son los hombros, y más abajo otra que es el pie?— y lo decía todo con tanto entusiasmo, que mis ojos por fin vieron lo que él decía y, entonces, él lo supo y sonriendo me dijo —se llama Orión, ¿verdad que es hermosa?

Siempre recordaré aquellas dos noches que me abrieron los ojos a la belleza del cielo.

Mi tío me había advertido que me cuidase de acercarme a la camella número treinta y tres. La llamaban «Perezosa», era grande y poderosa, y, sin embargo, solía llevar menos carga que las otras, que parecían más débiles. Amrus que era el encargado de cargarla por las mañanas antes de partir, la insultaba a voz en grito, cosa que no hacía con las demás. Me parecían injustos todos aquellos gritos e insultos, cosa que tampoco repetía con los otros camellos. Recriminé un día a Amrus, tanto por maltratar a «Perezosa» como por ponerle menos carga que a los otros animales; irritado Amrus me dijo:

—Eres un mocoso y tienes muchas cosas que aprender. Mañana ven conmigo a cargar a «Perezosa».

A la mañana siguiente acompañé a Amrus a cargar la camella. Los camellos se cargan arrodillados con el vientre en tierra. Comenzó Amrus por ponerle una ligera tela para protegerle la piel, y la camella, tan pronto sintió su peso, comenzó a gemir como si la estuviesen maltratando. Continuó la carga, y a cada nuevo peso, el animal se quejaba lastimero. Una vez cargado, el animal se levantó apoyándose en el

callo negro que tienen en el pecho, y ya no protestó más. Durante la carga, Amrus no cesaba de injuriarla. Al anochecer, cuando acampamos, Amrus la descargó y le puso de comer.

Al día siguiente, fui de nuevo a ayudar a Amrus a cargar a «Perezosa». Todo sucedió igual que el día anterior, los mismos quejidos y lamentaciones, pero en esta ocasión, la cargamos con el doble de carga que la jornada precedente. «Perezosa» se alzó y toda la jornada marchó alegre, sin dar muestra de fatiga por la carga que transportaba, pues por ser grande y robusta, la carga no era excesiva para sus fuerzas.

Amrus me había ordenado que, al terminar la jornada, fuese a ayudarle a descargar a «Perezosa». Me retrasé un poco, y cuando llegué, me encontré al negro totalmente desnudo, y junto a él, la camella pisoteaba sus ropas.

—¡Desnúdate! —me gritó perentorio Amrus.

Yo no le comprendí y no hice caso, y entonces la camella se abalanzó sobre mí y mordiendo mi túnica la desgarró. Ante los gritos de Amrus de que me desnudase, y asustado al ver el ataque del camello, me apresuré a quedarme totalmente desnudo.

«Perezosa» estuvo un rato pisoteando mis ropas y luego se orinó encima.

Era la venganza por haberla sobrecargado por la mañana y una advertencia para que no volviésemos a hacerlo.

Tanto la estancia en Medina como luego en La Meca —donde tiré piedras a la Torre del Diablo, y di las vueltas preceptivas a la *Caaba*—, me dejaron un recuerdo imborrable. Todo el espectáculo y las ingentes multitudes que se reunían, me hicieron darme cuenta de lo sagrada que era la fe del Islam, capaz de hacer que tales muchedumbres, pasasen tantas penalidades en los larguísimos y peligrosos viajes, para alabar a Alá y honrar a su Profeta.

¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta!

A la muerte de Al Hurr ocurrida en el año 719, el sultán Umar nombró nuevo walí a Al Samah ben Malik al Jawlani, con la misión especial de terminar el reparto de tierras que había comenzado Musa ben Nusayr y que no pudo acabar a causa de su precipitada marcha a Damasco, ordenada por Al Ualid.

El problema mayor en este reparto de tierras, se centraba en el «Quinto» (que pertenecía a la comunidad islámica), donde Musa había dejado asentada a la población que cultivaba estas tierras, por lo que se les llamaba los quinteros.

En Tudmir sólo existían unas pocas tierras de este quinto, las cuales

habían sido repartidas por Musa entre los árabes que quedaron en las guarniciones del reino, ya que por el tratado tan ventajoso firmado por Teodomiro con Abd al Aziz, sólo las tierras pertenecientes a la corona goda, habían sido distribuidas. Cuando los delegados de Al Samah llegaron a Oriola y se encontraron con que la mayor parte de las tierras del quinto habían sido adjudicadas entre los baladíes[1], intentaron recuperarlas, pero sus actuales propietarios tenían los documentos de propiedad extendidos por Musa, y se negaron a devolverlas según ordenaba Al Samah; mas como éste insistiese en sus pretensiones, decidieron que una comisión de ellos se trasladase a Damasco para recabar del sultán Umar, les fuesen ratificados sus títulos de propiedad, cosa que el Emir de los Creyentes hizo, ordenando a Al Samah que respetase estas propiedades otorgadas por Musa en su día.

En el año 720, Al Samah organizó una fuerte expedición que, pasando a la Narbonense, derrotó a Eudes, apoderándose de las plazas de Perpiñán y Narbona, pero fue finalmente rechazado junto a Toulouse, por lo que tuvo que regresar Al Andalus al año siguiente de su partida.

A comienzos del año 722, Teodomiro decidió enviar en secreto una embajada a Pelayo, antiguo gardingo de Witiza y Roderico, quien había sido aclamado rey por cántabros y vascones en Cangas de Onís formando un estado cristiano independiente en los montes de esta región. Las noticias que se tenían eran muy imprecisas y Teodomiro, deseaba establecer contacto con el único reino cristiano que quedaba en Hispania, aparte de Tudmir.

La embajada compuesta por veinte personas partió de Oriola disfrazada de caravana de buhoneros, a fin de no hacerse notar, una fría mañana de comienzos de marzo, al mando de Atanahildo. Llegados que fueron a Toletum, supieron que se estaba preparando una fuerte expedición contra el reino cristiano de Pelayo, al frente de la cual iría un socio de Al Samah, llamado Alqama, a quien acompañaría Oppas obispo de Toletum, quien era hijo de Alamundo el hijo de Witiza y hermano de Sisberto obispo de Híspalis y de Sara la Goda. También se enteraron de cómo Pelayo se había tenido que ir retirando hacia los Picos de Europa, en la cordillera cántabra, después que Al Samah le había tomado la ciudad de Pompaelo y Araceli, durante la campaña del año 720 contra los francos. Parecía que, con toda probabilidad, Pelayo debería encontrarse en Julióbriga, por lo que decidieron marchar en esta dirección.

A primeros de abril del 722, la embajada de Teodomiro llegó a Julióbriga, donde efectivamente se encontraba Pelayo. Conforme habían ido

1 Baladíes: Musulmanes nacidos en la península.

adentrándose en las tierras fieles a Pelayo, Atanahildo y su comitiva pudieron comprobar la extrema penuria en que vivían los cristianos libres del norte, y cuántas y qué grandes eran sus necesidades, pues sólo podían contar con la producción de las tierras de alta montaña, ya que cuanto plantaban en los valles, era destruido por las algaras que enviaban los muslimes.

La acogida que dispensó Pelayo a Atanahildo y sus acompañantes fue tan calurosa, que éstos se sintieron orgullosos de pertenecer a la embajada enviada por Teodomiro. Pelayo les recibió rodeado de todos sus nobles tiufados y de los señores cántabros y vascones que le habían aceptado como rey en la enorme casona que le servía de residencia. Cuando Atanahildo se adelantó hacia él e hincó su rodilla en tierra en acto de respeto, Pelayo se levantó y lo abrazó con efusión mientras le decía:

—Noble Atanahildo, son tan pocas las alegrías que últimamente tenemos los cristianos que, al saber de vuestra llegada, mi corazón saltó de gozo en mi pecho —y cogiéndole de la mano le llevó junto a su sitial donde le hizo sentar a su lado—. Contarnos todo cuanto podáis de nuestro hermano Teodomiro, a quien no veo desde la aciaga noche de Astigi, donde pudo vencerse a los muslimes, y por no obedecer sus órdenes ni seguir sus consejos, Hispania se perdió definitivamente.

—Permitirme antes señor, que os presente los obsequios que os envía Teodomiro —y sin aguardar respuesta, hizo una seña para que se adelantasen los porteadores.

Aparte de ricas túnicas y telas, así como armas de bella factura, Teodomiro enviaba a Pelayo diez mil dirham de oro, pues suponía, por las parcas noticias que tenía, la gran necesidad de dinero que tendría el reino cántabro, sometido a la constante presión de los islamitas.

A la vista de este obsequio, no pudo Pelayo por menos de exclamar:

—¡Bendito seas Teodomiro, tú y tu sentido practico de la vida! Sólo a tu señor no se le podía pasar por alto, el que, en las actuales circunstancias, el dinero nos da la vida, pues son tantas nuestras necesidades, que sólo un hombre de estado como él, puede evaluar cuál es el obsequio que más puede complacer a otro hombre de gobierno en mis actuales circunstancias.

Tras la presentación de los obsequios, Pelayo dispuso que se rompiese el protocolo, y amplias mesas fueron instaladas en el zaguán que les había acogido, y mientras cenaban alegremente, Atanahildo y sus acompañantes fueron relatando cuanto había sucedido en Aurariola, después de que Teodomiro regresó de la Bética tras las derrotas iniciales de Guadalete y Astigi.

Después de escuchar atentamente el relato que les hicieron los orio-

lanos, Pelayo reclamó silencio y se dirigió a todos con tono preocupado:

—Habéis escuchado el relato que Atanahildo acaba de hacernos, y cómo Teodomiro, el mejor general de Hispania, con tropas más numerosas de las que nosotros disponemos, no tuvo más remedio que capitular, por ser imposible luchar contra un gran ejército y retener a la vez las ciudades, preservando a nuestras mujeres y niños de la muerte o la esclavitud. El mejor obsequio que la embajada de Teodomiro nos ha traído, con ser los demás muy valiosos, es el de indicarnos claramente el camino que tenemos que seguir. Defender nuestras aldeas y pueblos sería un suicidio, pues nuestras fuerzas serían deshechas y nuestros pueblos arrasados. Nuestra única salvación contra la fuerte expedición que los islamitas envían contra nosotros, está en refugiarnos en las montañas después de llevar a ellas cuanto de valor tenemos, junto con nuestras mujeres y niños. En ese terreno podremos vencer al enemigo, y ningún temor por nuestras familias atenazará nuestro brazo en la batalla. Es preciso destruir cuantas cosechas puedan servir de alimento al enemigo y que nuestros hogares no puedan darle cobijo. Debemos almacenar cuantos alimentos podamos en los montes que rodean la cueva de Nuestra Señora, y allí hacernos fuertes, en la confianza de que Ella no nos abandonará.

Conforme con las palabras pronunciadas por Pelayo el día anterior, a la mañana siguiente se comenzó el traslado de todos los bienes y enseres al monte de Auseva, mientras se construían chozas en los puntos más escarpados, para albergar a la población cristiana, a la vez que se roturaban prados en la alta montaña y se plantaba en ellos precipitadamente, para poder recoger más tarde algún alimento.

Cuando las tropas muslimes al mando de Alqama llegaron al país, sólo encontraron aldeas destruidas y abandonadas y campos sin plantar, donde sólo era posible hallar moras silvestres y aquello que se cazase.

Una vez llegados los islamitas al monte Auseva, encontraron a todos los cristianos esperándoles dentro de la cueva de Nuestra Señora. Se alzaron ante ésta innumerables tiendas, pues las fuerzas islamitas no eran inferiores a 20000 hombres, y tal era su número, que un gran pavor se levantó entre los cristianos.

El obispo Oppas pidió a Alqama, que le dejase hablar con Pelayo antes de atacar, por si éste se avenía y se podía evitar el derramamiento de sangre. Al serle concedida su petición, el obispo se adelantó a un montículo que existía ante la cueva de la Señora, y habló así a Pelayo: «Pelayo, Pelayo, ¿dónde estás?». El interpelado se asomó a una ventana y respondió: «Aquí estoy». El obispo dijo entonces: «Juzgo, hermano e hijo, que no se te oculta como hace poco estaba toda Hispania unida bajo el gobierno de los godos y brillaba más que todos los otros países

por su doctrina y ciencia, y que, sin embargo, reunido todo el ejército de los godos, no pudo resistir el ímpetu de los ismaelitas, ¿podrás tú defenderte en la cima de ese monte? Me parece difícil. Escucha mi consejo: vuelve de tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos». Pelayo respondió entonces: «No leíste en las Sagradas Escrituras, que la Iglesia del Señor llegará a ser como el grano de mostaza y de nuevo crecerá por la misericordia de Dios?». El obispo contestó: «Verdaderamente, así está escrito». Pelayo dijo: «Cristo es nuestra esperanza; que por este pequeño montículo que ves, sea Hispania salvada y reparado el ejército de los godos. Confío en que se cumplirá en nosotros la promesa del Señor a David, porque ha dicho: "¡Castigaré con mi vara sus iniquidades y con azotes sus pecados, pero no les faltará, mi misericordia!". Así, pues, confiando en la misericordia de Jesucristo, desprecio esa multitud y no temo el combate con que nos amenazas. Tenemos por abogado, cerca del Padre, a nuestro Señor Jesucristo, que puede librarnos de estos paganos». El obispo vuelto entonces al ejército, dijo: «Acercaos y pelead. Ya habéis oído cómo me ha respondido; a lo que adivino de su intención no tendréis paz con él sino por la venganza de la espada».

Alqama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encresparon las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas.

Dada la posición tan elevada que tenía la cueva, los caldeos, creídos que su número les aseguraba la victoria, no escogieron su posición sensatamente, y las mismas piedras y saetas que lanzaban, volvíanse contra ellos, después de chocar en las altas rocas. Lo cual, unido a las piedras y flechas que lanzaban los cristianos desde lugar tan elevado, produjo una verdadera carnicería entre las huestes islamitas. Cuando las bajas fueron enormes y el desorden se apoderó del ejército muslim, los cristianos salieron de la cueva y atacaron fieramente, produciendo más de diez mil bajas entre los muslimes. Alqama pereció en la lucha y el obispo Oppas fue hecho prisionero. El resto de las fuerzas islamitas intentaron huir subiendo a la cumbre del monte Auseva, donde se les persiguió y diezmó cruelmente. Escapó sólo una parte reducida del ejército por el lugar llamado de Amuesa y descendiendo a la Liebana; pero sus pérdidas aumentaron el intentar atravesar el río Deva que venía crecido por junto al predio de Cosgaya.

Cerca de cinco mil muslimes lograron salvarse del desastre, y avergonzados de su fracaso, pues las fuerzas cristianas eran muy reducidas, se asentaron en los llanos controlando que los cristianos no pudiesen bajar de las montañas.

Muy penoso resultó para Pelayo y sus gentes, el cerco a que los sometieron los caldeos, y pronto sus provisiones disminuyeron de tal forma, que la base de su alimentación estuvo formada por la caza y la miel silvestre que conseguían hallar. Los muslimes, desacostumbrados a las lluvias y el frío, que aquel verano fue particularmente intenso, y faltos a su vez de alimentos, pronto se descorazonaron. Se dijeron a sí mismos, que poco importaba que aquel terreno, poco productivo y rocoso, no estuviese bajo su dominio, por lo que a comienzos del otoño las fuerzas islamitas retornaron a Córduba sin haber conseguido su objetivo.

Cuando Atanahildo, sentado al amor del fuego que crepitaba en la amplia chimenea del palacio de Tudmir en Oriola, relataba todo cuanto antecede a Teodomiro; éste permanecía absorto, bebiendo sus palabras, mientras sus ojos fulguraban como si estuviesen viviendo los acontecimientos que se le relataban, y que le hacían retrotraerse a los viejos tiempos cuando él mismo había sido uno más en la pelea.

Tan grande fue su impresión, que tomó la resolución de que una vez llegado el buen tiempo, enviaría dos naves cargadas de pertrechos que ayudasen a Pelayo en su heroica lucha contra los muslimes.

Cuando el buen tiempo llegó, su ardor se había calmado; ante él sólo se presentaba el grave riesgo que tal forma de proceder podría acarrear a Tudmir, ya que si los muslimes se enteraban que había ayudado a Pelayo, su pacto con ellos sería roto, y todo el reino independiente de Tudmir sería sojuzgado. Una vez más, Teodomiro se vio forzado a anteponer el bienestar de su pueblo a los dictados de su corazón, sintiéndose muy triste y cansado.

A la vuelta de La Meca fui recibido en casa como si de un verdadero héroe se tratara; mi madre lloraba de alegría y no terminaba de darme besos, cosa que, si al principio me gustó, su reiteración llegó a molestarme, puesto que, aunque no quería, aquel recibimiento hizo nacer en mí el engreimiento. A excepción de mi padre, era yo el único en la casa y entre los conocidos, que había hecho la peregrinación a La Meca.

Mi hermano Yusuf, demostraba hacia mí una extraña mezcla de envidia, admiración y orgullo. Este estado de ánimo de Yusuf, junto a que yo, en los dos años que duró el viaje, había crecido y mostraba una fuerte naturaleza, impedía que mi hermano me maltratase como tenía por costumbre antes de mi partida.

Mis amigos en la calle me trataban con una cierta timidez, que hacía que nuestra relación careciese de la antigua espontaneidad, que yo tanto

añoraba. Me hacían el centro de toda reunión y no paraban de pedirme que les contase esto y lo otro.

—¿Y viste la piedra negra de la *Caaba?*

Esta pregunta, a la que respondí sinceramente que no, la primera vez que me la dirigieron, causó tanta decepción entre mi auditorio y pareció disminuir tanto mi mérito, que en lo sucesivo me libré muy mucho de reconocer que no había visto la santa piedra. Unas veces soslayaba la respuesta, otras respondía que la vi desde tan lejos que no pude admirar sus detalles, y si alguno de los que me escuchaban me decía que yo había asegurado no haberla visto, siempre respondía lo mismo:

—Lo que quise decir es que la vi desde tan lejos, dada la multitud que se interponía entre ella y yo, que me sentí como si no la hubiese visto, tal como hubiese sido mi deseo, puesto que hasta tenía intención de tocarla. Una de las veces me preguntaron:

—¿Y te habrías atrevido a tocarla? ¿No hubieses sentido temor?

—Desde luego que la habría tocado. Seguro que le habría pedido al Todopoderoso que me transmitiese toda su fuerza para poder derrotar a los infieles —fue mi respuesta.

Una amiga de mi madre que me escuchó dar tal contestación, no pudo por menos de decirme:

—Como se ve que vas a ser soldado, yo en tu caso, habría rogado al Altísimo que me concediese toda la humildad y sabiduría del mundo. Pese a no merecerlo por ser mujer, me habría contentado con saber leer.

Mi madre reconvino a su amiga por expresar aquellos deseos delante de mis hermanos, pues como dijo: «No era conveniente que los niños pensasen en esas cosas».

Mi padre intentó que me admitiesen en el Chund, mas el Jefe hizo ver a mi padre que si bien mi estatura y fortaleza eran muy superiores a mi edad, no por ello dejaba de tener diez años. Le aconsejó que siguiese acompañando a mi tío en su caravana, e incluso si le sobraba el dinero, que me enviase a Damasco, donde existía una escuela que aparte de instruir en el Corán, ejercitaba a los jóvenes en el arte de las armas. Muchos de los integrantes de aquella escuela formaban en la actualidad parte de la guardia personal del Califa, cosa que no agradó a mi padre, por ser contrario a los abasíes. Una mañana mi padre mandó por mí a un sirviente, quien me transmitió que debía acompañarle a cabalgar. Cuando llegué a las caballerizas me esperaba mi padre, llevando del ronzal un caballo de ensueño; sus patas eran finas y parecían no terminar nunca, tal era su alzada; su cabeza parecía diminuta, si bien al fijarse, se la veía proporcionada; su piel negra brillaba con reflejos azules y se le veía tan nervioso, que sus músculos se agitaban bajo su piel, mientras martillaba el suelo con sus cascos.

—¿Serías capaz de montarlo? —me preguntó mi padre— ¿No te da miedo?

Ante mi respuesta afirmativa, mi padre me tachó de imprudente.

—¿Acaso no ves que el animal lleva varios días sin desfogarse y, en estas condiciones, resulta peligroso montarlo? ¿Sabes acaso que hay que hacer para calmarlo?

No respondí, pero acercándome al animal, comencé a susurrarle palabras, como había visto que hacía Amrus el negro con los camellos, y suavemente acaricie la cabeza de Silfo, nombre con el que le había llamado el sirviente. Pareció como si entre Silfo y yo se hubiese establecido una corriente de simpatía, pues el noble bruto dejó de patear el suelo, y produjo un suave relincho.

Yo llevaba en el bolsillo una rosca dulce de anís y se la ofrecí para sellar el pacto entre ambos. La comió con avidez y pareció pedirme más, empujándome con su hocico.

—Estás haciendo trampa, Abd al Jattar —me dijo mi padre—. Sabes bien que no hay que dar miel a los caballos.

—Padre, ¿el caballo es tuyo o piensas comprarlo? —pregunté.

—No es mío. ¿Qué te parecería si fuese tuyo?

Mi padre no era dado a chancearse, pero lo que me preguntaba era tal enormidad, nada menos que a mis diez años ser el propietario de un pura raza, digno de un sultán, que no me cupo duda de que mi padre quería burlarse de mí.

No era necesario que le respondiese, mi cara lo decía todo, por lo que echándose a reír mi padre dijo:

—Intenta montarlo y, si no te derriba, te aseguro que tú serás su dueño. Palabra de Abu al Jattar.

Ante aquella afirmación tuve que aceptar que mi padre hablaba en serio. Acaricié el cuello de Silfo, y con una mirada indiqué al esclavo que me ayudase a montar, puesto que la alzada tan alta del caballo no permitía que yo solo lo montase con suavidad, como requería la ocasión.

Dejé caer mi peso sobre su lomo con la mayor delicadeza que pude, sin dejar de hablar al animal, pese a lo cual, al sentirse montado, dio una sacudida que a punto estuvo de dar con mis huesos en tierra. Me agarré a sus crines y solté las riendas, a la vez que me asía con fuerza al pomo de la silla y me inclinaba cuanto pude, poniendo mi pecho pegado a su lomo. Sentí un latigazo en los músculos de mis brazos, mis muslos se cerraron desesperadamente contra el cuerpo del caballo, y me sentí lanzado hacia delante como si de una flecha se tratase. No traté, ni hubiese podido, guiar al caballo, así que galopó a su libre albedrío, sin trabas ni freno que le retuviese, hasta que sudoroso y fatigado, fue moderando su galope y por fin se detuvo.

Yo no sentía mis brazos; los músculos de mi cintura y de mis piernas; gritaban de dolor, pero me sentía feliz como jamás lo había sido. Silfo era mío. Mi padre me lo había prometido, y él nunca rompía su palabra.

Volvimos primero al paso, luego a un trote ligero, y cuando ya divisé a mi padre y al esclavo, clavé los talones en los ijares de silfo, lanzándolo a un fantástico galope, que frené ante mi padre, que orgulloso, me esperaba no sin un poco de inquietud.

Mi hermano se quejó amargamente ante mi padre. Él era el primogénito y, en cambio, todos los regalos, los viajes que él añoraba hacer y otras cosas más que no sabía enumerar, se me concedían a mí. No, no era justo lo que mi padre hacía con él. Él era un buen estudiante, obedecía siempre sin rechistar cualquier orden, mientras yo desobedecía, me metía en camorra, y en los estudios era casi siempre el último de la clase. No, verdaderamente no era justo.

Mi padre le explicó que él heredaría cuanto mi padre poseía, mientras yo tendría que ganármelo todo con mi esfuerzo; que, sin ir más lejos, pronto debería marchar a Damasco para entrar en un colegio, lejos del amor de mi madre; y aquello, que mi padre creyó que le calmaría, fue lo que más le enfureció, pues él, en el fondo, aunque si se lo hubiesen propuesto lo hubiese rechazado, ansiaba hacer todo lo que yo hacía y se sentía incapaz de hacer; dado que su carácter era tranquilo y sosegado y temía al dolor más que nada en el mundo.

Esta vez mi madre, cuando se enteró de que mi padre se proponía enviarme a Damasco, sí que opuso toda su resistencia, lloró, suplicó y viendo que no conseguía vencer la voluntad de mi padre, se encerró en un terrible mutismo que, pasado unos días, exasperó a mi padre hasta tal punto, que era frecuente oírle golpear las puertas y maldecir utilizando palabras que nunca le habíamos escuchado decir en casa. De todas formas, mi tío había partido poco después de mi llegada, hacia Nubia, donde esperaba encontrar un buen cargamento de marfil para transportar después a Damasco. Cuando menos, tardaría dos meses en volver a Al Fastad, y me propuse disfrutar cuanto estuviese en mi mano de aquel tiempo que me restaba de estar en casa.

Siempre había admirado a los cazadores de cocodrilos. Éste era un animal que me aterrorizaba. Cuando lo imaginaba, se me ponía la carne de gallina, con todos los pelos de punta. Resultaba curioso que la cobra, que tanto temían todos mis amigos, a mí me resultase inofensiva, mientras los cocodrilos me aterrasen. Tal vez, me decía, este horror debía sentirlo porque no sabía cómo dominarlo. Recordaba que con la cobra también había sentido miedo, hasta que un día, escuché cómo un encantador de serpientes le contaba a mi padre, que ellos siempre trabajaban con la cobra después de haberles quitado el veneno, para que

resultasen inofensivas. Cuando mi padre se marchó, le ofrecí a aquel hombre una cantidad fuerte de dinero si me enseñaba a distraer la atención del ofidio, y cogerla por la nuca como hacía él. Al principio lo rechazó, mas yo subí la oferta y no pudo con la tentación. Tomó mi dinero, y aunque hacía muy poco que había hecho que la cobra expulsara el veneno, volvió a cogerla por el cogote y con una cucharilla tocó una y otra vez sus colmillos, no salió nada de veneno. Luego, pues temía la reacción de mi padre si me sucedía algo, le puso un ratón que, al momento, la cobra atrapó, y cuando lo hubo engullido, comenzó a enseñarme. No era difícil. Se requería gran rapidez en las manos, cosa que yo tenía, y saber cuándo la cobra estaba dispuesta a atacar. El ofidio adoptaba una posición inequívoca cuando iba a atacar. En esa posición era realmente peligrosa por su rapidez. Se alejaba uno y se le hacía mirar en otra dirección, en la que resultaba torpe en sus movimientos. Rápidamente aprendí, pero no me di por satisfecho. Le ofrecí otra gran cantidad de dinero si volvía al día siguiente, cuando la cobra tuviese llena su reserva de veneno, pues únicamente si lo hacía en estas condiciones me sentiría satisfecho. Al día siguiente volvió, y yo fui capaz de inmovilizarla; tras soltarla, le exigí que con la cuchara me demostrase que tenía veneno, y pude comprobar que efectivamente así era.

—¿Cómo es posible que ayer tomases tantas precauciones por temor a mi padre, y hayas consentido en hacerlo con veneno? —le pregunté.

—Ayer tenía que enseñarte, y hoy sabía que eras capaz de hacerlo, además, hoy traje un antídoto por si te picaba.

Le pagué, y el hombre marchó feliz y yo también.

Busqué en la zona donde vivían los cazadores de cocodrilos, a alguien que me enseñase a cazarlos. No fue fácil, y únicamente cuando me presenté, con ropas de pordiosero, haciéndome pasar por un indigente, encontré uno que consintió enseñarme. Me puso por condición, que tenía que firmarle un escrito donde me declaraba como esclavo suyo por un período de un año. Yo acepté, si consentía en incluir una cláusula de que podría comprar mi libertad por cien dirham. Cuando se lo propuse, él se rió, ya que dijo que tanto daba, incluirla o no, pues yo no poseería en mi vida esa cantidad.

Para que aquel documento hubiese sido legal, se necesitaba que un Caid pusiese su sello, pero como el Caid cobraba por este acto, los muy pobres pasaban de este requisito.

Comenzó llevándome a ver cómo cazaba él los cocodrilos. Yo llevaba las cuerdas para inmovilizarlo, así como un pato y otra ave. Me había explicado que sólo en tierra, o en aguas muy someras, era posible cazarlos. Si se tenía la suerte de encontrarlos desprevenidos tomando el sol y eran dos los que cazaban juntos, uno pasaba un lazo por las

mandíbulas, y el otro por la terrible cola, y aprovechando los terribles movimientos del reptil, se intentaba ponerlo boca arriba, con lo que el cocodrilo perdía mucha fuerza.

Luego, se le lanceaba por la tripa en puntos determinados, que no estropeasen la piel.

Nuestro primer intento fue un rotundo fracaso. Mi miedo era tal, que más que ayuda resulté un estorbo, y no quiero recordar la de insultos que Nefer me dirigió.

Cuando terminó de insultarme, se quedó muy sorprendido al escucharme decir:

—¿Y cómo los cazas tú solo cuando nadie te acompaña?

Se quedó pensando y respondió:

—Si el sáurio está dormido, le paso el lazo por la cola, clavo una estaca en el suelo y tenso ligeramente. Luego llevo preparada una cuña al extremo de un palo, y cuando el lagarto abre la boca, se la introduzco cuanto puedo en la misma, lo cual no siempre puede hacerse, después le ato la mandíbula.

Luego se me quedó mirando muy serio y me preguntó:

—¿Cómo, con el terror que te dan estos bichos, has querido aprender a cazarlos, no sería mejor que te dedicases a cazar grullas? —Mira —añadió— vamos a buscar uno muy pequeño, y tal vez al tocarlo y ver cómo se mueve, se te quite un poco el miedo; pero entiende, si es muy pequeño está prohibido matarlo.

Me costó mucho quitarme el miedo a los cocodrilos, pero cuando conocí sus costumbres y reacciones, lo conseguí.

Nefer quedó asombrado cuando un día le entregué cien dirham y le exigí me devolviese el papel firmado por el que me comprometía a ser su esclavo durante un año. No vaciló el entregármelo, pues el dinero que le ofrecí era una fortuna para él.

Mi afán por experimentar nuevas sensaciones, casi siempre peligrosas, me llevó a situaciones límites, yo creo que confiado en la influencia de mi padre y en la posibilidad de pagar con su dinero las conciencias de muchas personas. Mis actos, a veces rayaban en la impiedad. En estos casos, mi padre me castigaba inmisericorde, pues temía con razón, que ni todo el oro del mundo podría salvarme si un *mullah* me acusaba de un acto irreverente.

Cuando mi tío regresó con su caravana, creo que mi padre dio un suspiro de alivio, puesto que mis actos irresponsables habían ido creciendo en gravedad y en frecuencia. Me quería mucho, pero temía que su amparo fuese torciendo mi carácter.

Mi madre, vio que su pequeño partiría muy pronto, y como ella decía: «Sabe el Altísimo, si para no volver jamás» y se deshacía en llanto.

Pese a ser la más bella de sus cuatro esposas, mi padre dejó de frecuentarla harto de tanto llanto y recriminaciones.

Mi hermano Yusuf, sentía que con mi marcha, su importancia crecería en mi casa, y desesperaba al ver la tardanza con la que el día señalado para la partida llegaba.

Pero todo llega, y partí para la capital del califato. Mi padre consintió que montase a Silfo, y me entregó un fuerte asno para que transportase toda mi impedimenta.

En principio, debería hospedarme en Damasco, en casa del agente de mi tío y mi padre. Mi tío estaba encargado de hacer todos los trámites a fin de que se me admitiese en la *madrasa* de Abu Rachif, donde sería educado en la Ley del Corán y otras ciencias, así como en las artes de lucha, propias de un guerrero.

La situación económica de mi padre había mejorado mucho los últimos años, ya que además de ser socio de mi tío, también era socio de una pequeña flota comercial en la costa de Asia menor. Para él por tanto, mi educación no representaba una carga importante.

El viaje no representó un esfuerzo extraordinario, comparado con los sufrimientos que mi peregrinación a La Meca me habían ocasionado. Yo, además era mayor, puesto que en el transcurso del viaje cumplí once años y montaba, para envidia de toda la caravana, mi corcel Silfo.

Después de conocer Al Fastad, Medina y La Meca suponía que conocer Damasco no me impresionaría; craso error. Damasco era la capital del universo y me deslumbró. Sus palacios, mezquitas y bazares, sobrepasaban con mucho en riqueza y belleza a cualquier otra capital. Mi padre me había advertido, que la gran expansión del Islam produjo unos beneficios incalculables, que habían ido fluyendo a Damasco, durante el tiempo de los cuatro califas; después con los omeyas, y ahora, con los abasíes. Cuanto en el mundo pudiese encontrarse, se hallaba también en Damasco. Situado en fértil oasis entre el Hermon y el desierto, en una ruta importante de caravanas y sobre todo, siendo la capital del Califato más extenso y poderoso que jamás imaginarse pueda.

Como luego me enseñaron mis maestros en la *madrasa,* desde finales del siglo XI a.C. era la capital del reino araméo. Durante un breve tiempo perteneció al reino judío del rey David. Durante el mando de Salomón, volvió a ser independiente y enemigo de los judíos. Fue conquistado por Tiglatpileser III y perteneció a los asirios; luego pasó por el dominio de los persas, seleucidas, nabateos y romanos, hasta que el Islam lo conquistó y lo convirtió en su capital. Ante sus puertas se convirtió el Apóstol San Pablo de los cristianos.

A unas sesenta millas romanas al sur, se encuentran las ruinas de la Bíblica Babel.

El número de habitantes del reino de Tudmir había aumentado considerablemente durante el largo período de paz y de ausencia de epidemias, que disfrutaban últimamente. Los nuevos regadíos, conseguidos, con las obras de las norias y las nuevas acequias construidas, daban trabajo fácilmente a este aumento de población; mas las malas comunicaciones frenaban el progreso, dificultando el comercio, por lo que Teodomiro decidió aprovechar al máximo el cauce navegable del río Thader y poder así; dar fácil salida a los productos procedentes de la parte alta de la cuenca.

Después de inspeccionar cuidadosamente un largo trecho del cauce del río, se decidió instalar una estación de embarque en el último punto donde el Thader era navegable. Allí el río estaba rodeado de terrenos elevados que no se inundaban durante las crecidas periódicas de éste, y hasta el que los productos a transportar, tenían un fácil acceso.

Se construyeron unos muelles para atracar las barcazas y anejos a los mismos, un gran número de almacenes. Todos los puntos más elevados fueron aprovechados para instalar las chozas del pequeño poblado que se fundó.

Aunque Teodomiro bautizó estas obras como «Estación de embarque», pronto se impuso el nombre árabe de Mursa, que significando lo mismo era mucho más corto.

Si bien Mursa[1] desempeñaba bien el papel para el que había sido construida, lo insalubre de sus alrededores, hizo que siempre permaneciese como una aldea, sin que su población creciese, pues sólo las familias de los encargados de los almacenes y de los mercaderes, se atrevían a vivir en un lugar de donde los mosquitos abundaban y la humedad era elevadísima.

Por aquel entonces, se le presentó un grave problema a Teodomiro que pudo tener trágicas consecuencias.

Sucedió, que un sobrino de Al Sumail, joven alocado de dieciocho años, se prendó perdidamente de una hija de Julio Carmo, uno de los señores hispano-romanos más proclives del reino. La joven de dieciséis años, si bien no estaba enamorada de Mumar al Khalbi, que así se llamaba el sobrino de Al Sumail, aceptó los galanteos de éste, con una coquetería, propia de las mujeres que se sienten halagadas en su vanidad por el cortejo del varón. Tal fue la insistencia del muchacho, que su padre cansado de oírle, y aún a sabiendas de que sería imposible que los padres de la chica lo aceptasen, se presentó en casa de Julio

---

(1) En el año 825, Abd al Rarman II cansado de las luchas de los actuales árabes de Oriola, mandó construir en este lugar la ciudad de Murcia, la cual fue inaugurada el año 831 pasando a ser capital de la cora de Tudmir en detrimento de Oriola e Iyyu(h) (Hellín) que acogían los organismos administrativos de la cora.

Carmo y solicitó la mano de su hija para su hijo Mumar. Como era de esperar, Julio Carmo no sólo denegó dar su hija en matrimonio, sino que, además, se sintió ofendido de que el hijo de un árabe se atreviese a molestar a su hija, y más o menos, en estos términos se lo hizo saber al padre del pretendiente, añadiendo, que ellos eran cristianos y monógamos y que jamás entregaría hija suya a un polígamo.

Como era de esperar, la cuestión trascendió, y toda la comunidad árabe se sintió identificada con el pretendiente rechazado, estableciéndose una peligrosa tirantez entre las comunidades árabe y cristiana.

Al Sumail dejó de asistir a las interminables tertulias que sostenía con Al Hudri, pues al vivir éste en el palacio de Teodomiro, no consideró correcto el seguir frecuentando la casa de un cristiano.

Al conocer Teodomiro lo que sucedía, pidió a Al Hudri que interviniese, pues consideraba que estaba fuera de lugar una actitud tan extrema, por algo que sólo concernía a dos familias; mas éste le aconsejó que no interviniese en nada, pues el tiempo es el mejor aliado del olvido, y que resultaba conveniente dejar que éste pasase, dado que la herida estaba aún muy reciente.

Todo parecía dar la razón a Al Hudri, y el suceso se habría de seguro olvidado, a no ser porque, la pasión de Mumar por la joven, en vez de desaparecer con el desprecio de que había sido objeto, se vio espoleada hasta tal punto, que los padres de la joven tuvieron que prohibir a ésta salir de casa, pues el alocado joven la espiaba e importunaba constantemente, no dejándola vivir con su persecución.

Una noche que Julio Carmo y su esposa salieron de casa, Mumar que había sobornado a un esclavo mediante una fuerte suma, entró en la casa y tras amordazar a la joven, la violó. Una vez consumada la violación y consciente de la gravedad de lo que había hecho, salió huyendo, escondiéndose en los montes de Thiar, que por su orografía retorcida, presentaban un buen lugar para esconderse.

Conocido lo acaecido, los árabes por su cuenta y los cristianos por la suya, enviaron patrullas para apresarle. Durante más de una semana, el joven, acosado en la montaña, logró evitar a sus perseguidores; pero destrozados sus nervios y temeroso de caer en manos islamitas, pues la pena era la muerte, una noche, después de burlar a todos sus perseguidores, se presentó en el palacio de Teodomiro entregándose a la guardia y reclamando ser juzgado por la ley cristiana.

Tan pronto los árabes supieron que el joven fugitivo se había entregado, hicieron que su juez acompañado por gran número de ellos, se presentasen en palacio reclamando que les fuera entregado el preso, aduciendo que en el tratado firmado por Teodomiro se establecía: «No dará hospitalidad a los que huyan de nosotros». Pero a la vez que se

presentaban los muslimes en palacio, otro tanto hicieron los nobles cristianos, reclamando que el preso fuese juzgado por los tribunales cristianos, puesto que el daño y la afrenta habían sido causados a una cristiana. Ante la postura irreconciliable de los dos bandos, Teodomiro dictaminó que, primero se haría una reunión de seis personas doctas, tres por cada bando, quienes decidirían a qué justicia había que entregar al reo. Por parte cristiana decidiría su juez, y lo mismo haría el juez árabe por la suya.

Al día siguiente, la sala de audiencias del palacio de Teodomiro se encontraba abarrotada de gente, pues nadie quería perderse la discusión; mas pese a su amplitud, fueron muchos los que tuvieron que quedar fuera por no caber en su interior.

Teodomiro hacía de presidente moderador, y a sus costados se sentaban los hombres que habían sido nombrados jurados en la causa.

Se hizo entrar al detenido, a quien Teodomiro preguntó:

—¿Es cierto Mumar al Khalbi, que la pasada noche te presentaste a la guardia de palacio, pidiendo ser juzgado por el tribunal cristiano de la ciudad, porque no querías que te juzgase el juez muslim?

Ante la respuesta afirmativa del reo, Teodomiro volvió a preguntar.

—¿Y permaneces en tu deseo, de que sea el tribunal cristiano quien te juzgue, o por el contrario, deseas que se te entregue a la justicia islámica?

—Mi deseo es que sea el tribunal cristiano quien me juzgue y no el juez islamita —respondió claramente Mumar.

—El juez Abd Alá puede aducir las razones por las que considera que el reo le debe ser entregado.

—Para mí es claro que Mumar debe sernos entregado, pues en el tratado firmado por Tudmir (¡larga vida le conceda Alá!) y Abd al Aziz (¡Alá le haya acogido en su seno!), claramente se establece, que no se dará hospitalidad a los que huyan de nosotros.

—Estoy de acuerdo con mi buen amigo el juez Abd Alá, en que tal cláusula se encuentra en el tratado citado, pero quiero llamar la atención de mi colega sobre el hecho de que, a Mumar no se le ha dado hospitalidad, pues ello conlleva el deseo de proteger a la persona, y éste no es el caso en el presente litigio. Por el contrario, Mumar ha sido encarcelado y será sometido a juicio, del cual, con toda probabilidad, se seguirán duras penas —respondió el juez cristiano Eufrosio.

—Si es como mi digno oponente aduce, le recordaré que en el mismo tratado se establece, que no se molestará a los que nos sean fieles adictos, circunstancias que concurren en el procesado Mumar —replicó Abd Alá.

—¿Cómo se entiende que consideréis fiel adicto a Mumar, cuando lo

habéis perseguido durante una semana y tratáis de juzgarle con posibilidad de condenarlo a ser decapitado? Yo entiendo, que a las personas fieles y adictas se las protege y se las agasaja, pero nunca se las juzga.

—Conozco de tiempo la gran agudeza e ingenio, de que mi oponente el juez Eufrosio, hace gala en todas sus intervenciones, mas deseo recordarle, que para nosotros los islamitas, todas nuestras leyes, tratados y modo de vida, están sujetos a las leyes coránicas, y, por tanto, cuando se habla en el tratado de fieles adictos, debe entenderse a tales leyes, por lo que requiero a Mumar, que proclame públicamente si se considera un fiel y adicto seguidor de las normas del Profeta.

Como Mumar bajase la cabeza y no respondiese con rapidez, intervino Eufrosio, pues la respuesta no podía ser más que una, y ello significaba que el detenido fuese entregado a los muslimes.

—Considero que no es ético hacer que el reo responda a tal pregunta, pues se le está pidiendo que haga perjurio público, ya que la razón por la que se encuentra en esta situación, es precisamente, haber faltado a esas leyes. Además, si aceptamos la tesis del juez Abd Alá, nos encontraremos con que públicamente, los árabes aquí presentes, reconocen que un tribunal cristiano puede procesar y condenar a todo árabe que, siendo un buen cumplidor de las leyes coránicas, se levante contra el walí o su representante debidamente autorizado, puesto que en este acto se admitiría, que la cláusula del tratado, se refiere a la ley coránica y no a las acciones de los hombres para con los hombres.

—Por favor, ruego a los jueces no se aparten de lo que aquí se dilucida. —intervino Teodomiro, interrumpiendo la argumentación de Eufrosio.

—El Corán considera que la autoridad procede de Alá, por lo que no existe ningún problema en todo lo que aquí se ha expuesto —dijo Abd Alá.

—Si los jueces no tienen nada que añadir, pido a las personas que tienen que decidir, pasen a la habitación contigua, y allí, amigablemente decidan lo que sus conciencias les dicte. Consideren que siempre hemos sido dos comunidades bien avenidas, y que no debe ser el amor propio, sino el deseo de lo justo, lo que les mueva en esta ocasión.

Cuando los jurados se retiraban de la sala, la mayor parte de los asistentes se pusieron en pie, produciéndose un pequeño alboroto, momento éste que Mumar aprovechó para tratar de huir de una forma incomprensible en quien se había entregado la noche anterior; parecía que lo lograría, cuando un árabe que se encontraba en su camino, sacó una daga y la hundió en el corazón del joven.

Ya no fue necesario que el jurado se pusiese de acuerdo, pues la voluntad de Dios, se había hecho clara por otros caminos. Dios quería que reinase la paz en Tudmir.

Mi estancia en Damasco fue mucho más larga de lo esperado. Primero en la *madrasa* donde mi padre me había inscrito, pasé cinco años. Allí aprendí sobre todo a luchar, puesto que mi destino era ser soldado. Una vez salido con dieciséis años, ingresé en el Chund siriaco de Damasco y pronto me enviaron a luchar contra los kurdos. Estos eran unos seres fieros y salvajes. Se agrupaban y hacían incursiones rápidas, y luego huían a sus montañas donde era muy peligroso atacarles. Pasé luego y estuve de guarnición en Andabil, a las orillas del Mar de los Jazares. Nuestra pesadilla en esta guarnición eran los bandidos. Se reunían en grandes bandas, a veces de más de doscientos, asaltando a los viajeros y robando en todos los pueblos. En una de las patrullas, en que yo iba al mando, caímos en una emboscada, y de los cincuenta hombres que tenía a mi mando, creo que sólo se salvaron unos ocho; y digo que creo, porque los que nos salvamos huimos en distintas direcciones. A mí me acompañaron mis fieles Salim y Aarum. Los tres nos despeñamos una anochecida marchando por un sendero de montaña. Aarum murió en la caída, en cuanto a mí y a Salim, mejor hubiera sido que también muriésemos en el acto, pues nuestra suerte fue muy dura. Salim tenía la pierna derecha completamente destrozada y yo me rompí el tendón de Aquiles de la pierna izquierda. Ninguno podíamos caminar. Estuvimos toda la noche pensando en la muerte, hasta que por la mañana nos encontraron unos pastores. Nos llevaron a su mísera aldea y allí murió Salim con su pierna totalmente gangrenada. El médico que, por un verdadero milagro, nos trajeron los pastores, nada pudo hacer por él. Doy gracias a Alá, pues aquel judío Zaquén ben Isaac, del que nunca podré olvidar el nombre, hizo conmigo maravillas curándome la rotura del tendón. He tenido luego ocasión de hablar con médicos, y todos creen que cuento un cuento cuando les digo que a mí se me rompió el tendón de Aquiles y no cojeo. Les detallo lo que recuerdo de cómo me curó y todos me dicen que es imposible, que nadie ha curado de mi dolencia. Me costó dos meses curarme. Pasado el tiempo, cuando se cumplieron las dos lunas, hice lo que él me había mandado, pues sólo permaneció conmigo quince días. Con mi daga fui cortando a trozos el yeso que inmovilizaba mi pierna, desde debajo de la rodilla hasta el pie, donde sólo me dejó descubiertos los dedos. Al principio, cuando vi mi pierna, me asusté; era la mitad de gruesa que la sana, además, se me había quedado pie de equino y si intentaba enderezarlo, me producía terribles dolores. Tardé casi otro mes en conseguir dar los primeros pasos con el pie en su posición normal. El médico me había advertido que todo esto me pasaría, pero yo le maldije mil veces durante aquel largo mes. Luego me arrepentí y le bendije, pues gracias a él, soy totalmente sano y no un tullido.

Volví a Damasco y de nuevo permanecí otros cinco años, hasta que los Banu al Jaltar, parientes de mi padre, consiguieron con sus influencias, que el Califa me nombrase capitán y me destinase al Chund de Egipto.

A mi vuelta, mi padre había muerto y mi hermano tenía una gran familia. Aun tuve la dicha de poder abrazar a mi madre poco antes de morir, puesto que tomé parte en una expedición de castigo a Jartúm.

A la muerte de Al Samah, ocurrida el año del Señor del 730, fue aclamado como nuevo walí de Al Andalus, Abd Alá ben al Rahmwi al Thaqafi, quien ya ocupó este puesto durante unos meses, a la muerte de Abd al Aziz, hasta que el walí de Ifriqiya nombró a Al Hurr.

Hombre valeroso y guerrero, que durante muchos años había sido jefe del ejército del Al Andalus, tan pronto se vio en el poder, se propuso hacer la guerra santa contra los francos, para lo cual organizó un poderoso ejército.

Entre tanto Munuza, compañero de Tariq, con el que había entrado en Hispania en el año 711, estaba al frente dé los muslimes en la zona de Cantabria y enterado de los malos tratos que los árabes daban a sus hermanos beréberes en Ifriqiya, decidió independizarse y hacer la guerra a los árabes. Concertó un tratado con el dux de Aquitania, Eudes, quien le dio en matrimonio a su hija. Enterado de lo anterior, Abd al Rahman aceleró sus asuntos en Al Andalus y partió a combatirlos. Encontró a Munuza en la fortaleza de Cerritania y le plantó ceñido cerco. Tras unos días de resistencia, las gentes de Munuza le abandonaron, por lo que éste huyó por la noche, dejando en la fortaleza a su mujer, hija de Eudes. Perseguido de cerca por el ejército de Abd al Rahman y sin tener donde huir, se despeñó por un barranco, donde fue encontrado muerto. Cortaron su cabeza y la enviaron juntamente con su mujer a Abd al Rahman.

Abd al Rahman pasó los Pirineos y se adentró en la Aquitania, destruyendo cuanto encontró a su paso, profanando las iglesias y extendiendo el terror entre los francos. Una vez atravesado el río Garona, se enfrentó a las tropas de Eudes, a quien derrotó haciéndole huir; tras lo cual, entró en Tours, destruyendo todos los palacios e iglesias y saqueando por completo la ciudad. Mas tanta saña puso en destruir todas las iglesias del país, que se entretuvo demasiado y dio tiempo a que Eudes consiguiese la ayuda de Carlos Martel y su poderoso ejército.

Cuando los ejércitos se enfrentaron, son tan iguales y numerosas sus fuerzas que, durante una semana, se observan sin decidirse a entablar combate, hasta que se deciden y se despliegan en batalla en los campos de Poitiers.

El grueso de las fuerzas de Carlos Martel está compuesto por caballería pesada, con resistentes lorigas, tanto en los hombres como en los caballos; una y otra vez la caballería ligera muslim se estrella contra la muralla de sus enemigos, recibiendo una dura respuesta y siendo pasados a cuchillo. Poco antes de anochecido, los francos rompen las líneas islamitas y consiguen llegar hasta donde se encuentra Abd al Rahman, al que matan, a la vez que producen una verdadera carnicería entre sus fuerzas. La llegada de la noche salva al ejército muslim de una total destrucción, y cada fuerza se retira a su campamento para reemprender la batalla al día siguiente; mas los muslimes, amparados en la oscuridad de la noche, huyen en apretada columna, dejando su campamento montado con la mayoría del botín que habían obtenido durante toda la incursión en suelo franco. Cuando a la mañana el ejército cristiano se despliega en orden de batalla, sus escuchas advierten que el enemigo ha huido y deciden no perseguirle, por miedo a caer en una celada, y por que nadie quiere perder su parte en el rico botín que encuentran en el campamento muslim.

Esta batalla tenía lugar el año del Señor del 732.

Tan pronto la noticia de la derrota y muerte de Abd al Rahman llegó a Córduba, un viejo jeque de 81 años, muy conocido por sus intrigas y marrullerías, Abd al Maliq ibn Qatán, se hizo nombrar walí de Al Andalus, comenzando rápidamente sus atropellos contra los cristianos, que, por haber capitulado, seguían en posesión de sus propiedades.

En octubre del 733, Teodomiro recibió noticias de que Abd al Maliq había entrado en Tudmir procedente de Elvira, yendo acompañado de numerosas huestes, dirigiéndose, al parecer, a Oriola.

Inmediatamente que recibió esta noticia, Teodomiro envió una embajada para dar la bienvenida al walí de Al Andalus, congratulándose que por primera vez un walí visitase el reino de Tudmir. A la vez, hizo preparativos para dispensar una acogida que estuviese de acuerdo con el rango de tan alto dignatario.

Las noticias que le llegaron informándole de que Abd al Maliq se había detenido en Carthago Spartaria, le inquietaron vivamente, por lo que decidió desplazarse a esta plaza, saliendo al encuentro del walí. A medio camino de Carthago Spartaria recibió noticias que Abd al Maliq se había adueñado de la plaza, así como de las minas de plata y de todas las aldeas del contorno, por lo que ya no le cupo la menor duda de que las intenciones del walí eran muy otras de las de hacerle una visita amistosa, o seguir a las provincias del norte, como al principio pensó.

La acogida que dispensó Abd al Maliq a Teodomiro fue sumamente fría, sin que las palabras amables de Teodomiro pudiesen romper el hielo que desde el primer momento se interpuso entre ellos.

—¿Debo entender entonces, que el walí del Emir de los Creyentes, Hixam, pretende no hacer honor al tratado firmado por mí y por Abd al Aziz, y posteriormente ratificado por el sultán Al Ualid —preguntó Teodomiro mediada la conversación.

—Como máxima autoridad en Al Andalus, debo proveer a las necesidades que las campañas contra los francos ocasionan, y ya que hasta ahora, la contribución de Tudmir a las mismas ha sido prácticamente nula, he decidido que las minas, así como Carthago Spartaria, pasen a ser propiedad de la comunidad islámica —respondió Abd al Maliq.

—Todas las obligaciones que el tratado impone al reino de Tudmir, han sido cumplidas religiosamente, sin transgredir ninguna cláusula, por lo que tal apropiación resulta un expolio, y se mofa de dicho tratado —replicó Teodomiro, agregando—. Una determinación así, sólo puede ser tomada por el califa, cuya vida guarde Dios muchos años.

—Atrevida y peligrosa es tu postura Tudmir, y no responde a la prudencia que siempre me habían alabado en tu persona —respondió Abd al Maliq indignado.

—Aunque líbrenme los cielos de querer hacer caer tu ira sobre mi cabeza, como rey vasallo del sultán Hixam, no tengo más remedio que conminarte a abandonar mis tierras y, caso de no consentir en ello, me veré obligado a quejarme personalmente al Emir —respondió Teodomiro firme y digno.

—Retírate de mi presencia, pues tu persona no me es grata, y no deseo ordenar que se te saque a la fuerza —respondió el walí rojo de ira, y añadió mientras Teodomiro salía de la tienda—: ¡Recuerda para siempre, que mi voluntad es ley en Al Andalus!

Si grande había sido la ira de Abd al Maliq, Teodomiro por su parte tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no abofetear al anciano, por lo que al salir, procuró marcar cuanto pudo el desprecio que por él sentía, lo que provocó la última frase del anciano.

La vuelta a Oriola se efectuó en el mayor silencio, ya que nadie de su séquito se expuso a dirigirle la palabra en todo el trayecto.

Al siguiente día, su hija Patricia, —embargada de felicidad, pues el joven Ataulfo le había declarado su amor y pedido permiso para hablar con su padre—, no quiso atender las razones de su madre, que, conociendo a Teodomiro, sabía que no era éste el momento propicio, y le presentó la demanda de su enamorado.

—Padre, desde hace varios años siento una profunda atracción por Ataulfo, y ayer, me ha pedido que me case con él. Dime cuándo consideras apropiado para que sus padres vengan a fijar los términos del contrato.

Teodomiro embebido en sus preocupaciones, y rumiando aún su ira

del día anterior, no comprendió en principio lo que su hija le decía, pues, si bien conocía la amistad que unía a los jóvenes, ya que por ser sus padres muy amigos suyos, sus hijos habían jugado juntos desde pequeños, nunca se le había pasado por la imaginación que éstos pudiesen enamorarse. Cuando por fin comprendió lo que su hija le había dicho, malhumorado respondió de una forma áspera:

—No son éstos momentos para amoríos ni tonterías de ese estilo, cuando nos enfrentamos a un peligro cierto. ¡Tu madre podía haber tenido más seso y haberte aconsejado no molestarme con nimiedades!

Patricia salió corriendo de la estancia dando un fuerte portazo, estallando en sonoros sollozos, lo que aumentó el enojo de Teodomiro que miró a su esposa Eguilona con cara de desaprobación, por lo que ésta no pudo menos de exclamar:

—¡Eres injusto con tu hija y conmigo! Tu mundo y el suyo son dos cosas diferentes, aunque puedan coincidir en lo material. ¿Acaso no recuerdas las tonterías que hiciste cuando me conociste?

—¡Tonterías yo! ¡Y tú, que pusiste un siervo vigilando mi llegada, y por que no fui a visitarte en una semana, te volviste una histérica!

La discusión familiar tuvo la virtud de serenar su espíritu, hasta el punto, que cuando su esposa le rechazó enojada cuando intentó abrazarla en desagravio, prorrumpió en una sonora carcajada, lo que enfureció más aún a ésta.

—¡Abraza a tu corona que es lo único que te interesa, y déjame a mí en paz! ¡Esto me sucede por casarme con un bruto que sólo sueña en dar hachazos y partir cabezas de sus enemigos!

Una vez calmada su hilaridad, dijo a su esposa, que sentada en un rincón le miraba con enojo dispuesta a saltar en cuanto le dirigiese la palabra.

—¡Sabes! Si nuestra hija se casa, tú podrías acompañarme en la visita que pienso hacer al sultán Hixam tan pronto llegue la primavera. Sería un bello viaje para ti que nunca saliste de los contornos de Oriola, y que ni siquiera conoces el mar.

—¿Eso quiere decir que consientes en la boda de nuestra hija con Ataulfo? —inquirió Eguilona sin abandonar su enfado.

—Bien seguro que sí, pues qué otro mozo podría ser más conveniente para ella. ¡Acaso no son sus padres amigos nuestros, y no conocemos al chico desde que era pequeño, y sabemos de sus virtudes y limitaciones!

—Pues bien, podías haber respondido así cuando nuestra hija te preguntó, en vez de darnos el disgusto que nos has dado —dijo Eguilona verdaderamente enfadada.

—¡Ay, mujeres, mujeres! Si se las contraría se enfadan y si se las

complace también, ¡quien llegará a entenderos! —y añadió—. Pero nada has respondido a la sugerencia que te he hecho, de que me acompañes en el viaje a Damasco.

—¡Qué habría yo de hacer en medio de ese pueblo de polígamos, a menos que tú, con tal de deshacerte de mí, no estés pensando en venderme para esclava del sultán! Es más, considero que ese viaje es demasiado largo y peligroso para que lo emprenda un anciano de 64 años como tú.

Teodomiro, que aún se sentía fuerte y vigoroso, y para él en verdad, el peligroso viaje no lo era tanto, por haberlo hecho repetidas veces en su juventud, sintióse picado en su orgullo cuando su esposa le tildó de viejo.

—Me siento más joven que muchos de veinte años, y aún apostaría mis fuerzas con más de un mequetrefe de los que acompañan a tu hija. ¡Ten tu boca mujer, pues no sabes lo que te dices!

Tocó ahora el turno para que Eguilona riese con ganas, al ver la reacción de su marido ante sus palabras, y no dejó de reír, hasta que éste la atrajo, sintiéndose ridículo.

—Si tanta pena causé a tu hija, según tú, ¿a qué diablos esperas para ir a consolarla y decirle que su padre consiente en la famosa boda?

La boda de Patricia se celebró por deseo expreso del novio el día 23 de diciembre del año del Señor del 733. Eguilona fue tan feliz de ver a su hija casada, que durante toda la ceremonia no dejó de llorar ante la irritación de su marido, que siempre le estaba recordando la dignidad requerida por su cargo. La fecha escogida por los novios fue tan inoportuna, que tuvo la ventaja de que las fiestas nupciales tuvieron que ser reducidas a dos días, por lo que se adelantaron un día a la ceremonia religiosa, ya que todos los nobles que asistieron, deseaban estar de vuelta en sus casas la noche del Nacimiento de Cristo hecho niño.

Como Carthago Spartaria no había sido devuelta por el walí de Al Andalus, Teodomiro, de acuerdo con sus planes, embarcó en Portus Ilicitanus el 15 de mayo del 734, con destino final Ashqelon, donde desembarcaría para dirigirse por tierra a Damasco. Formaban la expedición tres naves, pues aparte de dar mayor seguridad y realce al viaje, Teodomiro, con su espíritu practico, pensaba hacer buen negocio en los puertos en que tocase.

Para Teodomiro este viaje, tenía una enorme carga emotiva, recordatorio de sus años mozos, por lo que quiso seguir en parte la ruta que había hecho en su último periplo como navegante; de forma que la flotilla tomó rumbo a Carthago, donde llegaron tras tres días de navegación. Allí permanecieron una semana, tiempo necesario para efectuar los intercambios comerciales previstos. Durante este tiempo, Teodomi-

ro se dedicó a visitar la ciudad, acompañado, las más de las veces por el Cadí de ésta, quien había acogido a Teodomiro con la dignidad que requería su alto rango.

Carthago había cambiado mucho desde sus tiempos mozos, y sólo el puerto y su barrio próximo tenían el mismo sabor de antaño, si bien, las arenas habían seguido reduciendo el calado del puerto de tal forma, que de seguir así, no pasarían muchos años sin que se cegase. Los altos minaretes de las mezquitas, que destacaban sobre todas las otras edificaciones, desfiguraban la fisonomía de la ciudad, en cuya ágora hizo sus primeros estudios San Agustín, el célebre obispo de Hipona, y que de seguro, no pensaría que la religión cristiana pudiese un día, desaparecer de su ciudad. Sólo la alegría y desenfado de las gentes continuaba siendo el mismo, y su actividad comercial no había disminuido.

En la siguiente escala, Alejandría le causó una verdadera desilusión, pues bien claro se adivinaba que había perdido su capitalidad en favor de Al Fastat. Sus monumentos estaban abandonados y sus amplias avenidas sucias y descuidadas. El Museo respaldado por la cúpula de Cleopatra, el mausoleo con el cuerpo de Alejandro, el Panaeum con sus escaleras en espiral, así como el antiguo palacio de los gobernadores romanos, todo, amenazaba ruinas y hacía sentir al viajero una profunda tristeza por el descuido en que se encontraban. Ni siquiera la calle principal, Carobran, ni las macizas columnatas del Dromos, que separaban la calzada del camino de los peatones, habían merecido el cuidado de los árabes, presentando un aspecto descuidado y sucio. Sólo el puerto, con su gran movimiento de mercancías, no había caído y era comparable al que Teodomiro conoció en su juventud.

Cuando la flotilla abandonó Alejandría, durante largo trecho, las grullas siguieron a los barcos recogiendo las cáscaras de melón que la tripulación tiraba por la borda, hasta que por fin, volvieron a tierra cuando las naves se alejaron demasiado.

Por fin, tras mes y medio de navegación, incluidas las escalas, las naves de Teodomiro recalaron en Ashqelon, puerto éste que nunca había visitado.

Se dispuso que dos de las naves continuasen hasta Chipre y Constantinopla, mientras la tercera permanecía en Ashqelon por si Teodomiro necesitaba de ella, y tras desembarcar los numerosos regalos que llevaban para Hixam, se emprendió la marcha hacia Damasco.

La fama de Teodomiro como vencedor de los bizantinos y de los bereberes le había precedido, y los árabes que siempre admiraban el valor y la sabiduría, le mostraron su deferencia en todo el trayecto, e incluso el sultán, tan pronto supo que Teodomiro se encontraba próximo a Damasco, mandó que un escuadrón de su guardia saliese a reci-

birlo a las proximidades de la ciudad, con la orden de escoltarlo a la residencia que le había destinado; un palacete de las afueras de Damasco, que para tal ocasión, había sido alhajado con alfombras, tapices, cojines y toda clase de muebles de rica factura. Tanto el rey cristiano como su séquito fueron tratados con el máximo honor y respeto, tal como había ordenado Hixam.

En este palacete pasó dos días Teodomiro, tras de lo cual, Hixam mostró interés por ver al cristiano de Al Andalus y se hicieron inmediatamente los preparativos para la ceremonia. Se equipó a las tropas como para la guerra y se vistió espléndidamente a la guardia negra. Se ordenó a los ulemas, teólogos, secretarios y poetas que apareciesen en el salón de audiencias, mientras se avisaba a los visires y altos funcionarios del estado para que estuvieran en sus puestos a la hora señalada.

Cuando llegó el momento, Hixam apareció en el salón oriental de palacio. Tenía a cada lado a sus hermanos, sobrinos y demás parientes, y a los visires, cadíes, magistrados civiles, teólogos famosos y demás altos funcionarios, todos sentados en fila según su jerarquía y posición.

Introdujo a Teodomiro en el salón Muhammad ben al Qarim ben Tumlus. Vestía una túnica de brocado blanco de manufactura cristiana, y una capa de la misma calidad y color y se cubría con un gorro adornado con costosas joyas. Teodomiro se trasladó desde su residencia en las afueras de Damasco acompañado de los principales cristianos de esta ciudad. Próximos ya a palacio, Teodomiro tuvo que seguir un camino a cuyos lados estaba formada la infantería, colocada en orden tan admirable que los ojos se quedaban admirados por su uniformidad, y en tan apretadas filas, que la mente se sorprendía de su número. Tal era la brillantez de sus corazas y armas, que los cristianos estaban estupefactos de lo que veían. En esto, llegaron a la puerta de palacio llamada Bab al Akuba (puerta de las cúpulas), donde desmontaron todos los que habían ido a esperar a Teodomiro. Sólo éste y su séquito siguieron a caballo hasta la puerta interior o Bab al Sudda, en la que todos recibieron orden de apearse, a excepción de Teodomiro y de Muhammad ben Tumlus, quienes pasaron la puerta todavía montados. Dejaron las cabalgaduras a la puerta del pabellón central del sur, situado sobre una alta plataforma, cuyos escalones estaban cubiertos de una tela de plata. Teodomiro se sentó en la plataforma y su séquito delante de él, y allí esperaron la venia de Hixam para poder pasar adelante. Teodomiro marchó luego a pie, seguido por su séquito, hasta la terraza. Llegados frente al salón oriental de palacio, donde estaba Hixam, Teodomiro se detuvo, descubrió su cabeza, se quitó la capa y permaneció algún tiempo en actitud de asombro y respeto, bajo la impresión de que se acercaba al radiante trono del califa. Habiéndosele dicho que avanzara, lo hizo despacio entre

las dos largas filas de soldados colocados a los lados de la terraza. Atravesó así ésta hasta la puerta del pabellón donde se encontraba sentado Hixam. Cuando se halló ante el trono, se echó al suelo y permaneció algunos instantes en tan humilde posición. Se levantó, avanzó unos pasos, se postró de nuevo y repitió tal ceremonia varias veces, hasta que llegó a poca distancia del califa. Le tomó y besó la mano, marchó hacia atrás sin volver la cara, hasta llegar a un asiento cubierto con una tela de oro, que había sido dispuesto para él a una distancia de diez cúbitos del trono real, siempre asombrado por la imponente escena. Los nobles de su séquito, a los que se había permitido la entrada a la presencia real, avanzaron postrándose repetidas veces, hasta el trono del califa; les dio éste a besar su mano y retrocedieron enseguida para colocarse al lado de su rey. Entre ellos se encontraba Atanahildo y Segismundo padre de Ataulfo, el yerno de Teodomiro.

Hixam guardó silencio algún tiempo, para dar ocasión a Teodomiro a serenarse y sentarse, y cuando notó que el cristiano se había repuesto algo de su emoción, rompió el silencio y dijo:

—Bien venido seas a nuestra corte, Tudmir. Ojalá veas cumplidos tus deseos y realizadas tus esperanzas. Encontrarás en nosotros el mejor consejo y la más cordial acogida y mucho más de lo que esperas.

Cuando el intérprete se dispuso a traducir las palabras de Hixam, Teodomiro le hizo un gesto para que callase y levantándose besó el tapiz que cubría las gradas del trono y dijo:

—Soy esclavo del Comendador de los Creyentes. Confío en su magnanimidad, en su alta virtud busco su apoyo y le otorgo pleno poder sobre mí y sobre los míos. Iré donde me ordene, le serviré sincera y lealmente.

—Nosotros te creemos y nos complace, ver la perfección con que hablas nuestra lengua —respondió el califa—; quedarás satisfecho cuando veas, hasta qué punto te preferimos, y te alegrarás de haberte cobijado a la sombra de nuestro poder.

Después de hablar de este modo el califa, Teodomiro se arrodilló nuevamente, e implorando la bendición de Dios para el monarca, expuso su demanda en estos términos:

—En tiempos de tu antecesor Al Ualid (Dios lo tenga en su gloria), firmé una Escritura con Abd al Aziz ben Musa ben Nusayr, en la cuál, se juraba y se prometía por Alá y su Profeta (a quien Dios haya bendecido), que en tanto los cristianos de Tudmir cumpliesen fielmente lo pactado, se nos dejaría en el mismo estado en que nos hallábamos respecto al dominio libre de nuestros bienes. Tal pacto fue respetado por todos los walíes de Al Andalus, ya que por nuestra parte, siempre cumplimos religiosamente lo acordado; mas el pasado año, el nuevo walí de Al Andalus, Abd al Maliq ibn Qatán, sin que por nuestra parte media-

ra ninguna falta, se apoderó de la aldea de Carthago Spartaria con todo su contorno, aldeas y minas de plata y plomo. Cuando respetuosamente le hice observar, que no existiendo motivo por nuestra parte, tal acción contravenía lo estipulado en nuestro tratado, no consintió en devolver lo que había tomado y ante mi indicación de que recurriría al Emir de los Creyentes, me echó de su presencia diciéndome airado: «¡Y recuerda para siempre, que mi voluntad es ley en Al Andalus!». Pido al Emir de los Creyentes, ratifique el tratado que en su día firmó Abd al Aziz conmigo, y ordene al walí de Al Andalus, devuelva todo aquello de lo que se apropió sin derecho, pues siempre, como fiel vasallo cumplí.

—Hemos escuchado tu parlamento y comprendido tus razones —dijo entonces el califa—. No solamente ratificaremos el tratado y haremos que te sea devuelto lo que injustamente se te arrebató, sino que, además, destituiremos a Abd al Maliq, para que en lo sucesivo, todos los walíes de Al Andalus, respeten lo que en nombre de Alá y su Profeta se prometió. Los beneficios que has de recibir de nosotros, excederán tus esperanzas. ¡Alá sabe que lo que decimos es lo mismo que pensamos!

Después de hablar así el califa, Teodomiro volvió a arrodillarse, y deshaciéndose en acciones de gracias, se levantó y abandonó la estancia andando hacia atrás. Cuando llegó a otro departamento dijo a los eunucos que le habían seguido, que estaba deslumbrado y estupefacto por el majestuoso espectáculo de que había sido testigo. Enseguida fue llevado ante Chafar, hachib o primer ministro. En cuanto vio a lo lejos a este dignatario, le hizo una profunda reverencia, queriendo también besarle la mano; pero el hachib se lo impidió, le abrazó, y haciéndole sentar al lado suyo, le manifestó que podía estar seguro de que el califa cumpliría su promesa. Después mandó entregar los trajes de honor que el califa le regalaba; sus compañeros los recibieron también, cada uno según su categoría, y, saludando al hachib con el más profundo respeto, volvieron al pórtico en pos de su rey, quien encontró allí un caballo soberbio y ricamente enjaezado, de las caballerizas de Hixam, y que éste le regalaba. Montóse en él y con el corazón lleno de alegría, volvió con los oriolanos al palacete que le servía de residencia.

Poco después, le enviaron el tratado plenamente ratificado por el sultán Hixam, y una carta para el nuevo walí de Al Andalus, pues Abd al Maliq había sido destituido; y en la que se ordenaba al walí, el devolver cuantas propiedades y privilegios habían sido expoliados al reino de Tudmir.

A la vez, se le comunicó de palabra, que el califa Hixam ben Abd al Aziz había ordenado a su walí de Egipto Ubayd Alá ben al Habhab ben al Karith, de quien dependía Ifriqiya y Al Andalus, que nombrase un nuevo walí para esta última dominación.

La alegría de todos los componentes de la embajada fue inmensa al recibir estas noticias, las cuales fueron celebradas como se merecían.

Aún prolongó Teodomiro su estancia en Damasco durante una semana, en el transcurso de la cual, tuvo ocasión de entrevistarse con jefes de comunidades cristianas, que como Tudmir, gozaban de un *status* especial bajo la dominación islamita.

Cuando Zaquén se enteró de la estancia de Teodomiro en Damasco, se apresuró a visitarlo.

El encuentro resultó emocionante. Hacía treinta años que Zaquén había partido de Aurariola. Toda una vida para aquella época, en que la vida media de una persona rondaba los treinta y cinco años. Habían sucedido tantos acontecimientos en Hispania, que se necesitaban varios días de calma para relatar tantos hechos y de tal trascendencia.

Zaquén conocía hacía ya mucho tiempo, la toma de Hispania por los islamitas, pero tras la muerte de sus padres, a manos del desequilibrado Marcelo, —quien en vez de agradecer a Zaquén haberle salvado la pierna, le odió aún más, puesto que el deber un favor a un maldito judío, como él decía, le sacaba de quicio—; había recibido muy pocas noticias más.

La muerte de los padres de Zaquén se produjo cuando llegó a Oriola la noticia de la derrota de los godos, en la batalla de El Salado, donde murió su rey Roderico. En un principio, se creyó que Teodomiro también había muerto, y tal noticia fue como un bálsamo para Marcelo. Lleno de gozo, y contando con que los judíos ya no tenían la protección del Comes, se presentó en casa de los padres de Zaquén, regodeándose en ser el primero que diese a los ancianos la noticia de la muerte de Teodomiro. Isaac y Raquel, recibieron la noticia con una tensa calma, mas al echarse a llorar Raquel, Isaac no pudo contenerse, y perdida toda prudencia, le arrojó en la cara, como si de un escupitajo se tratase:

—¡Asqueroso gusano tullido! ¡Nadie puede creer que desciendas de la noble raza romana, ni del que crees que es tu padre! Vienes gozoso a darnos una noticia por la que deberías estar llorando. ¡Sal de esta casa! —ordenó mostrándole la puerta.

Incrédulo, Marcelo no quería dar crédito a lo que sus oídos escuchaban y exclamó:

—¡Que tú... gustes, repugnante judío te atrevas a hablarme así es más... es más de lo que estoy dispuesto a soportar! —Y tomando su muleta con las dos manos empezó a golpear a los ancianos, hasta que ensangrentados yacieron a sus pies, e incluso ya muertos, siguió golpeando y golpeando hasta que tuvo que detenerse, al faltarle las fuerzas.

Conoció después Zaquén, cómo Teodomiro había sido reconocido como rey por Abd al Azid, hijo de Musa. Tras este reconocimiento, otorgado por los caldeos, los judíos habían conseguido puestos de gran relevancia al ser muy pocos en número en Hispania. Este hecho favoreció las posibilidades de Teodomiro de hacer justicia, y mandó ejecutar a Marcelo.

Teodomiro logró convencer a Zaquén de que regresase con él a Aurariola, una vez que supo que éste no tenía familia en Damasco.

Regresaron a Asquelón, donde les esperaba la nave de Gabdus, y fue en la larga travesía hasta Hispania, Al Andalus como ahora la llamaban los islamitas, cuando Zaquén relató todas sus peripecias.

... Cuando Esther y Zaquén llegaron a Jerusalén, lo primero que hicieron fue dirigirse a la Jehuddiyyeh en busca de Zen ben Zaguias, padre de Esther. Tal como ésta temía, su padre había muerto seis meses antes, los amigos le entregaron la llave de una modesta casa, propiedad de Zen ben Zaguias, y allí descargaron sendos asnos con todas sus pertenencias.

Si antes resultaba difícil transmitir a Esther, su deseo de repudiarla, ahora que quedaría totalmente sola, resultaba aún mucho más difícil comunicárselo. Trató de volver a recobrar la intimidad, mas resultó imposible. Entre ellos se había abierto un abismo. Aunque Esther nunca le había amado, parecía como si ahora le achacase, además, la muerte de su madre primero y ahora la de su padre. Una noche no tuvo más remedio que decirle:

—Comprendiendo lo difícil de la situación, no puedo resistir más esta convivencia que destroza mi tranquilidad, y supongo que también la tuya, por lo que he decidido repudiarte.

Por la cara que puso, resultaba evidente que su mujer no esperaba esta decisión. Quiso hablar, pero si bien sus labios se movían, de ellos no salía ningún sonido, hasta que por fin, se le escuchó decir:

—¡Que tú... que tú me repudias, ahora que me encuentro embarazada y sola en Jerusalén!

Zaquén al conocer la noticia, sintió como si le diesen un mazazo. Únicamente había yacido con su mujer una sola vez. En todas las demás ocasiones en que intentó conocerla, ella le había rechazado, y jamás consintió en un nuevo momento de ternura. De su momento de unión habían pasado menos de dos meses y ningún síntoma visible dejaba adivinar su estado.

—¡Que tú estás embarazada! ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—He tenido ya una falta y, además, siento moverse a mi hijo en mi seno —respondió.

Zaquén sabía como médico, que esto último era imposible. Como mínimo se necesitaba estar en el cuarto o quinto mes para poder sentir

al niño en el vientre. Por otra parte estaba seguro, que Esther era virgen cuando yació con él por primera y última vez, y durante todo el viaje, nunca habían estado separados. No pudo por menos de responder:

—No creo que estés embarazada. De todas formas, mañana traeré una partera que te examine y nos diga qué sucede.

—No necesito a nadie para saber que espero un niño. Nosotras las mujeres sabemos más que los hombres sobre estas cosas, aunque tú seas médico —respondió, y dando un portazo se encerró en su dormitorio.

Aquella noche la pasó sin dormir, dándole vueltas en su cabeza e intentando comprender qué estaba sucediendo. El comportamiento de su mujer era anormal, sus afirmaciones de sentir moverse al niño en su seno antes de dos meses, más bien parecían un milagro que una realidad.

Se durmió ya entrada la amanecida y despertó con gran cansancio por la prolongada vela, y tras informarse, fue en busca de una partera.

Cuando llegó acompañado de aquella mujer y Esther salió a recibirla, algo extraordinario había sucedido. El vientre de Esther, que el día anterior estaba casi plano, se veía considerablemente abultado, mucho más de lo que cabía esperar de dos meses de embarazo.

La partera confirmó que su mujer se encontraba en estado y Zaquén no tuvo por menos que replantearse su situación y preguntarse qué hacer. Estaba claro que en el estado en que se encontraba su mujer no podía repudiarla. Ni sus principios ni la comunidad judía, muy numerosa en Jerusalén, se lo permitían, así que optó por cuidar de su mujer y del hijo que llevaba en su seno.

Los planes que había hecho, de trasladarse a Damasco lo antes posible se venían abajo y, obligado a mantener una familia, se hacía preciso trabajar, si bien aún contaba con fondos suficientes para sobrevivir una larga temporada.

Consultó con el gremio de médicos judíos, su decisión de abrir consulta en el barrio judío, y si bien disimularon, se veía a las claras que existía una sorda oposición. Él hubiese deseado recibir enfermos en su casa, mas los dos médicos más cercanos a su domicilio, pusieron tantas pegas y dificultades que terminó por desistir. Un cirujano barbero le propuso asociarse con él. Si accedía a su petición ello entrañaba un descrédito entre los de su profesión. Tras pensárselo mucho, rechazó la propuesta y se decidió por alquilar un local en el barrio de los cristianos armenios, donde no abundaban los médicos, y dado que los cristianos recibían el mismo desprecio que los israelitas, por parte de los árabes, aceptaban a los rumí[1] con mayor tolerancia que en Al Andalus.

Durante cierto tiempo nadie acudió a su consulta y así habría continuado la cosa si no hubiese sido por un hecho fortuito. Un armenio,

1 Rumí: De romano. Nombre con el que denominaban a los occidentales.

vecino de su clínica mandó a buscarle, pues no lograba orinar después de una gran fiesta donde se bebió en abundancia y se comió viandas muy picantes. Su vientre parecía un tambor y los dolores que sentía eran tan agudos que tenía despierto a todo el vecindario con sus gritos. Habían llamado a varios médicos sin que los remedios que le recetaron hubiesen tenido éxito, y en su desesperación, hizo que llamasen a Zaquén. Éste recordó un caso semejante que le había relatado su maestro en Aurariola y mandó que le trajesen varios juncos, lo más finos posibles; a la vez que preparó una infusión machacando semilla de adormidera y mandrágora con vino blanco.

—Trágate esta infusión —dijo al enfermo.

—Estás loco *Dhimmi* —respondió insultante el armenio— ¿Acaso no ves que si tomo un poco de líquido más explotaré?

Pero ante la insistencia del médico terminó por beberlo. Cuando volvieron los que habían ido por los juncos, la adormidera había hecho efecto y el enfermo, calmado el dolor, había dejado de chillar.

Zaquén escogió el junco más fino y flexible de entre los que le habían traído y tomando el pene del armenio, fue introduciéndolo con sumo cuidado por el meato. Cuando el enfermo se quejaba, sacaba un poquito el junco para volver a introducirlo de nuevo. En un momento dado, por la punta del junco salió un fuerte chorro de orina y el semiconsciente enfermo dio un suspiro de alivio. Cuando hubo vaciado toda la vejiga, le dejó el junco algún tiempo más y luego lo fue sacando cuando comprobó que dejaba de gotear.

Advirtió, que no le dieran de beber vino, ni le dejaran comer picantes y se retiró.

Desde aquel momento, su fama y su fortuna cambió y comenzaron a llegarle enfermos.

Un tiempo después, consiguió que le invitasen a la reunión que cada mes tenían los médicos de los distintos barrios de Jerusalén. En esas reuniones, cada vez hablaba uno o varios médicos, sobre temas específicos, pero su nivel, pudo comprobar que era tan bajo, que terminó por no asistir más. Lo mejor que sacó de aquellas reuniones fue la amistad que entabló con un médico griego llamado Nikitos. Fue a través suyo que se enteró, que en Bagdad y en menor medida en Damasco, existía una gran escuela de traductores, que se dedicaban a traducir al árabe, todos los grandes escritos que los ejércitos victoriosos del Islam habían traído desde todos los confines del califato. Igualmente, la *madrasa* de Damasco, formaba filósofos, teólogos, matemáticos y médicos de un alto nivel.

Estaba claro para Zaquén que debería ir a Damasco como era su primera intención.

La primera noticia que tuvo, de que algo no iba bien en el embarazo de su mujer, aconteció cuando un ismaelita, comentó jocoso con otro a su paso:

—Mira, ese es el rumí judío esposo de la falsa preñada.

Si bien en un principio, la frase la tomó como un simple insulto hacia un judío, algo dio origen en su mente a la desconfianza. Esther, tras el asombroso hinchamiento que tuvo de un día al siguiente, permanecía igual. Su abdomen no había crecido como era de esperar. Durante un tiempo tuvo náuseas y vómitos, que luego desaparecieron, y aunque ya se encontraba en el noveno mes de embarazo, sus labios no se habían hinchado, ni su cara tenía la piel tersa y bella, con la que la maternidad suele obsequiar a las mujeres para compensar la deformación de su cuerpo. Jamás había consentido en dejarse examinar por Zaquén, y en cuantas ocasiones se lo exigió, le dijo que mandase llamar a la partera y ella le aconsejara. No había, además, aumentado de peso, lo que también resultaba extraño, ni su apetito estaba en consonancia con su estado. En las ocasiones en que Zaquén pudo observar su orina, por habérsele olvidado a ella sacar el orinal, Zaquén pudo observar que la orina era completamente normal, tanto en color como olor, por lo que desechaba que estuviese enferma.

Aguantó pacientemente a que llegase el momento del parto; pero cuando el niño no llegó, pese a haber transcurrido en más de diez días, las diez lunas de gestación, se preocupó seriamente, transmitiendo a su esposa su convencimiento, de que con toda probabilidad el niño estaba muerto. Ella, se mofó de él, diciendo sarcástica:

—¿Cómo puede estar muerto? ¡Si yo lo siento saltar en mi seno!

Esta vez Zaquén no cedió y exigió palpar su vientre. Nada se movía en su interior, por lo que cogiendo su trompetilla escuchó, intentando oír el palpitar del corazón del niño, mas sólo escuchó el silencio.

—O el niño está muerto, y no comprendo que nada te duela y te sientas tan bien, o las murmuraciones de las gentes que te llaman «La falsa preñada» son ciertas.

Salió de su casa, dejando a su mujer sollozando y poco después volvió acompañado de una nueva partera, distinta a la que siempre había asistido a su mujer.

Le bastó a la partera verle la cara, para saber que no se encontraba en cinta; pese a ello, exigió que se desnudase para poderla controlar.

Su diagnóstico fue tajante.

—Esta mujer, o abortó hace tiempo, o nunca estuvo preñada. Ignoro por qué tiene el vientre tan abultado, pero no espera un niño.

Fue duro, muy duro para Zaquén, saber que no sería padre. Se recriminó una y otra vez, por haber sido un marido tan complaciente, con

una mujer que a todas luces era una desequilibrada. Temió por su prestigio, y así fue. La historia corrió por la ciudad y las gentes, crueles, se decían: «¿Qué clase de médico será, que no sabe si su mujer está embarazada?».

Se presentó en la Sinagoga y la repudió. Escribió a su tío a Siracusa contándole todo lo sucedido, y dejándole a ella todos sus bienes, partió hacia Damasco.

A esta altura de la conversación, Teodomiro que se encontraba sentado en su camareta junto con Zaquén, una tarde de plácida navegación, con viento fresco de levante que empujaba su nave, firme hacia su destino, le preguntó:

—¿Realmente existen los embarazos falsos, o tu mujer jugó contigo para que no la abandonases?

—Existen, ciertamente existen. Se trata de esos trastornos que todos consideramos vergonzantes, por lo que nadie habla de ello, salvo en la más estricta intimidad. Yo, como médico, no había tenido noticias de ello con anterioridad, pero al suceder, me interesé especialmente en estos casos, y pude comprobar, que incluso en los animales sucede; en especial en los perros. Desde entonces, he visto varios casos.

—Supongo, que no te sería nada fácil entrar en la *madrasa* y el *maristan* de Damasco. ¿Me equivoco?

—En absoluto, los primeros meses, encontré todas las puertas cerradas. En mi condición de rumí judío, fui rechazado en cuantos intentos hice; pero aunque pueda parecer extraño, fue el descrédito que cayó sobre mí, cuando se supo lo de mi mujer, lo que determinó mi admisión en la *madrasa.*

Cuando Zaquén ya se sentía descorazonado con llegar a ser admitido algún día, en el *maristan,* una vez más la suerte, tan esquiva hasta entonces, le abrió sus brazos.

Una noche se presentó en su alojamiento un médico, que dijo venir de parte del Jefe médico del *maristan,* y le entregó una nota en la que, el gran El Razi, le invitaba a cenar al día siguiente.

La vivienda de El Razi, se encontraba en el mismo barrio del *maristan;* y aunque el exterior parecía modesto, su interior y los jardines eran amplios y hasta lujosos. Le abrió la puerta un esclavo negro y al momento, salió el mismo El Razi en persona, a recibirle. Tendría unos cuarenta años, sus ojos marrones, miraban con una intensidad que solía poner nerviosos a los estudiantes, y destacaban en una cara aguileña enmarcando una nariz afilada. De estatura superior a la media de los árabes; todo contribuía a realzar su figura salvo su voz. Todos esperaban la primera vez escuchar una voz profunda, como sucede la mayoría de las veces con las personas muy delgadas; pero en su caso

su voz era aguda y atiplada. En ocasiones, los estudiantes se burlaban de él llamándole el «Eunuco», mas eso sucedía en contadas ocasiones; pues se conocía la iracundia con que reaccionaba al escuchar ese apodo. Iracundia, además, que sorprendía en un hombre de carácter bonancible que, cuando se irritaba, recurría a la ironía y el sarcasmo, en lo que era un verdadero maestro.

—Sé bien recibido en mi casa, Zaquén ben Isaac —le saludó amablemente.— Entra y sígueme.

Se acomodaron en el jardín en una pequeña glorieta, cerca de una fuente que amenizaba el ambiente con su fluir.

Un sirviente le ayudó a sentarse, en torno a la baja mesa donde se encontraban los manjares.

El Razi tomó un pan y lo partió entonando con voz chillona: «¡Bendito seas tú, oh Señor Dios nuestro, Rey del Universo, que produce el pan de la tierra!».

—Amén —dijo Zaquén, sin poder ocultar su asombro al escuchar la bendición de acción de gracias hebrea.

—¿Por qué te asombras Zaquén? ¿Has estudiado el Corán? —Pues el versículo 136 de la tercera sura dice: «Decid: creemos en Dios, en lo que nos fue revelado, en lo que fue revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y a las tribus; en lo que fue entregado a Moisés y a Jesús; en lo que recibieron los Profetas de parte de su Señor. No tenemos preferencia por ninguno de ellos: ¡Estamos sometidos a Dios!».

—Si lo anterior decía el Profeta. ¿No crees que tu Dios y el mío es el mismo?

Zaquén no supo qué responder, mas estaba totalmente de acuerdo con El Razi.

Comieron una leche ácida, *pilah* de cordero con codornices y ciruelas, para terminar con zumo de frutas.

Después de cenar, un esclavo llevó una jofaina de plata para lavarse las manos, con unos paños para secarse la cara y las manos, mientras otro recogía los restos de la cena.

—Y ahora —El Razi miró con sus ojos penetrantes— hablemos de la razón por la que un médico rumí hebreo, desea entrar en la *madrasa* y el *maristan.*

Zaquén narró, cómo el terrible Canon Séptimo, le había obligado a dejar Aurariola, en Al Andalus. Habló de su afán de perfeccionarse, de cómo los judíos colaboraban en Hispania con los árabes y, cuando terminó, El Razi se quedó callado mirándole y le dijo:

—Veo que nada me has contado del falso embarazo de tu esposa, ¿acaso te avergüenzas o te culpas de él?

Zaquén, a quien la sangre afluyó a su rostro, vaciló y respondió:

—Si lo he callado, no es por vergüenza, sino para evitar que también vos os riáis de mí.

—Quienes se ríen son unos necios ignorantes. De seguro que ninguno de ellos conoce en qué consiste un falso embarazo. Ignoran las reacciones de la Psique, y encuentran muy gracioso que un médico no conozca lo que ellos consideran que es una trampa que nos tienden las mujeres, y no un trastorno de la mente humana, tan potente, que puede hacer que todo el cuerpo reaccione, imitando un estado real.

Yo bien sé lo que has pasado, pues también sufrí las mismas burlas que has soportado.

—Tú también, médico Jefe.

—Así es, y al igual que tú, siempre lo he mantenido en secreto. Sé que la fe de los enfermos se esfuma con mucha más facilidad que se necesita para obtener su confianza —y pasando a otro tema, El Razi continuó—. Conoces que si entras en la *madrasa,* tendrás que estudiar filosofía, el Corán, y las demás leyes del derecho islamita, y no tan sólo la medicina.

—Así me lo habían informado, mas en mi caso no necesito obtener el título de médico, pues ya lo tengo. Estudiaré todas esas materias con el mayor interés, pues todo estudio enriquece, y yo respeto la sabiduría, esté donde esté.

—Preséntate entonces mañana en la *madrasa* y entrega esta nota —dijo entregándole un papel.

—Maestro. ¿Puedo pediros un favor? —y ante el gesto afirmativo de El Razi prosiguió— ¿podríais prestarme alguno de vuestros escritos, en especial me interesa el de las enfermedades contagiosas.

El Razi se sintió halagado y le regaló El Continente y otro manuscrito que trataba sobre el pulso, comentando los escritos de Galeno, a quien contradecía en muchos puntos.

La llegada de la nave a Carthago, la ciudad fundada por el fenicio Dido-Elisa, interrumpió las confidencias de los dos viejos amigos, y sólo varios años después, pudieron continuarse.

Como consecuencia de la reclamación de Tudmir, en el año 734, fue destituido Abd al Maliq, y en su lugar se nombró como walí de Al Andalus a Uqba ben al Hachchach, quien prefirió este nombramiento al de walí de Ifriqiya, puesto que también le fue ofrecido; pero como él mismo dijo al elegir, prefería Al Andalus porque le agradaba la guerra santa, y Al Andalus era su palenque.

Carthago Spartaria, con todo su territorio, fue devuelto al reino de Tudmir, y Teodomiro nunca gozó de más prestigio y consideración,

tanto de los árabes como de sus súbditos, quienes temían que el caso de Carthago Spartaria se pudiese repetir con otras regiones del reino.

Tras el desastre de Poitiers, en la Aquitania, los muslimes decidieron dedicar todos sus esfuerzos de penetración en la ruta del Ródano, que presentaba mejores posibilidades, y cuyo clima, estaba más acorde con el que estaban acostumbrados.

Uqba decidió no emprender grandes campañas en tanto no estuviese bien asentado en la zona de Narbona. Sus éxitos, aunque no espectaculares, fueron continuos y prolongados, mas en el año 738, se decidió a emprender una campaña a gran escala, para lo que reclutó cerca de cincuenta mil hombres y se lanzó a ocupar todo el valle del Ródano. Conforme avanzaba, se vio forzado a dejar destacamentos en los pueblos y aldeas del recorrido, a fin de asegurar sus rutas de penetración; esto hizo que sus fuerzas disminuyesen considerablemente, por lo que cuando se enfrentó a Carlos Martel, junto al río Ródano, fue derrotado con cierta facilidad, si bien sus pérdidas no fueron tan importantes como las sufridas en la batalla de Poitiers. Como el invierno se le echaba encima, retornó a Al Andalus, reforzando en su vuelta las guarniciones de los puntos importantes, y retirando aquellas que quedaban demasiado expuestas durante el invierno. Su intención era la de emprender una nueva campaña al año siguiente, que le permitiese rebasar el Ródano, fortificando esta línea de separación con los francos, de forma que sus fuerzas se consolidasen en todo el nuevo territorio ganado, para posteriormente proseguir en su avance.

Todos sus planes se vinieron abajo al sublevarse los bereberes en Ifriqiya en el año 739 y apoderarse éstos fácilmente de todo el norte de África. Ante el temor de que los bereberes hiciesen lo mismo en Al Andalus, como ya había sucedido antes con Munusa, no sólo no se atrevió a emprender la campaña de primavera contra los francos, sino que, se vio forzado a retirar todas aquellas tropas árabes que tenía en el norte, a fin de asegurar sus fuerzas contra un posible levantamiento.

Así fue cómo el norte de Europa logró librarse de la invasión islamita, gracias sobre todo, al levantamiento bereber, y las guerras civiles que se sucedieron, sin que quepa quitar importancia a las dos batallas que Carlos Martel ganó en Poitiers y en el Ródano.

El año 740 comenzó con muy malos augurios para Teodomiro, pues a la muerte del walí Uqba ben al Hachchach, fue aclamado en Córduba como nuevo walí Abd al Maliq ibn Qatán, aquél que había sido destituido por Hixam tras la reclamación que Teodomiro hizo al sultán en Damasco. Se temía que de nuevo este walí comenzase sus actos de rapi-

ña contra los cristianos, y este temor no sólo se sentía en Tudmir, sino, en todo el resto de Al Andalus, pues sus atropellos fueron numerosos durante el corto tiempo en que detentó la autoridad en la provincia.

Por otra parte, durante los últimos años la salud de Eguilona dejaba mucho que desear, y los fríos de aquel invierno habían agudizado últimamente, una tos pertinaz que le producía una ligera fiebre, que siempre mantenía sus mejillas con un suave sonrosado. El médico había aconsejado en diferentes ocasiones, que la trasladasen a otro lugar, pues la humedad de Oriola no le sentaba bien. Pero, por más que discutieron con ella, Teodomiro y su hija no lograron convencerla de que abandonase palacio y se trasladase a las montañas de Busot.

La hija de Teodomiro había enviudado a los dos años de casada, cuando su marido persiguió imprudentemente entre la maleza un jabalí herido. Pese a la insistencia de sus padres, que deseaban tener nietos, Patricia se había negado a casarse de nuevo, pues amaba profundamente a su marido y se sintió inconsolable tras su muerte.

Tan pronto llegaron los calores en mayo, el estado de Eguilona se agravó, y tuvo el primer vómito de sangre, mientras las fuerzas la abandonaron por completo, ya que se negó en absoluto a comer, tan grande era la repugnancia que le producían los alimentos. Cada bocado que ingería la enferma, costaba que Teodomiro o su hija estuviesen insistiendo durante largo tiempo, ora rogándole, ora simulando un enfado que en el fondo no sentían, puesto que su angustia para con la enferma no dejaba sitio al enfado. Día a día veían cómo se les iba de las manos, sin que sus esfuerzos sirviesen para nada.

El dieciséis de mayo, mientras Teodomiro intentaba que comiese, dándole él mismo los alimentos, Eguilona le dijo:

—Teodomiro, no te atormentes ni me atormentes más intentando que coma; mi fin ha llegado, y sólo cabe salvar mi alma. Pide que me traigan la extremaunción, pues siento como si mis fuerzas me abandonasen por completo —y como Teodomiro intentase contradecirla, añadió—. Hemos vividos muchos años y algunos muy felices; no me da miedo dejar esta vida, y sólo siento pena al dejaros solos a Patricia y a ti. ¡Apresúrate en que venga el sacerdote, pues el tiempo se me acaba!

Mientras Teodomiro salió de la estancia intentando secar sus lagrimas, su hija no pudo contenerlas y estalló en sollozos incontenibles.

Una vez recibida la extremaunción, un sosiego desacostumbrado descendió sobre la enferma; su respiración jadeante, que hacía que el aire silbara al entrar en sus pulmones, se aquietó, y una sonrisa distendió su cara, como ya hacía largo tiempo que no la habían visto. Suavemente, con palabras muy inteligibles, mientras acariciaba el cabello de su hija, dijo:

—¡Ángel mío, no llores más! Durante cuarenta y cinco años he sido muy feliz con tu padre, y cuando tú nos llegaste, nuestra felicidad fue completa, aunque él hubiese preferido un niño. Cuídale, pues un hombre solo no sirve para nada. Cásate y dale nietos, pues tan sólo los niños rejuvenecen a los ancianos; puede ser porque en el fondo, volvemos a ser como ellos. Quiérele mucho, ya que es justo y dulce, bajo su gesto adusto y áspera apariencia, y no le aband...

Sus manos se apretaron sobre las de sus seres queridos, y entregó su alma al Salvador con una sonrisa.

Padre e hija permanecieron buen tiempo oprimiendo la mano de la muerta, pues tan dulce había sido su despedida y tan suavemente parecía seguir sonriendo, que temían despertarla con su dolor.

Honda fue la impresión que la muerte de Eguilona causó en todo el reino, puesto que su humildad y llaneza había sabido granjearse el cariño de todos, y en especial de los indigentes, a los que tantas veces había ayudado; por lo que la inhumación de sus restos fue un verdadero acontecimiento en todo el reino.

De todas partes acudieron, tanto la nobleza como la plebe, a rendir el último homenaje a su reina, hasta tal punto, que aún no habían salido los últimos portadores de antorchas de Oriola, cuando los primeros ya estaban llegando a Orchello, donde Eguilona había pedido se la enterrase durante la noche.

Teodomiro ordenó que la lapida que cubría sus restos tuviese este simple epitafio:

AQUÍ YACE EGUILONA,
PRIMERA REINA QUE FUE DE TUDMIR
AMÓ A SU PUEBLO

Tiempo después, una mano anónima añadió:

Y FUE AMADA POR ÉL

Durante muchos años, no faltó un sólo día en que las gentes del pueblo no depositasen un ramo de flores silvestres ante su túmulo.

La muerte de Eguilona pareció fortalecer los lazos de amistad de Teodomiro y Zaquén. El primero le reprochaba el que, tanto cuando la muerte temprana de su hijo, como con su mujer, los conocimientos de Zaquén no habían servido de nada.

—En el caso de tu hijo es así como dices; en el caso de Eguilona no tienes razón, pues, si bien mis conocimientos sólo sirvieron para mitigar sus sufrimientos, en cambio logré evitar que su enfermedad no se transmitiese a tu hija y a ti. El mal de los pulmones sólo tiene una cura-

ción, y es cuando Jahvé lo quiere y el enfermo come, guardando un gran reposo que no consuma sus fuerzas. Tú y Eguilona sabíais además, que el clima de Oriola, húmedo y caluroso, no ayudaba a su curación. Ella se negó a ir a vivir a la montaña, con tal de no separarse de ti y no tuvo voluntad de comer.

Durante largo tiempo los dos amigos permanecieron sentados frente a la chimenea encendida, viendo saltar las llamas y escuchando los chasquidos de la leña al consumirse. Parecía que el tiempo se había detenido, pero el pensamiento seguía atormentando la cabeza de Teodomiro. Dio un suspiro y habló:

—Nunca terminaste de contarme tu estancia en Damasco. ¿Por qué no lo haces ahora?

Zaquén vio que ayudarle a no pensar era la medicina más apropiada para Teodomiro, y reanudó el relato donde lo había dejado en Carthago, a bordo de la nave Gabdus.

Lo que más impresionó a Zaquén de la visita que hizo a la *madrasa,* fue su enorme biblioteca; en ella se encontraban, cuidadosamente ordenados en estantes, miles de obras de todos los ramos del saber. La mayoría eran traducciones de los antiguos clásicos egipcios, griegos y romanos, que últimamente, habían sido traducidos al árabe; pero había nuevas estanterías con libros de autores árabes e incluso de indios.

Cogió el sistema galénico de Patología y lo abrió al azar, comenzando a leer: «Todas las cosas se componen de cuatro elementos: fuego, tierra, aire y agua, las cuales dan lugar a cuatro cualidades: calor, frío, humedad y sequedad. Cuando los alimentos entran en el cuerpo, el calor natural los cuece y se transforman en cuatro humores: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. El aire corresponde a la sangre, que es húmeda y cálida; el agua a la flema, que es húmeda y fría; el fuego a la bilis amarilla, que es seca y cálida, y la tierra a la bilis negra, que es seca y fría». Cerró el libro y volvió a depositarlo en su sitio, preguntando a su acompañante, ¿cuando necesite consultar estos libros, a quién debo pedir permiso? —su acompañante le indicó un hombre sentado a la entrada—. Él es el bibliotecario y el responsable de todos estos tesoros. Sin su permiso, nada se puede tocar.

En la farmacia, la pulcritud y orden en la colocación de cientos de tarros etiquetados, hablaban de la eficiencia de los drogueros.

—Cualquier medicina que necesites, son los boticarios de aquí quienes deben ejecutar las recetas. Son exactos hasta el último grano[1]. De los boticarios de la ciudad no te puedes fiar. Las hierbas pueden estar caducadas, o bien no haber sido recolectadas a su debido tiempo; además, sus precios son prohibitivos.

---

1 Grano: Medida de peso que se usó en España hasta comienzos del siglo XX.

Las aulas eran amplias y luminosas; llenas de bancos para mayor comodidad de los alumnos.

Cuanto vio, era el sueño que había pretendido tener en Aurariola, aunque éste era mucho más pequeño pero mejor pensado y organizado.

En el *maristan,* todas las salas donde yacían los enfermos, estaban divididas y separadas para hombres y mujeres; tal como exigía el decoro en todas las religiones. Lo mismo sucedía en las sinagogas y en las mezquitas. Tan sólo los extraños cristianos, pensó Zaquén, permitían que, en sus templos, hombres y mujeres rezasen y adorasen juntos a Dios.

Por indicación de su acompañante, se incorporaron a un grupo de alumnos que acompañaban a un médico en su visita a una de las salas de hombres. El médico, llamado El Biruni, con fama en su especialidad, se detuvo ante uno de los camastros y preguntó:

—¿Quién sigue este caso? —Un alumno se adelantó al grupo.— ¿Puedes describirnos los síntomas? —preguntó El Biruni.

—Entró ayer aquejado de fuertes dolores de vientre. Lleva diez días sin evacuar, por lo que, lo primero que se hizo, fue ponerle una lavativa de agua tibia con un poco de aceite, pero no surtió efecto. Se niega a comer nada.

—A ver, ¿quién de vosotros sabe qué padece el enfermo y qué remedio debe aplicársele? —volvió a preguntar El Biruni.

Otro alumno, preguntó:

—¿Tiene fiebre. Le huele el aliento. Siente convulsiones? —Al indicársele que no sufría de ninguno de aquellos síntomas continuó—. En este caso, pienso debe tener los intestinos obstruidos, por lo que deben seguir poniéndole lavativas y, a la vez, hacerle beber semillas de lino diluidas en agua lo más fría posible.

El Biruni dio su aprobación y la visita continuó.

A la semana de estar en el *maristan,* le indicaron a Zaquén que al día siguiente debería acompañar al médico cirujano a la cárcel de condenados.

—¿Has estado alguna vez allí? —y al negar Zaquén, añadieron—: debes llevar vendas, torniquetes, serrucho, cauterios, vinagre y cuanto estimes oportuno necesario para una primera cura de amputaciones.

Al escuchar lo anterior, Zaquén se estremeció. Le habían contado que en Damasco, el robo se pagaba con amputaciones de una o de las dos manos; la blasfemia era causa de amputación de la lengua, lo mismo que hablar mal del Califa en público. Otros delitos conllevaban la pérdida de un pie.

—¿Está permitido dar algo al futuro ajusticiado, para adormecerlo y mitigar su dolor? —preguntó Zaquén.

—En principio está prohibido, pero los verdugos hacen «oídos sordos», si se les entrega algunas monedas, sin ser vistos —respondió El Biruni. —¿No serás tan rico como para permitirte hacer tal cosa?

—Perdonar, Maestro. No soy rico, pero a la vez no soporto el dolor gratuito. Sólo quiero saber, si a mí, al ser un rumí, los verdugos también me aceptarán el dinero.

—No creo que los verdugos hagan distinciones en este caso.

—¿Y el médico cirujano me lo permitirá?

—Sé del buen corazón de Omar y, no dudo que mirará para otro lado mientras sobornas a los verdugos, además, la anestesia será necesaria para la cura posterior. Ahora, me temo que tendrás que pagar por ella. El *maristan* no corre con estos gastos en las ejecuciones.

Zaquén se apresuró en preparar un anestésico a base de partes iguales de beleño, opio y euforbio con semillas de regaliz. Lo molió todo en un mortero y el polvo resultante lo metió en una bolsita de cuero que se colgó a la cintura.

Las ejecuciones se efectuaban en público y una muchedumbre ansiosa de sangre las presenciaba entre el jolgorio; como si de una fiesta se tratase. Zaquén recordó algunas ejecuciones presenciadas en Oriola, y no tuvo por menos que aceptar, que no importaba el lugar ni la religión. En todas partes reinaba la barbarie, y lo más terrible era que casi siempre se justificaba, en nombre de Dios.

Habló con los verdugos, quienes por toda respuesta, pusieron la mano. Poco antes de las ejecuciones, hizo beber a los tres condenados de amputación de una mano que había aquel día, un vaso de vino con una pizca sacada de su bolsa, a la vez que con una tira de cuero les hizo un torniquete por encima de la muñeca. A los dos condenados a morir decapitados no les dio nada. Resultaba innecesario, ya que no sufrirían.

Cuando le fueron entregados los amputados, ya se encontraban medio dormidos, aunque el dolor les había hecho volver a la conciencia y gemían aterrorizados al verse el muñón sanguinolento que ocupaba el lugar en que debería estar la mano. En los tres casos era necesario descarnar y volver a cortar el hueso, pero esta vez con sierra, pues el corte del hacha del verdugo siempre dejaba el extremo del hueso astillado y con picos, resultando imposible hacer un buen pingajo.

La habitación en que debían ejecutar la operación estaba sucia de sangre coagulada e inmundicias, por lo que antes y después de conformar el muñón, vertían abundante vinagre, que ayudaba a su desinfección, después de cauterizar para interrumpir la hemorragia. Por último, lo cubrían de un ungüento compuesto por grasa de cabra fundida, azufaifa silvestre y corteza de granado machacada; para, por último, cubrirlo de un lienzo limpio, de lino o de algodón.

—Maestro, ¿cuántas de estas amputaciones curan? —preguntó a Omar.

—Aproximadamente la mitad. Muchas, para las condiciones en que efectuamos las curas.

—En mi país seguimos más o menos la misma técnica que hemos ejecutado aquí; pero en mi viaje a Jerusalén, una vez pasados los montes Tauro, vi a un médico cubrir el muñón con betún ardiente. ¿Qué resultados da este sistema?

—Me temo que el enfermo terminaría por morir, presa de la putrición que se producirá después bajo el betún, al quemar la piel que cubre la herida. La piel es lo que nos protege del exterior y si se quema quedamos indefensos.

—Para coser las heridas, tanto aquí como en otros lugares, usamos fibra de palma o de pitera. ¿Existe algo que sea mejor que esto? —volvió a preguntar Zaquén.

—He oído que en el país de los ojos rasgados, usan en algunas ocasiones, para suturar las partes interiores, tiras muy finas de tripa de cordero, mantenidas en vino fuerte. Dicen que, al igual que nuestros humores consumen las tripas si las comemos, estas tiras terminan por desaparecer —concluyó Omar, quien con gran paciencia respondió a todas las preguntas.

Había alquilado una pequeña vivienda en el Jehuddiyyeh y una mujer venía todos los días a limpiar y hacerle la comida. Estudiaba largas horas el Corán y el derecho musulmán, pero avanzaba muy poco. Era ya mayor, y aprender a su edad resultaba difícil, sobre todo si no gustaban las materias; El Razi le había asegurado que, por ser un rumí que pensaba retornar a Al Andalus, el día de su examen, los examinadores serían indulgentes con él en estas materias.

La filosofía, por el contrario, había terminado por fascinarle. Aristóteles y Platón le apasionaban, al igual que un pensador judío llamado Ben Gurno, del que se le había quedado gravada una frase que se repetía a sí mismo muchas veces, «Cuando la estupidez abofetea a la inteligencia, la inteligencia tiene derecho a comportarse estúpidamente».

Pese al poco tiempo que le quedaba libre, sentía profundamente su soledad, sobre todo por las noches. A veces, sus vecinos le invitaban a comer. Se trataba de una pareja encantadora. Tenían un puesto de venta de sedas en el bazar y se turnaban, tarde y mañana, en la atención de su clientela. La madre de ella se ocupaba del cuidado de la casa y de su nieta.

Aquella noche estaba cenando en casa de los Ben Gazara, cuando la abuela que se alternaba con la hija en el servicio de la mesa terminó

por quejarse y pedir permiso para retirarse, cosa que por tener un invitado y ser *sabbath*, resultaba descortés.

Con cierta cortedad, Zaquén preguntó a Josué.

—¿Le sucede algo a tu suegra?

—Se encuentra indispuesta.

Respondió Judith, la esposa de ben Gazara; explicando que su madre sufría con frecuencia ardores y dolores en el estómago, sobre todo cuando comía alimentos condimentados con especias. Incluso la comida *kasher* le sentaba mal; cuando se ponía nerviosa, al poco rato le daban los dolores.

—¿Conoces si en sus evacuaciones aparecen trazas de sangre coagulada? ¿Como grumos negruzcos?

—A veces le sucede, pero no siempre —respondió Judith.

—Mañana os traeré una poción de albayalde diluido en leche de oveja. Esto crea un apósito intestinal que tal vez cure su dolencia. Deberás darle, además, hojas de mirto cocidas en agua para mitigar el dolor. Si el dolor fuese muy fuerte, te daré un frasco con belladona para que tome una pequeña cucharadita de él. La belladona sólo se la darás a tomar cuando el agua de hojas de mirto no le haga efecto —en este punto se quedó en suspenso y se excusó—. Creo que no pensaréis que he roto el *sabbath*, puesto que todo esto lo haré mañana, además, según el *maristan,* sólo soy un estudiante y no puedo trabajar como médico, así que os ruego que nadie se entere de esto.

Los Gazara le dieron las gracias y le aseguraron que a nadie contarían sus consejos.

Como aquel día coincidía con el 16 de Nissan y era el día de presentación de las primicias, Judith les ofreció unas deliciosas tortas sin levadura. Comiéndolas, Zaquén notó un nudo en la garganta al recordar cuántas veces las había comido con sus padres. Su madre siempre terminaba dándole una palmada en la mano, impidiéndole que siguiese cogiendo más de la bandeja, a la vez que le decía: «Deja de comer, o tendrás mañana una indigestión».

En Damasco, al igual que en todos los territorios islamitas, se llamaba el día 10 de *du l'hiyya* del calendario del Islam, la gran fiesta de Eid el Kavir, o día del sacrificio, en que se conmemoraba el sacrificio a Dios, por Abraham, de su hijo. En esta fiesta se sacrificaba un camello, un buey, un carnero o una cabra; pero mientras estas ofrendas representaban a Ismael en el Islam, los hebreos las hacían representando a Isaac.

Zaquén interrumpió su relato y dirigiéndose a Teodomiro le dijo:

—¿Recuerdas cuando de jóvenes discutíamos? Yo te decía que vosotros los cristianos también teníais vuestro día del sacrificio, solo que todo lo habíais magnificado hasta el infinito, y no contentos con sacri-

ficar el camello, el buey o el carnero, vosotros sacrificabais nada menos que al Hijo de Dios (Jesucristo). Tú me respondías, que no eran los cristianos quienes sacrificaban a Jesucristo, sino los judíos, y que por ello toda la eternidad seríamos malditos, y de ahí las persecuciones que siempre tendríamos que sufrir a lo largo de todos los tiempos.

—Dime Teodomiro, ahora que somos viejos, qué piensas de todo esto. Si todos fuimos hechos a la imagen de dios, y por tanto, como vosotros decís, todos somos hermanos. ¿Por qué... por qué...?

—Si yo conociese el porqué no estaría haciéndome la misma interrogación por la muerte de mi esposa —respondió Teodomiro—. Son tantas las incógnitas, tantos los misterios que sólo la fe nos puede salvar de la desesperación. Únicamente sé una cosa con certeza absoluta: tu Dios, mi Dios y el de los muslimes, son el mismo Dios. Dios es único.

Durante un rato permanecieron en silencio hasta que rogó Teodomiro:

—Zaquén, continúa tu historia; hace que no recuerde a Eguilona.

Pasado tan sólo un año de aprendizaje en el *maristan,* El Biruni supo que la situación económica de Zaquén era agobiante. Como aprendiz no estaba autorizado a visitar pacientes privados, y el *maristan* únicamente pagaba un sueldo a los médicos, mientras también ayudaba económicamente a los practicantes, gentes de la limpieza y de ayuda, porteros, etc.; pero no a los aprendices a médico. Resultaba una incongruencia y una injusticia, pero era así.

El Biruni, conocía que Zaquén ben Isaac era tan buen médico, sino mejor, que cualquier otro bajo sus órdenes, pero no ignoraba que sus conocimientos en el Corán y en leyes islámicas eran muy pobres, y a todas luces insuficientes, por lo que decidió por primera vez en su vida, formar un tribunal amañado. Escogió para ello un *mullah* y un imán que le debían grandes favores, y concertó con ellos las preguntas que habrían de dirigirle al aspirante; a Zaquén, en una conversación que sostuvo con él en privado, le exigió que, por su importancia, era necesario que estudiase a fondo los temas acordados, mas sin decirle el verdadero motivo de su petición, y Zaquén se esmeró en sus estudios. Por su parte, en medicina nada insinuó al discípulo, aunque estaba dispuesto a ser exigente con él.

El día del examen, Zaquén estaba más nervioso que un escolar. Su miedo era con mucho superior al de un niño en la escuela, al que se le examina. No dudaba por los temas médicos, en los que se sabía perfectamente formado; si bien, incluso en esto sentía el pavor del examen. Por el contrario, en leyes islámicas y en teología, estaba prácticamente seguro de suspender, y este sólo pensamiento le producía un sudor frío que humedecía sus ropas, pese a la sequedad del ambiente exterior.

Cuando fue llamado ante el tribunal, temió que sus piernas no le

sostuviesen. Permaneció erguido ante sus jueces, tragando saliva para poder dejar oír su voz.

El *mullah* Yussef ibn Sabur le preguntó sobre las leyes de propiedad y Zaquén optó por citar primero las leyes de la Torá marcando la diferencia que existía con las leyes del Corán, o bien las coincidencias. Tal como se había memorizado, citó luego aquellas leyes que el Corán establecía y no figuraban en la Torá. Su disertación fue sobria pero clara, y no incurrió en ninguna contradicción.

A continuación, el imán de la Mezquita de Palacio, Ismael el Azarí, le dirigió exactamente la pregunta que El Biruni le había exigido que preparase, y por ello no le cupo duda que aprobaría, pues la mano de El Biruni se destacaba con claridad.

Cuando le tocó el turno a El Razi, quien ignoraba el apaño que El Biruni había hecho, decidió preguntar a fondo, ya que consideraba que tan sólo un año de aprendizaje resultaba muy corto y desmerecía la fama del *maristan* de Damasco. Comenzó preguntando cómo se establecen los síntomas, a lo que Zaquén respondió:

«La enfermedad presenta unos síntomas que se deducen por lo que el cuerpo expulsa: mocos, heces, orina, esputos y sudor; así como por el examen físico del mismo enfermo y sus indicaciones.

Algunos son visibles como la ictericia o el edema; otros pueden oírse como el gorgoteo del vientre en la hidropesía, el silbido de la respiración o del corazón. El mal olor se establece mediante el olfato, caso de las úlceras purulentas. Otros, a través del gusto como la acidez de la boca, o el dulzor de la orina del enfermo, que nos indica que padece la enfermedad dulce. El tacto puede descubrirnos el mal de costado, cuando la parte izquierda del vientre está blanda y la derecha dura como un tambor. El amarillo del blanco de ojos nos indica, a veces, que el enfermo padece las fiebres. El rosado de la orina, el comienzo de las fiebres palúdicas que se repiten cada 72 horas; la orina blanca y espumosa, a veces, acompaña a los forúnculos llenos de pus.

Existen otros muchos síntomas que sería prolijo enumerar.»

El Razi preguntó a continuación: «¿Cómo se genera el calor del cuerpo?».

—Tanto Hipócrates como Aristóteles y después Galeno, dijeron que el calor del cuerpo es la esencia de la vida. El calor interno está alimentado por el pneuma, un espíritu que se crea en la sangre purísima del hígado. —Esta vez, su respuesta fue muy escueta, pues su opinión difería notablemente de la establecida por los tres famosos sabios antes nombrados.

—¿Deben sajarse los tumores, o por el contrario es mejor poner cataplasmas para que ellos mismos revienten? —volvió a preguntar El Razi.

—Si un tumor es superficial, se deben poner cataplasmas para debi-

litar la piel y que salga la pus mezclada con los malos humores; pero cuando el tumor es profundo, no queda más remedio que sajar cuando se estima que está maduro. En casos como la peste, nunca se debe sajar la Buba. Sabemos que si la Buba revienta por sí sola el enfermo puede sanar, ayudándole a sudar para que eche fuera los malos humores.

—¿Cómo se reduce una fractura?

—En primer lugar, el hueso debe volverse a su posición sana, y luego entablillar para que el hueso permanezca en su posición correcta. Las tablillas se quitarán antes o después, según el paciente sea joven o viejo.

Con aquella respuesta, el tribunal dio por concluido el examen.

Zaquén había establecido buena amistad con Omar ibn Ali, el médico cirujano, y fue éste quien le transmitió la noticia de que había sido aprobado y que era su igual en el *maristan*.

Como ya se estaba poniendo el sol, Zaquén invitó a Omar a celebrar su éxito.

—Acepto, pero sabes que soy casado y no me gusta llegar tarde a casa. Mi mujer refunfuña tanto cuando lo hago, que, sobre todo si voy bebido, termino por pegarle para que calle. Al día siguiente me arrepiento al ver los hematomas que lleva en su cara.

—Pero Omar —dijo riendo Zaquén. —Yo creía que el Profeta te prohibía beber vino.

—Y así es —respondió Omar— siempre que el vino no sea de las tierras que pertenecieron a su esposa Jadicha, y yo conozco una taberna en que lo tienen.

Tan pronto entraron en la taberna, el tabernero se les acercó obsequioso, demostrando que Omar era un buen cliente, y, además, resultaba muy conveniente estar en buenas relaciones con un médico. No bien se sentaron, el cliente de la mesa contigua ofreció:

—¿Quieres una calada, médico Omar?

Zaquén se sobresaltó ante el ofrecimiento.

—¿Una calada? —repitió el desconocido pasando el tubo de un narguile envuelto en tafilete azul.

Omar aceptó llevándose a los labios la boquilla de ámbar y aspirando el humo de opio, que al pasar por el agua perfumada produjo un cantar alegre.

Omar pasó a su vez la boquilla a Zaquén, quien negó con la cabeza.

—Deja por una vez de ser un *Dhimmi* hebreo. Hoy se trata de celebrar tu éxito —y sin transición dijo—: ¡Tabernero! ¡Tarda mucho esa jarra!

Ante la insistencia de Omar, Zaquén dio una profunda calada al narguile, y el humo áspero, suavizado por el agua, entró en sus pulmones, produciéndole una extraña impresión.

Cuando llegó el tabernero con la jarra dijo a Omar:

—Recuerda, hijo de Ali, que el opio y el agua del olvido, cuando se juntan, se llevan tan mal como la rata y el gato. Si los mezclas, mañana te arrepentirás.

—Calla y no me agües la fiesta. Esta noche golpearé la copa contra la piedra.

En la sala contigua, sonaba una música extraña y excitante. Omar, al ver que el hijo de Isaac miraba en aquella dirección, le dijo sonriendo:

—No tengas prisa. Primero bebamos, que luego tendremos tiempo de visitar a las huríes.

La combinación de opio y vino actuó con rapidez, y mientras en Omar produjo una alegría exultante, Zaquén se puso melancólico.

Esta vez fue Zaquén quien gritó:

—¡Tabernero! ¡Otra jarra!

Cuando se la sirvieron, el tabernero les dijo:

—¡Ya os advertí! La rata y el gato no se llevan bien.

Por la puerta salió un tocador de saroh y otro de laúd, pellizcando las cuerdas. El tocador de saroh dirigiéndose a Zaquén le dijo:

—La melancolía es la pesadumbre del alma... hermano, y el agua del olvido nada puede contra ese mal.

—¿Qué sabes tú del alma? ¿Acaso la has visto alguna vez? Si es así, ¿descríbeme cómo es? —respondió Omar riendo a carcajadas.

—La música es un arte divino —respondió el músico—, algo de Alá se encuentra en ella. No te asombre que los músicos conozcamos el alma, y la de tu amigo está triste, más triste que el deshielo en el monte Hermon. Tan sólo una mujer podría curarle su melancolía. Entrad en la sala contigua y escoged. No las hay más bellas en todo Damasco.

—Ya llegará su momento, músico; como piensas, he de huir del amor, viejo lagarto.

Después de beberse otra jarra de vino, entraron zigzagueantes en la sala contigua. Había varias mesas, una con hombres jóvenes y otra en la que se sentaban cuatro mujeres; tres de ellas entradas en años y la cuarta de pelo intensamente negro, joven aunque de aspecto cansado.

—Como es tu fiesta, te dejo la joven —dijo Omar, dirigiéndose a la mesa y tomando a la más agraciada de las otras tres.

Zaquén a su vez, dio una moneda a la joven que levantándose, le cogió de la mano y le guió a través de un largo pasillo, introduciéndolo en una habitación mal alumbrada, aunque con mucho orden y pulcritud.

La joven comenzó a desvestirse, dejando al descubierto unas carnes terriblemente ajadas para su juventud. Su pubis tenía el vello con grumos, indicando falta de limpieza, como si hiciese mucho tiempo que no se hubiese lavado y, todo su cuerpo despedía un hedor agrio, poco atrayente. Pese a todo, la larga abstinencia le incitaba a satisfacer su

apetito. Miró de nuevo la fea desnudez de la joven, y a su mente vino la imagen de los muchos hombres que había tratado contagiados por enfermedades venéreas y desistió. Sacó unas monedas y las echó sobre la cama. Dio la vuelta, y salió de la habitación con su incierto andar de borracho, y su consciencia le abandonó.

Al día siguiente se despertó vestido sobre su cama. Al pie del lecho había un gran vómito, mas fue incapaz de recordar cómo había llegado a su casa, si alguien le había ayudado o no. Fue un tiempo en blanco de su existencia.

—Veo —le interrumpió Teodomiro— que bajo ninguna circunstancia dejas de ser un hombre en el que la razón prevalece sobre los instintos, y que rara vez te dejas vencer por los apetitos.

—Por lo menos esa sensación doy, mas me temo que si vieses mis luchas interiores, te quedarías horrorizado al comprobar la fuerza de mis pasiones.

—Querido Zaquén, en vencerlas consiste la fortaleza. Quien no tiene pasiones que vencer, nunca puede ser una persona fuerte. Pero cuéntame, ¿por qué no te volviste a casar? pues como tú mismo has dicho, tu mayor tormento era la soledad ¿Nunca volviste a enamorarte?

Zaquén se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la sala, sin responder en un principio. Se paró, y dando muestras de un gran esfuerzo comenzó a hablar de nuevo.

—Sí, Tudmir, sí me enamoré; hasta el punto de casi vender mi alma al diablo. Es un recuerdo que ilumina mis noches a la vez que sigue lacerando mi corazón. Un día te lo contaré, mas hoy no me siento con fuerzas de abrirte lo más oculto de mi corazón.

La fama de buen médico se había expandido entre las familias poderosas de Damasco y Zaquén, era con frecuencia llamado a las residencias de los ricos de la corte. Un cierto día se le requirió con urgencia para asistir al hijo del muftí de Damasco. Era el segundo día de *bairam*[1] y a un grupo de jóvenes de la corte, después de beber abundante vino, les dio por presumir de valientes; para demostrarlo, no se les ocurrió cosa mejor que desafiarse de dos en dos. Uno disparaba una flecha al otro, quien tenía que detenerla con un pequeño escudo, sin mover el cuerpo del sitio en que se encontraba. El ejercicio requería una vista excepcional, una rapidez de reflejos extraordinaria y valor para no dejarse vencer por el pánico.

1 *Bairam:* Los tres días festivos que siguen al Ramadan.

La distancia a que se disparaban era bastante grande, a fin de que las flechas llegasen muertas y permitiesen la recogida con el escudo. El hijo del muftí, había fallado una recepción, y la flecha la tenía clavada en el pecho.

Zaquén fue introducido en el rico palacio del muftí y se le acompañó a un dormitorio donde el joven se encontraba tendido, quejándose de los grandes dolores que soportaba. La herida era ciertamente grave. La flecha, tras atravesarle el músculo de la tetilla derecha, parecía haberse introducido entre dos costillas y se encontraba detenida entre el pecho y la espalda. Al parecer, no le había interesado el hígado, pero no podía extraerse, puesto que las costillas lo impedían.

Cuando comprobó la situación, Zaquén lamentó haberse encontrado en su casa cuando fueron a avisarle. Nada bueno se podía esperar para él si el joven no sobrevivía. Él era un rumí hebreo y todo estaría en su contra. Solicitó que avisasen El Biruni, queriendo esquivar su responsabilidad, mas le dijeron que ya habían ido al *maristan,* y por desgracia todos los médicos cirujanos habían salido de Damasco aquel día. El era la última esperanza que tenía aquella familia.

Entre tanta desdicha, por fortuna no habían roto el asta de la flecha, y podía intentarse hacer avanzar la punta y lograr sacarla por la espalda. También habían sido prudentes, y no habían intentado sacar la flecha en sentido contrario al de entrada, se habían evitado con ello los daños y desgarros que hubiese entrañado tal manipulación. El pánico de los jóvenes había sido tan grande que no hicieron absolutamente nada, y ello podría dar alguna esperanza.

Zaquén pidió vino, hizo beber al herido un vaso en el que había disuelto una generosa cantidad de los polvos de opio, beleño euforbio y semilla de regaliz. Poco después el herido estaba dormido y cesaron sus gemidos. Rompió el asta de la flecha junto a las plumas guías y frotó toda la madera repetidas veces con cenizas de romero para desinfectarla y ayudar a la hemostasia interiormente, y pidió a los que le acompañaban que sostuviesen al joven sentado, mientras él empujaba con sumo cuidado haciendo avanzar la flecha a través de las carnes del joven. Este, al sentir el nuevo dolor, volvió a gemir, pese a estar dormido. En un determinado momento la flecha debió encontrar en su avance la parte posterior de una costilla y se negó a seguir avanzando. Pidió ayuda para que muy poco a poco siguiesen empujando, cuando él lo indicase, y colocándose a la espalda del herido, después de haber hecho retroceder la flecha un poquito, intentó hacer subir la osamenta un poco. Pretendía que la punta de la flecha se desviase ligeramente y encontrase la apertura entre costillas. Al segundo intento, la flecha avanzó una centésima de pulgada, para detenerse de nuevo. Tuvo que

hacer girar el asta de la flecha noventa grados para que siguiese avanzando, hasta que la punta de la flecha rompió la piel de la espalda. Su frente sudaba abundantemente y las gotas de sudor le caían sobre los ojos entorpeciendo su visión.

—Que alguien me seque el sudor —ordenó perentorio— y al ver que uno de los que sostenía al joven iba a soltarlo, gritó —Tú no, que no se mueva.

Fue entonces cuando la vio, después que unas manos de mujer enjugasen su sudor. Debía de haber estado oculta a sus espaldas, fuera de su visión. Ella no llevaba el velo ocultando su rostro y sus ojos, extrañamente verdes se clavaron en los suyos. Aquellos ojos parecían estar preguntando ¿se salvará?

Zaquén se escuchó decir sin que nadie le preguntase en voz alta:

—¡Si lo quiere Alá!

Volvió a su tarea y tan pronto la punta apareció totalmente, comenzó a tirar de ella con suma suavidad a la vez que decía a la mujer:

—Empuja con suavidad por el pecho, siempre que yo te lo diga, y cuando el asta vaya a desaparecer dentro de la carne, avísame.

Ella asintió con la cabeza y se colocó al otro lado, avisando tal como se le había indicado.

Zaquén taponó la herida por delante y por detrás con alheña poniendo dos apósitos presionados contra las carnes mediante una larga tira de lienzo que obtuvo rasgando un paño limpio.

El joven iba recuperando el sentido y Zaquén, cuando tubo suficiente consciencia, le administró una fuerte dosis de cortezas de fiebre[1], mezcladas con polvos de adormidera.

—A las horas en que el muecín llama a la oración, hacerle tragar un poco de agua en el que hayas diluido una pizca de esta mezcla —y en la bolsita, les mezcló cortezas de fiebre con adormidera. —No le deis de beber ni de comer aunque os lo pida. Mañana a estas horas volveré.

—Médico, ¿se salvará mi hermano?

—Yo he hecho lo que en mi pobre ciencia sé. Ruégale al Profeta que interceda por él ante Alá. A su favor tiene que ha sangrado poco. Todo depende de que su pneuma se convierta en malos humores o buenos. El color de su herida, su fiebre y su pulso, nos irá indicando la evolución de la herida por dentro.

Zaquén, que en un gesto consolador había cogido la mano de la mujer, sintió cómo apretaban la suya y le pareció que sus ojos le dirigían una sonrisa de reconocimiento. Él, a su vez, le devolvió la mirada, hechizado. Parecía que aquellos ojos habían llegado hasta su alma. Nunca había sentido ese sentimiento de turbación y atracción, que le

1 Corteza de fiebre: Corteza de salix, muy parecida al ácido salicílico.

impedían dejar de mirar aquellos ojos. Supo que debía partir, pues lo contrario sería impertinente y soltó la mano, y dándose la vuelta se retiró.

A la mañana temprano, Zaquén se dirigió a casa de El Biruni, y le expuso cuanto había hecho y mandado al hijo del muftí, preguntándole:

—Maestro. Dime si lo que hice es correcto y qué puedo darle.

—Creo que ni yo lo habría hecho mejor. Si la fiebre es muy alta, aconseja que lo desnuden y le froten el cuerpo con espíritu de vino destilado. Esto baja la fiebre rápidamente. Haz que beba hidromiel abundantemente, esto da energía y el líquido refuerza los pulsos, y continúa con las cortezas de fiebre. El enfermo no debe moverse para no sangrar. Te estoy dando tantas recomendaciones como si fueses un aprendiz, y yo sé que todas las conoces, pues eres un buen médico; sólo me resta por decirte: ¡Guárdate del muftí, si su hijo muere! Tiene fama de ser un hombre injusto, y tú... ¡Qué quieres que te diga!

No era necesario que El Biruni le aclarase nada dada su condición de judío, de rumí o como muchas veces le decían en tono despectivo, de *Dhimmi*. Se hacía necesario aparecer ante el muftí, como un buen médico, pero humilde. Al pensar así, le vino al recuerdo aquellos ojos verdes, que se le habían aparecido una y otra vez durante la noche. Le parecía sentir aún en su mano, el cálido apretón de aquella otra mano fina y perfumada. Supo que un grave problema había surgido ante él, y no era el enfermo, pues estuvo seguro que curaría; esta seguridad era absurda, ¡lo sabía! pero nacía con fuerza en su interior, sin que nada lo justificase. ¡Jahvé, perdona mis faltas y muéstrate misericordioso!, rezó en su interior mientras se dirigía a casa del muftí.

Tan pronto llegó, fue introducido en la habitación, vio junto al enfermo un anciano de cara delgada enmarcada por un bigote y unas barbas largas blanquísimas. Nunca lo había visto, pero sabía que era el muftí.

—*Salaam aleikhum* —saludó cortés Zaquén.

—*Alá ek beer* —replicó el muftí.

—*La ilah illallah* —coreó Zaquén.

Y sin más preámbulos, se acercó al enfermo, palpó su frente notando que la temperatura no era muy alta. Sacó un relojito de arena y tomando la muñeca del enfermo contó sus pulsaciones que estaban un poco altas, pero no eran excesivas.

El enfermo estaba despierto y le preguntó:

—¿Sientes muchos dolores?

—Siento como si un hierro candente me atravesase el pecho.

—¿El dolor es continuo, o es pulsante, como el latir del corazón?

—Es continuo, pero a la vez sube y baja.

—¿Has orinado?

—No, cómo podría si no me dan de beber.

Dirigiéndose a un esclavo que se encontraba tras el muftí, le pidió que le ayudase a incorporar el herido. Quitó el vendaje y los apósitos y pudo contemplar la herida. Su aspecto era inmejorable. Un amplio y rojo retortero rodeaba los agujeros de entrada y salida de la flecha, y los orificios no supuraban sangraza. Volvió a aplicar alheña, puso apósitos limpios y volvió a vendar.

—Además de la herida, le duele mucho la cabeza —habló por primera vez el muftí—. Y bien, ¿cómo le encontráis?

—El dolor de cabeza, se debe probablemente al opio. Por lo demás, todo presenta un aspecto alentador.

—¿Se salvará? —preguntó seriamente el muftí.

La pregunta era impropia para hacerla adelante del herido. El muftí vio el desagrado con que el médico recibía su pregunta y habló de nuevo.

—Si mi hijo es tan valiente para jugar tan neciamente a la vida o la muerte, sin que algo lo justifique, debe de ser también valiente para conocer si va a salvarse o morir.

—Hasta dentro de cuarenta y ocho horas, no podremos saber si hay o no infección. La flecha parece no haber dañado ningún órgano importante. Por favor —añadió Zaquén— ¿Quién cuida y da las pócimas al herido?

—Yo cuido a mi hermano —se oyó decir a la joven del día anterior, quien saliendo de una puerta entreabierta se presentó ante el médico, con el rostro cubierto.

Zaquén le entregó una ampolla llena de una decocción de mandrágora.

—En adelante, en vez de la mezcla que os di ayer, le seguiréis dando un vasito de esta decocción a la que agregaréis una pizca de corteza de fiebre, todo al igual que ayer, a las horas de oración. La mandrágora es más suave que el opio y no crea adición. Creo que con esto se le quitará el dolor de cabeza y podrá dormir mejor.

—¿Cómo no han venido El Razi o El Biruni a ver a mi hijo? —preguntó el muftí, con una gran soberbia.

—El Razi volverá mañana a Damasco, en cuanto a El Biruni, consulté con él esta mañana y, estoy seguro, que si mandáis por él vendrá al momento. Sé, en cuanta estima y consideración os tiene —respondió Zaquén. —Si no mandáis nada más, me retiro y volveré mañana, salvo que me aviséis en cualquier sentido.

—Tengo entendido que sois un rumí hebreo de Al Andalus.

—Así es, Effendi —respondió Zaquén. —Soy un *Dhimmi* —añadió con ironía.

Salió furioso de la visita, agradeciendo a El Biruni que le hubiese puesto sobre aviso, de la categoría del sujeto con el que tendría que

tratar. En vez de mostrarle agradecimiento por haber salvado a su hijo, el sarmiento seco y desechado que era el muftí, le zahería y menospreciaba. Estaría encantado de que llamasen a El Biruni para continuar las visitas al enfermo, pero nada más lo pensó, sintió como un pinchazo en su interior, pues eso significaría no volver a ver a la bella joven de la que ni siquiera conocía el nombre.

Se enfrascó de lleno en el quehacer ordenado del *maristan,* y logró olvidar al muftí.

Consiguió que le informasen a qué horas salía el muftí de su casa y tomó la costumbre de visitar al enfermo a estas horas, evitando volver a encontrarse con el desagradable personaje. El enfermo mejoraba rápidamente, su joven naturaleza, al no presentarse la infección, triunfaba de una forma ostentosa, casi insultante para un viejo. En todas las ocasiones se encontraba con Dalia, ésta se mostraba, a cada momento, más amigable. Llegó incluso a aparecer ante él sin taparse el rostro. Sus miradas se atraían como imanes, con cualquier excusa sus manos se juntaban, y al tocarse se sentían sacudidas por un chispazo indescriptible. En una ocasión, al despedirlo, se encontraron solos y Zaquén cayó en tentación y besó sus labios. La joven no le rechazó al principio, mas, enseguida reaccionó, apartándole con suavidad.

Sabían que el juego amoroso era tan peligroso, que podía costarle la vida a Zaquén. Aquella pasión le desbordaba; ignoraba la razón; era a la vez una dicha y un suplicio.

Desnudó su alma a su amigo Omar, y éste, pese a ser su amigo, se sintió ofendido de que un judío se atreviese a aspirar a unirse a una creyente.

—Sabes que es del todo imposible tu aspiración. En el mejor de los casos, tendrías que convertirte al Islam. ¿Estarías dispuesto a tal cosa?

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al escuchar la pregunta, que, inconscientemente ya se la había formulado él mismo en diferentes ocasiones. En todas estas ocasiones había sacudido su cabeza espantando el pensamiento y pensando rápidamente en otra cosa, para no verse forzado a responder; pero entonces se imponía afrontar por fin la respuesta.

—La amo tanto, que por ella sería capaz de todo —respondió avergonzado, sintiendo cómo, con la respuesta, se marchaba su dignidad, toda la esencia de sí mismo.

Omar le miró asombrado; conocía la rectitud y firmeza de su amigo y no daba crédito a lo que escuchaba. Ante sí tenía a un Zaquén ben Isaac, derrotado, empequeñecido. En sus ojos se veía un brillo enfebrecido, indicativo de que el hombre estaba dispuesto a cualquier locura.

—Por lo menos, ¿sabes si ella corresponde a tu amor?

—Sus ojos primero, luego su voz y por fin sus labios, me han jurado ser mía por encima de todo, y yo la creo.

—En ese caso, buscaré a un casamentero, que presente tu petición al muftí. Nada es imposible para Alá, mas no creo que su voluntad esté en favorecerte, en esta ocasión.

La respuesta del muftí fue violenta; le envió sus honorarios de médico, pagándole más de lo estipulado, en un gesto de desprecio, y prohibiéndole acercarse a su casa.

Días después conoció, a través de Omar, que el viejo chivo había concertado la boda de su hija con un rico y viejo comerciante de Bagdad.

Durante algunos días faltó a sus obligaciones en el *maristan,* y fue reprendido por El Biruni. Volvió a enfrascarse en su trabajo con una intensidad tan grande que, de nuevo, mereció una reprimenda. En esta ocasión fue El Razi quien le habló:

—He conocido tus razones para obrar de la forma tan desordenada que lo haces. El Todo Poderoso tiene sus razones, que el hombre no comprende. Vuelve en ti, o tus sentimientos te destrozarán, y a la vez perjudicarás a cuantos te rodean. Mujeres hay muchas y no merecen la perdición de un hombre. Reacciona, todos tus amigos te lo pedimos.

Supo que el comerciante de Bagdad vendría a Damasco por necesidad del negocio, ocasión que aprovecharía para desposar a Dalia y llevarla consigo en el viaje de retorno, y su corazón se apenó al sentirse incapaz de evitarlo.

Días después un esclavo vino en plena noche y le rogó de parte de su señora Dalia que le siguiese. Entraron por un portón del jardín, procurando hacer el mínimo ruido posible. El esclavo le introdujo en el edificio dedicado a los sirvientes. En una pequeña estancia le esperaba Dalia, quien al verle, se arrojó en sus brazos besándole con frenesí. Su cara estaba mojada por el llanto y entre suspiros le relató que la próxima semana llegaría el repulsivo viejo con el que su padre había firmado el contrato de esponsales. Ella lo conocía de otras veces que había estado en Damasco y solicitado a su padre que le diese a su hija. En aquellas ocasiones el muftí cortésmente, se había negado, mas su insistencia en casarse con Zaquén había decidido a su padre a entregarla a aquel insistente pretendiente.

Fue una entrega desesperada. Ambos amantes temían que aquella primera entrega fuese la última. Zaquén, le rogó que se fugase con él. Huirían de Damasco, él la llevaría a su país, a Al Andalus, a Aurariola, a la pequeña Mesopotamia Hispánica, donde florece el granado y la lima, entre el Thader y el Guadalentín. Tan lejos no podría alcanzarles la venganza del muftí, mas ella se negó. Su padre había dado su pala-

bra, y ella era incapaz de deshonrarle; mas su alma quedaría con Zaquén y nunca sería de otro hombre.

El día de los esponsales llegó, y Zaquén incapaz de soportarlo, pretendió el olvido bebiendo toda la tarde hasta que perdió el conocimiento.

Se sintió zarandeado; alguien le echó un cántaro de agua a la cabeza, mientras le volvía a zarandear hasta conseguir despertarlo.

—¡Abre los ojos de una vez, maldito *Dhimmi!*

Quien así le trataba era Omar, que cada vez se sentía más furioso al mirarle a los ojos de borracho.

—¡Dime que nada tienes que ver con la muerte del viejo! ¡Vamos, dímelo! El muftí está que trina, y me temo que piense acusarte de la muerte del viejo. Yo he tratado de convencerle que fue el vino y las emociones de la noche de amor las que rompieron su corazón. ¡Me he complicado por tu causa! ¡Entiendes! El viejo bebió, y a todas luces, tomó o le dieron opio. ¿Fuiste tú quien se lo entregó a Dalia?

Como un relámpago vino a la mente de Zaquén la bolsita de opio, beleño, euforbio y regaliz, que el primer día administró al hermano de Dalia. Con toda probabilidad se la había dejado en la casa, y ella debió guardarla. ¡No recuerdo! Esta mezcla nunca la había entregado a Dalia, fue la de semillas de adormidera machacadas con polvos de corteza de fiebre.

Sí, eso debía de ser; Dalia había estado mezclando con el vino esta mezcla y el viejo corazón del hombre no había podido resistir. Los viejos árabes temían mucho fracasar sexualmente la noche de bodas y era conocido que muchos de ellos recurrían a tomar corteza molida de Pausinystalia Yohimba, que las caravanas traían del continente negro. Era necesario convencer a todos que no era el opio ni la adormidera la causante, juntamente con el vino, de la muerte. Que la causa era la Yohimba.

Cogió a Omar del pecho y le urgió:

—Dime, ¿encontraron en la ropa del viejo polvos de Yohimba? Es preciso que vuelvas y los busques. En todo caso, llévate alguna cantidad, y si no los encuentras, déjalos tú.

—¡Estás loco! Únicamente piensas en tu perra enamorada, sin importarte comprometerte —respondió airado Omar.

Zaquén relató con detalle cómo dejó polvo de adormidera mezclado con polvo de fiebre para administrar al enfermo, pero eso fue al principio, antes de que entre ellos hubiese surgido el amor.

Omar se dejó convencer y regresó a casa del muftí. La corazonada de Zaquén había acertado y, encima de un velador encontraron una cajita llena de polvo de Yohimba. El muftí se dejó convencer por los razonamientos del médico, y la muerte se atribuyó a la combinación de ésta con el vino, y a la vejez del viejo libertino.

Si bien el muftí se dejó convencer, entre otras cosas porque le inte-

resaba, de que su hija no había tenido nada que ver con la muerte de su marido, su decisión de apartar a su hija del judío, se hizo más firme aún, si ello era posible. Le envió a un *mullah,* para advertirle que si volvía a intentar ver de nuevo a su hija sería condenado sin piedad, e hizo que su hija partiese de Damasco en dirección desconocida.

—¿Y qué hiciste tú? —volvió a interrumpirle Teodomiro, al ver que Zaquén callaba interrumpiendo su relato. —¿Lograste volver a encontrarla?

—El dolor y la desesperación nublaron mi discernimiento. Durante un tiempo me di a la bebida y fui expulsado del *maristan*. Desatendí a mis enfermos, y la voz corrió de persona en persona, hasta que perdí toda mi clientela. Fue entonces cuando decidí partir para Bagdá, pensando que habría sido enviada con la familia de su viejo marido, pero no la encontré en esta ciudad ni en cuantas otras recorrí, hasta que su recuerdo fue desapareciendo lentamente.

Pasados unos años, volviendo Zaquén hacia Damasco, en una abrupta región, al llegar a una insignificante aldea, recurrieron a sus servicios como médico. Al parecer, un destacamento de soldados había sido atacado por una numerosa banda de forajidos; murieron casi todos los soldados, pero tres de ellos, poco antes de la aldea, se despeñaron. Uno había muerto, otro estaba gravemente herido y el tercero no podía andar. Estaba totalmente cojo de una pierna.

Cuando Zaquén entró en la humilde casucha, un olor insoportable a putrefacción llenaba todo el espacio. Un joven tendido sobre un jergón de paja, deliraba gimiendo constantemente. Su pierna destrozada, estaba morada y putrefacta y la gangrena ya le llegaba a la ingle. De inmediato supo Zaquén que le quedaban pocas horas de vida y nada podía hacerse por salvarle. Cerró la puerta y preguntó por el otro herido, que se encontraba en una casa contigua. Al igual que el anterior, sus ropas eran ricas, aunque casi hechas jirones y tremendamente sucias. Se hallaba sentado sobre un banco, y sostenía en sus manos dos toscas muletas hechas de ramas de fresno. Al entrar Zaquén, se levantó con ayuda de las muletas, manteniendo la pierna izquierda doblada sin que su pie tocase el suelo.

—*Saalam* —saludó Zaquén.

—*Saalam aleikhum* —respondió el joven.

—Soy médico y estos lugareños me han pedido que venga a veros. ¿Es ese vuestro deseo? —preguntó Zaquén.

—Sólo Alá puede haberos puesto en mi camino. Doy gracias al Altísimo

por sus favores. Ayudadme, en nombre del Profeta. —La pierna la tenía al descubierto y a simple vista únicamente se apreciaban grandes rozaduras y un hematoma en las cercanías del tobillo. La parte trasera se encontraba inflamada y el ángulo del pie con la pantorrilla no era el normal.

Zaquén se arrodilló y comenzó a palpar la pierna, comenzando por el muslo y bajando poco a poco. De vez en cuando apretaba con más fuerza, pero el joven no se quejaba. Sentado de nuevo y con las piernas extendidas, miraba fijamente el deslizar de las manos del médico.

—Es en el tobillo donde algo no funciona —se atrevió a decir el joven.

Cuando las manos llegaron al tobillo, los sensibles dedos de Zaquén comprobaron que el tendón de Aquiles, se interrumpía dejando una depresión. Aunque el soldado resistió, al palpar más fuerte el médico, el joven emitió un agudo quejido.

—Lo siento. No tengo más remedio que haceros daño si quiero saber qué tenéis.

No había la menor duda, el tendón de Aquiles se había roto en su parte inferior.

—Decidme, ¿cómo se produjo el accidente? —inquirió Zaquén.

—Cometimos el error de ir los tres muy próximos y dada la poca visibilidad, cada jinete llevaba el ronzal del que le seguía. El camino de montaña era muy estrecho, y al perder pie el primer caballo, los otros no pudimos detener nuestro avance. Yo iba en último lugar y caí sobre mis compañeros; esto amortiguó mi caída y evitó que me hiriese en más partes, mas reboté, y el siguiente escalón me golpeó en el pie. Sentí como un latigazo y que mi pierna se contraía a la vez que me agarraba a un árbol. Cuando intenté incorporarme, no pude, el pie izquierdo no me obedecía; Muamad parecía muerto, Ismael, gemía sin poder incorporarse y yo no podía ayudarles. Uno de los caballos ramoneó la hierba en nuestro derredor durante toda la larga noche. Fue sólo en la amanecida cuando estos pastores nos encontraron y auxiliaron trayéndonos a la aldea. De esto hace tres días. ¿Sabéis qué tengo, podéis curarme?

—Creo que tenéis el tendón de Aquiles roto. No quiero ocultaros que es grave y que podéis quedar cojo para toda la vida; si bien vuestra vida no peligra. Os dejo, pues el estado de vuestro compañero es crítico, y necesita con más urgencia mi ayuda que vos.

Una idea había nacido en la mente de Zaquén. Estaba seguro que nada se podía hacer por el primer soldado. La gangrena había invadido el cuerpo, y ya no era factible cortar el mal, pero tal vez el pobre joven podía contribuir a la curación de su camarada.

Mandó traer cuantas antorchas tuvieran los pastores para iluminar el interior de la cabaña, se hizo cocer agua y ordenó que todos le dejasen solo con el herido, a quien administró una generosa ración de opio

disuelto en vino. Cuando se durmió y cesaron sus quejidos, cortó la piel y la carne hasta dejar al descubierto el tendón en la parte en que el otro lo tenía roto y, entonces, seccionó el tendón. Los dos extremos se contrajeron dejando un espacio entre ellos. Cerró los ojos y palpó; sus dedos sintieron el mismo vacío que había hallado en el segundo soldado.

Recordó un experimento que había efectuado hacía tiempo con el tendón de un ciervo. Lo ató por un extremo, y luego fue colgando peso del otro extremo. Su resistencia fue fabulosa y tuvo que darse por vencido. Al final, golpeó el tendón a mitad de su longitud, con dos piedras, y entonces sí que rompió. La rotura no fue limpia, pues los dos extremos estaban deshilachados.

Si la carne se junta, vuelve a anudar. Si dos huesos se juntan, anudan también. ¿Anudaría también el tendón si se juntaban sus extremos? Nada impedía que lo intentase. Si no lo hacía el joven quedaría cojo para toda su vida.

Probó con el pie del moribundo. Para que los extremos del tendón se juntasen, fue preciso que el pie lo doblase hacia atrás, formando un ángulo de más de ciento veinte grados con la pierna. Había que llegar al máximo que el miembro permitiese, y luego conseguir que durante un largo tiempo se mantuviese en esa posición.

Administró otra fuerte dosis de opio al herido. Sabía que podría morir con aquella dosis al pararse el corazón, pero no sufriría y ello era más misericordioso que una lenta agonía.

Pidió a los lugareños estuco, pues en aquella región abundaba la piedra de yeso. Una vez amasado, cubrió con él la pierna y el pie del segundo soldado manteniendo el pie con fuerza en su máximo ángulo. Cuando el yeso fraguó, le rodeó con una cuerda y volvió a dar estuco sobre él para darle más consistencia.

El herido se había comportado valerosamente, soportando con entereza el suplicio de doblar su pie inflamado.

—¿Me curaré? —preguntó el joven.

—Sólo Alá, el Altísimo, el Misericordioso lo sabe. Yo he hecho cuanto sé. Deberás estar sin apoyar el pie durante dos lunas. Intentamos que el tendón suelde y, para ello, tu naturaleza debe actuar. Eres joven y la juventud casi todo lo puede.

El otro soldado murió a las pocas horas, Jahvé había tenido misericordia de él.

El herido se llamaba Abd al Jattar ben Nadir al Dajil.

VI

Hoy me he enterado que los bereberes de Ifriqiya se han sublevado contra el sultán. Tenemos órdenes de regresar a la capital de Egipto, donde se está formando un gran ejército de más de treinta mil hombres para aplastar a los bereberes. Según información recibida, el sultán Hixam ha ordenado que diez mil árabes siriacos reclutados en los asentamientos de Palestina, Egipto y Damasco, formen un ala de la caballería. Nos manda Balch, lo que nos da confianza, pues conocemos su gran experiencia y renombre.

Hoy han sido presentados todos los capitanes a Balch. Al llegar a mí me ha preguntado:

—¿Eres pariente de Abu al Jattar al Husam ben Dirar?

Le he respondido que es pariente lejano de mi padre, de los Banu al Jattar de Damasco.

—Entonces tengo confianza en ti. Todos los Al Jattar son unos valientes.

Me he sentido muy orgulloso con sus palabras, mas luego he escuchado que a casi todos los capitanes les ha dirigido unas palabras amables, y la alabanza que me dirigió, pienso si será una de tantas.

Hoy hemos partido. El aspecto del ejército es imponente. La caballería precede a la infantería y tras los carros de pertrechos, vienen una multitud de mujerzuelas, como las que siempre siguen a los ejércitos. Una escuadra de caballería cierra la marcha.

Hoy hemos avistado al ejército bereber cerca de Sebu. La caballería lleva armaduras ligeras y montan unos jacos pequeños de aspecto resistente. No se congregan en masa como hacemos nosotros, sino que sitúan al frente escuadrones de arqueros montados. Se adelantan

y disparan sus flechas cortas. El alcance de nuestros arqueros es muy superior, pues emplean flechas más largas que los bereberes. Esto hace que, antes que ellos estén en posición, nuestras flechas abran varios huecos. Ellos, más que atacar, hostigan intentando romper nuestra formación.

Se nos ordena a la caballería siríaca rodear al enemigo por detrás de unas lomas. Mas el enemigo está apercibido y nos ha tendido una trampa de la que pronto nos damos cuenta; será muy difícil salir. Se nos ordenó cargar intentando romper el cerco. Mi caballo se lanzó como una flecha, atravesó las hileras de arqueros con las orejas dobladas hacia atrás, tensos los músculos del cuello. No me era posible contenerle.

Hicimos impacto en el mismo centro de las tropas bereberes, al igual que chocan dos olas enfrentadas. Frenada la acometida, todo se convirtió en un remolino, donde cada cual luchaba con varios enemigos a la vez dando sablazos. Todos vociferaban y soltaban juramentos, al igual que los bereberes aullaban dando mandobles. Los hombres de uno y otro bando, caían atravesados por las flechas, cercenadas sus gargantas por los sables, o rotas sus cabezas por las mazas. Vi a un bereber, que desmontado, cogía las riendas de Balch, intentando arrodillar al caballo; corté sus manos de un sablazo y vi cómo caían sin soltar las riendas, mientras el hombre daba un alarido escalofriante.

Fue un combate alucinante en que los caballos y los hombres pasaban ante mí como entre niebla, y el rojo de la sangre lo cubría todo. A uno y otro lado se oían relinchos de caballos al caer desplomados; hombres despedidos de sus monturas, acuchillados, abatidos, pisoteados antes de tener tiempo de levantarse. La sangre me hervía de tal manera que oía su silbido en mis oídos. No sentía miedo ni compasión, ni si mis brazos obedecían a mi cerebro.

Cuando ya creíamos que todo había terminado, intervino la infantería. Embistió con un grito estremecedor, arremetiendo contra nosotros con porras y lanzas. Árabe que caía era apaleado y acuchillado. También la infantería bereber se cubrió de sangre y yo veía a mis compañeros caer en torno a mí. Los caballos siriacos eran apuñalados, les partían las patas o les cortaban los tendones hasta que caían. Era un pandemonio en la que se utilizaban toda clase de armas, puños, uñas y dientes. Finalmente los últimos jinetes comenzamos a volvernos y emprendimos la retirada para salvar nuestras vidas, dejando abandonados a lo que quedaba de nuestra infantería.

Un grito ensordecedor de victoria brotó de las gargantas de los bereberes. Yo lloraba mientras hendía los ijares de mi montura, esta vez en una vergonzosa huida.

Nos salvó a los que huimos, que los bereberes cesaron en su perse-

cución, ansiosos de coger el grandioso botín que yacía sobre el terreno.

Ignoro, cuántos jinetes árabes se salvaron de la otra ala. Nosotros, de los diez mil siriacos que comenzamos, sólo quedábamos siete mil. La infantería de nuestro ejército había caído por completo; las bajas árabes debían estar cercanas a los dieciocho mil. Era una derrota en toda regla.

Balch nos reunió a sus hombres y nos encaminó a Ceuta donde nos protegimos. Pidió al walí de Al Andalus que nos enviase alimentos, pues nos encontrábamos en gran penuria, y barcos para pasar a la península, ya que estábamos expuestos a ser exterminados por los bereberes; mas Abd al Maliq no accedió a nuestras pretensiones, temeroso de nuestro gran número.

Aconteció en tanto, que los berberiscos de Al Andalus al saber el gran triunfo que sus hermanos de Ifriqiya habían obtenido sobre nosotros y demás súbditos del Califa, se sublevaron en las comarcas del norte y mataron y ahuyentaron a los árabes de Galaica, Astúrica Augusta[1] y demás regiones allende la sierra. Derrotaron a las fuerzas que Abd al Maliq envió contra ellos y se dispusieron a atacar Córduba. Ante esta situación, el walí no halló otra solución que pactar con nosotros. Nos puso como condición que le entregásemos diez rehenes importantes de cada división y que una vez vencidos los bereberes, aceptásemos de nuevo pasar a Ifriqiya.

Convinimos en ello y aceptamos el pacto, exigiendo a nuestra vez que en el posterior transporte a Ifriqiya, se nos llevase a todos juntos y no separadamente y, a un punto donde no fuésemos inquietados por los bereberes.

Al fin, después de tantos años pisaba tierras de Al Andalus, donde mi padre había acompañado a Musa. Recordaba los relatos que una y otra vez mi padre nos contaba. Al igual que nosotros, ellos eran también siete mil hombres, y con tan reducido número derrotaron al enorme ejército de los Godos.

Soñaba con las riquezas que encontraríamos. Al igual que Tariq, Musa y su hijo Abd al Azid, nuestras manos se hundirían en los tesoros del legendario Al Andalus, y por fin, tras tantos años de penuria, calamidades y sufrimiento, llegaría a gozar de las riquezas que mi padre primero y después mi hermano Yusuf disfrutaban.

Volví en mí, pues los sueños había que ganarlos, y de nuevo luchando contra los berberiscos. Estos habían pasado el Tajo y les salimos al paso. Esta vez la venganza espoleó nuestro ánimo y luchamos como fieras infligiéndoles una derrota total. Libre el campo de enemigos, recorrimos Al Andalus matando a cuanto berberisco encontramos y regresamos a Córduba con gran número de esclavos, caballos y riquezas.

Cuando Abd al Maliq nos pidió que pasásemos a Ifriqiya estuvimos

---

1 Astúrica Augusta: Astorga.

prestos a cumplir lo prometido, siempre que nos trasladasen a todos juntos según lo convenido; pero al respondernos que ello era imposible, dado el gran número de esclavos y caballos que llevábamos, y que nos trasladarían en grupos, nos negamos temiendo ser allí exterminados por los berberiscos; en vista de lo cual, depusimos al walí Abd al Maliq y nombramos en su lugar a nuestro caudillo Balch.

Dado que uno de los rehenes, mantenidos en una isla, había muerto de sed, por falta de cuidados, los yemeníes exigieron de Balch, que matase a Abd al Maliq, a lo que aquél se opuso, pese a lo cual, los yemeníes sacaron al anciano, que ya tenía 90 años, y lo decapitaron.

Esto ocurría el año del Señor del 741.

Los hijos de Abd al Maliq que habían logrado escapar, enterados de la suerte que había corrido su padre, consiguieron reclutar un ejército de baladíes y berberiscos deseosos de vengarse de los siriacos, en la lejana región de Narbona y se dirigieron hacia Córduba. En el camino se les unieron muchos de los que se hallaban huidos por los campos después de la derrota.

En las cercanías de Córduba se encontraron con los siriacos, y de nuevo volvieron a vencer éstos, haciendo una gran matanza entre los baladíes y berberiscos, a los que luego persiguieron haciendo un gran número de esclavos.

Pocos días después moría Balch de las heridas que le infligió en el combate Abd al Rahman ben Alqama, hijo del Alqama que fue derrotado y muerto en Covadonga.

Eligieron entonces los siriacos como nuevo walí a Thalaba ben Salama al Amili, contra el cual se levantaron baladíes, árabes y berberiscos en la ciudad de Mérita. Era este ejército tan numeroso, que los siriacos no tenían fuerzas capaces de enfrentársele, pese a lo cual, Thalaba salió contra ellos y combatió valerosamente, mas no alcanzó ventaja alguna y tuvo que encerrarse en Mérita y mandar un emisario al lugarteniente que había dejado en la ciudad de Córduba, para que fuese a él con las tropas que allí quedaban, a fin de combatir a los baladíes. Estando cercado, llegaron las fiestas de Fitr, y como observase que los baladíes, fiados en su superioridad, descuidaban la vigilancia y se dispersaban, hizo una salida el día de la fiesta, y los derrotó con gran matanza, haciendo prisioneros a sus mujeres e hijos, cosa que ni Balch se había atrevido a hacer.

Conocedor el gobernador de Ifriqiya de lo que sucedía en Al Andalus, nombró como nuevo walí a Abu al Jattar al Husam ben Dirar, quien, tan pronto llegó a la península, fue aceptado por todos como

walí, incluyendo a los siriacos, ya que Jattar era un noble siriaco procedente de Damasco.

Mientras, Thalaba y otros diez huían, Jattar perdonó a los hijos de Abd al Maliq dando libertad a todos los prisioneros y cautivos.

Una vez instalado Jattar en Córduba, pronto se vio que la tranquilidad no podría volver a Al Andalus, mientras el problema de los siriacos no estuviese resuelto.

El hijo de Witiza, Artobás, por sus riquezas y cultura era una de las personas más prominentes de Córduba. Pronto fue presentado a Abu al Jattar, quien por ser de la nobleza árabe, poseía un espíritu cultivado, por lo que no fue extraño que naciese una gran amistad entre ellos.

Cierta noche, encontrándose ambos reunidos, y dado que Artobás por su calidad de cristiano, no estaba implicado en ninguna de las facciones que habían luchado últimamente, decidió Jattar sincerarse con su amigo.

—Artobás —dijo Jattar—. Estoy harto preocupado con el problema de los siriacos y no sé como resolverlo. Me temo que si no hallo una rápida solución, pronto tendremos nuevos disturbios.

—¿Por qué no los envías a la Narbonense, donde serían muy útiles para luchar contra los francos? —le interrogó Artobás.

—Esa solución ya se me había ocurrido, e incluso consulté con sus jefes si aceptarían el desplazarse a esta región, con lo que en principio estuvieron de acuerdo, mas, pronto me llegaron noticias de Ben Alqama, en el sentido de que si los hacía ir a Narbona, no me garantizaba que no recomenzase las luchas de nuevo, pues por ser la mayoría de los muslimes de la Narbonense, bereberes, sienten un odio de muerte por los siriacos, tras las matanzas de berberiscos que hicieron.

—Entonces pienso, que no te resta otra solución que dispersarlos por Al Andalus, de forma que no representen un serio peligro —sugirió Artobás.

—Mas, ya conoces que hasta ahora han rehusado el dividirse, temerosos de ser exterminados.

—Todo es cuestión de ofrecerles lugares donde su número sea igual o superior al de baladíes y berberiscos juntos —volvió a sugerir Artobás.

—Tal vez sea esa la solución; la estudiaré con detenimiento. ¡Sí, creo que me has dado la solución al problema!

Los siriacos aceptaron la idea sugerida por Artobás, y acordaron con Abu al Jattar asentarse en distintas regiones organizados en divisiones militares o Chund, dándoles en beneficio los tributos que pagaban los cristianos que habían capitulado. Estas fuerzas deberían estar siempre dispuestas a acudir a la guerra al primer llamamiento del walí.

Se decidió que los sirios de Emesa se estableciesen en las coras de

Híspalis y Niebla; los de Palestina lo harían en Assido y Algeciras; los del Jordán lo harían en la Rayya (Málaga); los de Damasco por su parte residirían en la cora de Elvira (Granada); los de Quinnasrina en la de Aurgi, y por último los de Egipto, los más numerosos en número, se distribuirían entre Ocsonaba, Pax Augusta y Tudmir.

La llegada de los 400 siriacos que formaban el Chund de Egipto destinado a establecerse en Tudmir, causó una gran inquietud en toda la población, no sólo cristiana sino también baladí, ya que bereberes no existían en el reino, y todos los recibieron con cierta aprensión temiendo, que como había sucedido en Córduba, ocasionaran disturbios entre sus habitantes.

El jefe de estas tropas, Abd al Jattar ben Nadir al Dajil, hombre joven de unos treinta años, tenía fama de fiero guerrero, de carácter más bien irascible, aunque al verle, nadie hubiese creído que esas fuesen sus cualidades más destacadas, pues su porte era distinguido y su cara ciertamente bella, no presentando ningún rasgo de crueldad, cualidad que siempre se espera encontrar en un aguerrido guerrero.

Ya en la primera visita que hizo a Teodomiro para presentarle las órdenes que en cuanto a los impuestos de capitulación le enviaba Abu al Jattar, —en el sentido de que éstos deberían ser entregados a Abd al Jattar, quien los distribuiría entre sus hombres reservándose la parte que le correspondía—, éste pretendió que Teodomiro por su parte, contribuyese con sumas adicionales destinadas al mantenimiento de sus hombres; pretensión a la que se negó en redondo el rey de Tudmir. Se produjo una tensa situación, cuando Abd al Jattar de una forma velada, le dio a entender a Teodomiro que estaba dispuesto a tomar por la fuerza lo que se le negaba de buen grado.

Pronto los siriacos conocieron la buena situación económica que disfrutaban los baladíes, al haberse quedado con todas las tierras que correspondían al quinto; propiedades que les habían sido confirmadas por el sultán en tiempos de Al Samah, y que, por tanto, la única posibilidad de hacerse con tierras, era expoliando a los cristianos, por lo que la tirantez con éstos aumentó peligrosamente, viéndose Teodomiro precisado a recurrir a sus amigos baladíes en busca de ayuda y buenos oficios; mas la respuesta que Al Sumail le trajo de su embajada no fue nada alentadora.

—¿Y bien? —preguntó Teodomiro a Al Sumail y Al Hudri, tan pronto regresaron de entrevistarse con Al Jattar.

—El perro y sus cachorros están hambrientos de despojos, y la envidia sólo les deja soñar con los bienes de los cristianos —respondió Al

Sumail quien por ser kalbí y por tanto del partido árabe opuesto a los qaysies o sirios, sentía un profundo menosprecio por éstos.

—Refrena tu lengua y no te dejes llevar por las aversiones personales —intervino Al Hudri—, pues es normal que un hombre, tras tantas luchas y penalidades, ansíe tener una posición económica desahogada.

—¿Acaso no la tiene? —respondió Al Sumail todavía, excitado—. Estoy seguro que obtiene mayores rentas con su parte en los derechos de capitulación, de lo que el mayor terrateniente baladí saca de sus tierras.

—Puedes asegurar que así es —intervino Teodomiro, quien hasta entonces no había hecho más que escuchar.

—Creo que si le vuelvo a visitar yo solo, podré obtener mejores resultados, pues al no ser yo kalbí, atenderá mejor mis razones. Pero bueno será que Tudmir me indique, que parte puede corresponderle de los impuestos, y que calculemos que saca el más rico baladí de sus propiedades, pues quizá, ésta pueda ser la razón de más peso para convencerle y aplacar sus pretensiones —dijo Al Hudri con la calma que en él era habitual.

No fue la mediación de Al Hudri, como antes tampoco la que hizo en compañía de Al Sumail, lo que consiguió hacer avenirse a razones a Al Jattar, sino el encuentro fortuito que una mañana tuvo por la calle con la hija de Teodomiro.

Al Jattar ignoraba que Teodomiro tuviese una hija de aquella edad, pues por tener el padre setenta y cuatro años, Al Jattar suponía que la hija de Tudmir, de la que le habían hablado, rondaría los cincuenta o más años; por lo que fue una verdadera sorpresa para el sirio, cuando al quedarse mirando a Patricia, pues en verdad su figura era espléndida a sus treinta años, alguien le dijo que aquella mujer era la hija de Tudmir.

Pronto comenzó a pensar que el único modo de conseguir la riqueza que tanto ansiaba, consistía en lograr que Tudmir consintiese en darle su hija en matrimonio, pues en su fuero interno estaba convencido, que por la fuerza no lograría nada, pues conocía lo que le sucedió a Abd al Maliq cuando se apoderó de Carthago Spartaria. Por otra parte, la gran figura de Patricia y la atracción irresistible que la mayoría de los árabes sienten por las mujeres rubias, hacía que esta unión la encontrase atrayente.

Fiel con sus propósitos, la actitud de Al Jattar con los cristianos varió radicalmente, y se esforzó por cultivar la amistad de Tudmir.

Por su parte Patricia, después de su encuentro fortuito con el guapo islamita, había inquirido curiosa, detalles sobre Al Jattar y sus hazañas, las cuales, conforme era costumbre entre los árabes, le fueron relatadas multiplicadas por dos. De creer a sus informadores, él sólo había vencido a los ejércitos que contra los sirios habían formado los baladíes y

berberiscos juntos. En cuantas ocasiones se lo encontró en palacio, el sirio sin dirigirle la palabra, la había mirado con tal intensidad con sus enormes ojos negros, que llegó a sentirse incómoda y nerviosa a la vez, y sin poder remediarlo, luego en sus aposentos, seguía pensando en los intensos ojos que parecían desnudarla cada vez que la miraban. Con cierta frecuencia había permanecido escuchando la conversación de su padre con Al Jattar encontrando la voz de éste muy agradable, a la vez que su timbre hacía vibrar algo ya dormido en su interior.

El día que su padre hondamente preocupado le habló de la embarazosa petición que le había hecho el siriaco, se sorprendió a sí misma respondiendo:

—Dile que acepto y que consiento en ser su mujer, siempre que jure por su Dios, y así lo reconozca ante el juez, que nunca tomará más mujer ni concubina, y que no pondrá impedimento para que yo siga practicando mi religión.

Teodomiro, a quien repugnaba la idea, y nunca había pensado que su hija accediese a tal matrimonio, no pudo menos de exclamar:

—¡Pero has perdido el juicio! ¿Acaso no sabes que tus hijos, de tenerlos, serían educados en la ley islámica?

—¡Y bien! ¡Acaso ellos no creen en un Dios único igual que nosotros, y si existe un solo Dios, no habrá de ser el mismo que nosotros adoramos!

—Pero hija, ellos no creen en Jesucristo, y sólo lo admiten como un Profeta. Estás diciendo palabras heréticas, que pido a Dios no te tenga en cuenta —dijo Teodomiro indignado.

Patricia dejó que su padre se calmase, y con la voz más humilde que pudo conseguir respondió:

—Padre, tú me comunicaste la petición de Al Jattar, y yo sólo te he respondido que ese hombre no me disgusta, e incluso, que ejerce una cierta atracción sobre mí. Cualquiera que sea tu decisión, yo la acataré de buen grado, pues sé que tu elección será la más apropiada. Obra según consideres más acertado.

Una vez más el duro peso de la decisión recaía sobre sus cansados hombros, y se sentía tan sin ilusiones desde la muerte de su mujer, que la única que le quedaba, su hija, representaba la sola razón de su vida. Hubiese querido que su hija desde el primer momento se opusiese indignada a la petición del siriaco, ya que esto era su intimo deseo, y la repulsa de su hija le hubiese dado fuerzas para encontrar una salida, sin que aquél se sintiese ofendido, pero al encontrar su hija grata la unión, toda la responsabilidad de la negativa recaía sobre él.

Aunque viejo, conservaba toda su lucidez y sabía, que el cambio brusco en la actitud de Al Jattar, estaba motivado por algo que no había podido adivinar, hasta que éste le pidió su hija en matrimonio, y temía,

que si se la negaba, de nuevo volviesen las situaciones extremas, y quien sabe si incluso, el siriaco, terminaría por decidirse a usurpar los bienes cristianos por la fuerza. Con su clara intuición de gobernante, conocía que la situación había cambiado con el alzamiento de los berberiscos, y los síntomas de debilidad del poder central de Damasco se adivinaban fácilmente, pues bien los conocía por haber vivido los últimos días del reinado de los godos. Intuía además, que si el walí Abu al Jattar había dispersado a los siriacos, se debía al temor que sentía de que éstos, de nuevo se apoderasen de las riendas del poder, y que, por tanto, si el jeque siriaco se apoderaba de los bienes cristianos, el walí nada haría por que fuesen devueltos. Decidió, por tanto, no negar su hija a Al Jattar, pero poner tales condiciones para concedérsela, que éste por su propia iniciativa rechazase la unión.

Conforme a lo acordado con Tudmir, Al Jattar se presentó al siguiente día en palacio para saber la decisión que Patricia había tomado, ya que Tudmir le había informado, que él no forzaría a su hija a aceptar la unión, y que su respuesta dependía de la decisión que ella tomase.

Se le hizo pasar a la sala donde se encontraba Teodomiro, quien le recibió con una amable sonrisa.

—Tomad asiento y acomodaros como si os encontraseis en vuestra casa —le acogió Tudmir.

Teodomiro conocía que Al Jattar por llevar poco tiempo en Oriola, aún no se había acostumbrado a sentarse en los altos asientos godos, y que cada vez que se veía forzado a hacerlo, se sentía incómodo y ridículo, por lo que se encontraba en inferioridad de condiciones al perder parte de su aplomo.

—Como ayer os prometí —comenzó Teodomiro, tan pronto su huésped se hubo sentado—, informé a mi hija de vuestra petición, dejándola en entera libertad de decidir si aceptaba o no.

Calló Teodomiro tan pronto habló lo anterior, consciente de que el jeque siriaco se sentiría incómodo en preguntar, mas como Teodomiro no parecía dispuesto a seguir hablando, no tuvo más remedio que tomar la palabra y preguntar con una cierta vacilación:

—¿Y cuál ha sido la respuesta de vuestra hija?

—Mi hija accede a vuestros deseos, bajo un cierto número de condiciones, las cuales deberéis jurar por vuestro Dios, y reconocer por escrito ante el juez.

—Dar por contado que así lo haré —respondió Al Jattar, como si un gran peso se le hubiese quitado de encima, y preguntó—. ¿Podéis decirme cuáles son esas condiciones?

—En primer lugar, que no tomaréis otra mujer que no sea ella, aunque vuestro Profeta os lo permita, ni concubina alguna.

—Aceptada —respondo Al Jattar.

—En segundo lugar, que no le impediréis seguir practicando libremente su religión.

—Dura es la petición, pero la acepto. Proseguir.

—En tercer lugar, que dividáis vuestras fuerzas, asentándolas en las distintas fortalezas del reino.

—Sabéis, que según los términos firmados con el walí, mis fuerzas deben de estar siempre prestas a acudir a su llamada en caso de guerra, y que aceptar esta condición, dificultaría grandemente cumplir lo que tenemos pactado —respondió Al Jattar siempre temeroso de debilitarse ante los baladíes.

—Los problemas que vuestros hombres crean al estar todas reunidas en Oriola son grandes, y por fuerza se producirán fricciones que ni vos mismo seréis capaz de evitar. Por otra parte, vuestros hombres siempre acudirán a vuestra llamada, pues las distancias no son grandes, a lo sumo un día de camino.

—Duras condiciones me estáis poniendo, y me temo que si seguís apretando, tendré que renunciar a vuestra hija, mas para que veáis lo limpias que son mis intenciones, acepto ésta también.

—Y por último, y me temo que sea la más delicada —añadió Teodomiro frustrado de que Al Jattar hubiese aceptado la anterior condición, pues tenía la esperanza de que no fuese así—. Mi hija exige, que los hijos que puedan nacer de este matrimonio, sean educados en la fe cristiana.

—Si yo aceptase la última condición, y jurase ante el juez lo que se me pide, enseguida sería encausado y condenado por apóstata, ¡y tú bien lo sabes! ¿Por qué entonces me pides lo que no puedo concederte? ¿No estarás intentando que renuncie a tu hija sin que tú tengas que negármela?

Al Jattar había comprendido por fin, que Teodomiro estaba intentando negarle su hija sin que el pudiese darse por ofendido, por lo que había considerado que era el momento de que él a su vez, utilizase la astucia.

—Nada más lejos de mis intenciones —se apresuró a denegar Teodomiro—, y, además, estas condiciones no han sido puestas por mí, sino por mi hija.

—Aún en el supuesto de que así fuese; un padre tiene la obligación de aconsejar a sus hijos, y hacerles ver lo que es imposible conseguir, y las causas que lo impiden, pues si yo accediese, aparte de condenarme, perdería mi vida, con lo que no obtendría aquello por lo que me condenaba.

Yo podría consentir, y esto como un secreto bien llevado, que tu hija enseñase vuestra religión a mis hijos, a la vez que los preceptores

les enseñen los preceptos del Corán, mas esto es lo máximo en que puedo consentir —dijo Al Jattar, mientras pensaba para sí, que una vez casados, su esposa le debería sumisión y las palabras pronunciadas y no plasmadas por escrito se las lleva el viento.

Teodomiro se dio cuenta que su estratagema no había dado resultado, ya que había menospreciado la flexibilidad de Al Jattar, colocándose en peor posición, que si de entrada hubiese negado su consentimiento a tal matrimonio, pues una negativa ahora, después de las amplias concesiones que el siriaco había hecho, forzosamente le indispondría para siempre con éste; por lo que se vio forzado a aceptar y doblegarse ante los acontecimientos como ya llevaba algún tiempo haciendo.

La noticia del acuerdo de esponsales entre la hija de Teodomiro y el jeque siriaco produjo una verdadera conmoción entre las clases altas godas e hispano-romanas de todo el reino, e incluso, la misma plebe se asombró de dicho compromiso. Esta unión representaba mucho más que un simple enlace entre dos razas tan diferentes; era el comienzo de la fusión de las clases dominantes, y el fin de la esperanza de aquellos que aún soñaban que el reino godo pudiese renacer tras expulsar a los invasores. Otros más acomodaticios, defendían la decisión de Teodomiro, que les libraba del peligro que los siriacos representaban, pero todos en su fuero interno, sentían que una época moría, y ante ellos se presentaba un porvenir incierto, y, por tanto, temible.

Por expreso deseo de Teodomiro, la ceremonia matrimonial se celebró en la intimidad de palacio, para lo cual, padre e hija tuvieron que consentir, —ante la oposición de Al Jattar a no celebrar la boda con gran boato—, en que Patricia adoptase un nombre caldeo, siendo el de Sara el que se eligió.

Teodomiro dotó a su hija espléndidamente, dándole las aldeas de Tarsa junto a Ilici y otra situada a ocho millas de Oriola y que en adelante se la conoció como Tal al Jattar (colina de Jattar).

Todo lo anterior sucedía en noviembre del año del Señor del 743.

Con la salida de su hija de palacio para habitar con su nuevo esposo, la salud de Teodomiro se quebrantó seriamente; tal vez por la soledad y falta de ilusión que le embargó, pues ni las frecuentes visitas de su hija lograban sacarle de la profunda melancolía que le embargaba desde la muerte de Eguilona, y que hasta entonces había tratado de disimular.

Sintiéndose sin fuerzas para la gobernación del reino, decidió nombrar como nuevo Vicari del mismo a Atanahildo, en quien siempre había confiado por su prudencia y buen sentido; pero como su deseo

era que éste le sucediese a su muerte y no podía asociarle al trono por no ser su hijo, decidió dar al puesto de Vicari más lustre del que hasta entonces había tenido, y desenterró el antiguo titulo tan querido para los godos de Comes de los notarios. No contento con esto, organizó unas fiestas de investidura, que más parecieron las de un rey que las de un Comes de los notarios, y con las cuales, sin decirlo, dio a entender cuál era su voluntad en la sucesión al trono.

Desde aquel momento, se desentendió de casi todos los asuntos de estado, y con más frecuencia se le encontraba rezando en la iglesia del Salvador que en palacio.

De forma machacona repetía a Atanahildo, lo importante que era que Tudmir permaneciese ajeno a cualquier lucha que se entablase entre los muslimes, pues a su muerte, éstos intentarían por todos los medios hacer desaparecer el reino, para lo que procurarían involucrarlo en sus luchas tribales.

Sus fuerzas menguaban poco a poco, pues parecía desear la muerte como una liberación, hasta tal punto, que ni la alegría exuberante de su hija, cuando fue a comunicarle que se encontraba en cinta, logró sacarle de su apatía.

Zaquén visitaba a diario a Teodomiro, intentando levantar su ánimo. Ambos eran de la misma edad, y sus caracteres afines, mas la entereza de Zaquén no lograba mejorar su estado y sus pócimas no surtían efecto.

Hasta entonces, Abd al Jattar no había coincidido con Zaquén y Teodomiro, y aquel no recordaba el nombre de aquel joven soldado, a quien había intentado salvar de la invalidez; pero aquella mañana, cuando los dos ancianos se encontraban juntos, entró Al Jattar a visitar a su suegro. Teodomiro le presentó:

—¿Conoces a mi buen amigo Zaquén ben Isaac? —le presentó.

—Por ventura, ¿no seréis médico? —y ante el asentimiento de Zaquén, se adelantó Al Jattar y lo abrazó dándole los tres besos de cortesía.

—¿No os acordáis de mí? —preguntó.

—Sé que sois el yerno de Teodomiro —respondió Zaquén, pues lo había visto en numerosas ocasiones, e incluso Teodomiro le había contado todos los problemas que había tenido con el siriaco, y que en parte, su estado se debía a su casamiento con Patricia, la hija del rey.

—¿No recordáis a un soldado al que salvasteis la pierna izquierda, que tenía con el tendón de Aquiles roto? —le preguntó Al Jattar a la vez que le sonreía.

Incrédulo, Zaquén le pidió que anduviese. Sólo fijándose con mucho cuidado pareció notársele una ligerísima cojera. Allí estaba la respuesta a la que mil veces se había preguntado. ¿Le habría anudado el tendón al soldado? Allí estaba la respuesta a lo que siempre había

intuido. Los tendones también anudan como los huesos, al igual que se une la carne al cicatrizar. Nunca había podido transmitir este hecho a un colega o a un alumno, pues nunca supo, hasta entonces, que su cura en una choza de pastores, había tenido éxito. Exultante de alegría preguntó:

—¿Querrá venir algún día a la reunión que tenemos los médicos, y dejarse examinar por ellos?

—Cómo no habría de hacer eso por vos, si me devolvisteis la vida; pues antes que ser un tullido habría preferido la muerte.

Explicaron a Teodomiro cuanto había sucedido hacía muchos años antes, y entonces Teodomiro recordó que su amigo se lo había contado. Fue una velada muy grata, tal vez la primera que Teodomiro pasó con su yerno. En aquella ocasión, les acompañó bebiendo vino, hasta el punto que Zaquén llegó a esperanzarse, creyendo que tal vez el rey había remontado la depresión que le aquejaba, mas todo fue un espejismo. Al día siguiente su ánimo estaba tan caído como los días anteriores.

Una mañana del mes de octubre del año del Señor del 744, se lo encontraron muerto cuando fueron a despertarle. Había reinado durante 31 años y moría tras 75 años de vida azarosa y pródiga en acontecimientos.

Todo el mundo le lloró, como si de un deudo próximo suyo se tratase, y el reino de Tudmir quedó huérfano y desamparado al morir su rey.

Reunida la asamblea de nobles y obispos a la antigua usanza goda, fue elegido como nuevo rey de Tudmir, Atanahildo, tal y como Teodomiro había deseado.

Pronto el nuevo rey tuvo que hacer frente a graves acontecimientos, pues el yerno de Teodomiro, Al Jattar, creído que todas las propiedades que disfrutaba su suegro le pertenecían, intentó tomar posesión de las mismas, sin saber, que la mayoría de ellas iban unidas a la corona. La ira de Al Jattar se desató hasta tal extremo al conocer este hecho, que haciendo gala de una violencia y furor inauditos, ocupó una parte importante de estos bienes.

Atanahildo no tuvo más remedio, para presionar a Al Jattar, que hacer un pequeño reparto de tierras entre los baladíes, a la vez que los honraba y agasajaba a porfía, con lo que éstos sintieron como propio el atropello de que era objeto Atanahildo y presionaron fuertemente a Al Jattar para que devolviese las propiedades de que se había adueñado, a la vez que desagraviaron a Atanahildo con deferencias y regalos. Al fin, Al Jattar se avino a razones, siempre que se le pagase en el plazo de tres días, la enorme suma de 27000 sueldos de oro, cosa que Ata-

nahildo hizo, pues las tierras usurpadas valían mucho más de esta cifra, y, además, con ello se conservaba la integridad del reino.

En vista de lo sucedido, y ante el temor de que hechos como el acaecido volviesen a producirse, Atanahildo escribió al califa Marwan II, quien volvió a confirmar el pacto de Tudmir.

El nieto de Teodomiro nació en la primavera del año del Señor del 745 y recibió por nombre el de Abd Alá ben al Jattar al Tudmir.

Una vez que Al Jattar recibió las cuantiosas riquezas que había heredado su mujer de Teodomiro, más la enorme indemnización que se hizo pagar por Atanahildo, su importancia creció hasta tal punto, que logró oscurecer la figura del nuevo rey, del que se constituyó en protector, ante la animadversión de los Banu Hudayl, que hasta entonces habían ostentado la jefatura de los baladíes. Atanahildo procuró apoyarse en esta enemistad jugando con ella, pero sin inmiscuirse demasiado, de forma que, siempre una u otra familia estaba de su parte, con lo que pudo gobernar con gran libertad durante algunos años.

A partir del año 746, de nuevo comienzan la guerras tribales en Al Andalus, de las cuales logra evadirse Tudmir, gracias a la habilidad y buen criterio de Atanahildo, hasta que se ve involucrado contra su voluntad en el año 777.

A principios del 746, una ofensa inferida por Abu al Jattar al Sumail ben Hatim ben Xamir, hace que éste, aliado con Thawaba ben Salama, se subleve contra el walí y en una batalla librada junto al río Sidonia, derrotan a éste haciéndole prisionero; tras lo que se proclama nuevo walí de Al Andalus a Thawaba ben Salama, quien muere en septiembre del 747.

A la muerte de Thawaba, es aclamado walí Yusuf ben Abd al Rahman ben Uqba, quien ayudado por, Al Sumayl logra imponer parcialmente su autoridad, y nombra gobernador de Cesar Augusta a Al Sumayl.

Un período de luchas ininterrumpidas tiene lugar en Al Andalus, hasta que en octubre del 755, llega a Al Andalus Abd al Rahman ben Muawiya, uno de los pocos príncipes de la familia Umayya que logró salvarse del exterminio, al advenimiento de la familia Abbas al poder en Damasco, tras decapitar al último califa Umayya, Marwan II.

VII

Abd al Rahman logró derrotar a Yusuf junto a Córduba, en mayo del 756, fecha en que comienza el Califato de Córduba.

Entre las muchas sublevaciones que tuvo que reducir Abd al Rahman I, una de las principales fue, la protagonizada por Abd al Rahman ben Habib al Firhi, yerno del último walí de Al Andalus, Yusuf.

A comienzos del año 777, Al Firhi desembarcó en Lucentum procedente de Ifriqiya. Pronto logró atraerse a los árabes de Tudmir, a la vez que se ponía en contacto con el gobernador de Cesar Augusta y Barcino, Sulayman, y con su cuñado Muhammad ben Yusuf, quien tras fugarse de la prisión donde le tenía el califa, mandaba un grupo rebelde a la autoridad de éste.

A finales del 777, Sulayman juntamente con Al Firhi, se desplazaron a Paderborn corte de Carlomagno, y acordaron con él, que si sus tropas les ayudaban a derrotar a Abd al Rahman, le cederían algunas plazas al sur de los Pirineos y le rendirían vasallaje en las tierras al norte del Ebro, mientras las tierras al sur de dicho río pasarían a la soberanía del califa abbasi de Damasco, cuyo negro estandarte había sido alzado por Al Firhi en tierras de Tudmir.

Sulayman faltó en el último momento a sus compromisos con Al Firhi, e incluso le rechazó, cuando éste pretendió uncirle por la fuerza al carro de la revolución.

Mientras Al Firhi regresaba de las tierras del norte, Abd al Rahman atacó a las fuerzas que había dejado en Tudmir, derrotándolas y quemando las naves que el abbasi tenía en Lucentum, para después acosarle fieramente con su ejército, por lo que Al Firhi tuvo que refugiarse en los montes de Valentia, en vista de lo cual, Abd al Rahman puso

precio a su cabeza, prometiendo mil dinares a quien le diera muerte, y regresó a Oriola.

Durante la estancia de Al Firhi en Tudmir, Atanahildo se había visto forzado a agasajarle, aunque siempre se negó a ayudar a éste y sus aliados, pese a las fuertes presiones que en éste sentido se le hicieron.

Cuando Abd al Rahman llegó a Oriola, se negó a aceptar la hospitalidad que Atanahildo le ofreció y plantó su tienda fuera de los muros de la ciudad, descansando de la fatiga de las largas marchas efectuadas en persecución de Al Firhi. Sólo al siguiente día de su llegada consintió en recibir al rey de Tudmir en su tienda, para lo cual, hizo que ésta fuese decorada con los más ricos brocados y alfombras de la época.

Cuando Atanahildo se presentó, no le hizo sentar en su presencia, descortesía que sólo se hacía a un enemigo.

—Que Dios omnipotente y misericordioso conceda larga vida y ventura a Abd al Rahman ben Muawiya —saludó Atanahildo.

Abd al Rahman permaneció largo rato sin responder a su visitante, hasta que por fin dijo:

—¿Qué desea de mí el amigo de mis enemigos?

—Señor, por fiel vasallo de los califas Umayyas siempre fue tenido el reino de Tudmir, y su tratado fue ratificado por Al Aulid, Hixam y Marwan II. Siempre hemos cumplido lo pactado, ¡Y sabe Dios, lo difícil que ha sido para nosotros, no vernos mezclados en las continuas disputas de los islamitas! Muchas presiones y amenazas hemos tenido que soportar de Al Firhi y sus aliados, quienes nos exigían lealtad al califa de Damasco, y, por tanto, que interviniésemos en su lucha contra vos, lo cual nos está vedado en nuestro tratado, conforme al cual siempre obramos. Ahora Abd al Rahman nos pide cuentas por nuestro proceder, y si hubiese sido vencedor Al Firhi, igualmente nos hubiese pedido cuentas por no ayudarle. ¿Puede acaso un hombre servir a dos señores?

—Si como bien has dicho, fueron siempre los Banu Umayya quienes siempre ratificaron el tratado de Tudmir, a ellos les debías lealtad —respondió Abd al Rahman.

—¿Pero fueron los Umayyas quienes ratificaron nuestro tratado, o por el contrario, los diferentes Emires de los Creyentes? —y tras decir esto, añadió—. Dinos tú si eres el Emir de los Creyentes en cuyo caso no tendremos dudas de saber a quien tenemos que servir, pues incluso tú durante más de once años has estado diciendo la oración en nombre del califa de Damasco.

Abd al Rahman, que efectivamente durante once años había estado haciendo la plegaria en nombre del califa de Damasco, y sólo se atrevió que se hiciese en su nombre, ante una gran presión de sus parien-

tes, se quedo cortado sin saber que responder a las astutas palabras de Atanahildo, mas, reaccionando acusó.

—En el tratado se establece que no se dará hospitalidad a los que nos sean hostiles, y tú has agasajado al rebelde.

—Si por desgracia, la suerte te volviera la espalda y tus enemigos consiguieran vencerte, ¿no crees tú, que me harían la misma acusación que ahora me estás haciendo?

Abd al Rahman no respondió, y tras meditar un momento dijo:

—Puedes retirarte y ya tendrás noticias nuestras en el momento oportuno.

Tras hacer una reverencia, y caminando hacia atrás, procurando mantener la mayor dignidad posible, Atanahildo abandonó la tienda con el corazón oprimido por la incertidumbre de la decisión que Abd al Rahman tomaría.

Al día siguiente se extendió la noticia, que se había presentado un berberisco con la cabeza de Al Firhi a quien había dado muerte, reclamando el premio de mil dinares que se había ofrecido por ella, y que Abd al Rahman los había pagado muy contento de haberse deshecho de su enemigo.

Aquella misma noche Atanahildo pidió a Al Hudri, que pese a su ancianidad seguía conservando clara la mente, que hiciese unos versos laudatorios de Abd al Rahman, pues sabía la gran afición que éste tenía por la poesía, y con este motivo fuese a entregárselos intercediendo por los cristianos de Tudmir. Al Hudri, astutamente, cambió el nombre que figuraba en unos versos que años antes había dedicado a otro gran guerrero, y aquella misma noche se presentó en el campamento del Umayya solicitando ser recibido por él. encontró a Abd al Rahman de tan buen humor, y sus versos le complacieron tanto, que pidió a Al Hudri que le solicitase un favor, por la atención que había tenido al dedicarle aquel poema. El anciano le relató su larga historia, y como Tudmir le había hecho venir de Alejandría para ser preceptor de su hija, a la vez que él mismo aprendía el árabe correctamente; luego le relató los innumerables casos en que los cristianos habían tenido que hacer verdaderos equilibrios para no verse comprometidos en las disputas de los islamitas. Le informó como él mismo había tenido que intervenir en muchas ocasiones para evitar el abuso que los creyentes intentaban cometer, procurando que los cristianos rompiesen el tratado, para de esa forma, apoderarse de los bienes de éstos, y terminó pidiendo gracia para Tudmir, pues él podía por vivir en palacio, testificar la lealtad del rey de Tudmir.

Abd al Rahman le prometió que sería benigno con Tudmir, mas, que merecía un castigo para que nunca olvidaran la fidelidad a que le estaban obligados.

Al siguiente día, y antes de partir con su ejército hacia Córduba, hizo llegar a Atanahildo el siguiente escrito:

En el nombre de Alá, Clemente y Misericordioso.
Carta de seguro, otorgada por el rey engrandecido, Abd al Rahman, al príncipe, monjes y demás cristianos de la gente de Tudmir. Otórgales seguro y paz, obligándose a no quebrantarles este pacto mientras ellos paguen, además de los tributos ya establecidos, anualmente dos mil onzas de oro, dos mil libras de plata, mil cabezas de los mejores caballos y otros tantos mulos, más cien armaduras, cien cascos de hierro y otras tantas lanzas.
Se escribió esta carta en la ciudad de Oriola, en septiembre del 778.

Los términos del «aman» eran muy semejantes a los establecidos en el año 758 para la ciudad de Castella, capital de la cora de Elvira, si bien las cantidades a pagar eran mucho menores, mas, en contraposición, los cinco años del impuesto en el caso de Castella, se convertían en siete para Tudmir.

Pese a la dura sanción, las libertades políticas seguían conservándose, y, por tanto, los bienes adscritos a la corona no pasaban a poder de Abd al Rahman, siendo por otra parte la paria a pagar, soportable.

Dada la gran centralización que Abd al Rahman estaba imponiendo, y las grandes necesidades de dinero que se sabía tenía para pagar al ejército mercenario que sostenía, las nuevas cargas que caían sobre Tudmir, fueron aceptadas con alivio, pues se temía otras mayores, e incluso, que derogase el *status* especial de que disfrutaba el reino cristiano.

De los once hijos varones y nueve hijas que había tenido Abd al Rahman, sólo el mayor Sulayman había nacido en Damasco, pues sus otros dos hijos legítimos, Hixam y Abd Alá al Balansi, ya nacieron en Al Andalus.

El primer califa de Córduba, no decidió nunca cuál de sus hijos habría de sucederle en el trono, ni siquiera en el momento de su muerte acaecida en octubre del año 788.

Abd al Rahman viéndose en trance de morir, en ausencia de Hixam que se encontraba en Mérita, y de Sulayman que estaba en Toletum, dijo a su hijo Abd Alá:

—Entrega el sello y el poder a aquél de tus hermanos que llegue primero, porque Hixam tiene en su favor su piedad, su continencia y el consentimiento general, mientras que Sulayman cuenta en su pro: su edad, su valor y la afección de los sirios.

Muerto Abd al Rahman, fue Hixam quien saliendo de Mérita, se adelantó a su hermano y vino a acampar en Rusafa. Temía que su herma-

no Abd Alá, dueño de Córduba, del palacio y de los tesoros, pensara rechazarle; pero Abd Alá fue a su encuentro y le transmitió el poder y el sello, conforme a las últimas instrucciones de su padre, le dejó penetrar libremente en palacio.

Cuando supo la transmisión de poder, Sulayman se hizo prestar juramento por los toletanus, levantándose contra su hermano.

A su vez, Said ben al Husain al Ansari se sublevó en Sagunto, avanzó sobre Cesar Augusta y la tomó, presentándose también como aspirante al trono. La guerra civil se habría declarado una vez más.

En junio del 789, Hixam salió con un fuerte ejército y sitió Toletum donde se encontraba Sulayman, pero éste, dejando en la ciudad a su hijo y a su hermano Abd Alá que se había reunido con él, se escapó una noche dispuesto a dar un golpe de mano en Córduba. Avanzó a marchas forzadas y tomó posiciones en Secunda, donde los cordobeses salieron a hacerle frente. Cuando Hixam tuvo noticias de lo sucedido, no se inquietó por ello, limitándose a enviar a su hijo Abd al Plalik tras él. Al aproximarse éste a Córduba, Sulayman huyó hacia Mérita, pero su gobernador Hudayr al Madhbuh, salió contra él y lo derrotó. Sulayman con lo que quedaba de su ejército marchó a Tudmir, engrosando sus huestes a su paso por Elvira.

Tan pronto llegó a Tudmir; todos los árabes, baladíes y berberiscos le juraron adhesión, con lo que el ejército se hizo muy considerable, y dado que ya se encontraba avanzado el invierno, se dispuso a invernar en Tudmir.

Al Jattar, el yerno de Teodomiro, fue el primero que reconoció como legitimo heredero de su padre a Sulayman, y puso a su disposición el Chund siriaco y el gran prestigio que sus riquezas y ser el padre del nieto de Teodomiro, le granjeaba entre los cristianos. Identificó la causa de Sulayman con la suya, viendo en ella la posibilidad de convertirse en una de las personas más poderosas del califato; se movió de un lado para otro, y bien halagando, sea amenazando, consiguió que todos los árabes y bereberes importantes del reino, tomasen la causa de Sulayman. Sólo los Banu Hudayl, pertenecientes también al clan siriaco y enemigos de Al Jattar, pese a encontrarse emparentados con él, se negaron a reconocer a Sulayman.

Al Jattar consiguió que Sulayman ofreciese a Atanahildo, anular todas las parias que sobre los cristianos pesaban, salvo el impuesto de la tierra, el cual también los islamitas estaban obligados a pagar, si se decidían a ponerse de su parte y le reconocían como Emir de los Creyentes; por el contrario, si se negaban, se les dio a entender, que caso de triunfar Sulayman, el reino cristiano perdería su libertad política.

Ante la negativa de Atanahildo de tomar parte en las guerras civiles

de los caldeos, Al Jattar tomó contacto con todos los nobles y los obispos cristianos, logrando convencerlos de lo suicida que sería no aceptar las proposiciones de Sulayman.

Bajo la presión de los nobles, Atanahildo se vio forzado a convocar Asamblea General de nobles y obispos.

La voz cantante de la facción partidaria de comprometerse con la suerte de Sulayman, la llevaba el obispo de Begastri Amulio, quien desde el comienzo de la Asamblea se enfrentó a Atanahildo.

Una vez abierta la asamblea, que se celebraba como en tiempos antiguos, en la iglesia de Santa Justa, Atanahildo tomó la palabra:

—Ruego a todos los próceres del reino que han solicitado esta asamblea, y a todos los demás que asisten a ella, que consideren lo grave de la decisión a tomar, y que ya el simple hecho de que nos encontremos aquí reunidos para tratar este tema, nos sitúa en una grave posición, de la que únicamente saldremos sin comprometernos, si todos sin excepción votamos por declarar, que los cristianos nada tienen que opinar, y mucho menos decidir, sobre los derechos de uno u otro bando muslim, y sólo a ellos corresponde dilucidar con quien está la razón, y por tanto, la voluntad de Dios.

A continuación enumeró las diferentes ocasiones en que la existencia del reino cristiano se había visto comprometida por las guerras civiles de los muslimes, detallando los pormenores de la última ocasión, en la que Abd al Rahman estuvo a punto de abolir la independencia de Tudmir, para terminar con estas palabras:

«... sólo una declaración expresa y unánime de cuantos a esta asamblea asistimos, en el sentido de que como reino vasallo del Emir de los Creyentes, no nos compete inmiscuirnos en las luchas entre los islamitas, hará que no trasgredamos las cláusulas del tratado de Tudmir, pues debe ser Dios y no nosotros, quien nos indique claramente cuál es su voluntad. Ninguna velada amenaza deberá hacernos salir de nuestra estricta neutralidad; pues no deseamos que luego se nos pueda acusar de haber ayudado a quien perdió en contra del vencedor.

Que nadie se deje llevar por ambiciones personales, y piense en cuantos de él dependen.»

A continuación tomó la palabra el obispo Amulio, quien con una sonrisa irónica comenzó su parlamento.

—Acabamos de oír las prudentes y bien pensadas palabras de nuestro rey Atanahildo, quien nos ha presentado un negro porvenir si no obramos conforme a lo que él cree que es nuestra única salvación; pero muy astutamente, nada nos ha dicho de lo que ocurrirá si votamos en contra de ayudar a Sulayman, pues bien claro se nos ha advertido, que no existe otro camino que obedecer y prestarle ayuda, o de

lo contrario, nuestros bienes serán confiscados y nuestros privilegios abolidos. Nada nos ha dicho Atanahildo tampoco sobre la pesada carga que soportamos, pues a los impuestos que ya pagábamos Abd al Rahman añadió otros muy duros de hacer frente, y, además, ha omitido la oferta que Sulayman nos hace de hacer desaparecer todas estas pesadas cargas si le ayudamos. Los mismos siriacos a los que revierte parte de los impuestos que pagamos, están dispuestos a renunciar en un noble sacrificio, a lo que ahora perciben. Y, por último, y esto es muy grave, Atanahildo nada ha mencionado sobre el hecho, de que sea cual sea nuestra decisión, si Hixam triunfa, el mero hecho de no habernos revelado contra su hermano, aunque todos sabéis que ello nos es imposible, será causa suficiente para que se nos suprima nuestro *status* especial, o en el mejor de los casos, si Hixam da pruebas de una magnanimidad inconcebible, se nos exigirán otros duros impuestos, más exigentes aún de los que ahora pagamos.

Si no nos ponemos al lado de Sulayman, sea cual sea el desenlace de los acontecimientos, habremos labrado nuestra perdición y nada podrá salvarnos, mientras que si ayudamos a Sulayman, parte de nuestro premio estará en nuestras manos al ganarlo con nuestro esfuerzo.

—¿Y quien nos garantiza que Sulayman cumplirá su palabra y luego no se desdecirá de la misma? —preguntó alguno de los reunidos.

—Sulayman está dispuesto ya, a extendernos el «aman» que garantice lo que ofrece —respondió el obispo.

—Amulio ha olvidado decirnos, que hasta ahora Sulayman ha sido vencido por los partidarios de su hermano, y que en dos ocasiones ha huido dejando a sus tropas en vez de luchar como un valiente —se alzó otra voz entre los concurrentes—. ¿Qué nos sucederá si hace lo mismo en Tudmir?

—¿Y si por desgracia es vencido, no seremos vendidos nosotros y nuestras familias como esclavos, según es costumbre muslim? —se oyó una voz temerosa preguntar.

—Sulayman no nos pide que le defendamos con las armas; sólo solicita de nosotros que le ayudemos con dinero y armas, en cuyo caso no seremos tratados como enemigos ni sometidos a esclavitud —respondió Amulio.

Durante largo tiempo se prolongó la discusión sin que la balanza se inclinase en ningún sentido, cuando alguien avisó que Al Jattar al mando del Chund siriaco, había rodeado la iglesia de Santa Justa con ánimo de detener a todos los reunidos, caso que la votación resultase contraria al apoyo que Sulayman solicitaba. El miedo se apoderó de gran parte de los reunidos, y se solicitó que se procediese a la votación.

Cerca de los dos tercios salieron favorables a ayudar a Sulayman,

con lo que la suerte de Tudmir quedaba ligada a la del hijo mayor de Abd al Rahman.

Atanahildo como presidente de la Asamblea, la cerró con estas palabras:

—Que el Dios misericordioso, dé la victoria a Sulayman, o de lo contrario, el reino cristiano de Tudmir habrá terminado.

Durante todo el invierno y parte de la primavera del año 790, los talleres de todo el reino se afanaron en construir lorigas, arcos, lanzas, cascos, saetas y espadas para equipar el ejército de Sulayman, que fue creciendo con los berberiscos que se incorporaban de la parte de Valentia.

Las arcas y graneros de Tudmir, tuvieron que proveer al sostenimiento de las huestes de Sulayman, que en vez de estar empeñadas en ejercicios constantes con las armas, se encanallaban en una perjudicial molicie, mientras esperaban el ataque de las tropas de Hixam, en vez de tomar la iniciativa e intentar apoderarse de Elvira, con lo que les hubiese añadido nuevos refuerzos, a la vez que la campaña curtía sus fuerzas, conjuntando las heterogéneas unidades que formaban el ejército.

El 20 de mayo del 790, Abd Alá al Balansi dejaba Toletum, y sin que Hixam le hubiese hecho ninguna oferta, ni aun siquiera le hubiese concedido la amnistía, se presentó en Córduba donde fue muy bien acogido por su hermano Hixam, quien lo instaló en casa de su hijo Al Hakam.

Una vez libre de la preocupación que representaba la sublevación de Abd Alá en Toletum, Hixam reunió un fuerte ejército durante todo el mes de junio, a cuyo frente puso a su hijo Muawiya, dándole como generales a Xuhaid ben Isa y a Tamman ben Alqama.

Los dos ejércitos se encontraron el 18 de julio en las proximidades de Lûrqa, y como era de esperar, dada la gran molicie de que había disfrutado durante largos meses el ejército de Sulayman, éste fue completamente derrotado, pues faltas sus tropas de moral, tan pronto cosecharon el primer revés, huyeron vergonzosamente.

Entonces Ben Isa y Ben Alqama dividieron sus fuerzas y fueron subyugando una por una todas las plazas fuertes de Tudmir.

Sulayman se había refugiado en el extremo de Tudmir lindando con Valentia, precavido en huir a las fragosidades de los montes, si las cosas se ponían desesperadas. Cuando conoció la caída de todo Tudmir, pidió gracia a su hermano Hixam, lo que éste le concedió con la condición de que pasase a Berbería abandonando Al Andalus. El emir le entregó sesenta mil dinares, con lo que un buen día del mes de septiembre del 790, Sulayman se embarcó con sus mujeres, hijos y parientes, con destino a Ifriqiya.

En tanto duraron las conversaciones con Sulayman, Muawiya procedió a incautar todas las propiedades pertenecientes a la corona de

Tudmir, mientras abolía el tratado que durante 77 años había disfrutado el reino cristiano independiente, imponiéndoles iguales cargas que todos los mozárabes tenían que soportar en Al Andalus.

Al frente de la cora de Tudmir, que comprendía todos los territorios que antes habían formado el reino del mismo nombre, fue puesto Abd Alá Hudayl, desplazando así del primer plano a Al Jattar, quien pese a haber sido el mayor causante del levantamiento, fue perdonado por Hixam, lo mismo que todos los islamitas.

Pronto comenzaron los siriacos y bereberes a usurpar tierras a los cristianos, quienes no acostumbrados a los atropellos y rapiñas de los árabes, se enfrentaron con las armas a los que querían apropiarse de sus haciendas, muriendo muchos de ellos en su intento.

Particular gravedad tuvo la apropiación indebida de tierras en la lejana sede episcopal de Begastri, donde al menudear la muerte de cristianos por defender sus propiedades, el pueblo se sublevó al mando del obispo Amulio.

La plebe cansada de que la autoridad muslim hiciese oídos sordos a las reclamaciones por usurpación de tierras efectuadas por islamitas, se armó una noche y degolló a cuanto muslim se encontraba en la ciudad, tras de lo cual se trasladaron al palacio episcopal, pidiendo que la ciudad se levantase contra los muslimes. El obispo enfrentado ante los hechos consumados, y conociendo las duras represalias que los ismaelitas tomarían, decidió alzarse en armas en toda la región, mientras enviaba emisarios a todo el antiguo reino en petición de ayuda. Igualmente envió un emisario al pretendiente al trono Said ben al Husain, que se había proclamado en Cesar Augusta, ofreciéndole unirse a su causa si recibía ayuda.

Gran número de cristianos de todo el reino, que habían sido desposeídos de sus tierras, se unió a la rebelión.

Un destacamento del Chund de Oriola enviado a sofocar la sublevación fue totalmente aniquilado por los cristianos de Begastri, por lo que Abd Alá Hudayl pidió refuerzos a Muawiya que se encontraba en Elvira de regreso de Tudmir.

Por orden de Muawiya, el general Ben Alqama regresó a Tudmir, donde se le unió Abd Alá Hudayl con las fuerzas que contaba y marcharon rápidamente contra Begastri.

Pese al gran número de las fuerzas islamitas que se presentaron ante Begastri, el obispo Amulio rechazó el «aman» que le ofrecían, y por la noche hizo una salida contra el campamento muslim, que despreciando a los cristianos por su reducido número, no habían tomado precauciones, diezmando a las fuerzas atacantes y estando a punto de hacer prisioneros a Ben Alqama y Abd Alá Hudayl que se encontraba con él

en su tienda. De todas formas Ben Alqama recibió heridas de consideración, por lo que su ira contra los cristianos no tuvo limites, y a la mañana siguiente ordenó un ataque conjunto de todas sus fuerzas contra la ciudad. Como los muslimes no contaban con medios apropiados de asalto, fueron rechazados fácilmente con grandes pérdidas.

Ben Alqama, cuyo prestigio podía sufrir un serio deterioro, al padecer tales descalabros ante un número tan reducido de fuerzas cristianas, mandó que se construyeran un gran número de catapultas, así como dos torres de madera sobre ruedas, que cubiertas con pieles humedecidas, para que no prendiese el fuego de los defensores, se aproximaban a las murallas y servían para el asalto a las mismas.

Cuando las torres estuvieron construidas, los muslimes emprendieron un ataque total, mas las fuerzas begastrensis consiguieron volcar las torres, que se destruyeron en su caída.

Durante quince días los muslimes, dado su gran número, atacaron día y noche relevando sus fuerzas, cosa que no podían hacer los defensores dado su corto número, que día a día descendía por las bajas que el enemigo les ocasionaba, de forma que, cada asalto rechazado victoriosamente por los begastrensis, les aproximaba a la derrota final, al no poder reponer sus pérdidas. Al final de los quince días, los defensores más parecían fantasmas que personas vivas, pues la falta de sueño les producía un cansancio profundo. Dado el estado en que se encontraban, resultó incomprensible que rechazasen el nuevo «aman» que Ben Alqama les ofreció admirado de su valor.

El día dieciséis, un trozo de muralla sometido constantemente al impacto de las catapultas por ser el más débil de las defensas, se derrumbó arrastrando en su caída veinte defensores, entre los que se encontraban varias mujeres. Los islamitas concentraron en la brecha sus tropas más escogidas y se lanzaron al asalto con un furor inaudito, mas los cansados defensores consiguieron taponar la brecha con los cadáveres de los asaltantes y de cuantas personas habían muerto dentro de la ciudad, hasta que el ataque se detuvo ante el horror de los asaltantes que tenían que trepar por encima de cadáveres en plena putrefacción. Las bajas muslimes sobrepasaban el millar, y Ben Alqama juró que cuando tomase la ciudad no dejaría piedra sobre piedra, tal era su ira incontenible.

Durante dos días más, los ataques se sucedieron día y noche, mientras la brecha taponada con cadáveres, era limpiada por la noche por los islamitas, tras de lo cual se lanzó el asalto final y las tropas de los ismaelitas entraron en la ciudad, mas los cristianos ayudados por sus mujeres no se rindieron y fue preciso tomar calle por calle y casa por casa.

De seis mil personas que se encontraban dentro de la ciudad al

comenzar el asedio, sólo se salvaron setecientos niños, quinientas mujeres y trescientos ancianos; el resto prefirió morir luchando a ser hechos esclavos. Por lo que las bajas muslimes fueron elevadísimas y la ciudad pereció en un río de sangre.

Tan pronto tomó la ciudad, y después de saquear cuanto de valor se encontró en ella, Alqama ordenó quemarla y derruir cuantos muros quedasen en pie después del incendio. De esta forma desapareció de la historia la sede episcopal de Begastri, y sólo después de muchos años, en un lugar próximo a Begastri, se elevó la villa de Cehegín, que perdura hasta nuestros días.

Con la caída y total destrucción de la valerosa Begastri, concluyó el último reducto del reino de Tudmir, el 15 de octubre del año del Señor del 790.

Oriola, capital de la Civitate de Aurariola, luego del reino de Tudmir y por último, de la cora de Tudmir, sólo perdió su capitalidad el año 831, cuando terminada la nueva ciudad de Mursiya, en el lugar ocupado por la estación de embarque de Mursa, construida por Teodomiro, Abd al Rahman II la nombró capital de la cora de Tudmir, cuyo nombre continuó utilizándose.

Durante doscientos cincuenta y nueve años (572-831), Oriola fue la capital del sudeste español, que comprendía el norte de la actual Almería, Murcia, Alicante y más de la mitad de Albacete, incluyendo su capital.

En todas las crónicas árabes, incluso después de desaparecido Tudmir como reino, se denomina a esta región «país» por conformar una unidad histórica y geográfica indisoluble, mientras que ninguna otra parte de España, incluida la cantábrica y vasca, recibió nunca esta denominación.